LA ROSA DE SKYE



EDINE MULL

LA ROSA DE SKYE



EDINE MULL

Título: La rosa de Skye
©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©Edine Mull
Primera edición septiembre de 2024

Corrección: Virginia de Novoa Damiá

Epílogo: Siena Bastida

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Advertencia: este libro incluye contenido que puede herir la sensibilidad.

ISBN: 9798334940437

Safe Creative: 2406308434956

Puedes encontrarme en:



Vagalume

Prólogo

El teléfono había estado sonando sin descanso toda la mañana. Era Yani que no cesaba en su intento de comunicarse conmigo. ¿No entendía que lo único que ansiaba en ese momento era sumirme en la soledad, ahogada en lágrimas mientras maldecía a Noah? Con un gesto firme, deslicé mi dedo por la pantalla y corté la llamada, esperando que ese acto fuera suficiente para transmitirle mis deseos. Sin embargo, fue en vano; el teléfono continuó resonando con la misma melodía espantosa que mi ex había elegido. Deseaba apagarlo y lanzarlo por el retrete, pero sabía que no podía, pues aguardaba una llamada crucial del banco, posiblemente mi única esperanza de escapar del abismo financiero en el que me encontraba.

Estaba convencida de que mi amiga no se rendiría fácilmente. Si no contestaba, era capaz de aparecer en mi puerta con toda su banda y montar un concierto en mi diminuto apartamento.

—Y al fin te dignas a contestar —resonó la voz de Yani al otro lado del teléfono.

—Es que no comprendes que no tengo ganas de hablar, que necesito estar sola y ordenar mis ideas —respondí, frustrada.

—Briana, deja de lamentarte y acepta de una vez por todas que Noah te dejó, se fue sin mirar atrás. Cierra ese capítulo de tu vida y sigue adelante, porque ese hombre no merece ni una sola lágrima tuya —insistió con vehemencia.

—¿No te das cuenta de que no estoy así por él? Noah es el menor de mis problemas. Lo que me está volviendo loca es cómo voy a pagar la deuda que adquirí en la subasta de la casa. Jamás debí hacerle caso y pujar un diez por ciento por encima de su valor. Cuando me propuso abandonar Ámsterdam, parecía una buena idea. Lo de comenzar una vida juntos en una casa junto al río Zaan era un sueño, pero se ha convertido en mi peor pesadilla —expliqué con un nudo en la garganta.

—Lo que te hizo no tiene nombre, pero no desesperes. Encontraremos una solución —intentó tranquilizarme, aunque sin mucho éxito.

—Mi única esperanza está puesta en el banco. Si ellos no me ayudan, no sé qué será de mí —confesé con un deje de desesperación en mi voz.

—No le des más vueltas. Entre todos buscaremos una solución y no pararemos hasta dar con el paradero de esa rata, cobarde y sin principios.

—No servirá de nada encontrarlo. ¿Crees que volverá? Se ha ido con todo el dinero, estará viviendo feliz en otro lado y aquí solo le esperan las deudas de su empresa de turismo —me lamenté, resignada.

—Ya, no pensemos más en ello. Te vas a duchar y a arreglarte. Esta noche vamos a salir con el grupo y no acepto un no por respuesta. Por unas horas, debes dejar descansar la mente —dijo de manera tajante, sin dar opción a réplica.

—Yani, cogí vacaciones en mi trabajo para centrarme plenamente en este problema, no para andar de fiesta —añadí, sabiendo que mis palabras no servirían de nada. Pero antes de que pudiera contestar, sonó el timbre.

—Salvada por la campana, pero no te olvides de que nos vemos esta noche. O vienes, o te vamos a buscar —advirtió, dejándome claro que no habría excusas.

—Vale, vale. Nos vemos esta noche. Besos —concluí apresurada, poniéndome en pie. No sabía quién podía ser a esa hora, pero mi corazón albergaba una pequeña esperanza de que fuera Noah, no porque quisiera regresar con él sentimentalmente, sino para que afrontara el problema de la deuda que creó, conmigo.

El timbre sonó con insistencia una vez más, pero, al mirar por la mirilla electrónica, no pude distinguir nada. Supuse que la pila necesitaba ser cambiada; siempre se me olvidaba hacerlo. Antes de abrir la puerta, me detuve y observé mi aspecto en el espejo. Me veía lamentable. Llevaba una camiseta vieja, con algunos agujeros que evidenciaban que su fin había llegado. Aunque me costara admitirlo, era mi prenda favorita, tan cómoda que la usaba incluso como camisón. Mis cabellos rojizos estaban hechos un desastre, recogidos de cualquier manera en un moño que parecía un nido de pájaros. Sin embargo, mi aspecto descuidado no solo se limitaba a lo exterior; el caos reinaba también en el salón cocina donde me encontraba, con todo desordenado y sin recoger después de una pelea interna con cada mueble y utensilio de la casa, como si eso pudiera calmar mi furia.

Resignada, abrí la puerta, sabiendo que no había manera de arreglar aquel desastre. Mis ojos se posaron en la figura masculina que esperaba en el descansillo de las escaleras. Era un hombre rubio, con unos ojos azules que me recordaban a los míos, una mandíbula marcada y un semblante serio que le daba un aire de misterio. Los músculos de su cuerpo se marcaban bajo la elegante chaqueta de su costoso traje, otorgándole un aspecto imponente. Sin embargo, cuando mis ojos se posaron en el caro Rolex que lucía en su muñeca, todas mis alarmas saltaron sin excepción. Aquel hombre, atractivo y misterioso, no estaba allí por casualidad, y de eso quedé convencida al ver el maletín que portaba.

—¿Es usted la señorita Cox? —preguntó en un tono serio y formal.

—Sí, soy Briana Cox. ¿Y usted quién es? ¿Qué quiere de mí? —le escudriñé en el mismo tono, intentando ocultar mi nerviosismo.

—Si me permite pasar, hablaremos en el interior de la vivienda. Tengo algo importante que comunicarle —me informó, y dio un paso hacia el interior sin ser invitado.

—No, no le permito entrar en mi apartamento —dije, interponiéndome en su camino y quedando a escasos centímetros. Rápidamente intentó ocultar una sonrisa que se asomaba por su rostro, carraspeó y se desplazó hacia atrás.

—Señorita, no suelo tratar temas delicados en los descansillos. Así que, por favor, le sugiero que entremos.

—Hay una primera vez para todo y hoy le tocará hablar desde el lugar en el que se encuentra, porque no va a entrar —aseguré, mostrándome firme y cruzando mis brazos.

—Muy bien, se lo he advertido —añadió con molestia—. Mi nombre es Alec James y soy el abogado de su padre.

—¿Mi padre? —pregunté con incredulidad—. Él falleció hace años.

—Hablo de su padre biológico, el señor Cameron Thompson.

—¿Pero qué sandeces está diciendo? Yo no sé quién es ese señor del que me está hablando. Le repito que mi padre falleció hace años en un accidente de moto. Disculpe, pero no voy a tolerar esto. Váyase por donde vino, no estoy de humor para estas tonterías —exigí alzando la voz e intentando cerrar la puerta, pero esta se detuvo a mitad de camino.

—Señorita, le guste o no, me va a tener que escuchar. El señor Thompson se hizo cargo de sus deudas y ahora debe cumplir el pago que él requiere.

Entró en la vivienda y, ante mi perplejidad, se sentó en la mesa del salón, la cual estaba abarrotada de restos de comida basura y pañuelos de papel. Con un gesto de desagrado, apartó las cosas y abrió el maletín, sacando una serie de documentos. Desde el umbral, le observaba impotente, incapaz de moverme, aferrándome a la manilla de la puerta que sostenía el peso de mi debilitado cuerpo. Si mi mundo ya era un caos antes de la visita del hombre del traje, ahora se había terminado de derrumbar por completo.

Capítulo 1

Aquella noche, las bulliciosas calles de Ámsterdam se encontraban repletas de gente. Con la llegada de la temporada de tulipanes en Holanda, el turismo florecía, inundando los *coffeeshops* y atrayendo a multitud de visitantes. Mientras observaba a mi alrededor, todos parecían felices, disfrutando de la vida con despreocupación. Envidiaba sinceramente esa aparente armonía en sus vidas, tan diferente a la mía, que se desmoronaba con cada paso, como las famosas casas torcidas que se alzaban a mi alrededor. Al igual que esas estructuras, mi propia vida parecía estar sustentada en cimientos deteriorados desde la base, a punto de colapsar en cualquier momento.

La visita del abogado lo cambió todo, incluso mi propia historia. Según él, era hija de Cameron Thompson, un empresario escocés adinerado, dueño de una de las mejores destilerías de *whisky* del mundo. Este descubrimiento me hundió por completo. No podía creer que el hombre a quien llamaba «papá» no fuera mi verdadero padre. Seguía sin entender por qué mi madre, la mujer más buena del mundo, me habría ocultado algo así, pues sabía perfectamente que, aunque me hubiera dicho la verdad, mi amor por el que creía mi progenitor no habría cambiado.

Caminando por uno de los canales, me di cuenta de que no solo tenía una gran deuda con un hombre al que no conocía, que exigía que me fuera a vivir a Escocia con él y me obligaba a trabajar en su empresa, sino que también desconocía por completo mi propia historia. Alec, el imponente abogado, me informó de las intenciones de Cameron: ayudarme y entablar una relación conmigo. Pero su manera de hacerlo, imponiendo condiciones para saldar mi deuda, solo aumentaba mi rechazo hacia él. ¿Qué tipo de persona busca establecer un vínculo sentimental a la fuerza? Todo era grotesco y absurdo.

A lo lejos, divisé a mis amigos al otro lado del canal, en un bar que solíamos visitar asiduamente, donde la música y la bebida no cesaban. A medida que me acercaba a ellos, era consciente de cuánto los iba a extrañar.

—Por fin llegas, estaba a punto de llevar a todo el séquito a tu casa —advirtió Yani divertida, abrazándome—. ¿Quieres una cerveza? —preguntó mientras caminábamos hacia el interior del local, donde la música esa noche sonaba más alta de lo habitual.

—No, quiero algo más fuerte. Tomemos unos chupitos, los necesito. No tienes idea de todo lo que me ha pasado —dije, alzando la voz para hacerme oír sobre la música.

—¡No me digas que Noah se puso en contacto contigo!

—Ojalá fuera eso —resoplé—. Hoy apareció en mi casa un hombretón vestido de traje. Resultó ser el abogado de mi padre —relaté, viendo cómo mi amiga fruncía el ceño sin entender nada—. Esa misma cara puse yo al descubrir que no tengo ningún lazo de consanguinidad con el hombre que me crio. Mi padre biológico acaba de aparecer de manera sorpresiva, haciéndose cargo de mi deuda.

—¡Eso es fantástico! Se acabó el problema —gritó entusiasmada.

—Las cosas no son tan sencillas. Me exige una cuota para saldar mi deuda —expresé con

pesar.

—¿Qué quieres decir?

—Me tengo que ir a vivir a Escocia con él y trabajar en su empresa.

—No, no te puedes ir. ¿Y yo? —preguntó con tristeza, su rostro reflejaba preocupación.

Sentía una profunda pena solo de pensar en separarme de ella. Nos conocimos en mi primer día de trabajo como trabajadora social en el Barrio Rojo. Como muchas otras mujeres, ella llegó allí buscando empleo en la industria del sexo. Mi labor era velar por proteger sus derechos y su seguridad, ofreciéndoles servicios de asesoramiento, atención médica, asistencia legal y educación sobre salud sexual.

Tan pronto como la vi, percibí la duda reflejada en su rostro. Sabía que para aceptar un trabajo así, se necesitaba una fuerte convicción. Saltándome las normas, salí fuera con ella y, en un ambiente más distendido, tomando un té, hablamos más relajadamente.

Me confesó su situación personal: necesitaba el dinero para un tratamiento para su padre. Había escuchado por otras personas que trabajaban en ese mundo que los ingresos eran buenos y que tenías toda la potestad para decidir qué hacer, qué no hacer o a quién escoger. En sus palabras notaba que se estaba autoconvenciendo de que eso era lo correcto.

No podía permitir que cometiera un error semejante con tantas dudas rondando su cabeza. Esa misma tarde, me ofrecí a ayudarle a buscar otro trabajo que pudiera compaginar con el de guía en la fábrica de Heineken. Por suerte, supe de una vacante para la limpieza en unas importantes oficinas que se realizaba de madrugada. Con esto, junto con su otro trabajo y lo que obtenía por cantar con su banda, fue tirando.

Aunque sus esfuerzos fueron en vano, antes de poder reunir el dinero suficiente para el tratamiento, su padre murió. Desde ese momento, nos volvimos íntimas amigas. Ella se convirtió en un pilar fundamental en mi vida.

—Escúchame bien. Siempre vamos a estar juntas —aseguré, abrazándola con fuerza—. Tan pronto como pueda, regresaré —dije, aunque en mi mente resonaba la incertidumbre, consciente de la gran cantidad de dinero que debía reunir.

—Si no vuelves, me planto yo allí, te lo prometo —advirtió con firmeza, devolviéndome el abrazo con igual intensidad.

—Me parece bien —respondí, y traté de contener las lágrimas mientras una sonrisa se iba formando en mi rostro.

Ella miró al camarero y, sorprendiéndonos a él y a mí, ordenó:

—Theo, ponnos veinte chupitos de la bebida más fuerte.

La bebida comenzaba a surtir efecto en nosotras mientras nos movíamos al ritmo de la música como si el mundo fuera a desaparecer mañana. Y Yani entablaba una animada conversación con una pareja de españoles, quienes parecían fascinados por descubrir las facetas más ocultas de mi amiga. Su belleza era innegable: alta, rubia y con unos ojos azules que podían hipnotizar a cualquiera.

Mientras tanto, yo me dirigí tambaleante hacia la barra. Sabía que seguir bebiendo era un error, pero en ese momento la preocupación no existía para mí. Solo quería olvidar y disfrutar de mi última noche de libertad. Le estaba dando un trago a la cerveza, cuando lo vi: apoyado en la columna, me miraba fijamente con una expresión de desaprobación en su rostro. Sin embargo, no me importó y seguí bebiendo como si nada.

Poco a poco, se acercó a mí. Había dejado el traje a un lado y lucía increíble con una camiseta básica negra cubierta por una cazadora de cuero. Sus vaqueros ajustados acentuaban sus fuertes piernas, dándole un aspecto informal, pero muy *sexy*. Cuando llegó a mi altura, se detuvo a

escasos centímetros de mi cuerpo y su aroma varonil me envolvió, hipnotizándome por completo. Sin encontrar resistencia de mi parte, retiró la bebida de mis manos con facilidad.

Un magnetismo inexplicable me atraía hacia él, despertando un deseo que nunca antes había sentido. Su mano se entrelazó con la mía en un gesto firme y me condujo hasta el centro de la pista. Pegó su cuerpo al mío y susurró:

—No debería embriagarse de este modo, no es seguro que se exponga así —me regañó con tono protector, como si fuera una niña pequeña. Era evidente que él era mayor; yo tenía veintiséis años y él debía de rondar los treinta y cinco. Pero aun con esa diferencia de edad, no estaba para darme lecciones de vida.

—Abogado, ¿no cree que se está extralimitando en sus tareas? Pensé que los pleitos se trataban en la corte, no en los bares. ¿O quizás es que, además de su profesión, ejerce de esbirro de mi nuevo padre?

—Señorita Cox —murmuró, pegando un ligero tirón de mi cintura, aproximándome todavía más a su cuerpo y dejando nuestros rostros a escasos centímetros—. Cuando acepto un caso, me involucro de lleno. No dejo nada al azar; me gusta analizar y estudiar detenidamente lo que tengo entre las manos —comentó con una insinuación sutil en sus palabras, mientras su aliento rozaba mi rostro y me estremecía.

No sé en qué momento nuestros cuerpos comenzaron a balancearse lentamente, con movimientos sugerentes que eliminaban cualquier espacio entre nosotros. Su mano, que envolvía mi cintura, descendió hacia mi trasero, dejando caricias suaves y circulares que me embriagaban más que el alcohol. Su rostro rozaba el mío y, en más de una ocasión, sus labios se posaron sobre los míos, aumentando mi deseo de besarlo. Sin embargo, siempre se alejaba, como si fuera una provocación constante.

Un sentimiento desconocido se apoderó de mí, algo primitivo afloraba en mi piel. No había sentimientos, solo deseo, una urgencia incontrolable de dejarme llevar por lo que aquel hombre podía ofrecerme.

—Me gustaría probar esos labios —musitó, rozando la comisura de mi boca.

—No veo qué te lo impide. Esta tarde te prohibí entrar en mi casa y lo hiciste de todos modos. Parece que no necesitas autorización para hacer lo que te da la gana —respondí, dejando claro que no me importaría que me besara.

—Sería un error —afirmó, y se detuvo en seco. Con delicadeza, cogió mi rostro entre sus manos y continuó hablando—: Yo nunca podría cumplir las expectativas que una mujer como tú tiene sobre los hombres.

—¡Esto es increíble! —Rompí el contacto bruscamente, tomando un poco de distancia—. Abogado, mis expectativas contigo solo se limitaban a pasar una noche de pasión, nada más —afirmé molesta, saliendo de manera apresurada del local.

Capítulo 2

—No se moleste, ya me encargo yo de servir la comida, puede retirarse.

—Muchas gracias por la propina, señor. Es usted muy generoso —agradeció otra voz masculina, avivando mi curiosidad. Me obligué a abrir los ojos, era como si estuvieran pegados con *superglue;* mi cabeza daba vueltas y mi boca estaba pastosa. No cabía duda, tenía una fuerte resaca.

Me incorporé ligeramente y descubrí que estaba en la lujosa habitación de un hotel, donde el mobiliario parecía sacado de una película victoriana. Un delicioso aroma a comida llenaba el aire, atrayendo mis sentidos hacia el festín que me esperaba. Con su característica elegancia, él estaba allí, sirviendo la comida. Su desnudez parcial dejaba al descubierto el juego de músculos en su espalda, invitándome a acariciarlos. Se volvió hacia mí, sosteniendo mi mirada mientras se movía grácilmente por la habitación, revelando su torso trabajado y sus definidos oblicuos, apenas cubiertos por una toalla. Extendió su mano y me entregó un vaso de zumo junto con una pastilla.

—Tómate esto, lo vas a necesitar —sus palabras resonaron antes de que se volviera hacia la comida. Mis ojos seguían cada uno de sus movimientos, hechizada por aquel hombre que nublaba mis sentidos. Con elegancia, tomó una bandeja y la colocó sobre mi regazo, mientras se sentaba frente a mí y le daba un sorbo a mi café.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué llevo puesta una camisa masculina? —pregunté, confundida, observando mi atuendo en busca de respuestas a las lagunas que habitaban en mi mente.

—Anoche te sentiste mal, así que decidí traerte a mi hotel. No podía dejarte en ese estado tan lamentable —explicó con frialdad, y a su vez me alimentaba con un trozo de fruta—. Comprenderás que no iba a compartir cama contigo mientras llevaras puesta esa ropa que desprendía olor a alcohol y otras sustancias desagradables.

—¿Quién te crees que eres? —pregunté con molestia, apartando la bandeja hacia un lado—. No te pedí que cuidaras de mí, y mucho menos que te atrevieras a desnudarme y acostarte a mi lado sin mi consentimiento.

—No estabas en condiciones de decidir nada. Actué para asegurarme de que estuvieras bien.

—No necesitaba tu ayuda. Tenía a Yani —recriminé con frustración.

—Ya, hablando de esa buena amiga tuya… —murmuró con desdén, lo que solo avivó mi enfado—. Esa mujer no es capaz de cuidarse a sí misma, mucho menos de cuidarte a ti. Además, debes saber que, a partir de ahora, formarás parte de una familia importante con una reputación intachable y te relacionarás con personas que estén a tu altura.

—¡No vuelvas a hablar de mi amiga en ese tono despectivo! —le advertí alzando la voz, levantándome de la cama y empujándolo ligeramente—. Nadie, absolutamente nadie, interferirá en mi vida privada y me relacionaré con quien yo quiera —declaré desafiante, acercando mi rostro al suyo—. Espero que eso te quede claro, abogado.

Con un gesto firme, se levantó de la cama y me atrapó entre su cuerpo y la pared con un

arrojo que me dejó sin aliento. Su mano se posó en mi cuello, ejerciendo una presión sutil pero firme, mientras me arrastraba lentamente hacia él. Mis sentidos se vieron nublados por su proximidad.

Su aliento caliente acariciaba mi rostro y su nariz rozaba mi mejilla antes de descender lentamente por mi cuello. Cada roce de sus labios enviaba un escalofrío por mi espina dorsal, haciendo que mi piel se erizara en respuesta a su tacto. Sentía el calor de su torso desnudo traspasar la fina tela de mi camisa, provocando que mis pezones se irguieran dolorosamente.

Mi respiración se volvió irregular, mi pecho subía y bajaba con rapidez mientras luchaba por mantener la compostura ante su mirada desafiante. En su rostro, vislumbré una satisfacción casi cruel, como si disfrutara de mi desconcierto y mi incapacidad para resistirme a su magnetismo.

—No me provoques —advirtió con sus labios próximos a los míos—. Si las circunstancias fueran otras, te haría pagar por esa altanería que te caracteriza.

—¿Y qué es lo que me harías? —murmuré, arrepintiéndome casi al momento de mi pregunta.

Sonrió maliciosamente, sujetando mi mentón y alzando mi rostro para que lo mirara fijamente.

—Te follaría tantas veces que te haría olvidar quién eres.

Tragué saliva, intentando no mostrar los nervios que se formaban en mi estómago, ni el deseo que no dejaba de crecer en mí.

—Llegas un poco tarde, abogado —respondí con un tono burlón—, ayer quizás hubieras podido cumplir tus expectativas, pero el plazo expiró y hoy no compartiría ni el desayuno con un narcisista como tú. —Sonreí satisfecha por mi contestación que era evidente que lo había descolocado, ya que su semblante se tornó serio rápidamente.

—Dúchate, es hora de partir —dijo con frialdad, apartándose de mi cuerpo y dejando que una corriente fría ocupara su lugar.

—¿Cómo? ¿Irnos? ¿A dónde? —pregunté con desconcierto.

—Tu padre llamó esta mañana. Tendrás una reunión con él en Londres. Él te dará todas las respuestas que necesitas.

—Espera, ¿no se suponía que iría a Escocia?

—Prefiere que os conozcáis en un terreno neutral, para que te sientas más cómoda.

—¡Qué considerado! —exclamé con ironía—. Pero debería haberme consultado primero. Necesito hablar con mis jefes y preparar mi equipaje.

—No te preocupes, mientras dormías me encargué de todo.

—¿Qué has hecho? —cuestioné, anonadada por las libertades que se tomaba.

—Presenté una solicitud de excedencia a tus jefes. No creo que regreses a Ámsterdam, pero tu padre insistió en que lo hiciéramos así, no quería molestarte más. Respecto al equipaje, tu amiga ya preparó una maleta y el resto se enviará a tu nueva casa más adelante. No creo que vayas a necesitar nada de tu antiguo apartamento.

—¿Qué tipo de persona eres? —Me revolví, nerviosa y agobiada—. Necesito ir a mi apartamento, una maleta no me va a llegar y quiero ver a Yani, y esto último no es negociable.

—No te preocupes por la ropa, prepararán tu armario en Londres con los mejores diseños. Y cité a tu amiga en el aeropuerto para que te despidas de ella. Ahora, dúchate y ponte esta ropa limpia —me entregó una bolsa que estaba en una de las butacas próxima a la cama—, tenemos que irnos.

Capítulo 3

A medida que el avión ascendía, sentía que me alejaba por completo de mi vida y me adentraba en un mundo que otros habían planificado por mí. Desde la ventanilla del *jet*, me despedía en silencio de una tierra que me había acogido desde muy joven, con la sospecha de que nunca volvería.

Cuando el sonido de desabrocharse los cinturones de seguridad resonó sobre mi cabeza, me quité el *blazer* negro y lo lancé al asiento de enfrente con rabia. Me quedé con un vestido blanco que imitaba una camisa masculina, pero que iba acompañado de un cinturón que enmarcaba mi cintura, haciendo juego con mis botines. Una vestimenta que jamás habría usado en Ámsterdam, donde me movía en bicicleta por todas partes y prefería los pantalones. Pero allí estaba, vestida como una muñeca, viajando en un avión privado, acompañada de un hombre trajeado que lucía un Rolex de oro, rumbo a un destino bastante incierto.

Mis ojos se desviaron a la solapa de mi camisa, donde había restos de una marca de maquillaje de Yani, cuando me abrazó con tanto fervor. La despedida fue muy dura; separarme de mi amiga sería lo más difícil de todo. Sentí cómo la tristeza se apoderaba de mí y las lágrimas comenzaban a inundar mis ojos. Rápidamente, noté la cálida mano de Alec reposando sobre mi pierna descubierta, y eso cortó los sollozos que estaban a punto de salir. Me giré para mirarlo, pero él permanecía con la vista fija en unos gráficos en su iPad que parecían tener que ver con la bolsa de valores.

Aquel contacto me incomodaba y me excitaba al mismo tiempo. Sentía cómo su mano se deslizaba en suaves caricias y tuve que cerrar los ojos e intentar controlar mi respiración. Ese hombre jugaba conmigo a su antojo y ya estaba bastante cansada. Me puse en pie de malos modos y me dirigí al servicio. Entré en aquel recoveco y, cuando iba a cerrar la puerta, lo vi allí plantado de pie. Di unos pasos hacia atrás inconscientemente, dejándole espacio para entrar. Cerró la puerta y pasó el pestillo.

—Ese vestido te queda a la perfección —murmuró acercándose peligrosamente a mí—, pero, a decir verdad, esos botones llevan un buen rato incomodándome —aseguró con picardía a la vez que sus manos hábiles comenzaban a desabotonar la camisa lentamente, dejando a la vista mi sujetador.

—¿Qué es lo que pretendes? —pregunté con la voz entrecortada.

—¿No es evidente? —dijo con tono juguetón, rozando mi pezón por encima de la tela con su dedo.

—No, no lo es. Me desconciertas constantemente —agregué deteniendo sus caricias.

—¡A la mierda con todo! —gruñó desesperado, y antes de que fuera consciente de sus intenciones ya me había atrapado entre sus brazos y sus labios estaban descansando sobre los míos.

Fue un beso lujurioso y castigador. Su boca me reclamaba con exigentes caricias que me instaban a entreabrir mis labios y permitirle profanar mi boca con su lengua.

Por un segundo mis sentidos se quedaron nublados, ajenos a todo, salvo al contacto del cuerpo caliente que tenía pegado a mi pecho. Me agarró con más fuerza, alzándome del suelo para acomodarme en el lavabo, mientras acariciaba mi oreja con sus labios. Se acopló entre mis piernas y noté cómo su miembro se endurecía contra mi cuerpo. Alec se movió deliberadamente, permitiéndome sentir el roce contra mi sexo. Ese hombre provocaba en mí una sensación que nunca antes había sentido en mi vida.

Insatisfecho, sus labios recorrieron mi cuello, y sus manos fueron directas a mis pechos, manoseándolos y apretándolos mientras devoraba mi cuello.

—¿Esto es lo que deseas? —preguntó con voz ronca, deslizando su mano por la parte interna de mi muslo, dejándome sin respiración cuando alcanzó esa parte cálida y húmeda de mi cuerpo —. Responde —exigió, acariciándola de manera frenética.

—¡Sí! —contesté, y llevé mis manos a su entrepierna, desabrochando sus pantalones con urgencia.

Unos suaves toques en la puerta hicieron que ambos nos detuviéramos. La voz de la azafata resonó al otro lado.

—Señor James, el señor Thompson está al teléfono, dice que no puede comunicarse con usted.

—¡Joder, qué oportuno tu padre! —rumió recolocándose la ropa—. Salgo ahora mismo —indicó a la azafata—. ¿Estás bien? —preguntó con una nota de preocupación, y yo simplemente asentí.

Cogió mi rostro entre sus manos y depositó un beso en mis labios antes de hablar:

—Te juro que te recompensaré —aseguró antes de salir, dejándome completamente desconcertada y con todo mi cuerpo palpitando por su contacto.



Acabábamos de aterrizar en el aeropuerto de Gatwick, uno de los más concurridos de todo Reino Unido. Alec caminaba delante de mí con paso apresurado. Desde nuestro encuentro en el baño, habíamos permanecido distantes durante todo el viaje. Él se había centrado en su trabajo mientras yo intentaba concentrarme en la lectura, aunque sin éxito alguno. Mi mente trabajaba de manera frenética, pensando en el inminente reencuentro con el que se suponía que era mi padre biológico, así como en mis últimas acciones. No era una mujer que se dejara llevar por las pasiones; más bien, era pragmática y analítica. Sin embargo, parecía que cuando salía de mis premisas estipuladas, acababa metida en líos, como sucedió con la subasta de la vivienda. Y el abogado no parecía destinado a traer tranquilidad a mi vida; más bien lo contrario. Estaba segura de que era de los hombres que dejaban huella a su paso.

Al llegar a la entrada, nos aguardaba un Porsche Cayenne blanco. El conductor entregó las llaves a Alec, quien me abrió la puerta del copiloto instándome a entrar. Por el retrovisor, vi cómo el hombre colocaba nuestro equipaje en el maletero y se quedaba a un lado mientras el abogado se sentaba al volante y arrancaba el coche, saliendo a toda velocidad de las inmediaciones del aeropuerto.

—Tenemos un cambio de planes. El vuelo de Cameron se ha cancelado y no llegará hasta mañana de madrugada —informó Alec, desviándose hacia el arcén y deteniendo el coche antes de girarse hacia mí, para hablar—: No te voy a llevar al apartamento de tu padre en Londres. Esa

casa está llena de gente que nos molestará en todo momento, y no voy a resistirme más a ti. Te deseo desde que te vi con esa camiseta rota, y sé que tú sientes lo mismo —aseguró, rozando mis labios con su pulgar en un gesto sugerente que hizo que mi boca se entreabriera.

—¿Cuál es tu plan? —pregunté, sin objetar ante su propuesta. Cuanto antes termináramos con esa tensión entre nosotros, mejor. Podríamos dejarlo todo atrás.

—Tengo una casa, herencia de mis padres, no muy lejos de aquí, en Crawley. No es lujosa, pero nos proporcionará la intimidad que necesitamos. ¿Te parece bien? —quiso saber, provocando una expresión de sorpresa en mi rostro.

—Abogado, parece que te estás ablandando. En otro momento, no me habrías consultado y me habrías llevado sin mi aprobación —añadí sonriendo, provocando una respuesta igualmente divertida en su rostro, que revelaba por primera vez su bonita sonrisa y sus hoyuelos marcados.

Capítulo 4

Cuando salí de la ducha, encontré sobre la cama un lujoso vestido dorado de corte recto que dejaba entrever completamente un conjunto de ropa interior negra, evocando el estilo de los bikinis de los años sesenta. Sonreí al verlo; jamás me habría puesto algo así, pero esa noche era diferente. Actuaba de manera diferente y, por una vez en mi vida, quería dejarme llevar, dejando a un lado mis vergüenzas y temores. Una vez lista, me aproximé al tocador, donde había dispuestos una variedad de productos de maquillaje. Decidida, me arreglé como si fuera a un evento importante, rociando unas gotas de perfume sobre mi cuerpo, aunque me disgustaba el olor a pachulí que algunas costosas firmas añadían a sus productos. Me observé una última vez en el espejo, peinando mis cabellos rojizos con los dedos para deshacer algunas ondas que aún estaban demasiado marcadas.

Fue entonces cuando lo vi acercarse lentamente, como un cazador que está a punto de atrapar a su presa. Me giré para enfrentarlo, imitando su paso. Llevaba una camisa negra acompañada de una corbata del mismo tono y unos pantalones de traje. Su sonrisa se amplió a medida que se acercaba a mí.

—Estás preciosa —balbuceó, llevando mi mano a sus labios en un gesto cortés.

—Abogado, no necesitas ser galante conmigo. Eso déjalo para tus conquistas. Yo espero otra cosa de ti.

—Briana, no juegues con fuego porque te acabarás quemando. Ya te he demostrado en más de una ocasión que el ritmo lo marco yo y que todo se hace como quiero. Si deseas que esta noche sea memorable, me obedecerás en todo.

—Eso jamás —añadí con una sonrisa traviesa, y sus ojos se entornaron con una expresión ladina.

Me agarró el rostro y aproximó su boca. Sus labios atraparon los míos con urgencia, provocándome un extraño hormigueo en el cuerpo, como si algo estuviera a punto de explotar dentro de mí. Sentía cómo sus manos me apretaban con demasiada fuerza contra su figura a medida que introducía su lengua en mi interior, buscando desesperadamente entrelazarla con la mía.

—¡A la mierda la cena! Ya no aguanto más, te quiero desnuda en mi cama —susurró contra mi cuello, recorriéndolo de arriba abajo con su lengua.

Atrapó mi boca de nuevo y caminó conmigo sin romper nuestro beso. Cuando llegó al borde de la cama, bajó la cremallera de mi vestido y lo deslizó suavemente por mi figura. Su boca se desvió hacia mis pechos, besándolos por encima del sujetador. Con un ágil movimiento de su mano lo desabrochó, cayendo este al suelo por su propio peso.

—Túmbate —exigió llevando las manos al nudo de su corbata y dándome un ligero empujón, haciendo que mis pechos se movieran por el impacto. El rubor cubrió mis mejillas, al verme allí recostada, expuesta para él y siguiendo sus estúpidas órdenes.

Unió mis muñecas y, sin pedir permiso, las envolvió con la corbata, atándolas al cabecero de

forja de la cama.

—¿Qué pretendes hacer? —balbuceé con cierto temor.

—Preciosa… —Se aproximó con una sonrisa hacia mi boca. Con sus dientes atrapó mi labio inferior y lo mordió con demasiada fuerza. Un hilo de sangre brotó y, sin apartarse, me besó, permitiendo que el sabor metálico de la sangre se mezclara con el de nuestras bocas. Al separarse, vi satisfacción en su rostro, como si aquello le hubiera gustado. Algo que me asustó un poco.

Sus pasos lo llevaron hacia un mueble, similar a un armario, pero algo más pequeño. Lo abrió, y mi sorpresa fue notoria: estaba repleto de juguetes sexuales, algo que yo nunca había usado. En varias ocasiones le propuse a Noah probar algo nuevo, ya que nuestra relación íntima cada día se volvía más precaria y aburrida, pero él siempre se negó. Estaba segura de que temía que los juguetes me satisficieran más que él, aunque esa no fuera mi intención.

Sacó un vibrador de un tamaño bastante generoso y un *plug* que supuse que era anal por la envergadura, y tuve que tragar saliva. Intentaba hablar, pero las palabras parecían no querer abandonar mi boca. Por un lado, sentía cierto temor, y por otro, una excitación como nunca antes había experimentado.

Dejó los juguetes de color negro al lado de mi cadera y con delicadeza se deshizo de mis braguitas, dejándome completamente expuesta. Cogió el vibrador y lo encendió. Aquel sonido incrementaba mi deseo de manera significativa y él lo sabía. Deliberadamente rozó mis pezones, y la vibración contra mi piel hizo que tirara del cabecero de la cama con fuerza. El juguete fue descendiendo lentamente por mi abdomen mientras Alec se colocaba entre mis piernas. Inclinó su cabeza y lamió la parte interna de mi muslo, hasta llegar a mi sexo. Un gemido salió de mi boca al sentir los movimientos precisos de su lengua en mi zona más sensible.

Noté cómo me sujetaba la cadera para detener mis movimientos que respondían a sus caricias, y en ese preciso instante en el que estaba completamente inmovilizada, el vibrador me llenó por completo, convirtiéndose en el compañero de juego de su lengua. Los movimientos se volvieron frenéticos, mi cuerpo se revolvía para cualquier lado incapaz de contener el placer que sentía. Aquella sensación era arrolladora, era como un volcán en erupción a punto de arrasar con todo.

—¡Joder! —logré decir, tirando con fuerza del cabecero de la cama, mientras vendavales de placer sacudían todo mi ser.

Cuando mis músculos se relajaron, sentí cómo se acercaba a mi boca y me besaba dejándome probar mi propio sabor. Fue un beso suave y delicado, cargado de erotismo.

Alec se incorporó de la cama y, bajo mi atenta mirada, comenzó a desnudarse con seguridad, consciente de su espectacular físico.

—¿Te gusta lo que ves? —indagó con voz ronca, conocedor de la respuesta, mientras se colocaba el preservativo.

—No está mal —respondí fingiendo poco entusiasmo.

Una sonrisa medio siniestra apareció en su rostro, haciendo que mi cuerpo se tensara al instante. El azul de sus ojos se oscureció, no sabía si eso era algo bueno o malo, aunque no tardaría en descubrirlo.

Soltó mis muñecas del cabecero, pero aún permanecían unidas por la corbata. Sujetó mis tobillos y, con un firme movimiento, volteó mi cuerpo. Cogió el *plug* y lo llevó a mi boca para que lo chupara, primero me resistí, pero al notar cómo la suave silicona acariciaba mis labios me dejé llevar. Cuando estuvo perfectamente empapado con mi saliva, lo retiró. El pequeño objeto recorrió mi espina dorsal dejando suaves caricias a su paso. Al llegar a la altura de mi trasero, Alec alzó mi cadera dejándome de rodillas y, con su mano en mi nuca, aplastó mi cara contra el

colchón.

Mi respiración se cortó cuando noté la invasión en mi ano contraído. Mis puños se cerraron y clavé con desesperación las uñas sobre la almohada.

—Preciosa, te voy a follar tan duro y tantas veces que ya no podrás vivir sin mi polla —dijo con una seguridad casi siniestra. Más que el significado de sus palabras lo que realmente me estremeció fue el tono. Esperaba que todo aquello formara parte de un juego sexual.

Mis cavilaciones se vieron interrumpidas por una fuerte embestida que nos paralizó a ambos, y un leve gemido salió de mi boca. Fue como el pistoletazo de salida. Alec cumplió su promesa, me folló con tal agresividad que creí que me partiría en dos. Nunca antes había practicado sexo de un modo tan salvaje, lujurioso y frenético. Allí no había sentimientos, solamente placer. Un placer tan intenso que creía que me moriría en el intento. No aguantaba más y él tampoco. Mis músculos se tensaban con cada invasión, y su miembro hinchado palpitaba en mi interior. Oía sus protestas desesperadas y eso me excitaba todavía más.

Noté como mi ano quedaba liberado justo en el momento en que mi cuerpo comenzaba a sentir el orgasmo, y aquel gesto incrementó mi placer a unos niveles totalmente desconocidos para mí. La culminación fue tan aberrante que los espasmos de mi cuerpo no se detenían, provocando una eyaculación casi animal en Alec.

Capítulo 5

—Briana, apenas has dormido dos horas —advirtió Alec, acercándose peligrosamente hacia la isla de la cocina donde yo estaba sentada, cubierta por su camisa y balanceando mis piernas en un gesto infantil.

—¿Ya estás cansado, abogado? Pensé que seguiríamos con el *tour* privado por la casa, todavía quedan cuartos y muebles que aún no he probado —insinué divertida, observando descaradamente su torso desnudo mientras jugaba con la cuchara.

—No, simplemente me preocupo por ti. Nos espera un día muy largo por delante —declaró, separando mis piernas y dejando entrever sus prometedoras intenciones.

—Pues ya que vamos a tener un día tan intenso, deberías conseguir comida. En esa nevera solo hay yogures proteicos, un asco. Pero la necesidad es la necesidad —declaré chasqueando la lengua y elevando mis hombros.

—¡Qué rara eres! A todo el mundo le gustan —meneó su cabeza divertido probando el lácteo que permanecía en la cuchara.

—No solo me desagrada la textura, sino que aborrezco las bebidas o los alimentos proteicos. No entiendo cómo la gente puede tomar esa porquería. Si vivieran en Ámsterdam y se vieran obligados a moverse a todos lados en bicicleta, ya verías cómo se olvidarían de las estúpidas modas de gimnasio.

—Yo voy al gimnasio y no veo que te desagrade mi cuerpo.

—¿En serio? ¿Ya empiezas a estas horas retroalimentándote el ego?

—No voy a responder a tus provocaciones, pero dime, ¿por qué no te sientas en una silla para comer como las personas?

—Nunca lo hago —respondí con tranquilidad como si fuera lo más normal del mundo—, ni como en las mesas, a no ser que vaya a un restaurante. Pero debo decir que prefiero mil veces la comida callejera, es más rápida y no pierdes el tiempo. En casa, generalmente cenábamos en el sofá. Noah y yo aprovechábamos ese momento, para ver alguna serie en *streaming* juntos.

—No quiero que hables ni recuerdes a ese imbécil —dijo con molestia—. Ese hombre no te merecía, era un completo idiota, un «bueno para nada» que se pasaba el día fumado. Nunca te podría haber ofrecido un proyecto de vida. ¿Lo entiendes? —preguntó, acariciando mi rostro.

—Ya vale —moví mi cabeza, rompiendo el contacto—, tú no lo conoces ni a él ni a mí. Sacas conclusiones demasiado rápido sobre las personas. Me da la impresión de que, para ti, solo cuentan aquellos con un alto flujo de caja.

—Estás equivocada. Lo sé todo sobre ti —confesó, dejándome perpleja—. Hace años que tu padre te sigue el rastro. Yo personalmente era el encargado de estar pendiente de ti y de contarle todo lo que sucedía en tu vida.

—¡¿Qué?! Esto tiene que ser una broma.

—Briana, ¿de verdad piensas que me fijé en ti el día que aparecí en tu puerta? No. Al principio este encargo de Cameron me incomodó bastante, pero con el tiempo visitaba

Ámsterdam gustosamente. Disfrutaba observándote en la lejanía. Me fascinaba ver cómo sujetabas tu cabello rojizo en un moño cada vez que subías a la bicicleta, y cómo los pantalones se ajustaban perfectamente a la curva de tu cadera. En verano me molestaba que llevaras esas camisetas diminutas de tiras blancas, sin sujetador por debajo, revelando la belleza de tus senos. Me moría de rabia que el imbécil ese te tuviera en su cama y se metiera entre tus piernas. Estoy convencido de que no supo atender tus necesidades.

—¡Basta! Me estás asustando, pareces un obseso —le advertí, nerviosa después de todo lo que acababa de contarme.

—No temas, jamás te haría daño, solo deseo que seas feliz —añadió acercándose a mi boca en un intento de besarme, pero yo permanecí rígida—. Te conté todo esto para que sepas que mi interés por ti nació hace tiempo —balbució, recorriendo mi cuello y dejando surcos de besos.

—Esto es un error —logré decir al sentir sus manos subiendo por mis muslos y ascendiendo lentamente por mi abdomen hasta envolver mis pechos.

Sabía que debía detenerlo. La situación había cambiado. No éramos dos desconocidos como yo creía. Él lo sabía todo de mí, pero yo nada de él.

—Déjate querer —murmuró antes de atrapar mi boca en un apasionado beso. Y ahí mi mente se nubló.

Nuestras lenguas se encontraron en un baile frenético, aumentando el deseo, y convirtiéndolo en algo casi doloroso.

Mirándome a los ojos rompió mi camisa, haciendo que todos los botones saltaran por el aire, y me apresuré a bajarle los pantalones deportivos que llevaba puestos. Nuestros movimientos eran desesperados y urgentes. Tiró de mí para aproximarme al borde de la encimera, posteriormente se colocó el preservativo torpemente e invadió mi cuerpo, provocándome una sensación de plenitud. Tomó mi boca con furia y me besó con una intensidad, que me hacía perder el control. Sus embestidas se tornaron descontroladas, arrollándonos rápidamente hacia el abismo más oscuro del placer.

—Tu cuerpo está hecho solo para mí. Soy el único capaz de despertar tu verdadera naturaleza —aseguró con la voz entrecortada, sosteniendo mi nuca y apoyando su frente en la mía.

Con ese comentario, mi ritmo cardiaco se detuvo de golpe. Me aterraba la claridad con la que articulaba sus pensamientos, y cómo sus palabras parecían tener un poder magnético sobre mí. Reconocía que despertaba algo en mi interior, algo que me inquietaba profundamente. No me gustaba la sensación de perder el control, de convertirme en una versión de mí misma que apenas reconocía, como un títere manipulado hábilmente por él.

—¿Sucede algo? —preguntó levantándome el rostro.

Pero antes de que pudiera responder, el sonido del telefonillo nos alertó.

—¿Qué demonios…? No entiendo quién puede ser —dijo desconcertado, subiéndose los pantalones y acercándose al telefonillo. Expectante, me bajé de la isla y me ajusté la camisa como bien pude.

—No puede ser —titubeó mirándome—. Es tu padre.

—¿Qué vamos a hacer?

—Ve a la habitación y ponte algo. Diré que aún estás dormida. Pero no te demores en salir, por favor. No quiero que entre; si lo hace, será demasiado evidente lo que ha pasado entre nosotros.

Permanecí petrificada ante su respuesta, preguntándome por qué estaba tan aterrado de ser descubierto. Algo estaba claramente mal, su nerviosismo era una confirmación. Se precipitó hacia una de las habitaciones, deshaciendo la cama con rapidez antes de salir del cuarto con la

puerta entreabierta. A continuación, corrió hacia el baño y abrió el grifo de la ducha, mojándose el pelo con agua entre sus manos para simular estar recién bañado. Cada movimiento suyo me desconcertaba aún más.

Con un gesto urgente, me indicó que me metiera en la habitación que compartíamos, justo cuando sonó el timbre. Cerró la puerta con premura y, en ese instante, comencé a reaccionar. Abrí la ventana para ventilar la habitación, impregnada del olor a sexo y champán. Rápidamente oculté nuestra ropa utilizada el día anterior y busqué en mi maleta un atuendo más apropiado. Aunque no iba a disfrazarme con ningún costoso vestido adquirido por Alec para impresionar a mi presunto padre.

Opté por unos vaqueros *boyfriend,* combinados con una sudadera negra corta que conjuntaba con mis Vans desgastadas. Al instante, eliminé todo rastro de maquillaje y recogí mi cabello en una coleta alta. Ahora sí, estaba lista para afrontar mi historia tal como era.

Escondida en el pasillo, luchaba por calmar mis nervios que se habían agitado considerablemente al escuchar la voz del hombre que afirmaba ser mi padre. Aquello iba a ser más difícil de lo que pensaba. Su tono de voz era firme, denotando que estaba acostumbrado a dar órdenes, pero lo que me sorprendió fue la familiaridad con la que hablaba con Alec, una confianza algo inusual entre un empleado y su jefe. Decidí permanecer un rato más oculta, deseando escuchar su conversación y así intentar descubrir algo más sobre aquella gente que había irrumpido en mi vida como un huracán.

—¿Qué haces aquí? ¿No se suponía que volabas hoy desde Los Ángeles? —indagó Alec, con un tono de sorpresa en su voz.

—Si hubieras atendido alguna de mis llamadas, sabrías que nuestro cliente, Liam Lawson, me permitió usar su *jet* privado.

—Debo de tener el teléfono en silencio, por eso no lo he oído —se excusó el inglés.

—Muchacho, ¿pero es que tampoco miraste el teléfono? Siempre estás pegado a ese aparato.

—No, me olvidé por completo de él. Estaba demasiado ocupado con tu hija.

«Nunca mejor dicho», pensé para mí.

—¿Por qué la has traído aquí? Te ordené que la llevaras al apartamento en Londres. La estaban esperando allí la masajista, el peluquero y los *personal shopper*. Pero por tu rostro siento que aquí está pasando algo más, algo que no me estás contando. ¿Dónde está ella? —preguntó con seriedad y un toque de nerviosismo en su voz.

—Cálmate, Cameron, ella está durmiendo. Ayer fue un día muy complicado y está agotada.

Y le alenté mentalmente: «Venga, dile a qué se debe mi cansancio».

—Eso lo puedo entender, pero no me dices por qué la has traído a esta casa. Alec, te conozco demasiado bien y sé que utilizas este lugar para reunirte con alguna de esas amigas que tienes en Londres. Que me haga el tonto no quiere decir que lo sea. No me hace ninguna gracia que estés en este lugar solo con mi hija.

—Si lo hice fue por ella. Estaba devastada, dejó atrás toda una vida. Si la meto en tu lujosa casa y la rodeo de desconocidos, se iba a abrumar más. Aquí pudo calmarse y reflexionar.

—Puede ser. La verdad es que no sé cómo actuar. Tengo miedo de su rechazo.

—Dale tiempo. Es algo rebelde y malhablada. Sus modales no son muy refinados, más bien todo lo contrario. No será fácil, pero lograrás ganarte su corazón. De eso estoy convencido.

Escuchar la voz debilitada de Cameron al hablar de mí provocó que la curiosidad me venciera. Me moví de mi lugar y lo observé detenidamente. Era un hombre imponente, de estatura media y porte elegante. A pesar de su cabello canoso, se podía intuir que el color de su pelo era claro. Ninguna prueba de paternidad podría dar incompatibilidad genética. Nuestro

parecido era significativo. Sus ojos azules brillaban con la misma intensidad que los míos. Mi rostro tenía los mismos rasgos finos y bien definidos: una mandíbula angular, labios delineados y una nariz recta. Las pecas salpicaban ligeramente su piel pálida como la mía, añadiendo un toque de frescura. Pero, en cambio, el color de mi pelo venía por parte de mi madre. Es cierto que era lo único que tenía de ella, puesto que el cuerpo era herencia de la única abuela que había conocido. Mi figura era delgada, pero con curvas suaves y femeninas que destacaban discretamente bajo la ropa. Aunque al principio, por vergüenza, había tratado de ocultar mis generosos pechos, con el tiempo aprendí a aceptar y valorar cada parte de mi cuerpo como un regalo.

—Hija —murmuró Cameron en voz apenas audible.

Mis ojos se desviaron hacia él y pude captar la emoción en su mirada, mientras mi respiración se aceleraba con fuerza y me quedaba paralizada. Alec se aproximó, bloqueando la imagen de mi padre, y murmuró en voz baja:

—No pudiste haber elegido un vestuario más espantoso. Si estuviéramos solos, te habría arrancado cada una de esas prendas, y como castigo lamería cada parte de tu cuerpo. —Su comentario logró su objetivo: cambiar mi nerviosismo por excitación—.Venga, vamos. Este momento tenía que llegar.

Con su mano acariciando mi espalda de manera discreta, me condujo hasta colocarme frente a él, frente a mi padre.

—Hija, no sabes lo feliz que me hace tenerte aquí conmigo —habló Cameron con la voz entrecortada, dando un pequeño paso hacia mí. Pero, al ver cómo retrocedía, detuvo su intento de tocarme.

—Digamos que no me dejó otra elección, señor —respondí con frialdad, marcando distancia.

—Lo sé, pero fue la única opción que hallé para que formaras parte de mi vida.

—¡Esto es increíble! —meneé la cabeza con frustración—. Lo correcto habría sido que usted tuviera el valor de llamar a mi puerta y contarme su historia. Después de escucharlo, yo podría decidir si quería que formara parte de mi vida o no. Pero no tuve alternativa, y ahora lo único que va a recibir es rechazo —mascullé llena de rabia.

—Hija, si lo hubiera hecho así, en el mejor de los casos y suponiendo que me aceptaras, tú seguirías viviendo en Ámsterdam y yo aquí. Nos veríamos de vez en cuando y seríamos dos extraños como hasta ahora. Deseo que nos conozcamos como padre e hija y eso solo podrá suceder si estamos juntos.

—Señor Thompson, no alimente falsas esperanzas, eso jamás sucederá. Cumpliré con las exigencias estipuladas, pero una vez que mi deuda se cancele, me marcharé de aquí y no volverá a verme. Además, le ruego que deje de llamarme hija, porque solo tuve un padre y él ya no está —espeté con molestia, viendo cómo mis palabras le causaban dolor.

Tomó aire buscando calma y habló:

—Alec, si nos disculpas, me gustaría hablar a solas con Briana. Ha llegado el momento de que conozca toda la verdad.

—Por supuesto, iré a vestirme. Si necesitáis algo, estaré cerca. Briana —se dirigió a mí con un tono pausado y reconciliador—, no te cierres en banda. Para él tampoco ha sido fácil. Déjale que te cuente su historia —añadió antes de retirarse.

Capítulo 6

Nos contemplábamos mutuamente en un silencio cargado de significado. Sus ojos revelaban emoción, acompañada de manos temblorosas que delataban sentimientos profundos, un amor que había permanecido guardado en su corazón durante años. Y una sensación desconocida brotó desde lo más profundo de mi ser, desconcertándome y sembrando el temor en mi interior. No comprendía cómo podía sentir algo por un hombre al que nunca antes había visto.

Moví la cabeza en un intento por recuperar la compostura, luchando contra la debilidad que amenazaba con apoderarse de mí, y carraspeé con fuerza tratando de disipar la tensión en el aire.

—Adelante, señor Thompson, acabemos con esto de una vez por todas.

—Por favor, toma asiento, y te ruego que dejes de referirte a mí como señor, no eres mi empleada sino mi hija —indicó, señalando con un gesto hacia el sofá detrás de mí. Él imitó mi movimiento y se sentó enfrente.

—Para el caso viene siendo lo mismo, aunque espero que sus empleados gocen de más libertad.

—Por favor… —suplicó con desesperación.

Sin decir nada más, me senté y esperé a que comenzara a hablar. Era evidente que el tema le resultaba difícil, ya que necesitó tomar dos sorbos de agua antes de pronunciar la primera palabra.

—Había regresado a casa en el último verano antes de finalizar mis estudios en Estados Unidos. A diferencia de cualquier joven, yo no disfrutaba de esas visitas a mi hogar; para mí eran un infierno, y todo gracias a la señora Thompson, tu abuela. Desde la muerte de mi padre, aquella herencia que la convirtió en dueña y señora de todo ese imperio la corrompió por dentro.

»Esas vacaciones fueron diferentes, cambiaron mi vida. —Se detuvo y terminó el vaso con agua de un trago, como si la bebida incolora pudiera mitigar el dolor que era evidente que sentía —. Tu madre había comenzado a trabajar como doncella y desde el primer momento en que la vi me enamoré perdidamente. Era la mujer más hermosa que jamás había visto.

»Mi afecto fue correspondido y vivimos un romance a escondidas de todos, evitando que la maldad de mi madre nos alcanzara. Por eso orquestamos un plan: yo regresaría a Estados Unidos para finalizar mis estudios y buscar un lugar donde vivir. Al poco tiempo, tu madre me alcanzaría y nos casaríamos. Viviríamos nuestro amor libremente en otro lugar, lejos de la maldad.

—¿Y qué pasó después? —pregunté sin poder ocultar mi curiosidad al ver que se detenía.

—La esperé durante meses, pero nunca apareció —dijo cabizbajo, como si aún sintiera el dolor de antaño—. Cuando regresé a Skye, la busqué por todos lados, pero no había rastro de ella. Mi madre me dijo que se había fugado con el hijo del chófer y que ambos habían regresado a su tierra, Irlanda. Me quedé destrozado, pero no podía aceptar perderla así. Le pregunté al chófer y me indicó que su hijo y su nuera, tu madre, estaban viviendo en Cork. Desesperado, la

busqué; no podía creer que se hubiera casado con otro, y menos después de que me jurara amor a mí.

—Por favor, no te detengas —supliqué, ansiosa por conocer más de la historia.

—Cuando la encontré, paseaba sujeta del brazo de tu padre, y este empujaba un carrito de bebé en el que estabas tú. Aquella imagen destrozó mi corazón por dentro, lo hizo añicos. Regresé a la isla y cumplí los deseos de mi madre, tomé el mando de la destilería, enfrascándome día y noche en el trabajo para intentar no sentir.

»Años después, descubrí en el lecho de muerte de tu abuela que ella había sido la causante de mi desgracia. Se enteró de mi romance con tu madre y, lo que fue peor, que estaba embarazada de mí. La obligó a abortar, si no lo hacía, la denunciaría por robo. Tu madre se asustó, tenía miedo de ser encarcelada en su estado, así que huyó, pero no lo hizo sola, sino con su amigo, quien también buscaba liberarse de ciertas cadenas a las que estaba sometido.

—Entiendo —suspiré, intentando encajar sus palabras—. Ambos intentaron protegerme, por eso Darragh me registró como su hija.

—Cuando lo descubrí todo, fui en tu búsqueda. A ella la había perdido, pero a ti no. Fue costoso dar con vuestro paradero, ya que os habíais trasladado a Dublín. Al llegar, no sabía por dónde buscaros, pero una noticia en la prensa me alertó sobre el accidente de Darragh.

—Esos días fueron muy dolorosos. Yo solo tenía diez años y, a pesar de que mi abuela y mi madre intentaban protegerme a toda costa, era muy consciente de todo lo que sucedía a mi alrededor. Recuerdo las continuas pesadillas donde mi padre era arrollado en su moto por un camionero borracho. Las cuales presagiaban mi mayor miedo: perderlo para siempre —confesé, dejando que las lágrimas mojaran mi rostro.

—Lo siento. Era un buen hombre —añadió, intentando borrar el rastro de duda que reflejaba mi rostro—. No me mires así, yo no lo odiaba, bueno, quizás al principio sí, pero el día en que lo visité en el hospital, mi opinión de él cambió. Descubrí que había sacrificado en cierto modo el amor por cuidaros a ti y a tu madre.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando llegué a la habitación, él no estaba solo. Un hombre llamado Thomas lo acompañaba y lloraba desconsoladamente mientras lo abrazaba. Aquella situación, un tanto inusual llamó mi atención. Darragh le pidió a su amigo que nos dejara solos, y este lo hizo, pero después de darle un beso en los labios.

—¿Mi padre y el tío Thomas juntos? Bueno, yo siempre lo he llamado así, aunque no nos unen lazos de sangre —aclaré.

—Ellos tenían una relación, pero la mantenían oculta por ti. No querían confundirte siendo tan pequeña. Habían planeado decirte la verdad cuando pudieras comprenderlo todo. Pero, mientras tanto, se veían a escondidas. De hecho, el accidente ocurrió cuando se iban a reunir. Como es evidente, tu madre estaba al tanto de todo. Para ella, ambos eran su mayor apoyo, sus amigos incondicionales. Los tres siempre pensaron en tu felicidad.

—¡Dios mío! Soy la culpable de ese accidente —balbuceé con pesar, sintiendo una punzada de dolor en mi corazón.

—Hija, no digas tonterías. —Se levantó para abrazarme, pero lo detuve.

—No, no te atrevas a tocarme. Has sabido de mí durante años, ¿por qué has irrumpido en mi vida ahora? —vociferé entre sollozos.

—Estabas devastada. Tu madre me pidió que no interfiriera en ese momento. Accedí a su petición, pues para ti ya era muy duro perder al hombre que creías tu padre como para contarte quién era yo. Esperamos un tiempo, pero todo se complicó con la enfermedad de tu madre. Otra

vez estaba atado de pies y manos, y tú estabas rota. Y luego llegó su muerte.

»Intenté hablar contigo en numerosas ocasiones, te observaba desde lejos. Por fin, vi una sonrisa asomar en tu rostro cuando te escuché con entusiasmo hablar sobre tu Erasmus en los Países Bajos. Entonces supe que no podía romper tu momento de alegría. Seguí cada uno de tus pasos, desde tu graduación hasta ese horrible trabajo que conseguiste en el Barrio Rojo rodeada de personas de dudosa reputación.

—No deberías cuestionar a esas personas por sus elecciones sin antes analizarte a ti mismo. Porque déjame decirte que tus acciones no te retratan como un ejemplo de persona.

—Hija, lo hice todo por ti.

—¡Mentira! —grité, incorporándome—. No oses ocultar tu cobardía detrás de mí. Pero ¿sabes qué?, no entiendo por qué demonios has decidido aparecer ahora. ¿Qué sucede? ¿Te estás muriendo? ¿No tienes familia? ¡Dime, ¿por qué me buscaste?!

—No, lamento decirte que gozo de buena salud, y sí, tengo familia. Una hijastra algo mayor que tú y una esposa.

—Entonces, ¿a qué viene jugar al buen padre ahora?

—No podía permitir que siguieras con esa vida que estabas llevando. Todo a tu alrededor era un caos, desde el trabajo hasta las amistades, y ni hablar de ese «bueno para nada» de tu novio. Además, ya te lo dije, quiero conocerte y que tú me conozcas. Y más vale que lo aceptes, jovencita, porque no voy a rendirme —concluyó con molestia, dando por finalizada la conversación antes de salir por la puerta y cerrarla con fuerza.

Las lágrimas asomaron por mis ojos; las sequé rápidamente, intentando ocultar mi llanto, y me dejé caer a plomo en el sofá. Los brazos de Alec me envolvieron en un cálido abrazo y me acunaron en silencio como si fuera un bebé.

Capítulo 7

Estaba de camino a la isla de Skye en un lujoso coche que nos había recogido en el aeropuerto de Inverness.

Podía sentir la presencia de mi padre a mi lado, tratando de entablar conversación con frases cortas y concisas. No tenía ganas de hablar en ese momento; cada vez que lo intentábamos, acabábamos discutiendo. Nuestras personalidades y formas de actuar eran claramente distantes. Opté por cerrar los ojos y hacer como si me hubiera quedado dormida, buscando evitar cualquier confrontación en ese momento.

Nuestra estancia en Londres se extendió un día más, tras realizar la prueba de paternidad que le exigí. Cameron logró convencer a Alec para que regresara a casa ese mismo día, aunque fue evidente que lo hizo a regañadientes. Después de varios intentos de persuasión, finalmente desistió y partió para prepararlo todo para mi llegada. Me pareció una exageración, ¿acaso me veían como una princesa?

Esa misma jornada, Cameron y yo nos trasladamos a su opulento piso en Kensington. Sin embargo, mi sorpresa fue mayúscula al encontrar a alguien esperándome: mi tío Thomas. Corrí hacia él y lo abracé con fuerza, agradecida de tener una figura familiar en ese momento de desconcierto. La relación amistosa entre Cameron y Thomas me confundió, pero aprecié el gesto de mi padre al dejarnos pasar el día solos. Tenía muchas dudas que necesitaba resolver.

Durante nuestra charla, Thomas intentó justificar las acciones de la familia, asegurándome que todo lo habían hecho por mi bienestar. Aunque intenté comprenderlo, la mentira que me habían ocultado seguía siendo difícil de aceptar.

Después de una sesión de *spa* y de compras por Bond Street con los *personal shopper* asignados por mi padre, fuimos a un exclusivo restaurante cercano a Harrods para un ligero almuerzo. Posteriormente, nos dirigimos a un centro de belleza, en el que tenía una cita concertada. Los tratamientos me resultaron agotadores y, además, me negué a realizar cambios drásticos en mi apariencia, manteniendo mi identidad intacta.

En la cena en el apartamento, la comida exquisita estuvo acompañada de la agradable conversación, entre Thomas y Cameron. La complicidad entre ellos me desconcertó, dejando una sensación surrealista a mi alrededor.

Al día siguiente, recibimos los resultados de los análisis que confirmaban que era hija de Cameron. Mi tío se despidió, prometiendo visitarnos pronto. Y, poco después, nosotros también partimos, tomando un avión privado hacia mi nuevo hogar en Escocia.

—Hija, despierta —suspiró, acariciando mi hombro con delicadeza—, estamos llegando.

Froté mis ojos y lo miré antes de hablar:

—¿Dónde estamos? —pregunté con desconcierto al ver los campos llenos de turba a nuestro alrededor.

—Quiero mostrarte todo lo que será tuyo. Te enseñaré la destilería; he organizado un pequeño *tour* para que veas su funcionamiento y así te vayas familiarizando. Después visitaremos las

oficinas y, por último, te llevaré a casa para que puedas descansar. Hija, estoy emocionado de que estés aquí conmigo. Siempre soñé con este momento, pero temí que nunca llegara a suceder.

En otro momento, habría respondido con frialdad y rencor hacia él, pero en ese instante, algo en su mirada me conmovió profundamente. Vi un brillo especial en sus ojos, un destello de sinceridad que me llegó al corazón.

Durante la visita, fui testigo del proceso de producción de *whisky* y de ginebra en Deerloch. Me explicaron que la malta se mezclaba y fermentaba para el *whisky*, mientras que los botánicos se combinaban con alcohol neutro para la ginebra. La destilación daba vida al *new make spirit* del *whisky* y de la ginebra pura. El *whisky* se envejecía en barricas de roble, mientras que la ginebra se embotellaba fresca.

Después de aquel interesante *tour* que captó toda mi atención, incluida una cata especial, fuimos a las oficinas. En Deerloch, además de mostrar elegancia y buen gusto, se respiraba un ambiente agradable y familiar. Allí Cameron, lleno de orgullo, me presentaba al personal como su hija. Entramos en un pequeño pero acogedor despacho, decorado con colores neutros y detalles que te hacían sentir a gusto.

—Este será tu despacho —indicó mi padre con entusiasmo—. Si no te gusta la decoración, puedes cambiarla.

—No será necesario —respondí con un tono más frío de lo que pretendía.

—¿Qué sucede, hija? ¿Por qué esa expresión en tu rostro?

—No entiendo qué pretendes con todo esto. No sé nada del mundo empresarial, ni me interesa. Recuerda que soy trabajadora social, me gusta trabajar con personas y ayudarlas. Esto para mí es como un encierro, no funcionará.

—Hija, este puesto será temporal. Quiero que conozcas el funcionamiento de la empresa familiar. No te agobies, empezarás como asistenta, no tendrás que asumir responsabilidades, pero estarás al tanto de cada decisión. Lo más importante, aprenderás del mejor.

—¿Crees que, por que pase mi jornada laboral a tu lado, las cosas cambiarán? Cuanto más impongas tu presencia, más rechazo generarás. Controlas todo, incluso mis tiempos. Esto es una pesadilla.

—Tienes razón, hija. Nada me haría más feliz que trabajaras codo con codo a mi lado, pero noto tu incomodidad. Espero que eso cambie con el tiempo. No serás mi asistente, serás la de mi socio. Esta empresa pertenece a tres socios: mi esposa, que tiene el mismo porcentaje que yo, y mi yerno, que solo tiene el ocho por ciento. Él será tu jefe. Ahora ellos dos se han aliado para llevar la empresa al mercado de valores, algo que intento impedir a toda costa.

—¿Por qué? —pregunté mientras caminábamos juntos—. Tú y tu familia parecéis muy ambiciosos. Entrar en bolsa es un paso importante para cualquier empresa.

—A mí no me interesa eso. Siempre fue una empresa familiar dirigida por los Thompson y los MacDonald, fundada en 1775. La vida me enseñó que la ambición no lleva a ningún lado. La época más feliz fue con mi primer socio, éramos dos jóvenes llenos de entusiasmo, trabajando codo con codo por la pasión de crear el mejor *whisky*. Cómo añoro esos tiempos… —añadió con pesar y tristeza.

—¿Y dónde está él?

—Brodie MacDonald murió hace años. Su esposa, que ahora es la mía, tomó su lugar.

—Entiendo. La señora Thompson parece haber avanzado rápido. Pero ten cuidado, podrías haber caído en las garras de una «viuda negra».

—No creo que sea justo juzgarla de esa manera. Ven —instó dando por finalizado ese tema —, vas a conocer a tu jefe.

Dio unos leves golpes en la puerta antes de entrar. El despacho era luminoso y muy amplio. Recorrí el espacio tímidamente, sintiéndome pequeña ante la magnitud del lugar, hasta que mis ojos se posaron en el hombre que se acababa de incorporar de su silla para saludarnos.

Tenía que ser una broma. Alec. No podía ser mi jefe. Lo miré a los ojos y una sonrisa se dibujó en su rostro, emanando seguridad y un deje de diversión.

Su imponente presencia me incomodaba, y me sentí atrapada en su intensa mirada. Mis manos se aferraron instintivamente al borde de mis vaqueros, buscando algún tipo de apoyo en aquel momento.

Capítulo 8

—Bienvenida a la empresa, señorita Thompson —pronunció con tono sereno Alec, estirando a la vez una mano en un gesto formal.
Perpleja, correspondí al apretón de manos y lo corregí:

—Señorita Cox, si no le importa, señor James.

—Hija, no dejes que te intimide en su faceta de empresario. Puede parecer un hombre muy serio, pero cuando lo conoces íntimamente, es una persona encantadora. Aprenderás mucho de él —intervino mi padre, tratando de tranquilizarme.

—No creo que me pueda aportar nada de mi interés —añadí con segundas, rompiendo nuestro contacto.

—Señorita Thompson —insistió Alec, llamándome por el apellido que sabía que me molestaba—, le aconsejo que cambie esa actitud y reciba con gusto todo lo que yo le ofrezco. Porque, lo quiera o no, aquí las órdenes las doy yo, y no se olvide que usted está bajo mi mando.

Estaba a punto de responder cuando una figura femenina atravesó la sala, ignorándonos por completo a Cameron y a mí, y dirigiéndose directamente a Alec, le plantó un beso en la boca. En ese instante, sentí como si el tiempo se detuviera. ¿Qué tipo de broma era esa?

La mujer que estaba envuelta en los brazos del abogado tenía una piel de tono oliva, suave y cuidada meticulosamente. Sus ojos profundos y oscuros emanaban una intensidad magnética, mientras su largo cabello oscuro caía en cascada sobre sus hombros, añadiendo un toque de elegancia a su presencia.

Cuando se acercó a Cameron para besarle en la mejilla en un gesto afectuoso, me di cuenta de que era pakistaní. Su presencia exótica y segura no pasaba desapercibida, dejándome intrigada y desconcertada al mismo tiempo.

—Papá, ¿esta es tu hija? —quiso averiguar la joven observando mi aspecto con desagrado.

«¿Papá?», repetí mentalmente.

—Por favor… —suplicó Cameron, sacudiendo la cabeza—. ¿En qué quedamos, Amber? Me prometiste que ayudarías a Briana a sentirse cómoda aquí.

—Disculpa, es que no me esperaba que tuviera un aspecto tan descuidado —respondió. Por primera vez, me miró a los ojos y extendió su mano, intentando mostrar cortesía. Justo cuando nuestras manos se unieron, añadió—: Mi nombre es Amber James. Bienvenida.

En ese instante, sentí como si toda la sangre se me hubiera congelado. Con un gesto rápido y casi desesperado, rompí el contacto de nuestras manos. Mi mirada se dirigió hacia Alec, esperando encontrar un signo que me confirmara que mis sospechas eran infundadas, pero sus ojos estaban perdidos en la distancia, evitando el contacto. Ese gesto me pareció terriblemente cobarde.

—¿James? —logré murmurar.

—Sí, hija, Alec es su marido —intervino mi padre, sacándome de dudas.

—Mucho gusto, Amber. Yo soy Briana Cox —respondí, manteniendo la compostura e

intentando ocultar mi turbación.

—Espero, Amber, que puedas ayudar a tu hermana a adaptarse y que la introduzcas en tu círculo de amigos —solicitó Cameron.

—Papá… —resopló ella en un gesto de protesta, enmarcando su fuerte acento inglés, similar al de Alec.

—¡Ya basta! —exclamé, elevando la voz—. No he venido aquí para jugar a la familia feliz. Cuando cancele mi deuda, me iré y jamás volveré a saber de vosotros.

—Hija, no digas eso…

—¡Joder! No soy tu hija ni ella es mi hermana, y mucho menos este tipo es mi cuñado. Yo soy Briana Cox y mi única familia está muerta.

—¡Qué desagradecida! Después de sacarte de esa miserable vida rodeada de prostitutas, te atreves a hablarle así. Sería mejor que te asignaran una cuota mensual para que pudieras vivir cómodamente en Ámsterdam. Este no es lugar para ti —prosiguió Amber, como si tuviera el derecho de juzgarme y dirigir mi vida.

Respiré profundamente, intentando controlarme antes de responder.

—Te recuerdo que yo no elegí esto. Si hubiera tenido alguna opción, jamás compartiría mi vida con personas como vosotros —repliqué con desdén—. Si me disculpáis, necesito salir de aquí; no soporto tanta estupidez.

—¿A dónde vas? —preguntó Cameron preocupado.

—Al servicio. ¿Puedo? ¿O es que tengo que pedir audiencia para ir a mear?

—No, hija, me duele que te sientas así. Será mejor que te lleve a casa. Ha sido un día demasiado largo, y un buen descanso te sentará bien. Te esperaré abajo en recepción —comentó con pesar, y yo simplemente asentí, huyendo tan rápido como mis pies me lo permitieron.

Al cerrar la puerta, me apoyé en ella y respiré profundamente, intentando recuperar el aliento. La voz de mi padre se alzaba en el despacho, reprendiendo a Amber, mientras que la de Alec también intervenía. No podía más con toda aquella situación, me superaba. Corrí por los extensos pasillos, sintiendo la mirada de cada persona con la que me cruzaba clavada en mí.

Finalmente, vi el letrero que indicaba el servicio. Entré y confirmé que no había nadie dentro de los diversos habitáculos. Abrí el grifo y mojé mi cara y nuca. Con el rostro empapado, alcé la mirada hacia el espejo y golpeé el cristal con mis puños, viendo cómo el agua recorría la superficie, distorsionando mi reflejo.

Apoyé las manos en la pileta y bajé la cabeza. Me sentía como una tonta. Todos a mi alrededor me mentían, y lo habían hecho desde mi nacimiento. No había una sola verdad en mi vida, y lo peor de todo es que se justificaban diciendo que lo habían hecho por mí. Estaba harta. Todos con sus mentiras guiaban mi vida sin darme elección.

Cogí mi bolso con manos temblorosas y húmedas, saqué el móvil y llamé a la única persona que había sido real en mi vida, Yani. Aunque no contestó. Miré la hora y supuse que estaría trabajando, pero necesitaba contarle los últimos acontecimientos desde mi llegada a la isla de Skye. Aún no había terminado de hablar cuando se abrió la puerta del servicio.

Mandé el audio y vi que era Alec. Intenté escapar, pero él me detuvo y atrancó la puerta.

—Tenemos que hablar, te lo contaré todo —dijo en un tono suave, sin embargo, su voz dejaba entrever el nerviosismo que trataba de ocultar bajo su perfil serio.

Con la mirada cargada de odio, lo abofeteé con furia y grité:

—¡Gilipollas! No tengo nada que hablar contigo, y te advierto que no te vuelvas a acercar a mí, porque contaré todo lo que pasó en Londres —lo amenacé, viendo cómo se frotaba la cara sorprendido y molesto por mi reacción.

—¡Adelante! —vociferó, sujetándome por los hombros y arrinconándome contra la pared—. Díselo a tu familia.

—Pero ¿a ti no te importa nada? —Forcejeé intentando soltarme de su agarre.

—¿Crees que mi mujer no está al tanto de que me tomo ciertas licencias en nuestro matrimonio? Por favor, claro que sí. Ella sabe que para estar conmigo debe acatar mis reglas y mis normas.

Meneé la cabeza y alcé los ojos, incapaz de creer lo que estaba escuchando. ¿Qué clase de personas me rodeaban, sin principios ni moralidad?

—Me importa una mierda el tipo de relación que tengas. Lo que me molesta es que me ocultaras la verdad. No tenías ningún derecho.

—Preciosa, no puedes reclamarme nada, porque tú no te interesaste por mi vida en ningún momento. Solo querías una noche de sexo y eso es lo que obtuviste. —Apoyó sus antebrazos en la pared, acercando nuestros rostros. Sus dedos jugaron con los mechones de mi cabello antes de seguir hablando, esta vez con un tono más ronco—: Briana, dime, ¿por qué estás tan enfadada? ¿Estás celosa? ¿O quizás es porque sabes que, a pesar de estar casado, voy a colarme de nuevo entre tus piernas?

Chasqueé la lengua y alcé los ojos ante sus provocaciones, mostrando indiferencia ante su cercanía.

—Siento tirar por tierra tus planes, pero lo único que podía obtener de ti ya lo tuve, y ya no te queda nada para ofrecerme. Así que ¡DÉJAME EN PAZ! —vociferé, intentando apartarlo, pero mis palabras solo aumentaron su ira. Con facilidad, me mantuvo presa entre sus brazos.

—Puedes hacer cuanta pataleta quieras, pero sin que yo te obligue, tú volverás a mí. Sé lo que despierto en ti —dijo a escasos centímetros de mi boca, sujetando mi mentón con su mano.

—Eso jamás, lo que pasó en Londres morirá como un recuerdo, señor James.

Mis palabras, lejos de enfadarlo, parecían divertirlo. Su pulgar acarició mis labios y su boca se deslizó por mi cuello. Realmente molesta e incómoda por ese juego al que intentaba arrastrarme, aproveché ese momento de distracción y lo empujé con fuerza. Una vez liberada, me dirigí rápidamente hacia la puerta. Pude escuchar una risa detrás de mí antes de que volviera a hablar:

—Nos vemos en casa, Briana —añadió con un gesto altanero y seguro, acompañando sus palabras con un guiño.

—Imbécil —murmuré, saliendo encolerizada.

Capítulo 9

En medio de un exuberante paisaje natural, se erguía la imponente mansión contemporánea que sería mi nuevo hogar, una obra maestra de la arquitectura moderna fusionada con la serenidad de la naturaleza. Esa residencia parecía un palacio del siglo XXI, con líneas limpias y elegantes y grandes ventanales que abrazaban la luz del día y ofrecían vistas panorámicas de los alrededores.

Rodeada por vastos jardines diseñados con un enfoque minimalista y ecológico, la mansión se integraba armoniosamente en el entorno, con terrazas ajardinadas y patios interiores que ofrecían espacios de descanso. Los jardines estaban cuidadosamente planificados para atraer a la fauna local, convirtiendo la propiedad en un refugio para la vida silvestre.

En el centro de la propiedad, un lago cristalino reflejaba el cielo y los altos árboles que lo rodeaban.

Dentro de la mansión, el personal trabajaba para mantener el hogar en perfectas condiciones. Desde los jardineros que cuidaban los jardines hasta los chefs y el personal de servicio que se ocupaban de las necesidades de los residentes, contribuyendo a crear un ambiente de lujo y comodidad.

Todos ellos me recibieron con cálidos gestos de bienvenida, pero la ausencia de la esposa de mi padre, Grace, no me pasó desapercibida. Su falta de apoyo hizo que él se sintiera incómodo y molesto. Un joven me acompañó a mi cuarto y, al abrir la puerta, me quedé atónita ante la magnificencia del lugar.

La habitación era más grande que mi apartamento entero. Una especie de sala recibidor se abría ante mí, repleta de lujosas comodidades a mi alcance. Detrás de un elegante sofá, una puerta corredera revelaba una cama de dimensiones sorprendentes, lo suficientemente grande como para acomodar a toda mi pandilla y aún sobrar espacio. La habitación quedaba bañada en luz natural gracias a los amplios ventanales, y había dos puertas adicionales.

Una de ellas conducía al baño, donde me encontré con una ducha y una bañera de hidromasaje, dos lavabos y un retrete, todo en tonos oscuros que añadían un toque de elegancia. En el cuarto contiguo, descubrí un inmenso vestidor lleno de lujosos vestidos, un tocador repleto de productos de cosmética y una amplia selección de perfumes. Todo aquello comenzó a agobiarme, era demasiado lujo y opulencia para mi gusto.

Me senté en el suelo, abrazando mis piernas mientras luchaba por recuperar el aliento. Aquella vida no era para mí, y cada vez me sentía más abrumada por la enormidad de la riqueza que me rodeaba. Pero entonces, algo familiar captó mi atención: oculto en una de las baldas más bajas, encontré mi maleta. Con lágrimas en los ojos, la abrí y hallé mis pertenencias, mis recuerdos más preciados.

Necesitaba escapar de aquel lugar. Me puse unos vaqueros negros, mis Vans desgastadas y una camiseta de tiras básica, atando una camisa de cuadros a mi cintura. Dejé mi cabello suelto y salí por la puerta.

Pronto me encontré con unas escaleras que bajaban a una enorme sala, donde mi padre estaba

enfrascado en una discusión con una mujer. Era evidente que se trataba de la madre de Amber, con los mismos rasgos que ella y una elegancia innegable. Pero sus ojos, fríos y penetrantes, transmitían una sensación de peligro inminente.

—Hija, no te detengas ahí, pasa, acompáñanos —instó mi padre, acercándose a mí con una sonrisa—. ¿Tienes hambre? ¿Quieres que te preparen algo de comer?

—No, no será necesario —respondí, pero fui interrumpida antes de poder decir más.

—Bienvenida, querida, soy Grace —dijo la mujer, aproximándose a mí con falsa cortesía y rozando su mejilla con la mía en un gesto poco sincero—. Lamento no haber podido recibirte. Hoy había una votación para la presidencia de nuestra asociación benéfica y, como siempre, fui elegida. Ver esa cantidad de personas en situaciones vulnerables me parte el corazón —explicó con una falsa empatía.

—No pasa nada, señora. No esperaba una bienvenida acogedora. Puede seguir con sus asuntos, yo solo estaré aquí temporalmente —añadí, tratando de cortar la conversación.

—Querida, ¿qué pasa con tu atuendo? ¿Por qué llevas esas prendas tan desaliñadas y de mal gusto?

—¡Cállate, Grace! —la increpó mi padre, frunciendo el ceño—. Ella puede vestirse como quiera, y tú no debes interferir en eso.

—Querido, piensa en nuestra imagen. ¿Qué pensarán nuestros amigos? La confundirán con el personal de servicio. Aunque, siendo sinceros, ellos tienen mejor gusto —comentó por lo bajo, pero lo suficientemente alto como para que lo escuchara.

—Guarda tus comentarios, Grace. Nadie te los ha pedido. Y que sea la última vez que te refieres a mi hija de esa manera tan despectiva. Recuerda que ella es tan dueña de todo esto como yo —sentenció mi padre, provocando el pánico en su rostro.

—Amor, no quería ofenderla —se retractó, acercándose a Cameron con gestos seductores y ajustando su chaqueta con delicadeza—. Pero es obvio que ella no está acostumbrada a nuestro mundo y, como tu hija, deberá aprender a comportarse en ambientes que requieren cierta etiqueta y clase.

—Hija —me llamó mi padre, alejándose de su esposa y tomando mis manos con ternura—, no le prestes atención. Puedes vestirte como quieras. Además, no me gustaría que perdieras esa frescura y sencillez que es una herencia de tu madre. Te pareces mucho a ella, tienes la misma luz. Aunque, debo decir que ella no era tan malhablada —añadió, intentando sacarme una sonrisa.

—Cameron —dije al fin, recordando que había estado a punto de llamarlo papá de manera inconsciente—, necesito pedirte dos cosas. Primero, que me cambies de puesto en la empresa. No quiero estar en una oficina.

—¿Hay algún problema con Alec? —preguntó él, mostrando cierto recelo.

—No, no… —respondí rápidamente, intentando no mostrar mis verdaderos temores—. Es solo que prefiero empezar desde abajo, como cualquier empleado sin experiencia en este mundo.

—Me siento muy orgulloso de ti, Briana. Lo tendré en cuenta y lo organizaré todo para que pases por los diferentes departamentos. Pero, al menos este mes, deberás permanecer con Alec para tener una visión general de nuestra empresa.

Asentí, aunque no había logrado mi objetivo al cien por cien, al menos había conseguido reducir el tiempo a un mes.

—Hija, ¿qué más necesitas?

—Necesito salir de aquí. Toda esta situación me está agobiando mucho. Me siento atrapada como un pájaro en una jaula de oro. ¿Hay una parada de autobús cerca o podrías llamar a un

taxi? Necesito alejarme por un rato de todo esto.

—¿Un autobús? —se burló Grace.

—A este lugar no llega el transporte público —la interrumpió Cameron, pero no tendrás problema para moverte. ¿Sabes conducir?

—Sí, pero no tengo mucha práctica. En Ámsterdam me movía en bicicleta —revelé, recordando los días más simples y tranquilos en los que vivía feliz en la ciudad holandesa.

—No te preocupes, eso no se olvida —aseguró, instándome a que caminara a su lado.

—Eso espero yo también.

Capítulo 10

Llevaba un rato intentando controlar el Mercedes Clase S que mi padre me había regalado. Ese coche, que parecía una nave espacial y costaba una millonada, estaba a mi nombre. No comprendía cómo podían derrochar tanto dinero en cosas materiales. Mi falta de experiencia al volante, combinada con las enormes dimensiones del vehículo, resultaron en algunos rasguños y abolladuras contra algún que otro muro. Todo era un desastre y ya no podía soportar más la situación en la que me encontraba, siempre fuera de lugar, con una vida impuesta que no deseaba.

Por eso, aceleré y me dejé llevar por la isla, alejándome de todo y de todos. La voz espantosa del asistente del coche no cesaba, y no sabía cómo hacerla callar. La pantalla indicaba una llamada de Yani, pero el aparato no respondía a mis órdenes. Busqué en el bolso y, cuando finalmente iba a descolgar, sentí un pequeño impacto.

—¡Mierda, mierda! —exclamé golpeando el volante al ver que acababa de meter parte del vehículo en una cuneta. Resoplé y miré a mi alrededor—. ¡No, joder! Estoy en medio de la nada…

El teléfono volvió a sonar, era mi amiga. Descolgué con frustración y hablé:

—¡Joder! Acabo de tener un accidente con el maldito coche.

—¿Estás bien? —preguntó con preocupación.

—No, no estoy bien. Bueno, es decir, no me pasó nada importante con el coche, solo lo metí en una cuneta —expliqué y escuché una carcajada al otro lado—. No te rías, amiga, no puedo más. No aguanto en este lugar, siento que me voy a volver loca. Tengo una deuda enorme que pagar y vivo rodeada de lujos. Ahora me han comprado un coche que jamás me hubiera podido permitir.

—Cálmate, estás muy nerviosa.

—Yani, no quiero nada de esto.

—Pues véndelo. Deshazte de todo lo que esté a tu nombre, y con ese dinero cancelas parte de tu deuda. Así permanecerás allí menos tiempo.

—Tienes razón, por este coche, me tienen que dar mucho dinero. Bueno, aunque ahora en este estado su valor seguro que ha decaído un poco. Pero la ropa que hay en mi vestidor la puedo vender *online* en tiendas de segunda mano.

—Ves, un problema menos. Ahora cuéntame qué fue ese audio que me mandaste antes hablando del abogado.

—Tía, que me engañó, me ocultó que era el esposo de mi hermanastra, y lo peor de todo es que vivimos bajo el mismo techo. No tenía ningún derecho. Luego apareció en el baño e insinuó que yo acabaría aceptando ser su amante. ¡Maldito engreído!

—Ese tipo es un gilipollas, tiene la mítica cara de culo de los ingleses, fríos y prepotentes. Pero lo que me preocupa es lo que tú puedas sentir por él. Jamás te habías dejado llevar así con nadie.

—No te voy a negar que me atrajo mucho, es un hombre imponente, no puedes decir que no. Pero es un auténtico narcisista insoportable, con el ego elevado al infinito.

—Ya, pero aun así sucumbiste a sus encantos… ¿Por qué?

—Yani, lo de Noah me dejó muy mal. Quería divertirme y ser una chica «mala» por una vez en la vida. Pero las cosas no salieron como yo pensaba. El tío me cae fatal, es sumamente arrogante, pero cuando me besa o me toca, me nubla los sentidos y es como si él tuviera poder sobre mi cuerpo.

—Eso es deseo y pasión. No te dejes arrastrar por esos sentimientos o te llevarán por mal camino… —me aconsejó con seriedad antes de que la llamada se cortara abruptamente.

—¿Yani? ¿Estás ahí? —Aparté el teléfono de la oreja y me fijé en la pantalla, que permanecía negra—. ¡Nooo! Y ahora me quedo sin batería…

Salí del coche y me aproximé al extremo que estaba metido en el agujero, pero no estaba solo una rueda sino que las dos. Hice un esfuerzo en vano por levantar el automóvil, pero fue imposible. Lo intenté de nuevo, sabiendo que era una estupidez lo que estaba haciendo, pero, aun así, no cesé en mi empeño. Era como si con aquel gesto saliera la frustración que llevaba días dentro de mí. Cada músculo de mi cuerpo se tensaba con el esfuerzo, pero el coche apenas se movía. Frustrada, mis manos cayeron a los costados y mis rodillas al suelo. El desamparo y la impotencia se apoderaron de mí. Era como si aquella situación fuera una metáfora de mi vida en ese momento: atrapada, sin rumbo y sin saber cómo seguir adelante.

Una voz agradable y masculina resonó cerca de mí. Estaba tan concentrada en mis pensamientos, que no fui consciente de que un coche había parado a mí lado.

—¿Te encuentras bien? ¿Necesitas ayuda?

Levanté la vista, pero solo pude divisar una silueta, ya que estaba a contraluz. El hombre, al percatarse de mi desconcierto, se aproximó y se agachó a mi lado, quedando de cuclillas. A corta distancia, percibí un aroma muy particular, agradable y fresco. Llevaba el cabello rubio muy corto, revelando la forma redondeada de su cabeza. Sus ojos, del color de la miel, transmitían dulzura con su mirada y su rostro, fino pero definido, estaba cubierto por una barba perfectamente recortada, del mismo tono que su cabello. Tenía unos labios gruesos que prometían ocultar una hermosa sonrisa.

—Gracias, pero no creo que puedas ayudarme. Ojalá mis problemas se limitaran a este estúpido coche —murmuré, golpeando el capó con frustración. Él me mostró una leve sonrisa y me ofreció su mano para ayudarme a ponerme en pie.

—¿Tan graves son tus problemas? —insistió con diversión con su mano todavía entrelazada con la mía.

—Se podría decir que me han robado mi vida.

—¡Uf! Comprendo tu desesperación. Hace tiempo me ocurrió algo similar.

—¿Y qué hiciste?

—Seguí adelante —respondió brevemente, sin entrar en detalles. Percibí que esos recuerdos aún le afectaban.

—¿Eres de aquí? —pregunté, cambiando de tema.

—Sí, pero llevo algún tiempo fuera. Soy ingeniero de caminos y, dependiendo del proyecto que acepte, paso más o menos tiempo en este lugar —explicó—. Me llamo Ian —se presentó sonriente, mostrando una dentadura blanca impecable mientras ejercía una leve presión con la mano que sostenía la mía en un gesto de saludo.

—Yo soy Briana. Nací en Irlanda, pero llevo años viviendo en Ámsterdam. Allí trabajaba como trabajadora social en el Barrio Rojo.

—Admiro a las personas que trabajan en el ámbito social. No es fácil lidiar a diario con los problemas de los usuarios. Personalmente, yo no podría hacerlo. Empatizaría tanto con esas situaciones complicadas que las llevaría a mi ámbito personal.

Sus palabras me reconfortaron enormemente; era la primera persona con la que me cruzaba en los últimos días que no juzgaba mi trabajo, sino que lo admiraba.

—Era muy feliz haciendo mi trabajo, lo voy a echar de menos. Pero tengo una gran deuda que pagar y debo cumplirla, por eso estoy aquí, sola, rodeada de desconocidos, acompañada simplemente por una sensación de frustración y vacío —expresé con pesar.

—Déjame ayudarte —pidió con amabilidad.

—¿Tienes una varita mágica y vas a resolver mis problemas? —pregunté con sarcasmo.

—No, eso te tocará hacerlo a ti, pero por lo pronto, llamaré a un amigo mecánico y le pediré que venga a recoger tu coche y que lo revise.

—Eso sería genial.

Con una sonrisa tímida, correspondí al gesto amable de Ian. Nuestros dedos se entrelazaron de manera natural, creando un vínculo instantáneo entre nosotros. Mis ojos se desviaron hacia nuestras manos aún unidas, mientras sentía cómo un sutil cosquilleo recorría mi piel. Su mirada se encontró con la mía, y en ese instante ambos nos dimos cuenta del tiempo que habíamos permanecido agarrados.

Sin decir una palabra, nos separamos lentamente, pero el calor de su mano aún se sentía en la mía. Sacó su teléfono y, con una expresión seria, comenzó a hablar. Observé cómo tomaba mis pertenencias con delicadeza, cuidando cada detalle, y las colocaba en el asiento del copiloto de su vehículo.

—Sube —indicó abriendo la puerta e invitándome a entrar.

—¿No vamos a esperar a que venga la grúa?

—No te preocupes, no tardarán, además Skye es un lugar muy tranquilo, nadie asaltaría el coche si es lo que te preocupa.

Hice lo que Ian me pidió y tomé asiento a su lado. Para mi sorpresa, en lugar de dar la vuelta en la carretera serpenteante como esperaba, continuó conduciendo adelante. Sentí un ligero cosquilleo de intriga recorriendo mi espalda, pero decidí no comentar nada. Pensé que tal vez estaba buscando un lugar apropiado para hacer el giro, mientras observaba la belleza del paisaje que se deslizaba ante nosotros.

—Ian, menos mal que apareciste. Justo antes de que llegaras, se me acabó la batería del teléfono. Habría sido imposible contactar con alguien.

—¿Por qué no lo pusiste a cargar? —inquirió con una mezcla de curiosidad y diversión.

—Porque no tengo cable —respondí, dejando escapar un suspiro exasperado, como si fuera la cosa más obvia del mundo.

Una risa escapó de sus labios antes de que pudiera contenerla, y cuando finalmente logró controlarse, continuó hablando:

—Ese coche no es tuyo, ¿verdad?

—¿Por qué lo dices? ¿Por mi vestimenta? —me defendí con cierta irritación, cansada de sentirme juzgada.

—No, no tiene nada que ver con tu ropa. Te lo preguntaba porque, si fuera tuyo, sabrías que ese coche tiene un cargador inalámbrico. Lo vi cuando recogí tus pertenencias del interior.

En ese momento, me hundí en el asiento, deseando que la tierra me tragara. Giré la cabeza hacia la ventanilla, tratando de ocultar el rubor que invadía mi rostro por el ridículo que acababa de hacer. No podía soportar la mirada divertida de Ian.

El silencio se instaló entre nosotros mientras el coche continuaba su camino.

Capítulo 11

Estaba tan absorta admirando las majestuosas montañas y sus verdes laderas, que no me di cuenta de que seguíamos subiendo sin parar. Solo cuando el vehículo se detuvo en un estacionamiento, fui consciente de nuestra parada. Miré nerviosa a mi alrededor y, al ver que Ian abría la puerta y se dirigía hacia mi lado, supe que era hora de salir.

—Esto no es el pueblo —advertí con evidencia.

—Obviamente, no —respondió con una sonrisa divertida.

—En serio, ¿qué hacemos aquí?

—Por lo poco que he podido observar, tienes una muy mala opinión de este lugar. No sé con quién te has topado, pero quiero mostrarte lo hermosa que es esta tierra. Confía en mí —dijo, extendiéndome la mano con un gesto amable.

Caminamos cerca de hora y media, mientras ascendíamos por los senderos sinuosos que serpenteaban alrededor del Old Man of Storr e Ian me conquistaba con las fascinantes leyendas que envolvían aquel lugar mágico. Hablaba de días remotos en los que los duendes danzaban entre las colinas de Skye y los gigantes de la mitología escocesa caminaban por la tierra. Cada palabra que pronunciaba evocaba imágenes de tiempos antiguos y criaturas misteriosas que habitaban las montañas.

A medida que nos acercábamos al imponente peñasco de cincuenta metros de altura, me sentía cada vez más pequeña, como una diminuta figura en comparación con la grandiosidad de la naturaleza que nos rodeaba.

Ian, lejos de conformarse con las historias que había compartido, me propuso subir hasta el mirador situado a poco más de quinientos metros de altitud. Acepté con entusiasmo y juntos emprendimos la ascensión hacia lo más alto de la montaña. Al llegar, nos detuvimos junto a uno de los lagos que salpicaban la cima, y desde allí contemplamos la majestuosidad de la isla de Raasay, que se extendía en la distancia como un sueño en la costa oeste de Escocia.

—¿Mereció la pena? —sondeó Ian detrás de mí.

—Absolutamente —respondí con convicción, con la vista perdida en el horizonte—. Podría quedarme aquí para siempre.

—Lamentablemente, eso no es una opción, pero ahora que conoces el camino, puedes volver cuando quieras —me aseguró con una sonrisa cálida.

—Gracias, Ian —dije con sinceridad, devolviéndole la sonrisa—. No solo por lo del coche, sino por todo esto. Ha sido increíble.

—Me alegra escucharlo. No quería que tuvieras una impresión negativa de mi tierra o de sus habitantes.

—Para ser honesta, no conozco a nadie aquí.

—Eso tiene fácil solución. Vamos —instó, tomando mi mano con delicadeza.

—¿A dónde vamos? —pregunté con una sonrisa traviesa mientras lo seguía en el descenso.

—A que te enamores de los lugareños —respondió con picardía, guiñándome un ojo antes de

continuar caminando.

Cuando llegamos a la capital de la isla de Skye, Portree, mis ojos se deslizaban de un lado a otro, ansiosos por no perderse ni un solo detalle de la pintoresca localidad. Estaba encantada de encontrarme en medio de las colinas, con el mar como telón de fondo. Las preciosas y coloridas casas victorianas, dispuestas en filas ordenadas, junto con el pequeño puerto, capturaron mi atención de inmediato con su encanto natural. Cada fachada era como un lienzo pintado con vivos colores que se reflejaban en las aguas tranquilas del puerto, creando un escenario digno de admirar una y otra vez.

—Este lugar es precioso —exclamé con emoción, dejando que mis ojos se perdieran en la belleza del entorno—. ¿Vamos a pasear por el puerto?

—No, esta vez no. Necesito ir al *pub*. Una de mis empleadas tuvo que regresar a Londres por un problema familiar y estamos a tope con la temporada de turistas. No quiero saturar al resto del equipo.

—No entiendo, ¿no eras ingeniero? —indagué con cierta confusión.

—Sí, lo soy, pero hace años que tengo este pequeño local aquí. Es famoso por servir el mejor *whisky* de la zona.

—¿Ese *whisky* no será de la destilería Deerloch? —pregunté dejando entrever mi preocupación.

—No, para nada. Nuestro *whisky* es un secreto de familia, lo producimos en pequeñas cantidades, solo para el *pub* y algunos lugares selectos de las Tierras Altas. No tengo relación alguna con grandes destilerías. No me interesa —aclaró, aliviando mis dudas.

—Eres una caja de sorpresas, Ian —comenté, con una sonrisa.

—Pensaba mostrarte el local, pero si prefieres volver a casa, puedo llevarte en un instante. Evan, el mecánico, me ha dicho que has destrozado las dos ruedas, y hasta mañana no podrá conseguir las de repuesto.

—No hay prisa. Vayamos al *pub* —respondí encantada. Lo último que quería era regresar a la mansión del terror y tener que compartir la cena con Alec, mi padre y sus elegantes esposas.

Cuando Ian aparcó el coche, me apresuré a desenchufar mi móvil, que se estaba cargando en el vehículo. Salí y observé la bonita decoración del local, llamado *The Last Glen* y que destacaba en la parte montañosa y marinera del pueblo. Un cartel de madera tallada con el nombre del *pub* colgaba sobre la puerta, rodeado de enredaderas y flores silvestres. El sonido de risas y música folk emanaba del interior, invitándome a disfrutar del lugar.

—¿Vamos? —preguntó con una sonrisa amable.

—Ve entrando, necesito hacer una llamada rápida y te alcanzo enseguida —le pedí, sacando mi móvil y cerrando la puerta tras de mí.

Cuando encendí el teléfono, una ráfaga de alertas de llamadas inundó la pantalla. Reconocí el número de mi padre entre ellas, así como varios contactos desconocidos y algunas llamadas perdidas de Alec. Con un suspiro resignado, decidí llamar a la única persona a quien sentía que debía informar.

—Hija, ¿estás bien? —quiso saber mi padre, respondiendo al primer tono del teléfono.

—Sí, papá, me quedé sin batería. —Un silencio sorpresivo reinó en el aire, al escuchar cómo por primera vez lo había llamado «papá».

—¿Dónde estás? —insistió, tratando de ocultar cualquier atisbo de preocupación.

—Estoy explorando la zona. Subí hasta el Old Man of Storr, es impresionante, y ahora estoy en Portree, conociendo a algunos lugareños. Me quedaré un rato por aquí.

—¿Dónde está? ¿Por qué no contestaba al maldito teléfono? —la voz enfadada de Alec se

coló en la conversación.

—Cálmate, hijo —intervino mi padre con tono conciliador—. Ella está bien, eso es lo que importa.

Un murmullo de voces se escuchó detrás de él, indicando que se estaba alejando. Finalmente, solo quedó el silencio de fondo.

—Briana, me alegra mucho que estés tratando de adaptarte al lugar. Con el tiempo, te encariñarás con esta tierra y su gente —aseguró Cameron, esforzándose en transmitirme su alegría.

—Eso aún está por verse —respondí con cautela.

—Gracias por llamarme papá. Me has hecho muy feliz.

—Tengo que dejarte, me están esperando —corté rápidamente, tratando de no prolongar el tema.

—Diviértete, hija, pero no intentes seguir el ritmo de los escoceses con el alcohol. Tenemos una resistencia especial —me aconsejó con humor, arrancándome una sonrisa.

—Adiós.

—Adiós, hija.

Capítulo 12

Cuando accedí al *pub*, me quedé impresionada por su belleza y calidez. La madera pulida y las chimeneas, apagadas en esa estación del año, creaban un ambiente acogedor. Pilares en forma de árboles y detalles marítimos recordaban la fusión entre el mar y la montaña. Pero lo que realmente capturó mi atención fue la música en directo que resonaba en el ambiente, aumentando la magia del lugar.

Ian estaba de pie junto a una joven de cabello rosa que contrastaba con su piel pálida. Sus dilataciones en la oreja y el aro en la nariz le daban un aire rebelde. No era lo que se podría considerar convencionalmente hermosa, pero irradiaba una fuerza y un carácter que resultaban increíblemente atractivos. Mientras me acercaba, pude escuchar parte de su conversación.

—Ian, esto es todo por tu culpa. ¿De verdad creíste la historia de la enfermedad del padre de Megan? Ella es una mentirosa compulsiva. Escapó como una rata de aquí para no pagarme y porque es una vaga. Sabía que con la baja médica de Colum tendría que trabajar más de lo habitual en estas fechas.

—Paige, ¿no crees que estás exagerando un poco? Inventarse una enfermedad es demasiado, incluso para ella —intentó calmarla Ian.

—No, no estoy exagerando. Megan apareció de vacaciones, te acostaste con ella y después se encaprichó de ti. Te contó una historia trágica y te conmovió. Le diste empleo y me pediste que la alojara en mi casa. Y ahora no me paga. Tanto J. J. como los chicos y yo estamos desbordados.

—Te pagaré la parte del alquiler que ella te debe. No te preocupes —le ofreció él como solución.

—No quiero dinero. Cuando regrese, la alojarás en tu casa si quieres, pero conmigo no va a vivir más.

En ese momento, decidí intervenir en la situación.

—Perdón, no era mi intención entrometerme, pero escuché lo que estabais hablando. No quiero ser indiscreta, pero puedo ayudaros en mi tiempo libre hasta que encontréis una solución.

Paige, desconcertada, preguntó:

—Ian, ¿quién es esta mujer?

—Se llama Briana y nos acabamos de conocer.

—¿No te la estarás tirando? —inquirió con sospecha.

—No, joder, Paige. Nos hemos conocido hoy —aclaró Ian.

—No es tan raro viniendo de ti. Con Megan pasó algo similar —replicó.

—Disculpad —intervine molesta—, estáis hablando de mí como si no estuviera aquí —dije, levantando las manos—. Paige, lo que Ian te dice es cierto. Me quedé varada en la carretera y él me ayudó. No busco empleo. De hecho, ya tengo uno. Simplemente quería ayudar.

Ian trató de evitar que la situación se complicara más.

—Briana, no es necesario. No estás en deuda conmigo. Además, esto se llenará de gente pronto y necesitamos ser rápidos con la comida y la bebida. No hay tiempo para enseñarte.

—Trabajé en *Starbucks* durante mi Erasmus en Ámsterdam. Sé manejar la presión —añadí convencida, haciendo que ambos estallaran en una carcajada.

—Vamos, Ian, estamos desbordados —me respaldó Paige—. Tenemos un alma caritativa que quiere ayudar. Si sabe hacer cafés, también sabrá servir cervezas.

—Está bien, pero después no te quejes si la noche se complica.

Tanto J. J. como Paige, y el resto de mis nuevos compañeros, me dieron la bienvenida al equipo y me inundaron con información sobre el funcionamiento del lugar y cómo cobrar. Fue demasiado en muy poco tiempo, pero traté de asimilarlo lo mejor que pude.

Sin embargo, había alguien más que llamaba mi atención: Ian. Desde el momento en que puso sus ojos en mí, sentí su mirada curiosa analizándome cada vez que me movía por el local.

Como me había advertido J. J., el *pub* rápidamente se llenó de gente y me vi literalmente envuelta en el caos, corriendo de un lado para otro como un pollo sin cabeza. En medio de la locura, Ian me ofreció su ayuda en varias ocasiones.

La primera vez, me enseñó cómo tirar adecuadamente una pinta del barril. Su aliento rozaba mi cuello y su mano descansaba sobre la mía mientras me lo explicaba. Sentí un extraño hormigueo en el estómago al escuchar sus palabras como susurros en mi oído.

La siguiente ocasión fue cuando me mostró cómo llevar varios platos de comida sobre mi brazo. Nuestros rostros estaban a escasos centímetros y nuestros alientos parecían entrelazarse.

Pero la situación más tensa llegó cuando intenté alcanzar una botella de *whisky* y él me sujetó por la cintura. Me pegué a su pecho, su rostro rozó el mío y su mano ascendió lentamente por mi brazo para alcanzar la bebida. Nos miramos desconcertados, pero al acto él me entregó la botella y se alejó.

Aquella situación me dejó confundida. Tenía sensaciones extrañas estando cerca de él. Ian era un chico guapo, sí, pero lo que despertaba en mí iba más allá de todo eso.

Seguí trabajando hasta que el *pub* se quedó casi vacío. Con J. J. y Paige, la química era increíble. Me reía mucho con ellos, eran como un matrimonio de ancianitos. Me gustaban; eran personas sencillas como yo, como las que estaba acostumbrada a tener cerca.

—Para ser tu primer día has estado muy bien, Briana. Déjame decirte que no tenía muchas expectativas contigo y menos después de que mencionaras lo del *Starbucks* —reconoció Paige, entregándome una cerveza.

—Tiene razón, piénsate lo de trabajar aquí, te auguro un gran futuro como camarera —añadió Ian bromeando, con un toque de ironía. Lo que provocó que yo le respondiera con un codazo.

Mis tripas empezaron a rugir con fuerza, haciendo que ambos estallaran en risas.

—Llevo todo el día sin comer —me disculpé como pude, avergonzada.

—¿Por qué no lo has dicho antes? —recriminó Ian, con una mezcla de preocupación y reproche en su voz.

—Bueno, todo pasó muy rápido y yo…

—No importa, voy a preparar algo para cenar.

—No, para nosotros no —intervino Paige—. J. J. está mal porque se reencontrará con Magnus, me lo voy a llevar a casa.

—¿Quién es Magnus? —pregunté con curiosidad, pero luego me arrepentí, apenas conocía a esas personas como para que confiaran en mí.

—Magnus era su pareja, es dublinés y cantante. Rompieron porque apenas tenían tiempo para verse, sobre todo en temporada alta. El sábado viene al local, así que imagínate, desde la ruptura, será la primera vez que se vuelvan a ver —explicó Paige, con una expresión comprensiva en su rostro.

—Este local apoya la música y el baile tradicionales, pero también a pequeñas bandas, cantautores y músicos. Por aquí pasan muchos artistas —añadió Ian, revelando una faceta del *pub* que me sorprendió gratamente.

—Bueno, nos vamos —anunció Paige—. Briana, ha sido un placer conocerte. Te esperamos mañana —se despidió con amabilidad.

—Vamos a resolver el problema de tu estómago —propuso Ian, tomando mi mano y guiándome hacia la cocina.

Estaba literalmente embobada viendo cómo se manejaba entre los fogones, su destreza era hipnótica. No es que hacer *Fish and chips* fuera muy complicado, pero él lo hacía con una maestría que dejaba sin palabras. Era la primera vez que un hombre cocinaba para mí y la experiencia resultaba fascinante.

Entre trago y trago de cerveza, él seguía con su relato mientras preparaba la comida. Me contaba cómo adquiría el bacalao de los marineros de Skye, y cada detalle de su proceso se volvía más interesante a medida que avanzaba en su narración.

Cuando terminó su cerveza, sin dudarlo, continuó con la mía como si fuera lo más natural del mundo. Por varias veces tuve que ir a por más pintas, ya que parecía no querer dejar de hablar ni de cocinar. El efecto de la cerveza empezaba a notarse en mí, pero sabía que una vez comiera, todo se pasaría.

—Toma, pruébalo, dime qué te parece. —Colocó el plato sobre la mesa donde yo estaba sentada y me entregó el tenedor junto con una servilleta.

Al probar el trozo de bacalao, mis ojos se abrieron sorprendidos. Había comido ese plato muchas veces en Irlanda, pero la verdad es que ese pescado estaba realmente exquisito.

—¡Madre mía, esto está buenísimo! —balbuceé con la boca llena, provocando una sonrisa en su rostro.

—Te lo advertí —dijo satisfecho, cogiendo otro tenedor y comenzando a picotear de mi plato.

—Bueno, yo creo que se podría mejorar, le falta algo —indiqué, llevándome más comida a la boca y haciendo que él detuviera su bocado.

—¿Qué sería eso?

—Vinagre —añadí, provocando una risa en él.

—Por supuesto —cedió, y comenzó a rociar el líquido sobre las patatas—. ¿Suficiente? —preguntó, y yo negué con la cabeza—. Cómo se nota que eres irlandesa.

—También soy escocesa —afirmé sin pensar, siendo consciente de cómo poco a poco iba interiorizando mi nueva realidad.

La cena fluyó entre risas, bromas y complicidad. Todo era perfecto, cada gesto, cada mirada, cada palabra parecía encajar como piezas de un rompecabezas. Me sentía tranquila y cómoda en su compañía, como si lo conociera de toda la vida. La confianza que había surgido entre nosotros era tan grande que me sorprendía a mí misma.

Aquel hombre, con su sencillez y su manera de ser auténtica, me iba conquistando poco a poco. Y aunque intentaba mantenerme alerta, era inevitable no dejarse llevar por la magia de la noche.

—Te llevaré a casa, seguro que estás agotada —sugirió con amabilidad.

—Puedo ayudarte a recoger todo este desastre.

Ian notó mi evasiva y preguntó directamente:

—¿Estás evitando ir a tu casa?

—Temo un poco lo que pueda encontrarme al llegar —admití con cautela—. Supongo que aún estarán despiertos.

—Quédate en mi casa, vivo aquí arriba —propuso como alternativa tomando mi mano.

—¿En… en tu casa?

Ian asintió con una sonrisa.

—Sí, estaremos más cómodos. Podrás probar el mejor *whisky* mientras te relajas y me cuentas qué es lo que tanto te aflige.

Capítulo 13

Al entrar en el piso de Ian, me sorprendió su acogedor ambiente, que reflejaba la misma calidez que el *pub*. La madera era el elemento dominante en la decoración, dándole un toque rústico y encantador.

La sala de estar era espaciosa, con tonos neutros que creaban una atmósfera relajante. Había unos grandes ventanales al final de la habitación que permitían que la luz natural entrase. Destacaba una hermosa chimenea que invitaba al descanso y, al otro lado, una barra separaba elegantemente la sala de la pequeña cocina, creando un ambiente abierto.

Sin pasillo que dividiera el espacio, desde la sala se podía acceder a un baño bien iluminado que se encontraba a un lado, mientras que al otro, estaba el despacho con varias mesas de dibujo que estaban repletas de planos y documentos. La última habitación, más apartada, era su dormitorio, donde una cama elevada sobre dos peldaños ofrecía una vista hacia una hermosa cristalera.

Después de un breve recorrido por el agradable piso de Ian, me dejé caer en el cómodo sofá mientras él se ausentaba por un momento en la parte trasera. No pasó mucho tiempo antes de que regresara con una botella de *whisky* y dos vasos en la mano.

Ian sostuvo la copa de la bebida ambarina frente a mí y su mirada se encontró con la mía.

—¿Lista para una experiencia única? —me preguntó con una sonrisa sugerente.

Asentí, sintiendo una corriente eléctrica recorrer mi cuerpo mientras mis dedos rozaban los suyos que permanecían en la copa.

—Primero, observa el color —dijo, inclinando la copa para que captara los destellos dorados. Nuestros ojos se encontraron de nuevo y en ese instante, noté una conexión intensa, como si estuviéramos compartiendo un secreto íntimo—. Luego, acerca la copa a tu nariz y huele profundamente —continuó en un tono suave, casi susurrante. Inhalé, y el aroma embriagador del *whisky* llenó mis sentidos, despertando una sensación de deseo en lo más profundo de mi ser—. Ahora, prueba un pequeño sorbo —pidió, con una mirada intensa que hacía latir mi corazón con fuerza. Tomé el sorbo, disfrutando de la suavidad del líquido acumulándose en mi boca, mientras el calor se extendía por todo mi cuerpo—. Finalmente, traga —murmuró, con la voz entrecortada. Obedecí, sintiendo el regusto que dejaba en mi boca.

Nos miramos durante un instante más, antes de que Ian rompiera el contacto visual con una sonrisa sugerente.

—¿Qué te parece? —preguntó con un brillo travieso en los ojos.

—Ha sido una experiencia embriagadora —respondí, acompañando su tono juguetón.

—¿Estás más tranquila?

—Sí, gracias a ti —afirmé, sintiendo un alivio momentáneo.

—Briana, ¿qué te ha pasado? —su voz era cálida, invitándome a abrirme.

—Que las mentiras de otros gobiernan mi vida y lo peor es que no tengo elección —confesé, dejando salir un suspiro cargado de pesar mientras compartía mis preocupaciones con él, desde

la deuda hasta los secretos familiares.

—Entiendo cómo te sientes, a mí también me engañaron y me traicionaron personas que creía que me querían.

—¿Quieres contármelo? —tanteé, con la esperanza de que compartiera su carga.

—Por qué no —dijo, tomando un sorbo de su bebida antes de sumergirse en su propia historia —. No recuerdo a mi madre, falleció cuando era un bebé. Mi padre se volvió a casar y su nueva familia se convirtió en mi refugio, hasta que la ambición de mi madrastra lo cambió todo. Pero lo peor fue enamorarme de mi hermanastra, un amor imposible que terminó en dolor y traición.

—Lo siento —expresé, sentía empatía por su dolor y dejé que mi mano reposara sobre la suya en un gesto cálido.

Ian continuó su relato, revelando los conflictos con su padre y el dolor de perderlo en un trágico accidente.

—¿La sigues amando? —pregunté, después de escucharlo.

—No. Solo siento pena por ella, está atrapada en un matrimonio sin amor, donde tiene que mendigar por migajas de atención —respondió con una mirada llena de compasión.

—Te propongo un brindis —dije, intentando romper con el aire pesado de la conversación—. Por nosotros, dos almas que buscan redención en el amor.

—Quizá nuestro encuentro sea una señal de que las cosas pueden cambiar —añadió Ian, chocando su copa con la mía en un gesto de complicidad.



La luz del amanecer se coló por los ventanales, instándome a abrir los ojos. Al moverme ligeramente, noté que estaba en una posición un tanto extraña. Al finalizar ese pequeño movimiento, observé que mi cabeza reposaba en el pecho de Ian, con mis piernas dobladas sobre el sofá y su brazo envolviéndome en un abrazo. Estaba profundamente dormido, en una postura no muy cómoda. Mantenía las piernas elevadas sobre la mesita frente a nosotros, mientras su espalda descansaba en el respaldo y su cabeza reposaba sobre la mía. Su semblante irradiaba serenidad y sus labios entreabiertos revelaban paz. Fue entonces cuando me di cuenta de la belleza de sus largas pestañas. Ian era un hombre guapo, innegablemente guapo. Pero más allá de su apariencia, era su personalidad lo que me atraía. Su calidez, su amabilidad y su sencillez eran como imanes que me acercaban a él de forma irremediable.

—Buenos días —murmuró con voz ronca, moviendo ligeramente su cuerpo como si estuviera despertando de un sueño profundo.

—Buenos días —respondí con una sonrisa, enderezándome un poco para mirarlo mejor—. Lo siento, me quedé dormida y seguro que pasaste una noche horrible.

—No te preocupes, al contrario. Hacía mucho tiempo que no dormía tan bien —dijo, acariciando mi mejilla con ternura.

Por un instante, nuestras miradas se encontraron, quedando fijas en un silencio. Su pulgar trazó una suave caricia sobre mis labios, los cuales se entreabrieron involuntariamente al contacto, mientras mis párpados se cerraban por un segundo, dejando que la calidez de sus dedos me reconfortase. Sin pensarlo, mi mano buscó su mejilla, sintiendo la áspera textura de su barba que, lejos de resultar molesta, provocaba una sensación agradable en mi piel. Entre nosotros había algo más que palabras, algo que ninguno de los dos parecía capaz de definir, pero que fluía

con naturalidad en cada gesto y cada mirada.

Sin embargo, el encanto se vio abruptamente interrumpido por el insistente sonido de su teléfono. Ambos nos separamos con premura, como si el hechizo que nos envolvía se desvaneciera de golpe, devolviéndonos a la cruda realidad. Dejé que atendiera la llamada mientras me dirigía al baño, aprovechando el breve momento de privacidad.

Cuando regresé, encontré dos tazas de té humeante sobre la mesa con una nube de leche, como a mí me gustaba. Junto a ellas reposaban dos rebanadas de pan jamaicano tostado, cubiertas generosamente con mantequilla. Un gesto tan sencillo como aquel no pasó desapercibido para mí.

—Era Evan. Tu coche ya está listo. Te acompañaré al taller —informó, mientras bebía su té.

—Gracias —respondí, saboreando la tostada.

—Termina de desayunar. Me cambio y nos vamos. Por cierto, te dejé una sudadera sobre el sillón, póntela, la mañana está fría.

Ian seguía sorprendiéndome, su constante ayuda y generosidad me desconcertaban, no estaba acostumbrada a recibir tanto sin esperar nada a cambio. Sin embargo, había observado que la gente de Skye era muy amable y cálida, era un cambio más que bienvenido.

Antes de dirigirme al taller, decidí llamar a mi padre para explicarle la situación y advertirle que llegaría tarde al trabajo. Aunque se ofreció a ayudarme, preferí desenvolverme por mí misma, y noté en su respuesta un indicio de orgullo y satisfacción.

Al llegar al taller, conversé con Evan sobre la posibilidad de vender mi coche. Él, gentilmente, se ofreció a gestionar los arreglos necesarios antes de la venta. Sin embargo, me encontré con el dilema de necesitar un vehículo para moverme debido al lugar donde vivía. Fue entonces cuando Evan me propuso comprar el coche de su esposa, un Land Rover con algunos años encima, pero en perfectas condiciones. El precio era más que razonable, y acordamos que saldaría mi deuda con el taller una vez vendiera mi Mercedes.

Después de resolver esos asuntos, me despedí agradecida de Evan e Ian y me dirigí al trabajo con prisa, consciente de que llegaría muy tarde en mi primer día. Aún me esperaba la tarea de cambiarme de ropa, pero al menos tenía solucionado el problema del transporte.

Capítulo 14

Entré en el ascensor y presioné el botón de la tercera planta, aproveché el breve trayecto para ajustar mi aspecto. Miré mi reflejo en el espejo y recogí mi cabello aún húmedo en un desenfadado moño, dejando algunos mechones sueltos para enmarcar mi rostro. Vestía un traje verde *vintage* de corte masculino, ligeramente holgado, combinado con una camiseta blanca básica y zapatillas a juego, un conjunto que oscilaba entre lo formal y lo casual, perfecto tanto para la oficina como para el *pub*.

Al abrirse las puertas del ascensor, me apresuré hacia mi destino, intercambiando saludos con las personas que encontraba en mi camino. Sin detenerme, avancé decidida hasta mi oficina, pero, al entrar, me encontré con Alec cerrando la puerta tras de mí con un gesto evidentemente molesto. «Ahí vamos con la primera discusión del día», pensé para mis adentros, anticipando lo que vendría a continuación.

—¿Dónde estuviste todo el día de ayer? ¿Y dónde diablos dormiste? —preguntó furioso, agarrándome por los hombros. Su tono y gesto me incomodaron, como si esperara que le diera una explicación, lo cual me irritaba y me ponía a la defensiva al mismo tiempo.

—¿Estás hablando en serio? ¿De verdad esperas que te dé cuentas? No me hagas reír, estas escenitas resérvalas para tu esposa —respondí con sarcasmo, sintiendo la ira crecer dentro de mí.

—Así que es eso, estás molesta y por eso te comportas de este modo —insistió él, sujetando mi mentón con su mano y elevando mi rostro para que nuestros ojos se encontraran.

—¿Pero tú te escuchas? Entérate de una vez que no eres el centro del universo. ¿Crees que por haber pasado una noche contigo estoy a tus pies? Por favor… —exclamé, apartando su mano de mi rostro con brusquedad.

—Sabes tan bien como yo que entre tú y yo hay algo más que sexo —dijo, intentando acercarse aún más.

—Entre nosotros no hay nada. No intentes confundirme y aléjate de mí, porque si no, no me dejarás otra opción que dormir fuera de casa todos los días —sentencié, firme en mi decisión de poner distancia entre nosotros.

Las intenciones de Alec se vieron interrumpidas por la entrada repentina de mi padre en el despacho, dejándolo claramente desconcertado por la situación poco habitual que presenciaba entre su yerno y su hija.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó con desconfianza, su mirada se dividía entre la del inglés y la mía.

Por un momento, reinó el silencio. Los ojos de Alec se encontraron con los míos y pude detectar el temor reflejado en ellos.

—Eso me gustaría saber a mí también. Quizá nos puedas explicar a ambos el motivo de tu comportamiento tan desmedido y exagerado —añadí, cruzándome de brazos y posicionándome junto a mi padre, desafiante.

—Cameron, comprendo que estés forjando un vínculo con tu hija, pero eres demasiado

condescendiente con ella. Tanto en la casa como en la oficina, hay normas que seguir, y no puede hacer lo que le venga en gana —declaró dirigiendo su reprimenda hacia mi padre.

—Alec, no te entrometas entre mi hija y yo, y mucho menos cuestiones mis decisiones. Si en algún momento su comportamiento dista de ser el correcto, seré el primero en hablar con ella. Pero hasta ahora, solo he visto a una joven que intenta adaptarse a su nueva vida —respondió mi padre, firme en su posición.

—No te entiendo —exclamó Alec con frustración, moviéndose inquieto por la habitación—. No sabes dónde pasó la noche ni con quién, y para colmo tiene la desfachatez de llegar tarde en su primer día de trabajo. Déjame decirte que no voy a tolerar este comportamiento. O cumple con sus responsabilidades, o no la quiero a mi lado —advirtió, con un tono amenazante.

—Perfecto, propongo que me envíes a la destilería —acepté, manteniendo mi compostura.

—¡Ya basta! Alec, mi hija es libre de entrar y salir de la casa, y con quién decida pasar la noche no es asunto tuyo. En todo caso, preocuparme solo me corresponde a mí —intervino mi padre, dejando clara su postura.

—Muy bien, como quieras. Pero te advierto que aquí en la empresa, está bajo mis órdenes, y no soy tan condescendiente como tú. Hay un horario y un trabajo que cumplir —respondió Alec girándose hacia mí—. En diez minutos te quiero en mi despacho. Comenzarás a llevar mi agenda y después me acompañarás a una reunión para cerrar el acuerdo para la muestra de *whisky* en Glasgow —concluyó, y salió con paso autoritario.

Molesta y sin poder contenerme, balbuceé por lo bajo:

—Gilipollas estirado.

—Chh —murmuró mi padre, dándome un pequeño codazo cómplice—. Hija, ten paciencia. Su matrimonio no pasa por su mejor momento. Ayer tuvieron una fuerte discusión, porque estaba muy preocupado por ti. Es bastante inusual verlo tan pendiente de alguien. Creo que te tiene en estima e intenta cuidarte.

—¿Cuidarme? En fin… —dudé, porque más bien creía que su comportamiento se debía a que no me tenía bajo su control.

—Dejemos el tema. ¿Comemos juntos? Me haría muy feliz —propuso mi padre, y no pude negarme. Sentía la necesidad de conocerlo. Algo me estaba uniendo a él; no era el monstruo que yo creía.

El resto de la mañana la pasé a la sombra de Alec, quien se mostró excesivamente exigente y autoritario, cargándome de trabajo como si estuviera castigándome por algo. Sin embargo, mi suerte cambió cuando Amber irrumpió en el despacho. Algo sucedió entre ellos, porque se marcharon sin decir una palabra. Si no hubiera sido por su inesperada aparición, seguramente me habría visto atrapada en aquel lugar, con él, hasta tarde.

El almuerzo con mi padre fue agradable. Disfrutamos hablando de temas triviales, especialmente de la isla y sus lugares mágicos. Al terminar, me dirigí al *pub*. Quería ver a los chicos, especialmente a Ian. Solo pensar en él me hacía sonreír como una tonta. Mientras iba de camino en mi coche, llamé a Yani y le conté todo, desde lo de Alec hasta el encuentro fortuito con Ian. El comportamiento del abogado le preocupaba. No le gustaba en absoluto los reclamos que me hacía, como si fuera algo suyo. Según ella, los hombres así eran peligrosos y manipuladores, y la diferencia de diez años entre nosotros me dejaba en desventaja. Temía que me estuviera confundiendo, convirtiéndome en un reto para él. Nunca lo había pensado de esa manera, y no me creía tan ingenua como para dejarme manipular así.

En cuanto a Ian, la opinión fue muy diferente. Yani notó mi ilusión y alegría al hablar de él.

Me aseguró que muy pronto enviaría todas mis pertenencias desde mi apartamento en

Ámsterdam. Debía encontrar un lugar seguro para guardarlas, ya que la casa no era una opción. Cualquiera de esas dos brujas con las que vivía podría deshacerse de mis cosas y tirarlas a la basura. Sin embargo, lo que me dejó pensativa fue su última frase: «Muy pronto tendrás una sorpresa». No tenía ni idea de a qué se refería.

Capítulo 15

En cuanto entré en el *pub*, descubrí que el ambiente era tranquilo y relajado. La mayoría del personal aún no había llegado, ya que la hora punta estaba reservada para más tarde. J. J. parecía estar de buen humor y nos propuso enseñarnos un modelito especial que había comprado para el sábado, el día en que se reencontraría con su ex. Sin perder tiempo, se dirigió al cuarto de empleados para cambiarse mientras yo me acomodé en uno de los taburetes dispuestos en la barra para disfrutar de una pinta.

—¿Sabes qué tal funcionan las páginas de venta de segunda mano? —pregunté mientras abría el buscador en mi móvil.

—¿Qué quieres vender? —se interesó Paige mirando por encima de mi hombro.

—Ropa de marca nueva que no voy a usar. Además, necesito ese dinero para saldar una deuda.

—Creo que puedo ayudarte. Mi prima tiene una tienda en Edimburgo de ropa y complementos de marca de segunda mano. Seguro que está interesada, especialmente si está sin usar. Creo que ambas os podríais beneficiar.

—Sería genial. Más tarde le saco fotos y te las mando.

—Chicas, ¿qué os parece? —J. J. irrumpió en la conversación, llamando la atención con su colorido atuendo y su distintivo bigote inglés.

—Desde luego, no vas a pasar desapercibido —comenté, provocando risas entre nosotros.

—Hola —saludó Ian, que se unió a nosotros observando a J. J. con curiosidad—. Por favor, dime que no vendrás el sábado a trabajar así a mi bar —añadió con diversión.

—Sois todos unos sosos —respondió J. J. con fingida molestia antes de alejarse de nuestra vista.

Mis ojos se encontraron con los de Ian y ambos sonreímos, olvidándonos por completo de Paige, quien estaba justo enfrente.

—Me alegra que estés aquí. Pensé que no te animarías a venir hoy —comentó Ian.

—No me lo perdería por nada —afirmé con una sonrisa traviesa.

—¿Pensáis miraros embobados toda la tarde o vais a poneros a trabajar? —interrumpió Paige con tono burlón, haciendo que me ruborizara.

—Voy a dejar la chaqueta y el bolso dentro —murmuré, escapando de allí para ocultar mi sonrojo.

El local se llenó de gente, era viernes y se notaba en el bullicio y la energía de fiesta que fluía en el ambiente. Todos nos movíamos sin descanso de un lado para otro, atendiendo pedidos y sirviendo bebidas a un ritmo frenético. Esa noche, me quedé detrás de la barra junto a Ian y, en varias ocasiones, nuestras manos se rozaron y nuestros cuerpos se acercaron de forma casi involuntaria, creando una tensión difícil de disimular. Dentro de mí, estaba naciendo una ilusión, un sentimiento que me hacía sonreír como una tonta cada vez que lo tenía cerca.

Al final de la noche, Ian se unió a unos amigos suyos de la infancia que acababan de

comprometerse y estaban celebrándolo con entusiasmo. El resto del personal nos adelantamos con el trabajo y empezamos a recoger el local. J. J. fue el primero en irse, con la excusa de que al día siguiente tenía que madrugar y quería asegurarse de tener un buen aspecto para reencontrarse con su ex.

Paige y yo nos quedamos charlando en la barra, pero esta vez lo hicimos acompañadas por una ginebra de la casa. Para ser sincera, me costaba beber alcohol sin mezclarlo con un refresco, pero allí estaba yo, tomando ginebra sin más. Disfrutaba de su compañía; me recordaba mucho a Yani, se mostraba sincera y me transmitía mucha confianza. Estaba convencida de que entre nosotras estaba naciendo algo bonito. A veces, sientes esa química especial con alguien, y me había pasado tanto con ella como con J. J.

—¿Cómo conociste a Ian? —pregunté, llevándome la copa a los labios.

—Es una historia complicada —respondió, con una expresión pensativa—. Siempre viví en el seno de una familia muy tradicional. Mi vida se limitaba a los estudios, ayudar en el negocio de mis padres y cumplir con las expectativas de un noviazgo arreglado por ellos. Pero yo no quería eso para mí. No deseaba terminar como mi hermana, casada con alguien a quien no ama, criando hijos por obligación. Entonces, conocí a J. J. en la escuela. Él era diferente, libre, y me fascinaba cómo afrontaba la vida sin avergonzarse de ser quien era. Nos hicimos muy amigos, y él fue el primero en descubrir mi secreto.

—¿Qué secreto?

—Guardaba en silencio que me sentía atraída por las mujeres. Durante años, callé esos sentimientos por miedo a la reacción de mis padres —dijo con voz temblorosa, tomando un sorbo de su bebida antes de continuar—. Un día conocí a una chica en la clase de J. J. y me enamoré. Fui correspondida, pero en una fiesta a la que me escapé, mis padres me descubrieron. Me avergonzaron frente a todos y al día siguiente ya estaban planeando mi boda para después de la graduación.

»Durante meses viví encerrada, hasta que el día que cumplí dieciocho años, decidí irme de casa. Aunque no me fui lejos, soy de Oban y no quería alejarme de mi hermana ni de mi sobrina. Como J. J. trabajaba para Ian y eran amigos, él fue quien nos presentó y así llegué a conocerlo.

—¿Y la relación con tus padres mejoró?

—No, ni mucho menos. Pensé que una vez que afrontara mi realidad, todo sería más fácil, pero, Briana, no fue así. Tuve muchas decepciones. Personas que decían ser mis amigas se alejaron de mí al enterarse de mis gustos, como si ser lesbiana significara automáticamente estar interesada en ellas.

—¡Qué tontería! —exclamé, indignada.

—Tal vez, pero es la triste realidad. La gente se muestra muy liberal, pero luego demuestra tener prejuicios.

—Te aseguro que no soy así.

—Veremos —dijo, inclinándose sobre la barra y depositando sus labios en los míos.

Fue un gesto delicado, casi cauteloso, como si estuviera explorando un territorio desconocido. En ese instante, sentí una corriente eléctrica recorrer mi piel, pero no era un impulso ardiente, sino más bien una chispa de curiosidad y complicidad.

—¿Y ahora qué? —preguntó, retrocediendo y dejándome un tanto aturdida. Era la primera vez que me besaba con una mujer y la situación me desconcertaba por completo—, ¿no temes que me gustes o que me lance sobre ti?

—Intentas alejarme haciendo todo esto por miedo al rechazo o a salir lastimada. Sabes tan bien como yo que no hay un interés romántico entre nosotras —respondí, trataba de aclarar que

no iba a distanciarme de ella.

—Briana acaba de romper todas tus teorías —intervino Ian, que apareció de repente, recordándome que no estábamos solos en el *pub*—. Creo que no la has asustado —añadió tomando un sorbo de mi bebida.

—Brindemos —propuso Paige, emocionada—, al fin voy a tener una amiga, y voy a poder ser yo misma sin miedo a que se aleje de mí —añadió chocando nuestros vasos.

—Dime, Briana, ¿por qué no termino de entender tu teoría del amor? —preguntó Ian—. ¿Piensas que la atracción no es cuestión de sexo, sino de química? ¿Para ti sería lo mismo besar a un hombre que a una mujer?

—Básicamente sí, si no hay sentimientos o atracción involucrados, sería lo mismo —contesté, sintiéndome un tanto incómoda con la conversación.

—Entonces, según tu teoría, besar a Paige y besarme a mí sería lo mismo porque solo somos amigos, ¿verdad? —continuó Ian, mientras enredaba su brazo alrededor de mi cintura acercando nuestros cuerpos.

Y antes de que pudiera contestar, nuestros labios se encontraron en un beso que encendió una chispa dentro de mí. Respondí con fervor a su dulce provocación, dejando que el deseo fluyera entre nosotros. El baile de nuestras bocas era como una melodía perfectamente armonizada, una danza de pasión y ternura. Sentí el calor de su piel mezclarse con la mía, creando una sensación reconfortante que inundaba todo mi ser.

Mis manos exploraron su cuerpo, ascendiendo con delicadeza por sus brazos, dejando un rastro de caricias en su piel. Lentamente, llegaron hasta su nuca, donde se enredaron en su corto cabello, acariciándolo con suavidad mientras nuestros labios seguían fundiéndose en un beso que parecía no tener fin.

Los aplausos y silbidos resonaron en el aire, rompiendo la intimidad del momento y obligándonos a separarnos. Nos miramos, ambos conscientes de que aquel beso había ido más allá de lo planeado. Sentí un nudo en la garganta mientras me apartaba.

Con paso vacilante, me dirigí hacia la barra y tomé un trago de la ginebra, sintiendo su ardor descender por mi garganta. Traté de encontrar algo de calma en el alcohol, pero la agitación seguía latente en mí. Evité mirar hacia la mesa donde estaban los amigos de Ian, temiendo el juicio que pudieran tener sobre lo ocurrido.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Paige, pero no me atreví a enfrentarme a su mirada. Me sentía vulnerable, expuesta ante una situación que había escapado por completo de mi control. Mis manos temblaban ligeramente mientras intentaba recomponerme, deseando que el mundo a mi alrededor dejara de girar tan vertiginosamente.

—Entonces, ¿cuál es tu veredicto sobre el beso? —escudriñó Paige, divertida, poniéndome en el punto de mira.

—Fue lo mismo que besarte a ti, sin más —respondí con escasa convicción, y llevé de nuevo la copa a mis labios.

—Yo creo que hubo una ligera diferencia, y es que yo no te metí la lengua hasta la garganta —añadió con perspicacia, provocando risas en Ian—, ni tú correspondiste de manera tan apasionada.

—Creo que debería irme —anuncié, sentía una creciente vergüenza.

—Te llevo a casa —me ofreció Paige—. Perdí la cuenta de cuántos vasos de ginebra has tomado, el beso parece haber despertado una sed inagotable en ti —bromeó de nuevo.

—Está bien, vámonos —acepté, buscando una salida, pero la figura de Ian permanecía a mi lado.

Se acercó a mí, depositó un beso en mi mejilla y susurró en mi oído:

—Mentirosa. Tu cuerpo temblaba bajo mis brazos. Yo no te soy indiferente, al igual que tú no lo eres para mí. —Se separó, me sonrió y se alejó para reunirse con sus amigos.

—Vamos —me instó Paige, tirando de mí mientras se despedía de todos con la mano.

Capítulo 16

Durante todo el trayecto a casa, las bromas de Paige sobre mi beso con Ian no cesaron. Al principio traté de restarle importancia y justificarme, pero finalmente desistí. Era evidente que Ian no me era indiferente, y lo había dejado muy claro esa noche.

Al llegar al portón de casa, noté que el rostro de Paige cambiaba. Me miró, observó el lugar y finalmente habló con voz temblorosa, como si temiera la respuesta a la pregunta que estaba a punto de hacer.

—¿Tú… tú estás relacionada con estas personas?

—Bueno, se puede decir que me acabo de enterar de que el dueño de todo esto es mi padre biológico —respondí creando todavía más confusión.

Narré con todo lujo de detalles los últimos acontecimientos de mi vida incluyendo los secretos que llevaban ocultos durante años. Paige me escuchaba con atención, pero había algo en su rostro que reflejaba temor, y no sabía muy bien por qué o qué era lo que estaba sucediendo.

—Esa es mi historia, por eso acabé en este lugar —concluí, esperando una respuesta.

—Entiendo… —afirmó, y volvió a quedarse en silencio.

—Paige, pensé que entre nosotras estaba surgiendo una amistad, te acabo de contar mi vida, esta tarde hiciste tú lo mismo y ahora siento que te estás alejando de mí, que esa confianza ha desaparecido —expresé, preocupada.

—No, para nada —intervino tomando mis manos—, esto que me contaste no cambiará nada entre nosotras. Lo que me preocupa es Ian.

—¿Por qué dices eso?

—A él le hicieron mucho daño años atrás y cerró su corazón. Es cierto que ha estado con muchas mujeres, pero nada significativo. Se pasa la vida viajando y viviendo en diferentes países, él dice que ha sido como una cura, pero yo creo que ha escapado de su dolor —explicó, había un tono de preocupación en su voz.

—Conozco su historia, él me la contó.

—¿En serio? —replicó sorprendida—. Pues déjame decirte que no suele hablar de este tema ni siquiera con sus amigos.

—Yo también le conté lo que te acabo de decir a ti.

—¿Entonces él sabe todo esto? ¿Qué te dijo? ¿Cómo se lo tomó? —Me examinó con un interés que me desconcertó.

—Pues bien, me arropó sin más —aseguré, aún algo confundida por su reacción.

—No sabes lo que me alegro —suspiró más tranquila—. Briana, a él le gustas, se nota y mucho. No lo he visto así de ilusionado con nadie, y contigo no puede ocultar ni ese brillo en sus preciosos ojos color miel ni la sonrisa bobalicona que le sale cuando te ve. Lo del beso de hoy, no es para nada un gesto propio de él. Creo que no se aguantó las ganas y te besó, utilizándome como excusa.

—¿Y la camarera del *pub* de la que hablabais el día que te conocí? —pregunté, recordando la

conversación anterior.

—No te preocupes por ella, solo se acuestan de vez en cuando, nada importante —afirmó, restándole importancia.

—Bueno, no sé yo, si repite tantas veces es por algo —expresé mis cavilaciones en alto, lo cual hizo reíra Paige.

—A ti también te gusta mucho, ¿no? —indagó con una sonrisa pícara, sabía que la respuesta era obvia.

—Después de todas las mentiras de mi vida, he vuelto a creer en alguien de la nada —confesé, sonriendo tímidamente.

—Me gusta la pareja que hacéis, pero, por favor, te pido que no lo lastimes. Otro golpe más y de esta no se recupera —suplicó con una mirada llena de preocupación.

—¿Por qué haría tal cosa? ¿De verdad me crees capaz de jugar con la gente después de lo que me hicieron a mí? —pregunté, molesta ante la insinuación.

—No, no me malinterpretes. Creo que eres una muy buena persona, pero a veces las circunstancias o el entorno en el que vivimos pueden hacer daño a las personas que queremos —aclaró, causando aún más confusión en mí.

—Paige, siento que me pierdo en esta conversación. Es como si me faltara parte de la información.

—No me hagas caso, lo único que importa es que ambos hablasteis y estáis bien. Por cierto, quiero pedirte disculpas por el beso —añadió, cambiando de tema—. Sé que lo que hice fue una soberana estupidez, pero no quería involucrarme contigo sintiendo que podíamos ser amigas y luego que te alejaras de mí. No deseo volver a pasar por eso otra vez.

—No te preocupes, yo no me voy a ir a ningún lado. Además, déjame decirte que besas muy bien —aseguré, intentando aliviar la tensión en el ambiente—. Olvidemos el tema. Me voy, ya es tarde —anuncié, antes de dejar un beso en sus labios.

—¿Y esto? —preguntó confundida por mi gesto.

—A partir de ahora, te saludaré siempre así, amiga —respondí, y le guiñé un ojo antes de salir del vehículo, sabiendo que ese gesto le daría la confianza suficiente como para no temer por nuestra amistad.

Vi alejarse el coche de Paige y caminé hacia la puerta de servicio, evitando la entrada principal. Me molestaba la estúpida norma de Grace, que insistía en que cada uno debía saber estar en su lugar, y que los empleados no debían mezclarse con los señores. Un vestigio del pasado que aún persistía en esa mansión. Por eso, prefería acceder a la vivienda por ese lugar discreto.

Cuando cerré la puerta tras de mí, la imagen del beso con Ian acudió a mi mente, y una sonrisa tonta se dibujó en mi rostro al pensar en él. Pero justo en ese momento, como un espectro, apareció Alec por la puerta de la cocina. Estaba sin camiseta, dejando al descubierto su trabajado torso, y llevaba puesto un pantalón de pijama, lo que indicaba que todos estaban en la cama.

Caminé sin dejarme intimidar por su mirada, y al llegar a su altura, balbuceé sin detenerme:

—Buenas noches.

—Espera. —Me detuvo sujetándome por los hombros, aproximando nuestras frentes—. ¿De dónde vienes? ¿Y con quién has estado? —indagó, con su respiración agitada chocando contra mi piel.

—Es tarde, y no tengo por qué darte ninguna explicación sobre mi vida —respondí tomando algo de distancia.

—Perdón —murmuró sin soltarme—. Sé que crees que mis reacciones son excesivas, pero no puedo evitar preocuparme por ti. No quiero que te lastimen de nuevo —dijo con voz entrecortada, acariciando mi mejilla—. Me importas y solo deseo verte feliz —añadió, mientras su pulgar rozaba mis labios y su rostro se aproximaba peligrosamente al mío.

—¡Ya basta! —Lo empujé—. No te preocupes por mí, estoy bien. Concéntrate en tu matrimonio y déjame en paz porque, si no dejas de acecharme, contaré todo lo que sucedió entre nosotros. Puede que a tu mujer no le importe, pero estoy convencida de que mi padre no pasará esto por alto.

—Tú acabas de llegar a la vida de Cameron, pero yo llevo años a su lado. Confía plenamente en mí, jamás pondría en duda mi palabra —replicó con arrogancia.

—¿Estás seguro, abogado? —Caminé hasta quedar pegada a su rostro—. Yo de ti no me arriesgaría, recuerda que la sangre es la sangre —concluí, alejándome con paso apresurado y dejando atrás el caos que su cercanía traía a mi mente.

Cuando llegué al cuarto, el corazón aún me latía frenético por lo que acababa de pasar. La insistencia de Alec y su constante presencia me dejaban confundida, agobiada e incómoda. No podía soportar vivir así, día tras día, con esa tensión que pesaba como una losa sobre mis hombros. Sabía que haber estado con él en Londres había sido un gran error y ahora estaba pagando las consecuencias.

Intenté en vano encontrar el sueño, pero mis pensamientos revoloteaban inquietos en mi mente. Decidí entonces sacar las fotos que le había prometido a Paige y enviárselas, como una forma de distraerme. Además, mandé varios audios a Yani, necesitaba desahogarme con alguien.

Finalmente, el cansancio me venció y caí en un agitado sueño lleno de imágenes confusas, donde me estaba casando con Ian y Alec interrumpía en el enlace, matándolo.

Capítulo 17

Esa mañana, la luz del sol ya se colaba por la ventana cuando mi padre entró en mi habitación. Con voz amable, me invitó a acompañarlos al club de golf para pasar el día. Aunque en ese momento no me apetecía lo más mínimo, sentí que debía complacerlo.

Le advertí que por la tarde tenía planes con mis amigos y él accedió encantado. Estaba feliz de que estuviera conociendo gente y adaptándome a mi nueva vida en Skye.

Cuando llegamos al club de golf, me enfrenté a una odisea. Primero, tuve que adquirir la ropa adecuada para jugar. Posteriormente, una vez en el campo, me sentí perdida entre las normas y no lograba dar una con el palo. Amber, Grace y otros acompañantes se impacientaban y se burlaban de mis intentos en susurros mal disimulados. Mi padre, sin embargo, se quedó a mi lado, apartado del grupo, intentando pacientemente enseñarme los fundamentos del juego.

—Esto es una pérdida de tiempo, este maldito palo tiene vida propia, no sigue mis órdenes —espeté con frustración, provocando que mi padre soltara una carcajada sincera.

—No te apures, nadie nace enseñado. Si quieres, puedes tomar algunas clases.

—¡Oh, no! Demasiado para mí. Además, creo que no ha sido una buena idea venir. Te agradezco que me quieras incluir en tu vida, pero yo no tengo nada que ver con todo esto que te rodea.

—Y me alegro de que sea así. Porque lo que ves aquí es todo una mentira. Pocas cosas reales hay en mi vida. Y has tenido que llegar tú para recordármelo. Te pareces mucho a tu madre, ella era igual de sencilla y valoraba a las personas por lo que eran, no por lo que tenían.

—Todavía te acuerdas de ella, ¿verdad? —pregunté al ver sus ojos vidriosos.

—Nunca dejé de hacerlo. Ella fue mi único amor y me duele que las mentiras y los secretos nos alejaran, impidiéndonos ser felices.

—No sé qué decir…

—Pues que no cometerás el mismo error que nosotros y que lucharás por la persona que amas, aunque el mundo se ponga en contra. Sigue siempre los dictámenes de tu corazón —me aconsejó, llevando sus dedos a mis pendientes y fijando la vista en ellos.

—¿Qué sucede? —sondeé al ver sus ojos vidriosos.

—Estos aros con simbología celta se los compré a tu madre cuando escapamos a Edimburgo para celebrar el Hogmanay. Cuando regresamos a Skye, se los entregué en Fairy Glen.

—Ella nunca se los quitó hasta que enfermó. Cuando me los entregó, me dijo que estos pendientes venían del Valle de las Hadas y que ellas siempre me guiarían y me cuidarían en mi camino hacia mi hogar. Ahora lo entiendo todo… —relaté, dejándome abrazar por mi padre y sintiendo cómo la emoción nos envolvía a ambos. Hablar de mi madre era doloroso pero necesario.

—Disculpad la intromisión —interrumpió Alec con voz firme, caminando hacia nosotros—. Cameron, Angus MacRae acaba de llegar, sería bueno que te reunieras con él. Descuida, me encargo yo de Briana.

—Muy bien —asintió mi padre—. Hija, te dejo en buenas manos. Alec es un excelente jugador. Pasar tiempo juntos os servirá para limar asperezas. No olvidéis que sois familia —recalcó antes de subirse al *buggy*.

—Venga, comencemos con las clases. Enséñame lo que aprendiste a hacer hasta el momento —indicó Alec.

—No es necesario. Regresa con los demás. Os espero en la cafetería.

—No lo hagas más difícil. Intentemos tener un trato cordial por el bien de todos, por favor.

—Mientras te mantengas al margen de mi vida, no habrá ningún problema. —Acepté la tregua, colocándome bien para golpear la bola, pero esta apenas avanzó un metro.

—Toma este otro palo e intenta colocarte mejor.

Se situó detrás de mí, guiándome para que colocara mi torso y mis piernas correctamente. Me pegó a su pecho, poniendo sus manos sobre las mías y una corriente nerviosa recorrió mi cuerpo; podía sentir su aliento en mi nuca y el calor que emanaba de su cuerpo contra mi espalda. Aquello no estaba bien, nada estaba bien. Intenté concentrarme en el juego y, con esfuerzo, golpeé la bola, metiéndola por primera vez en el hoyo. De la emoción, me giré y lo abracé. Fue un gesto inofensivo, pero me di cuenta de que podía generar confusión, así que me aparté rápidamente. Ambos nos miramos y una tensión extraña se generó entre nosotros.

La voz de Amber llegó desde el *buggy*, reclamando la presencia de su esposo. Verla fue un alivio. Solicitó que la acompañara, ya que se había torcido un pie y quería ir al *hall* para que se lo revisaran y le dieran hielo.

La comida fue una auténtica pesadilla. Aquella mesa elegante rodeada de desconocidos, donde todos sabían qué tenedor usar y de qué copa beber, me terminó de saturar. Tanto Alec como mi padre estaban pendientes de mí, ayudándome en todo, pero nada fluía; las conversaciones de los hombres eran todas relacionadas con los negocios, el dinero o la bolsa, y las de las mujeres, de moda o críticas a otras supuestas amigas que no estaban presentes. Pero el punto más álgido llegó cuando Amber sacó el tema de mi trabajo en el Barrio Rojo. Aquello les pareció un escándalo y me hicieron sentir como si mi padre me hubiera sacado de una favela. Estaba a punto de estallar cuando noté cómo Alec colocaba una mano en mi pierna y la acariciaba, de un modo que me incomodó. Aquello no era un gesto que me reconfortara, sino todo lo contrario. Me molestaba que me acariciara debajo de la mesa con su mujer enfrente. Ya cansada de todo aquello y sin ningún tipo de modales ni educación, me puse en pie, lanzando la servilleta sobre la mesa.

—Lo siento, papá, pero yo no pertenezco ni perteneceré jamás a este mundo de mierda que te rodea —dije sin filtro alguno, creando murmullos a mi alrededor.

—Hija, ¿a dónde vas?

—Lejos de aquí. Tomaré un taxi, no te preocupes, estaré bien, rodeada de personas como yo. —Giré sobre mis talones y no me despedí de nadie más.

De camino a casa, recibí un mensaje de Paige informándome de que su prima estaba encantada de comprarme los modelos y me reenvió los importes que pagaría por cada una de las prendas. No estaba segura de si era un buen trato, ya que no conocía bien los precios de esa ropa en el mercado. Su prima vendría personalmente el domingo a recoger las prendas, así que decidí llamarla y pedirle que viniera a buscarme, ya que mi coche se había quedado en el *pub*, y así podríamos llevar todo a su casa. Al principio se mostró reticente con la idea, pero cuando le mencioné que estaba sola en la mansión, aceptó.

Mientras esperaba y separaba la ropa, decidí hacer una videollamada con Yani, y rápidamente surgió el tema de Ian y el beso, que le había mencionado en un audio.

—¿Cómo surgió el acercamiento con el *highlander*?

—Fue… inesperado, pero no sé qué pensar al respecto —respondí, sintiendo una mezcla de confusión y emoción al recordarlo.

—¿Te gustó?

—Sí… sí, fue increíble —admití, con una sonrisa tonta en mi rostro.

Yani me lanzó una mirada cómplice a través de la pantalla y sonrió.

—Bri, ¿por qué no te quedas con alguno de esos vestidos? —propuso, señalando los modelos más sexis y elegantes—. Me puedo imaginar al escocés, con sus fuertes manos, arrancándotelos con furia de tu cuerpo —narró de manera divertida y exagerada.

—Yani, por favor, deja de leer tantas historias de *highlanders* y guerreras vikingas. Lo que aparece en los libros dista mucho de la realidad.

—No rompas mi corazón. Déjame pensar que existen hombres y mujeres con tal envergadura.

—No tienes remedio, eres una telenovelera —añadí meneando la cabeza.

—Espera, te recuerdo que te has enredado con un inglés estirado, que está casado con tu hermanastra y, para más inri, vivís todos juntos. ¡Ah, me olvidaba! Y a la vez estás comenzando una aventura con un escocés. Yo veo las telenovelas, pero, amiga, tú vives en una.

—¡Uf, Yani! —resoplé—. Cada día estoy más incómoda viviendo con él. Ayer lo de la cocina, hoy con los palos de golf, pero lo peor de todo es que se atrevió a acariciarme la pierna debajo de la mesa. Con mi padre al lado y su esposa enfrente. Esto no puede seguir así. Él me asegura que solo se preocupa por mi bienestar y cuando me lo dice, mirándome de ese modo a los ojos, lo creo, pero después hay actitudes que no me gustan.

—Lo siento, pero yo no creo en sus buenas intenciones —dijo con recelo—. Es un hombre muy astuto que se ha encaprichado de ti, y no va a cesar hasta lograr sus propósitos, que a saber cuáles son.

—Yani, no es malo. Conmigo se ha portado bien. Pienso que está acostumbrado a tener todo bajo control y esta situación se le está escapando de las manos.

—Bri, ¿qué te pasa? ¿Por qué lo defiendes? Me da la impresión de que sientes algo por él. Si es así no le des esperanzas al *highlander*.

—¡No, Yani! Ian me gusta, y mucho. Lo que siento estando a su lado es mágico. Hasta te diría que me podría acabar enamorando de él. Y con Alec es diferente. Cuando lo conocí, sentí una fuerte atracción, un deseo incontrolable. Yo no me acuerdo de él a lo largo del día, como sí me pasa con Ian. Solo me perturba cuando lo tengo cerca y me habla y me mira con la intensidad con que lo hace.

—Eso se llama deseo y pasión, Bri.

—¡Calla! Escucho la voz de Paige en el pasillo hablando con la empleada y no sabe nada de Alec —confesé para silenciarla.

Presenté a mis amigas por videollamada y, desde el primer momento, hicieron buenas migas. Ambas eran muy parecidas y congeniaron rápidamente. Entre las dos, me convencieron de quedarme con alguna que otra prenda más de las que había pensado inicialmente. Cuando finalmente cortamos la llamada con Yani, nos dispusimos a trasladarlo todo al coche.

Dejamos las prendas en la casa de Paige, que vivía junto al puerto en una pequeña casa encantadora. También me permitió guardar mis pertenencias de Ámsterdam en su bajo, pues temía que no estuvieran seguras en la mansión y cualquier día aparecieran en la basura. Además, aquel lugar era espacioso, solo había guardada una barca de un pescador del pueblo.

Después nos dirigimos al *pub*. Estaba nerviosa, las manos me temblaban y me moría de ganas de volver a ver a Ian.

Capítulo 18

El *pub* esa noche estaba a rebosar y el bullicio llenaba cada rincón. Además, el grupo de la expareja de J. J. tuvo una excelente acogida entre los presentes. Magnus, un dublinés de carisma innegable, despertaba simpatía por donde pasaba, y se notaba que aún tenía sentimientos por mi amigo J. J. Era evidente que su amor aún seguía latente, aunque el tiempo y la distancia los separaran.

Como homenaje a su tierra, Magnus decidió entonar una canción mítica en los *pubs* de Dublín: la famosa *Molly Malone*. En ese momento, me sorprendió invitándome a acompañarlo en la interpretación. Al principio me resistí, sintiendo mucha vergüenza, pero conforme pasaban las estrofas, esa sensación se desvaneció.

Con emoción, me uní a Magnus en el estribillo, dejando que mi corazón recordara mi amada Irlanda:

A-live a-live O! A-live a-live O!
Crying cockles and mussels alive a-live O!
A-live a-live O! A-live a-live O!
Crying cockles and mussels alive a-live O!

El entusiasmo contagió a todos y, al final, aquel *pub* parecía transportarnos directamente a las calles de Dublín, con todos gritando al unísono la pegadiza canción.

Otro momento inolvidable de la noche llegó con la música tradicional irlandesa, cuando nos lanzamos a la pista de baile. Mis pies seguían el ritmo, pero mi atención estaba centrada completamente en Ian.

En medio de la música alegre, nuestros ojos se buscaban una y otra vez, transmitiendo un lenguaje silencioso de complicidad.

El baile se convirtió en un juego de atracción, donde cada movimiento acercaba nuestros cuerpos y cada mirada intensificaba el deseo que había estado creciendo entre nosotros.

—Vámonos —propuso, deteniendo nuestros movimientos con un brillo especial en sus ojos.

—¿A dónde? —pregunté, expectante y agitada por la emoción que se reflejaba en su voz.

—Quiero llevarte a un lugar muy especial para mí —explicó, tragando saliva y sin dejar de mirarme. Asentí, sujetando su mano con firmeza, mientras nos escabullíamos entre la multitud, ansiosos por estar juntos.

Nos montamos en su SUV y con una sonrisa arrancó el coche, inmediatamente mi rostro se contagió con la misma expresión. Colocó una mano sobre mi regazo y de manera instintiva puse la mía encima, sintiendo un cálido cosquilleo al contacto. Antes de hablar, lo miré, buscando en sus ojos la complicidad que siempre parecía existir entre nosotros.

—¿A dónde me llevas? —insistí con curiosidad, observando el paisaje nocturno deslizarse más allá de la ventana.

—¿No confías en mí? —respondió sonriendo, desviando la mirada brevemente hacia mí.

—Por raro que parezca después de los últimos acontecimientos de mi vida, he vuelto a creer en las personas, y todo gracias a ti —dije con sinceridad, notando la emoción en sus ojos.

—Me alegra escuchar eso, porque no pretendo engañarte —confesó.

Nuestro viaje transcurrió en un cómodo silencio, entremezclado con miradas cómplices y sonrisas tontas que no necesitaban palabras para expresar lo que sentíamos.

Fue entonces cuando mis ojos captaron un cartel que anunciaba nuestra llegada a Waternish. Ian estacionó el coche junto a una pequeña casa tradicional de piedra y tejado de pizarra. La atmósfera era mágica, como sacada de un cuento de hadas, donde lo humano y lo natural se entrelazaban en perfecta armonía.

—Bienvenida a mi rincón especial —anunció, extendiendo los brazos y envolviéndome en un abrazo.

—¿Qué es este lugar? —pregunté impresionada, sintiendo cómo la brisa erizaba mi piel.

Me describió sus paisajes pintorescos, sus acantilados escarpados que se asomaban al mar y sus campos verdes salpicados de ovejas. Y me contó la historia de la comunidad local, sus tradiciones arraigadas y la calidez de su gente.

Mientras caminábamos hacia la casa, me reveló un secreto: tenía su pequeña destilería de *whisky* en ese lugar. Explicó cómo había aprendido el arte de la destilación y cómo había perfeccionado las recetas de sus ancestros a lo largo de los años. Aquella casa, que parecía tan modesta desde el exterior, era su refugio secreto, donde se retiraba para estar solo.

Ingresamos en la vivienda y me quedé maravillada por su acogedor interior, decorado con muebles rústicos y detalles de la cultura local. Era evidente que ese sitio significaba mucho para Ian y me sentí honrada de estar allí con él.

—No me estarás mintiendo y este es tu lugar secreto para impresionar a tus conquistas —dije bromeando, aunque una parte de mí se preguntaba si podría ser cierto.

—Briana, eres la primera persona que traigo aquí —aseguró con sinceridad, y sus ojos reflejaron una vulnerabilidad que me sorprendió—. Aunque no lo creas, es mi refugio, y no quería que estuviera impregnado de recuerdos con nadie. —Caminó hacia un mueble y tomó dos vasos y una botella de lo que imaginé que sería *whisky*.

—¿Y por qué yo? —pregunté, dejándome caer en el sofá mientras lo observaba.

—No lo sé, lo sentí así y lo hice —confesó, y tomó asiento a mi lado.

—Seguro que es hermoso a la luz del día.

—Desde el faro hay unas vistas espectaculares de las auroras boreales, pero en esta estación no se ven. Cuando sea época, te traeré y pasaremos la noche bajo el colorido cielo.

—Nada me gustaría más —afirmé, sintiendo una sensación que nacía desde lo más profundo de mi ser y se extendía por todo mi cuerpo.

—Briana, ¿te gustaría pasar la noche conmigo y mañana disfrutar del día juntos aquí en Waternish?

—Sí, Ian —respondí, llevando mis manos a su rostro y acariciando su barba antes de inclinarme hacia él. El beso fue suave al principio, pero pronto se volvió apasionado, como si nuestros labios estuvieran destinados a encontrarse. No podía aguantar más ese sentimiento que crecía a cada momento que estaba a su lado, como si estuviera siendo arrastrada por una corriente que nos unía cada vez más.

Ambos perdimos el juicio en el momento en que nuestros labios se rozaron. Nuestras lenguas se buscaron con desesperación, elevando el beso a otro nivel, en lo que todo lo que nos rodeaba quedaba en un segundo plano.

Sus manos, cálidas y suaves, exploraron la piel descubierta de mi espalda. Sentí cómo cada

caricia ascendía lentamente, deslizándose bajo la tela de mi camisa blanca, que llevaba anudada a mi cintura. El roce delicado de sus dedos despertaba sensaciones que recorrían todo mi cuerpo.

Sin dejar de besarme llevó sus manos a mis nalgas y me incorporó lo suficiente como para arrastrarme hacia su cuerpo y dejarme sentada a horcajadas sobre su regazo. Su boca descendió por mi cuello, saboreando cada pedazo de mi piel, mientras su dureza se hacía más notoria entre mis piernas. Atrapó de nuevo mis labios, al mismo tiempo que sus manos poseían mi cuerpo, para acabar envolviendo mis pechos. Mi lengua se entrelazó con la suya, respondiendo de manera apasionada al percibir cómo estimulaba mis pezones por encima de la fina tela que los cubría. Una de sus manos descendió lentamente por la piel descubierta de mi abdomen. Desabrochó el botón de mi pantalón vaquero y deslizó sus dedos dentro de mi ropa interior. Creí enloquecer cuando noté que aquellos dedos se perdían en mi humedad. Sus caricias expertas y certeras exploraban cada rincón con habilidad. Los gemidos que salían por mi garganta se ahogaban en la boca de Ian, quien no dejaba de aumentar el ritmo de sus movimientos, preso del placer que me estaba proporcionando. Sentía que no podía más, mi cuerpo se estremecía descontrolado bajo su contacto, hasta que mis músculos se contrajeron irremediablemente, antes de sentir una fuerte sacudida que se extendió desde la parte baja de mi abdomen hasta el resto del cuerpo.

Ian me rodeó con sus brazos, sosteniendo mi cuerpo que temblaba como la gelatina, completamente inestable después del orgasmo. Con su firme abrazo, me sentí un poco más segura, pero al mismo tiempo, el miedo por mis sentimientos me asustó. Era consciente de lo mucho que me importaba en tan poco tiempo. Temía profundamente entregarme completamente y volver a salir lastimada.

—Ian, tengo que decirte algo —balbuceé con voz tímida mientras mis manos se aferraban a su largo cuello, sintiendo su mirada clavada directamente en mis ojos.

—Bri, ¿qué sucede? —preguntó preocupado al notar mi semblante serio.

—Creo… creo que me estás empezando a gustar mucho, por eso no quiero actuar de manera impulsiva contigo, tú no eres como los demás —confesé desviando la mirada hacia abajo.

Ian tomó suavemente mi barbilla, elevando mi rostro para que volviera a mirarlo.

—Me hace muy feliz escucharte decir eso, porque tú ya me gustas mucho —respondió, y se acercó para besarme de nuevo.

—Espera —lo detuve, rompiendo el contacto—, tengo mucho miedo de que acabes siendo como el resto y me engañes.

—Bri, jamás lo haría. Te estás convirtiendo en una persona muy importante para mí.

—Eso espero, porque corro el peligro de enamorarme de ti.

—Escúchame bien, hace años me rompieron el corazón, y solo fui un títere en un juego de ambición. Desde entonces no me quise involucrar con nadie más. Pero algo cambió el día que te conocí. Quiero dejarme llevar por esto que siento y, por primera vez en mucho tiempo, deseo establecerme aquí en Skye, y eso solo es por ti —confesó jugueteando con mi nariz en un gesto tierno.

Tiró suavemente de mis caderas y nuestros labios se unieron en un beso que fue cobrando intensidad. Era como si siempre nos hubiéramos pertenecido el uno al otro. Los besos de Ian desencadenaban en mí una mezcla indescriptible de relajación y excitación, una sensación única que jamás había experimentado con nadie más.

Capítulo 19

Cuando abrí mis ojos, me encontré recostada a lo largo del sofá, envuelta en una ligera manta y con un par de cojines mullidos bajo mi cabeza. La última imagen que había quedado grabada en mi mente antes de caer dormida era la de Ian sosteniéndome entre sus brazos, compartiendo besos y recuerdos de nuestra infancia. Sus palabras resonaban en mi cabeza: «Bri, no tenemos prisa. Quiero que me conozcas bien y no tengas temores a mi lado». Aquellas dos frases marcaron la diferencia. Aunque el deseo entre nosotros no dejaba de crecer, no quería repetir los mismos errores que había cometido con Noah o Alec. Los sentimientos que Ian despertaba en mí trascendían el mero deseo y la pasión.

El sonido de la puerta abriéndose me sacó de mis pensamientos, y levanté la mirada para ver a Ian entrar con cestas llenas de comida. Un delicioso aroma inundó la sala, haciendo que mi estómago gruñera en señal de hambre.

—Buenos días —saludó, depositando las cestas en la mesa de café antes de tomar asiento a mi lado y recibir un dulce beso en los labios.

—¡Qué maravilla despertar así! —exclamé con una sonrisa.

—¿Cómo? —preguntó mientras disfrutaba del contacto.

—Contigo a mi lado, lejos de todo y con esta deliciosa comida —respondí, antes de corresponder a su beso y dirigirme directamente al pastel de *haggis*.

—Si planeas que sigamos durmiendo juntos, propongo que a partir de ahora busquemos un lugar más cómodo que el sofá, porque voy a acabar con la espalda rota —añadió en tono bromista, desatando risas en ambos.

—Voy a preparar té para acompañar estas delicias. ¿Por cierto, de dónde has sacado todo esto?

—En esta zona hay varias granjas y tengo muy buena relación con los Gregor. Ellos se encargan de cuidar la casa en mi ausencia. Mary prepara estas delicias y la mayoría de los alimentos que utiliza son cultivados por ellos.

—Este sitio es un verdadero paraíso —comenté, entregándole una taza humeante de té.

—Lo es, por eso quiero que lo conozcas. Pasaremos el día fuera, con comida, bebida y nuestra compañía.

—Me encanta —solté, y en un gesto espontáneo, nuestros labios se unieron en un beso cargado de ternura, sellando nuestro acuerdo con el sabor del té.

Por la mañana, tuve el privilegio de visitar la pequeña destilería de Ian, un lugar que, aunque nada se parecía al imponente negocio de mi padre, irradiaba una calidez y familiaridad que lo convertían en algo único y especial.

Después de la visita, me llevó a recorrer la zona, presentándome a algunos de los amables lugareños que habitaban en aquel rincón de Escocia. Nuestra exploración culminó con una caminata por los acantilados hasta llegar al faro. Sentados juntos, contemplamos el horizonte e Ian compartió conmigo las fascinantes historias de batallas y conflictos entre clanes que habían

tenido lugar en aquellas tierras.

Con el sol del mediodía, Ian me llevó hacia una pequeña cala oculta entre las rocas, un refugio secreto donde poder amarnos apartados de todos.

Dejamos nuestras prendas en la arena y nos aventuramos hacia la orilla, sumergiéndonos desnudos en la frescura del océano. Nuestras risas y susurros se mezclaron con el sonido del mar, creando una melodía única. Cada caricia, cada roce, era como un fuego que avivaba nuestra pasión. Con nuestros cuerpos entrelazados, dejamos que nuestras manos se encargaran de aliviar esa necesidad que se había creado entre nosotros. Con su boca poseyendo la mía con desesperación y exigencia, aceleré los movimientos de mi mano, sintiendo la suavidad de su miembro entre mis dedos. Pero de repente, sin previo aviso, una sacudida lo invadió y derramó toda su semilla entre nosotros.

Mi cuerpo no tardó en imitar sus pasos, mis músculos se contrajeron y mis muslos aprisionaron su mano mientras la tensión acumulada finalmente estallaba, dejando escapar un gemido que resonó en el ambiente.

Después de ese baño juntos, nos tumbamos en la arena, con el sol acariciando nuestra piel y el sonido de las olas como fondo musical.

La tranquilidad del momento se vio interrumpida por el insistente zumbido de mi teléfono. Lo encendí en el faro para enviar un mensaje a mi padre, informándole de que no llegaría hasta la noche y que estaba explorando la isla. Lamenté no haberlo apagado, pues suponía que era Yani, tan insistente como siempre. Parecía estar al tanto de cada detalle de mi nueva vida, como si estuviera siguiendo cada paso de una novela turca.

—¡Uf! No va a parar hasta que le coja —comenté con un suspiro, deslizándome suavemente hacia un lado para alcanzar el móvil que había dejado en mi pantalón.

Mi sorpresa fue mayúscula cuando, en la pantalla, el nombre que vi no fue el de mi amiga, sino el de Alec. Un nudo de molestia se formó en mi estómago mientras cortaba la llamada con rapidez. Sin embargo, el teléfono volvió a sonar con insistencia, como si tuviera vida propia. En un impulso de frustración, mis movimientos se volvieron bruscos y, con gesto decidido, apagué el teléfono y lo lancé sobre la ropa esparcida en la arena.

—Bri, ¿qué sucede? —preguntó, y se sentó también en la toalla a mi lado.

—Es de mi casa —resoplé, sintiendo la tensión acumulada en mis hombros—, hay personas que son realmente molestas y parece que se divierten complicándome la vida.

—Estás temblando, ponte mi sudadera —sugirió, preocupado por mí.

—Voy a acabar teniendo una colección de tus sudaderas en mi cuarto —añadí, tratando de aliviar la situación con un toque de humor.

Ian sonrió y me rodeó con sus brazos.

—Bri, ¿quieres hablar de ello? —infirió con suavidad, buscaba comprender lo que me preocupaba.

—No, no voy a permitir que esa persona estropee este momento. Solo quiero disfrutar de tu abrazo —respondí, girando mi rostro para besar sus labios con ternura y buscando refugio en su cuerpo.

El sol se deslizaba lentamente hacia el horizonte mientras Ian y yo contemplábamos el atardecer desde la playa, compartiendo una cerveza. Entre risas y bromas, nos divertíamos jugando como dos niños pequeños, disfrutando del momento mientras el día llegaba a su inevitable fin, y, con él, nuestra escapada idílica.

El regreso a la realidad llegó con el viaje de vuelta a Portree. Nos despedimos con un beso apasionado frente a mi coche, estacionado delante del *pub*. Pero lo que parecía ser un adiós

rápido se convirtió en una serie de besos prolongados, como si ninguno de los dos quisiera irse. Aunque sabíamos que nos volveríamos a ver al día siguiente, la sensación de vacío ya se hacía presente, como si las horas hasta nuestro próximo encuentro fueran interminables.

Mientras ascendía por la carretera hacia mi casa, un coche detrás de mí comenzó a hacerme luces y a pitar insistentemente. Confundida, verifiqué el panel de control y no detecté ninguna anomalía. Antes de comprender lo que sucedía, el vehículo me adelantó bruscamente, obligándome a desviarme hacia la cuneta y pisar el freno con fuerza para evitar un accidente.

Cuando logré recuperarme del susto, lo vi. Alec se acercaba hacia mí con rostro enfadado. Abrí la puerta molesta, lista para enfrentarlo de una vez por todas.

—¿Pero a ti qué te pasa? Podíamos haber tenido un accidente —lo encaré, empujándolo con frustración.

—¿Qué te pasa a ti por la cabeza para enredarte con ese imbécil? ¿Te has acostado con él? —Me sujetó por los hombros y me zarandeó con brusquedad—. ¡RESPONDE!

—¡Estoy harta de que te metas en mi vida! ¡Déjame en paz! —gruñí, soltándome de su agarre con fuerza.

—Si no quieres que me entrometa en tu vida, deja de enredarte con hombres que no te merecen —insistió con voz áspera.

—¿Y quién me merece, tú? —pregunté desafiándole, buscando respuestas que sabía que no quería escuchar.

—No lo entiendes, a ese hombre no le importas, solo te está utilizando porque eres la hija de Cameron —añadió con amargura.

—¡Cállate! No quiero escucharte más —exigí, y me tapé los oídos en un gesto de frustración, tratando de bloquear sus palabras cargadas de odio.

—Briana, solo intento protegerte. Yo lo daría todo por ti, porque te… —su voz se quebró antes de poder terminar la frase.

—¡No sigas! —lo interrumpí, sintiendo un nudo en mi garganta—. Alec, déjalo ya, no me vas a convencer de que Ian es una mala persona. Confío en él y no voy a alejarme porque me gusta, me gusta mucho. Despierta en mí unos sentimientos que jamás había sentido antes.

Tras mi confesión, Alec corrió hacia su coche y salió a toda velocidad, dejándome atrás con un mar de dudas y realmente confundida.

Capítulo 20

Esa mañana, mientras me dirigía a las oficinas, recibí una llamada de Evan, el dueño del taller mecánico. Me informó de que un vecino de Applecross, el señor Wilson, estaba interesado en adquirir mi vehículo tal como estaba. Sin dudarlo, concertamos una cita para discutir los detalles. Además, tuve la suerte de que Alec no había ido a trabajar esa mañana; aparentemente, se encontraba enfermo. Esta situación sorprendió a mi padre, ya que era la primera vez que faltaba al trabajo desde que lo conocía. Aunque nadie cuestionó su palabra, su ausencia en la cena familiar fue un alivio para mí, especialmente después del altercado que habíamos tenido en la carretera.

La cena transcurrió en silencio. Amber se retiró rápidamente para acompañar a su esposo, y Grace, quien claramente no disfrutaba con mi presencia, se excusó diciendo que estaba muy cansada. Así que disfruté de la compañía de mi padre a solas. Se interesó por mi adaptación en la isla, y le conté con entusiasmo sobre las personas que había conocido, incluido un chico que había despertado mi ilusión. Aunque era demasiado pronto para hablar de romance o relación, estaba ilusionada. Vi que la alegría en sus ojos era genuina, y eso me hizo sentir bien. Por primera vez desde que nos conocimos, me dejé envolver entre sus brazos, y así permanecimos durante un buen rato hasta que me quedé dormida, sintiéndome protegida y amada.

El señor Wilson resultó ser el dueño de un complejo turístico. El hombre, un tanto arrogante, se confió pensando que podría adquirir mi coche a un precio muy inferior. Y quizá lo habría logrado si no fuera por Evan, quien me hizo señales negando con la cabeza en dos ocasiones. Wilson intentaba hacerme creer que me estaba haciendo un favor, y eso me molestaba profundamente. Decidí cancelar la venta en ese preciso momento, y fue entonces cuando su oferta subió considerablemente. Vi un gesto afirmativo en el rostro de Evan, lo que me dio la certeza de que estaba tomando la decisión correcta. No perdimos el tiempo; nos dirigimos al notario, firmamos los papeles y se realizó la transferencia a mi cuenta.

Cuando fui al banco a solicitar un talón de cheques, me sorprendí al ver también el dinero de la prima de Paige ingresado en mi cuenta. El domingo había ido a por los vestidos y estaba muy contenta con la adquisición. Nunca pensé que mi cuenta bancaria pudiera albergar tanto dinero, aunque fuera de manera transitoria.

Para mi sorpresa, no fue difícil realizar estas transacciones. De hecho, sin necesidad de mentir, en casa sacaron sus propias conclusiones. Pensaron que el Mercedes seguía en reparación y que el coche con el que andaba era uno de reemplazo. Es más, hasta Grace me pidió que lo devolviera, diciendo que era una chatarra y que había muchos otros vehículos en la mansión. Con la ropa pasó algo similar: creían que estaba remodelando el armario. ¿Pero qué clase de locura era esa? Esas personas estaban tan acostumbradas a la riqueza que apenas notaban la ausencia de las cosas que estaban a su alrededor.

Antes de regresar a la oficina, hice una parada en el *pub* y llamé a la puerta de la casa de Ian, pero no estaban ni él ni su coche. Esto me inquietó bastante; la noche anterior había estado

esperando un mensaje de texto, aunque no recibí nada. Supuse que el trabajo en el *pub* había sido más complicado de lo que se imaginaba. Cuando me metí en la cama, fui yo quien le dio las gracias por nuestra escapada. Sin embargo, al despertar al día siguiente, no había señales de él. Lo había visto, pero no me había respondido. Todo era muy extraño.

Al llegar a las oficinas, me percaté de que Alec ya se encontraba allí. Tras un momento de duda, decidí acercarme a su despacho. Toqué a la puerta y, al escuchar su invitación, entré con paso cauteloso, sintiendo un ligero temor ante lo que pudiera surgir de ese encuentro.

—Buen día, espero que te sientas mejor —saludé con amabilidad y cordialidad, intentando suavizar nuestras desavenencias.

—Lo estoy, gracias —respondió sin mirarme, su tono era cortante y su atención estaba en otro lado—. ¿Necesitas algo? —preguntó bruscamente, deteniendo los movimientos de su bolígrafo y clavando sus ojos en mí.

—Antes de nada, quiero aclarar que aproveché tu ausencia para resolver unas gestiones pendientes. La verdad, no creí que fueras a venir.

Se levantó de su asiento y caminó hacia mí con el bolígrafo en la mano, haciendo movimientos repetitivos que me pusieron nerviosa, hasta que se detuvo enfrente de mí y se apoyó en la mesa.

—Briana —habló finalmente con un semblante serio y una voz firme—, no es necesario que me des ninguna explicación. La verdad es que me importa ya muy poco tu falta de profesionalidad e implicación en esta empresa. Hoy hablaré con tu padre y le pediré que te recoloque en otra área. Pero yo no voy a seguir lidiando con una joven inmadura que no se toma nada en serio. Yo trabajo con profesionales.

—¿Esto es por lo de ayer? ¿Es una venganza o algo así porque no te hice caso? —pregunté, tratando de entender sus motivos.

Él se aproximó lentamente hasta quedar casi pegado a mi cuerpo, permaneciendo en silencio por unos segundos que parecieron una eternidad antes de hablar.

—Ayer intenté advertirte, pero no me quisiste escuchar. Serás tú quien pague las consecuencias de tus decisiones. No me entrometeré más. Y la decisión que he tomado es estrictamente profesional. No tolero a las personas que no son capaces de dar lo mejor de sí en los proyectos en los que se comprometen. No estoy acostumbrado a trabajar con fracasados, sino con personas exitosas y ambiciosas.

Apreté mis puños, molesta por lo injusto que estaba siendo y por sus palabras despectivas.

—Me parece una decisión muy acertada, señor James. Soy una persona sencilla y no ambiciono nada. Está claro que nuestras prioridades son muy diferentes. Y espero que cumpla su palabra, no solo en el ámbito laboral, sino también en lo personal. Me agota su insistencia permanente —respondí con rencor, observando cómo mis palabras le afectaban. Su mandíbula permanecía apretada y sus ojos azules se oscurecieron claramente.

—Puede retirarse, señorita Cox —me instó a irme con frialdad, señalando la puerta.

—¿Señorita Cox? —interpelé sorprendida, al ser la primera vez que me llamaba por ese apellido.

—Disculpe, pero no está a la altura de ser una Thompson —añadió antes de regresar a su mesa.

Salí de allí furiosa, dando tras de mí un portazo que reflejaba mi irritación. Sentía el calor de la indignación arder en mis mejillas mientras recogía mis cosas con gestos bruscos. No podía soportar permanecer un segundo más en ese lugar donde había sido menospreciada y humillada más allá de lo tolerable.

Con el teléfono en la mano, busqué alguna noticia de Ian, pero me encontré con un audio de Paige. Me pedía que fuera al *pub* lo antes posible; había una sorpresa preparada para mí. Mi semblante cambió en un instante. Sin perder tiempo, le respondí rápidamente. A mi cabeza solo acudía la imagen de Ian. Estaba convencida de que él estaba detrás de todo.

Capítulo 21

Cuando entré en el *pub,* J. J. me recibió con una sonrisa misteriosa y me indicó que mirara hacia el final de la barra. Mis ojos se abrieron de par en par ante la sorpresa. Nunca habría imaginado lo que vería allí.

Yani, al verme, corrió hacia mí y nos fundimos en un abrazo. Durante un instante, me pareció surrealista, pero al mirarla a los ojos varias veces, me di cuenta de que era real.

—¿Qué haces aquí? —pregunté aferrándome a sus manos con sorpresa.

—Mi vida en Ámsterdam estaba siendo demasiado aburrida, y parece que en esta isla ocurren cosas muy interesantes, así que me uní a la diversión —respondió Yani con un guiño travieso, dejando entrever una sonrisa que iluminaba su rostro.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar? —indagué mientras tomaba asiento en uno de los taburetes del *pub*.

—Pues se puede decir que de manera indefinida. Pedí mis vacaciones en la fábrica de cerveza, pero me dijeron que no podían concedérmelas, así que decidí solicitar una excedencia.

—Estás loca, lo sabes, ¿no? Pero me hace muy feliz que estés aquí. Te he extrañado mucho —le dije sinceramente, sintiendo la emoción inundar mi voz.

—Bueno, ya veremos cuánto tiempo puedo mantener esta aventura. Necesito encontrar un trabajo. Mi economía es la que es, ya sabes —explicó Yani con una nota de preocupación en su voz.

—No sé si te interesa, pero aquí en el bar tenemos un puesto vacante. Necesitamos una camarera, hay una persona de baja y otra que se escapó. Briana nos estuvo ayudando, pero no es suficiente —propuso Paige, mirando hacia J. J., quien asintió en confirmación.

—Yani, te encantará trabajar aquí. El ambiente es genial. Pero no deberíamos adelantarnos sin preguntarle a Ian. Además, es raro que no esté por aquí —mencioné con disimulo, buscando respuestas a su ausencia.

—Ian está atendiendo unos asuntos en Inverness —explicó Paige, aunque desvió la mirada, lo que hizo saltar mis alertas. Estaba ocultándome algo—. Pero en su ausencia, tanto J. J. como yo tomamos las decisiones. Si tu amiga quiere, puede empezar a trabajar en el local.

—Claro, claro, ahora mismo si es necesario —aseguró Yani con entusiasmo.

—No, instálate hoy y mañana, si te parece bien, empiezas —propuso Paige de manera comprensiva.

—Vamos a casa para acomodarte y así conoces a mi padre —dije con entusiasmo.

—Bri, lo siento, pero me voy a quedar en un hotelito, hasta que encuentre algo para alquilar. Me alcanzó con conocer al estirado del abogado inglés y el menosprecio con el que me habló. No estoy dispuesta a dejarme humillar por nadie, y no quiero que tengas problemas por mí.

—Yani, no puedes vivir de hoteles, y lo sabes. Ven conmigo. No permitiré que nadie te trate mal. Además, mi padre no es malo.

—Permíteme que dude de la bondad de esa gente —respondió Yani, cuestionando mis

palabras.

—Creo que yo os puedo ayudar —interrumpió Paige, llamando nuestra atención—. Me quedé sin compañera, y el alquiler para mí sola supone un gasto importante. Si quieres, puedes vivir conmigo.

—Sí, me encantaría —aceptó Yani con efusividad, abrazándola y dejando a Paige descolocada.

—Paige, no hagas la estupidez del beso con ella —le supliqué, aún recordaba el momento en que me había besado.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó curiosa Yani.

—Soy lesbiana. ¿Tienes algún problema con eso? —tanteó Paige con frialdad, creando un escudo.

—Soy bisexual. ¿Es eso un problema para ti? —contestó Yani dejando a la camarera desencajada, y J. J. y yo estallamos en risas. Eran tal para cual.

—Paige, se me ocurre una idea. Ella trabajó en una fábrica de cerveza como guía. Quizá podría tomar mi lugar en la destilería, haciendo los *tours*. Así yo pasaría más tiempo con Magnus, ahora que hemos vuelto —sugirió J. J.

—Por mí no hay problema, pero sabes que Ian es muy receloso con la destilería. Esa decisión tiene que ser aprobada por él. Esperemos a que regrese y lo vemos —respondió Paige, y noté la tensión al mencionar a Ian.

—Por cierto, mañana llegan tus cosas, Bri —informó Yani, cambiando por completo la conversación.

—Van a quedarse en casa de Paige. Entre las dos le vamos a invadir la vivienda —anuncié riendo.

—Paige, si te parece bien, mañana me instalo en tu casa, así no pierdo el dinero de esta noche en el hotel.

—Cuando quieras puedes venir, es tu casa ahora.

—Yani, quiero que conozcas a mi padre. Por favor, hazlo por mí. Le mandé un mensaje y le informé de que habías venido. Te invitó a casa, pero dije que te quedarías en otro lugar, y para que te sientas más cómoda, nos propuso cenar fuera.

—Está bien, Bri, lo haré por ti. Pero no me motiva en absoluto conocer a una persona que te trajo aquí con chantajes.

Una vez nos despedimos de Paige y J. J., nos dirigimos fuera del *pub*, esperando a que mi padre viniera a recogernos.

Yani se inclinó hacia mí, curiosa.

—Bri, necesito saberlo todo. ¿Qué está pasando realmente? —preguntó con impaciencia, apenas esperando a que estuviéramos lo suficientemente lejos para empezar a indagar.

Respiré profundamente, preparándome para compartir los detalles de los últimos acontecimientos con mi amiga.

—Hay tantas cosas que necesitas saber… —comencé, con un hilo de voz cargado de incertidumbre, mientras intentaba organizar mis pensamientos.

—Pues empieza por hablarme del *highlander*, pensé que lo iba a conocer. ¿Dónde está?

—Eso me gustaría saber a mí —murmuré, desbloqueando la pantalla de mi móvil y pasándoselo para que viera las fotos del día anterior.

Yani inspeccionó meticulosamente las imágenes y a continuación me miró con una sonrisa pícara antes de devolverme el teléfono.

—¡Cómo está el *highlander*! —exclamó, haciéndome reír—. ¿Qué tal es en la cama? —

preguntó juguetona, y recibió un codazo de mi parte.

—No lo sé.

—Bri, no te creo, habla ya.

—Te lo juro, no pasó nada, solo hubo algún que otro tocamiento, nada más.

—Venga ya, tienes un tío así ¿y te conformas con eso?

—No lo entiendes, este chico me gusta, me gusta mucho. No sabes cómo fue estar con él a solas. Me da miedo involucrarme tan rápido, no quiero que pase lo mismo que con Noah o con Alec.

—¿Por qué me hablas del imbécil del abogado?

—Ayer, al regresar, tuvimos un enfrentamiento en la carretera. Se puso como loco e insinuó que Ian me estaba utilizando. No le creí, pero ahora no sé qué pensar. No sé nada de él desde ayer, ni siquiera contestó a mi mensaje.

—No te rayes, amiga. Seguro que el *highlander* tendrá un motivo por el que está ausente.

—Ojalá. Por ahí viene mi padre —dije, adelantándome y saludándolo para que nos viera.

La noche tomó un giro inesperado cuando mi padre nos invitó a cenar en un encantador restaurante local, especializado en pescados frescos y en sus sabrosas parrillas de vegetales. Su elección no solo nos sorprendió, sino que también nos hizo sentir cómodas, especialmente a Yani, quien agradeció el gesto de tener en cuenta un menú que no incluyera carne, pues mi amiga no era muy amante de esta.

La velada transcurrió entre platos exquisitos y una conversación amena. Mi padre mostró un lado más relajado, vistiendo de manera informal y compartiendo anécdotas de su juventud que nos hicieron reír a carcajadas.

La tensión inicial que mi amiga sentía hacia él se disipó gradualmente. Interesado en conocernos mejor, mi padre nos animó a contarle cómo nos habíamos conocido y cómo había sido nuestra amistad hasta el momento. Sorprendentemente, fue Yani quien tomó la palabra primero, compartiendo su historia con una sinceridad que me dejó paralizada.

Durante su relato, mi padre colocó su mano sobre la mía, expresando su apoyo de una manera que me conmovió profundamente.

—Hija, perdona. Creo que colocarte en la administración de la empresa ha sido un error —comenzó a hablar, con un tono cargado de sinceridad mientras jugueteaba con la servilleta—. Tu verdadera pasión radica en ayudar a otras personas.

—¿A dónde quieres llegar, papá? —pregunté, curiosa ante su enfoque inusual.

—Quiero hacerte una propuesta —dijo mirándome directamente a los ojos—. Te propongo que emprendamos un proyecto juntos, algo que refleje tu verdadera vocación.

Mi corazón comenzó a latir más rápido ante su misteriosa sugerencia.

—¿De qué se trata?

—Imagina esto: creamos nuestra propia fundación social. Utilizaremos los recursos que destinábamos a colaborar con otras asociaciones para construir algo que esté dirigido por ti. Tendrás un gran desafío por delante, pero estoy seguro de que valdrá la pena —explicó con entusiasmo, dejando entrever la confianza que depositaba en mí.

—¡Sí, claro que sí! —exclamé antes de separarme y abrazar a mi amiga, que también estaba radiante de alegría.

—No hay más que hablar, hagámoslo juntos —propuso, y colocó de nuevo su mano sobre la mía con cariño.

—¿Qué te parece si la llamamos Fairyloch en honor a mamá? —sugerí, recordando su amor por las historias de hadas y su pasión por bañarse en los lagos.

Mi padre pareció abrumado por los recuerdos, pero asintió con una sonrisa.

Estaba feliz: volvería a trabajar en lo que amaba, mi mejor amiga estaba a mi lado y había conocido a un chico increíble. Todo parecía encajar perfectamente.

Capítulo 22

—Me gustaría que me prestarais atención, quiero notificaros una decisión que he tomado —dijo mi padre con tono firme, captando la atención de todos en la mesa.

—Alec y Briana, pensé que ibais a trabajar bien juntos, pero me equivoqué. Vuestra relación es muy tensa, y con vuestras desavenencias, no hacéis más que crear murmullos en la empresa.

Mi móvil, que permanecía sobre la mesa, comenzó a vibrar. Era Ian. Quería cogerlo, necesitaba hablar con él, pero mi padre estaba en mitad de un discurso y no quería interrumpirlo. Con rapidez, corté la llamada y me di cuenta de que los ojos del abogado permanecían sobre el teléfono. Este volvió a sonar y me quedé paralizada, sin saber qué hacer.

—Briana, o atiendes el teléfono o lo apagas —me advirtió con molestia Alec, en un tono cargado de irritación—. Tu padre está hablando, pero parece que te importa muy poco como todo lo que tiene que ver con la empresa y con esta familia. —Furioso, levantó la servilleta de su regazo y la tiró sobre la mesa.

—¿Pues sabes qué? Que tienes razón, no me interesa ni el mundo empresarial, ni esta casa, ni los lujos, ni ninguno de vosotros. Si estoy sentada en esta mesa, es por él —expliqué señalando a mi padre—. Quiero darme y darle la oportunidad de que nos conozcamos, pero está claro que esto no funciona.

—Cálmate, hija —me rogó mi padre al ver que me iba a levantar—. Todos tenemos que poner de nuestra parte. Sabía que con Amber y Grace las cosas iban a ser más complicadas, pero no contaba con que tú también fueras un problema, Alec. Viviste de cerca el dolor que padecía por tener lejos a mi hija y creí que al menos tú me allanarías el camino.

—Cameron, te juro que lo he intentado, pero Briana me lo pone muy difícil —se excusó mirándome de manera acusatoria.

—Querido. Alec, bastante ha hecho —intervino Grace defendiendo a su yerno—. Tu hija no está ni estará a la altura, ni de la empresa ni de esta casa.

—¿De qué altura me habla, señora? —Me incorporé apoyando ambas manos en la mesa e inclinándome hacia adelante en modo intimidatorio—. Tanto su hija como usted son un par de parásitos que se pasan el día sin hacer nada mientras disfrutan de los lujos que les proporcionan sus maridos. Y lo peor de todo es que se creen con la autoridad moral para hablar de otras personas. ¡Patético!

—Te estás pasando. Con esta actitud estás lastimando a tu padre. ¡Siéntate! —ordenó Alec tirando de mi brazo.

—Suéltame, maldito arrogante. Tú a mí no me das órdenes, te lo he dicho una vez y te lo vuelvo a repetir ahora. Así que no me provoques, porque si no…

—¿Si no qué, Briana? —respondió retándome, clavando sus ojos llenos de ira en mí.

—¡Basta! —gritó mi padre, golpeando la mesa—. Quiero que os sentéis todos.

A regañadientes, Alec y yo obedecimos y todos centramos la atención en mi padre.

—Briana es mi hija, no una invitada, y como tal os pido comprensión y que la tratéis como un

miembro más de esta familia. No olvidéis que todo lo que es mío también es de ella, desde las propiedades hasta la empresa. Desde que llegó, vosotras dos la habéis menospreciado y humillado con vuestras amistades en el club de golf. Y tú, Alec, no te has esforzado nada por entenderla. Esperaba más de ti, hijo —añadió con decepción.

»He decidido que mi hija tendrá no solo un lugar en esta casa, sino en la empresa. Abriremos una fundación que dirigirá ella. Es una excelente trabajadora social, eso me consta, y estoy seguro de que hará un gran trabajo a cargo de este nuevo proyecto, que no solo mejorará la vida de personas, sino también la imagen de nuestra empresa.

—¡¿Te has vuelto loco?! —gritó Grace con indignación—. Yo me encargo con mis amigas de la beneficencia. El dinero que Deerloch destina a estos eventos es muy significativo.

—Grace, puedes seguir con tus actividades, pero desde este momento la empresa tendrá su fundación.

—¡Bravo, papá! —aplaudió Amber—. ¿Y será ella quien lleve las finanzas? Porque dista mucho de estar preparada. Entiendo que quieras ganarte su cariño, pero no a costa de Deerloch que, además, te recuerdo, está a punto de entrar en bolsa.

—El tema de entrar en el mercado de valores no está decidido, Amber. No quiero que se saquen paquetes a la venta de acciones de una empresa que siempre fue familiar —respondió incómodo.

—Pues, querido, déjame decirte que tú no puedes decidir ni lo de la bolsa ni lo de la fundación. Yo me opongo a esto último. Ya puedes buscarle otro entretenimiento a tu hija —concluyó Grace con satisfacción.

—Pues yo voto a favor —irrumpió Alec, descolocándonos a todos—. Creo que es una oportunidad muy buena para la imagen de Deerloch, y más cuando nos planteamos entrar en bolsa. Grace, tienes que pensar con objetividad, y Amber, cariño, por las finanzas no te preocupes. Si es necesario, me ofrezco a supervisarlas.

Escucharlo decir que sería parte de mi proyecto social me tensó. No podía tenerlo metido en mi trabajo, en mi casa y en todos los lados. Tenía claro que no podría participar en esto si él se unía al equipo.

—Gracias, Alec, por el apoyo —afirmó mi padre, incorporándose y palmeando su espalda en un gesto de agradecimiento—, pero las finanzas de la fundación las llevaré yo personalmente hasta que mi hija tenga el dominio completo. Esto es algo que quiero compartir con ella. Espero que lo entiendas.

—Claro que sí —respondió no muy satisfecho—. Por cierto, Cameron, tengo que viajar a Glasgow —anunció con seriedad—. No solo tenemos que aprobar el proyecto de la nueva tienda, sino que también conseguí una reunión con uno de los socios del grupo Conffine para negociar el contrato de nuestro *whisky* para su prestigiosa hotelera en México.

—Muy bien hecho, pero quiero que Briana te acompañe. Nosotros os alcanzaremos para el día de la muestra de *whisky*.

—No —dijimos los dos al unísono, y nos miramos desconcertados.

—Por primera vez, os ponéis de acuerdo —rio abiertamente, colocando una mano en mi hombro y otra en la de Alec—. De verdad necesito que liméis asperezas.

Después de la firme decisión de mi padre, tomé mi teléfono de la mesa y me levanté sin despedirme, saliendo hacia el exterior de la mansión. Con gestos rápidos, desbloqueé el dispositivo y marqué el número de Ian. Un tono. Dos tonos. Tres tonos. «Venga, contesta», supliqué, sintiéndome muy inquieta. Al cuarto tono, finalmente, descolgó.

—Hola, Briana —saludó en un tono frío, utilizando mi nombre completo en lugar del usual

diminutivo «Bri» que solía emplear de manera cariñosa.

—Ian, ¿está bien todo? —pregunté con una pizca de temor.

—Necesitamos hablar, es importante.

Las palabras y el tono de su voz aumentaron mi preocupación.

—Estoy disponible ahora mismo, ¿nos vemos?

—Perfecto. Te espero en mi apartamento —respondió, colgando el teléfono sin despedirse.

Con mi dedo suspendido en el aire, me detuve unos segundos antes de tocar el timbre. Un presentimiento ominoso se apoderó de mí, instándome a que no cruzara esa puerta, que corriera lejos, muy lejos. Bajé la cabeza, dejando que mi dedo presionara el pulsador. El sonido breve pero intenso inició mis peores presagios.

La puerta se abrió lentamente, revelando el rostro serio y demacrado de Ian. Parecía como si no hubiera dormido en días, el brillo en sus ojos estaba apagado y su sonrisa, que solía iluminar su rostro, había desaparecido. Me miraba de una manera que me resultaba inquietante, distinta a cualquier otra vez.

—Por favor, pasa. —Extendió las manos en un gesto que me invitaba a entrar.

Seguí sus indicaciones y antes de que la puerta se cerrara tras de mí, Alec la detuvo, pero no estaba solo. A su lado se encontraba Amber. En ese momento, las miradas de Ian y Alec chocaron en un duelo lleno de hostilidad. Ambos mantenían los puños apretados y las mandíbulas tensas, como si estuvieran conteniendo un gran odio. Por su parte, Amber parecía nerviosa, su rostro reflejaba una mezcla de tristeza y anhelo. Me sentía desconcertada ante esa situación. ¿Qué significaba todo aquello?

Ian perdió el control, gritando y empujando a Alec y Amber con fuerza.

—¡Fuera de mi casa! —rugió con los nervios a flor de piel.

—¡No me toques, imbécil! —replicó el inglés devolviendo el empujón—. No nos moveremos hasta que te desenmascaremos delante de Briana. Pensabas que podrías jugar con ella, ¿eh?

—Ian, ¿qué está pasando? —pregunté llena de temor, pero él no respondió, dejándose caer en silencio contra la pared.

—Es un maldito cobarde —agregó el socio de mi padre con desprecio y resentimiento.

—¡Ya es suficiente! ¿Qué pretendes, Alec?

—Protegerte, pero no me escuchas, así que será Amber quien te lo explique. Ella también ha sido una víctima, al igual que tú.

Amber tomó la palabra, con una expresión cargada de dolor y remordimiento.

—Nuestros padres se casaron cuando éramos jóvenes. Lo que comenzó como el afecto y la complicidad entre dos niños se convirtió en un amor juvenil, emocionante por ser algo prohibido. Pero con el tiempo, ambos fuimos a la universidad y ya no pasábamos tanto tiempo juntos. Para mí, todo se enfrió gradualmente.

»Cuando comencé las prácticas en la empresa de tu padre y conocí a Alec, me enamoré perdidamente. Era un hombre, no un niño, y me ofrecía cosas que Ian nunca podría darme. Nuestra relación se había roto y él nunca lo superó. Buscó venganza y destruyó nuestra familia por todos lados. Su padre estaba tan decepcionado que lo desheredó. Ni siquiera se hablaban cuando él murió.

Mientras escuchaba esas duras palabras de Amber, mis ojos se desviaron hacia Ian, quien lentamente se deslizó por la pared hasta caer al suelo, con la cabeza entre las manos.

—Briana, lamentamos mucho que hayas tenido que enterarte así de todo. No podíamos permitir que jugaran contigo. Ahora nosotros somos tu familia y queremos cuidarte y protegerte —explicó Alec con un tono suave, tratando de consolarme.

—¿De qué me estáis protegiendo? Yo no tengo nada que ver con esta historia —respondí frustrada y confundida.

—¿No lo entiendes? Ian solo quiere recuperar parte de la empresa, la que su padre no le dejó, y te está utilizando para lograrlo —añadió Amber con seriedad.

—Nosotros no sabíamos que nuestras familias tenían un nexo —expliqué, confundida y abrumada por todo.

—Por favor, no te engañes. Toda la isla sabía quién eras antes de que llegaras. No sé qué te hizo creer, pero te aseguro que nada de lo que te dijo es verdad. Quiere Deerloch a toda costa y tú solo has sido un medio para sus propósitos. Míranos, Briana —dijo Amber, haciendo un gesto con su dedo para señalarnos a ambas—. No tenemos nada en común, ¿crees de verdad que él se fijaría en ti? Lo siento, pero nunca me olvidó. Es mejor que lo sepas ahora, antes de que te ilusiones con un futuro que no va a existir.

—Ian —caminé hacia él, temerosa y con los ojos llenos de lágrimas—, dime que todo esto es mentira. Que jamás me utilizaste y que tus sentimientos eran reales.

Ian levantó la cabeza y con los ojos húmedos se despidió:

—Vete, Briana. No quiero volver a verte a ti o a tu familia nunca más.

Esas palabras se clavaron en mi corazón como un puñal. Sentía que el aire me faltaba y el dolor era tan intenso que pensé que caería al suelo en cualquier momento. Pero saqué fuerzas de donde pude y salí corriendo, sin detenerme.



Unos golpes suaves resonaron en la puerta de mi alcoba y, antes de que pudiera responder, la puerta se abrió con cautela. Mi padre entró con paso silencioso, con una expresión preocupada que no lograba ocultar. Cuidadosamente, tomó asiento en el borde de mi cama, dejando que su espalda descansara contra el cabecero. Sus ojos, llenos de ternura, se posaron en mí mientras extendía una mano para acariciar mi cabello con suavidad.

—Hija, ya me han contado lo sucedido. ¿Cómo te sientes?

—No quiero hablar —respondí con la voz temblorosa, incapaz de contener mis lágrimas.

—¿Hay algo que pueda hacer para que te sientas mejor? —quiso saber, depositando un beso en mi frente e intentando transmitirme su apoyo.

—Necesito a mi madre, pero ya no está aquí para abrazarme y decirme que todo va a estar bien.

—Lo sé, cariño. Desearía que ella estuviera aquí también. Pero recuerda que estoy yo contigo, y también cuentas con tu mejor amiga. ¿Quieres que la llame para que venga a hacerte compañía?

—No, no. Hoy era su primer día de trabajo. No puedo hacer que cambie sus planes por otra decepción en mi vida.

—Ven aquí. —Extendió sus brazos y me atrajo hacia él, acunándome mientras se recostaba en la cama—. ¿Qué te parece si nos quedamos así, en silencio? —propuso, para ofrecerme un refugio donde dejar salir mi dolor.

Entre sus brazos, recordé todo lo que había sucedido. Después de que Amber y Alec me trajeran a casa, me encerré en mi cuarto y el teléfono no tardó en sonar. Eran Yani, Paige y J. J., los tres mostraban su preocupación por mí. Me reconfortó saber que mis nuevos amigos también

estaban ahí para mí, a pesar de que las cosas con Ian no estaban bien y él ya no formaba parte de mi vida. Los tres insistieron en que me fuera a casa de Paige para animarme, pero decliné la oferta. Si la aceptaba, sabía que Ian estaría en nuestras conversaciones y no quería volver a saber de él. Había creído en él y me había decepcionado. Por eso, les pedí que nunca más mencionaran su nombre delante de mí.

Ahora que me fijaba, ya era de noche. Supuse que entre lágrimas me había quedado dormida. Sentí cómo mi padre secaba mi rostro y me daba besos en la cabeza. Cada gesto parecía decir que lamentaba el tiempo que no había estado a mi lado, como si tratara de compensarlo con muestras de cariño.

Capítulo 23

Al día siguiente, me mantuve encerrada en mi habitación, apenas tocando la comida que mi padre gentilmente traía y retiraba casi intacta. Su decisión de quedarse a mi lado fue un gesto que agradecí profundamente; de alguna manera, su presencia me reconfortaba en medio de la decepción que estaba viviendo. Solo se ausentó para ir a la oficina cuando mis tres amigos vinieron a casa, haciendo todo lo posible por levantar mi ánimo.

Durante su visita, noté una complicidad especial entre Paige y Yani, un pique un tanto extraño que no pasó desapercibido para mí. Busqué una explicación en la mirada cómplice de J. J., quien simplemente sonrió, dejando entrever que algo estaba surgiendo entre ellas. Temía que, al compartir trabajo y vivienda, esos juegos terminaran causando estragos. Era evidente que Yani había venido a Escocia en busca de diversión, y por lo que parecía, ya la había encontrado.

Cuando se marcharon, mi padre me anunció que tenía una sorpresa preparada para animarme. Con mi pijama puesto, lo seguí por la casa hasta el altillo, donde había un viejo sofá y varios trastos antiguos que añadían un toque acogedor al lugar. Nos sentamos y pronto una de las empleadas subió con un par de bandejas de comida. Encendió un antiguo televisor y colocó una cinta de vídeo en el reproductor. Recordé haber tenido uno de esos aparatos en casa, aunque su uso era más bien escaso. De hecho, cuando era niña, logré hacer funcionar el vídeo después de varios intentos, pero las imágenes que aparecieron en la pantalla no eran adecuadas para mí. A pesar de ello, quedé atrapada por la visión que ofrecían. Mi padre, Darragh, me había reprendido duramente aquel día, y tanto el aparato como las cintas habían desaparecido para siempre de nuestra casa.

—Hija, ¿estás sonriendo? —preguntó mi padre, sorprendido al ver mi gesto.

—Verte con esa cinta de vídeo me hizo recordar un momento de mi infancia —confesé con una sonrisa nostálgica.

—Pues te prometo que lo que te voy a mostrar también te hará feliz. No puedo hacer que tu madre regrese, pero sí que puedas verla.

—¿De verdad? —comenté entusiasmada, mis ojos brillaban de emoción.

—Sí, pero primero debes comer. Ese es el trato —advirtió entregándome la bandeja con la comida.

El vídeo mostraba uno de sus cumpleaños, y en él pude ver a mi abuela. Su rostro dejaba vislumbrar la maldad que habitaba en su alma. Había varias personas adultas, elegantemente vestidas, junto con otros adolescentes y niños que probablemente fueran hijos de los presentes. Mi madre apareció en las imágenes, trabajando en la celebración con un uniforme ridículo. Eran evidentes las miradas entre ella y mi padre; no me sorprendía que mi abuela los hubiera descubierto, pues su rostro los delataba.

Mi madre, preciosa, irradiaba un aura misteriosa. No era difícil comprender por qué mi padre se había enamorado de ella. Parecía un hada, con una belleza enigmática que atrapaba la mirada de todos.

Sin embargo, fue la imagen de un chico cercano a mi padre la que captó mi atención. Era sorprendentemente similar a Ian: alto, delgado, con labios carnosos y una mirada penetrante e intensa. Aunque Ian llevaba el cabello extremadamente corto y barba, el hombre en la imagen tenía el cabello rizado e iba afeitado.

—¡Para el vídeo! —ordené, lo que desconcertó a mi padre.

—¿Qué sucede?

—¿Quién es el hombre que está a tu lado? —pronuncié, dejando entrever mis sospechas.

—Brodie MacDonald, mi mejor amigo y socio —respondió con seriedad.

—El padre de Ian, ¿verdad?

—Sí.

—Papá, ayer Amber y Alec dijeron muchas cosas acusando a Ian y este, para mi sorpresa, no se defendió. Creerás que soy una tonta, porque a pesar de que me engañó, me dolió ver cómo toda la historia de su pasado le afectaba tanto y lo dejaba tan vulnerable.

—Hija, eso solo demuestra tu buen corazón. —Sujetó mis manos y las besó—. Me duele que ese joven siga cargando con la culpa por estar distanciado de Brodie cuando este murió. Me gustaría ayudarlo y haber estado a su lado como desearía su padre, pero él me alejó.

—Papá, ¿qué fue lo que sucedió?

—Nunca pensé que iba a tener que hablar de esto contigo, pero las cosas siempre pasan por algo, y no solo es Ian quien carga con la culpa, sino que yo también lo hago.

—Por favor, dime toda la verdad, esta vez no me mientas —supliqué, y él asintió.

—Cuando Brodie se quedó viudo, conoció a Grace. Ella era camarera de planta en el hotel que solíamos frecuentar en Londres. Generalmente, él era quien viajaba y se ocupaba de la producción del *whisky*, mientras que yo me encargaba de las finanzas y la administración de la empresa. Sus viajes se hicieron más frecuentes y un día anunció que se iba a casar. Grace y su hija se mudaron a Skye, y ella comenzó a trabajar en la empresa. Los tres siempre tuvimos una relación muy cercana. Sin embargo, con el tiempo, las discusiones en su matrimonio se volvieron más frecuentes.

—Dime que no le robaste la esposa a tu amigo.

—No, hija, no fue así. Un mal día, mientras yo estaba ultimando unos detalles en el barco de la empresa para una recepción, Grace llegó destrozada. Comenzamos a beber y, no sé muy bien cómo, acabé en la cama con ella. Brodie nos sorprendió y se enfadó.

—Normal que se enfadara, ¿qué esperabas? ¿Cómo pudiste hacer eso? —lo acusé, sintiéndome molesta por sus actos.

—No lo sé, no había bebido tanto, pero parece que no me sentó bien y no fui muy consciente de lo que hacía. Jamás habría querido lastimar a Brodie; era mi mejor amigo y yo ni siquiera estaba interesado en Grace.

—Pues te has lucido —reproché, molesta—. ¿Qué pasó después?

—Él estaba muy decepcionado conmigo y con su mujer. No solo quería divorciarse, sino también romper la sociedad. A mis espaldas, estaba planeando asociarse con una destilería irlandesa. Lo descubrí porque el día que tuvo el accidente y las turbinas de su avión fallaron, estaba viajando para reunirse con ellos.

—¿Por qué te casaste con Grace si no la amabas?

—Me sentía muy culpable. Quería protegerla a ella, a Amber y a Ian, pero sobre todo porque estaba embarazada y ese hijo era mío, ya que llevaba meses sin tener relaciones con su esposo.

—¿Y el bebé?

—Tuvo un aborto al regresar de la luna de miel —respondió con la voz entristecida.

—¿Qué sabes de Ian?

—Supe que se quedó destrozado cuando Amber lo dejó. Desconocía la relación entre ellos. Grace me lo contó; dijo que había sido un romance adolescente y que él se había obsesionado con su hija. Nunca lo hubiera imaginado de Ian; siempre fue un joven muy centrado y sensato. Aunque es cierto que, con la muerte de su padre, perdió un poco el control y arremetió contra Grace y Amber al darse cuenta de que su padre no lo había tenido en cuenta en la herencia.

—Entonces, Alec tenía razón. Él solo estaba conmigo porque pensaba que podía recuperar Deerloch.

—No lo creo. Pienso que lo que le dolió no fue el tema del dinero, sino darse cuenta de que su padre no lo había perdonado.

—¿Por qué estaban enfadados?

—Brodie ambicionaba que él tomara su lugar, pero Ian no estaba interesado en el mundo del *whisky*. Su padre accedió a que estudiara Ingeniería de Caminos con la condición de que, al terminar, se involucrara en la empresa. Pero lo de Amber y la guerra con Grace hicieron que se distanciara y abriera un *pub* en el pueblo, lo que provocó aún más el enfado de Brodie.

—Pero yo conocí su pequeña destilería —aprecié confundida.

—Sí, creo que la abrió en honor a los MacDonald, queriendo mantener vivo de algún modo su legado. Trabaja con las recetas familiares y debo decir que tiene mucho talento; si quisiera, su *whisky* podría llegar muy lejos. Le propuse que trabajara para nosotros, pero no quiso. Pensó que quería robarle las recetas de su familia, cuando mi único propósito era ayudarlo, aunque él me odie y me considere un traidor.

—Papá, me siento muy decepcionada y triste, porque he sido parte de un juego en el que yo no tengo nada que ver. ¿Pero sabes lo que más me duele? Que confié en él y también me traicionó como todos.

—Hija, lo siento mucho. Ojalá te pudiera evitar este dolor, pero solo el tiempo acomodará todo. Te vendrá bien irte mañana a Glasgow con Alec, cambiar de aires y distraerte es lo que necesitas en este momento.

—Prefiero no ir. Nosotros no nos llevamos muy bien, como ya sabes.

—Vamos, inténtalo. ¿O pretendes vivir encerrada en tu habitación para siempre? Además, estoy seguro de que vuestra relación mejorará. Ha estado muy preocupado por ti. Alec te aprecia de verdad, aunque tenga ese carácter frío e insoportable de los ingleses. Es un buen tipo —insistió, y sus palabras lograron convencerme.

—Está bien, entonces me iré a la cama —acepté, poniéndome en pie y depositando un beso en su mejilla.

—Buenas noches, hija. Me siento mejor después de abrirme contigo. Es como si una parte de mi carga se hubiera aligerado.

Capítulo 24

Los ojos de Alec estaban llenos de ira, dejaba claro que estaba dispuesto a todo, sin intenciones de detenerse. A pesar de mis gritos desesperados, él parecía sordo ante mis ruegos.

Sin dudarlo, apretó el gatillo y el estruendo del disparo me ensordeció. La bala se dirigió directamente al corazón de Ian. Cuando llegué junto a él, ya era demasiado tarde. La sangre empapaba su camiseta, y me aferré a su cuerpo, suplicando en silencio que no se fuera, que no me dejara, que lo amaba con todo mi ser. Pero mis palabras de amor se perdieron en el aire mientras su vida se desvanecía lentamente.

Mientras tanto, Alec mantenía una sonrisa satisfecha, con el arma aún en la mano. Me incorporé rápidamente y corrí hacia él, gritando con furia: «¡Nooo!».

—Briana, despierta —solicitó Alec, sacudiéndome con suavidad—. Solo fue una pesadilla.

Mis ojos se abrieron de golpe al verlo a mi lado, lo que me sobresaltó y me hizo sentarme en la cama. Su mirada transmitía una preocupación que contrastaba fuertemente con el odio que acababa de presenciar en mi sueño. Cerré los ojos e intenté calmar mi respiración agitada. Lo que acababa de suceder con Ian me afectaba más de lo que había imaginado. En mi sueño, le había confesado mi amor, lo cual me perturbó aún más. ¿Qué me estaba pasando? Debía olvidarme de él, así como había hecho con Noah en su momento. Si había superado una relación de años, podría superar una atracción de días.

El roce de la mano de Alec me sacó de mis cavilaciones y abrí los párpados. Esta vez, sus ojos azules parecían más intensos. Su mano ascendió lentamente por mi brazo y sus dedos se entrelazaron en la tira de mi camisón, que se había bajado durante mis movimientos bruscos. Con una sensualidad que me estremeció, y sin apartar la mirada de mí, ajustó la tira en su sitio. Mi respiración se agitó nuevamente, pero esta vez por una razón muy diferente. Alec tenía el torso desnudo, solo llevaba puestos los pantalones del pijama, mostrándome ese cuerpo del que había disfrutado en Londres. Tan rápido como ese pensamiento cruzó mi mente, me reprendí a mí misma. Aparté la ropa de la cama y me escabullí para ponerme de pie y tomar distancia.

—Briana, ¿te sientes mejor? —preguntó, colocándose a mi altura y extendiendo su mano para acariciar mi rostro con delicadeza.

—Sí, un poco, gracias —respondí, con voz suave.

—Desearía que nada de esto hubiera pasado. Me duele verte tan afectada por alguien que no supo valorar la maravillosa mujer que eres.

—Esto también pasará, ya estoy acostumbrada a que todos los que están cerca de mí me fallen —admití con pesar.

—Todo va a estar bien, preciosa —afirmó, sosteniendo mi rostro entre sus manos con ternura —. Siempre estaré aquí para protegerte. Solo quiero que seas feliz.

El brazo de Alec rodeó mi cintura, haciendo que la tela de mi camisón se deslizara hacia arriba, y me acercó a su cuerpo en un cálido abrazo. Al principio, me mantuve tensa al sentir su piel desnuda contra la mía, pero pronto su calor me invitó a relajarme. Extendí mis manos y

correspondí al gesto, dejándome llevar por la sensación placentera que emanaba de él. Sin quererlo, un sentimiento que creí haber dejado atrás resurgió dentro de mí, y mis manos comenzaron a acariciar su espalda de manera inconsciente, aplicando una ligera presión. Este gesto por mi parte fue suficiente para que Alec sintiera que podía profundizar en su muestra de afecto hacia mí.

Separó nuestros rostros y me miró intensamente, parecía estar a punto de besarme. En mi mente, intentaba convencerme de que debía detenerlo, que lo que estaba sucediendo era simplemente una respuesta al enfado y la decepción que sentía. Sin embargo, aunque mi cabeza trabajaba a toda velocidad dándome órdenes, mi cuerpo parecía no escuchar. Afortunadamente, alguien intervino por mí en ese momento: mi padre, quien irrumpió en la habitación.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Estás bien, hija? Escuché algunos gritos desde mi cuarto —preguntó con paso ágil, separándonos a Alec y a mí.

—Sí, tranquilo, solo tuve una terrible pesadilla —expliqué, tratando de forjar una sonrisa para calmarlo.

—Y tú, ¿qué haces aquí? —exclamó, dirigiéndose a Alec con un tono firme que reflejaba su incomodidad por su presencia en mi cuarto.

—También escuché los gritos y me preocupé, así que vine corriendo y la encontré muy nerviosa. Solo intentaba tranquilizarla —respondió con calma.

—Gracias, pero ahora estoy yo aquí. Puedes retirarte junto a tu esposa —indicó mi padre, cortante.

—Buenas noches. —Alec salió apresuradamente, lanzándome una última mirada desconcertada desde el umbral.

—Vuelve a la cama, ya es tarde.

—No, no —me revolví nerviosa, recordando mi sueño—, no quiero volver a tener otra pesadilla así, ya he descansado lo suficiente.

—Te propongo algo: tú te acuestas y yo me quedaré contigo hasta que te duermas. Velaré por tu sueño, hija.

—¿Como si fuera una niña?

—Mi niña. —Besó mi frente con ternura mientras me arropaba como si fuera pequeña, gesto que me conmovió.

Estaba lista para mi viaje a Glasgow, esperando junto al Porsche Cayenne con mi padre a mi lado a que Alec saliera. Había decidido llevar su coche y nos esperaba un largo trayecto por delante. Contaba con llegar a la ciudad por la tarde y así poder aprobar el proyecto de la nueva tienda.

Desde donde estábamos, observé cómo Alec y Amber se despedían amorosamente, algo que me llamó la atención, ya que esa mañana parecían más unidos de lo habitual. No podía negar que verlos así me incomodaba un poco. Cuando ambos se acercaron, Alec me miró sorprendido y después desvió la mirada hacia mi pequeña maleta.

—Cameron, ¿qué significa esto? —dijo señalando mi equipaje con gesto interrogante.

—Ya habíamos hablado de que Briana te acompañaría.

—Bueno, pensé que después de lo sucedido, no vendría. Considero que en estos momentos debería estar a tu lado o pasar tiempo con su amiga holandesa —propuso, tratando de evitar el

viaje conmigo.

—Si te incomodo, no voy —interrumpí, molesta—. Solo lo hago porque mi padre insistió. Lo último que deseo es emprender este viaje.

—Disculpa, Briana, si me expresé mal. Estoy encantado de que me acompañes —se justificó, intentando suavizar la situación.

—Amor, te voy a extrañar —murmuró Amber, besándolo.

—¿Por qué no vienes con Briana y conmigo? —le propuso a su mujer, lo que me dejó completamente desconcertada.

—Tengo que viajar a Londres por los nuevos diseños. Cuando veas lo que me voy a poner para la gala, merecerá la pena haber estado estos dos días separados.

Ya no podía soportar tanta estupidez. Le di un beso a mi padre en la mejilla y me subí al coche. Cogí mis *AirPods* y puse música mientras cerraba los ojos en busca de descanso.

Sentí cómo el coche se ponía en marcha. Ninguno de los dos hablaba. Permanecimos en un silencio incómodo durante más de una hora, hasta que Alec pegó un volantazo y salió de la carretera, deteniendo el coche de golpe. La brusquedad de su gesto me hizo abrir los ojos y detuve la música para hablar.

—¿Qué te pasa? ¿Te crees que estás en un *drifting*?

—Vamos a hablar. —Apagó el coche y se giró hacia mí, desabrochando primero su cinturón de seguridad y acto seguido el mío.

—¡Qué pereza! —resoplé, girándome hacia él.

—Si vas a pasar dos días conmigo, no quiero volver a ver tus ojos llorosos ni la tristeza reflejada en tu rostro por ese imbécil que conociste hace pocos días. Siempre me has parecido una mujer fuerte, y no quiero cambiar de opinión. Por eso, ahora mismo me vas a prometer que disfrutarás de este viaje y te olvidarás de todo y de todos. Si no, te llevo ahora mismo de vuelta junto a tu padre y le lloras todo el día, encerrada en tu cuarto.

—Prometo que al menos lo intentaré —sonreí débilmente.

—Ven. —Tiró suavemente de mí para envolverme en un abrazo y, sin separarse, cerca de mi oído musitó—: Esa es la mujer que me vuelve loco, la que estuvo en mi cama en Londres.

Ignoré sus palabras, pero su eco resonaba una y otra vez en mi mente mientras intentaba mantener una conversación normal. Con cada kilómetro que nos alejábamos de Skye, me hacía más consciente de mis propias debilidades y de lo vulnerable que me sentía al estar lejos de todo, sobre todo junto al hombre que tenía a mi lado.

Capítulo 25

—¿Qué te pareció la tienda? —consultó Alec mientras recorríamos la ciudad en un pequeño *tour*.

—Está bien —respondí sin mucho entusiasmo—, a decir verdad, es bastante bonita para un lugar como este.

—¿No te gusta Glasgow? —Soltó una carcajada mientras me detenía, esperando una respuesta.

—La verdad es que no, me parece horrible —resoplé, haciendo que su risa se volviera más intensa. Era la primera vez que lo veía sonreír de ese modo tan genuino y relajado—. Oye, no comprendo qué te causa tanta gracia.

—Es que, que me digas tú que este lugar es feo, teniendo en cuenta que viviste en Dublín, me sorprende un poco. Que esa apreciación la hubiera hecho yo, que vengo de Londres, tendría un pase, pero tú…

—Ya salió la estupidez inglesa. —Meneé mi cabeza en señal de negación—. Dime, ¿la traéis de serie o es contagiosa?

Divertido, se aproximó a mi oreja y susurró:

—Creo que disfrutaste mucho de Inglaterra, y en especial de este inglés, cuando estuviste allí. Se puede decir que tu estancia fue de lo más placentera.

—¡Oh! Es cierto que además los ingleses destacan por su arrogancia y también por creerse superiores al resto del mundo. Pero te diré algo, me gusta más Escocia —advertí. Lo que iba a ser una broma pronto creó tensión entre nosotros. A mi mente, como no podía ser de otro modo, me vino Ian. Mi rostro se apagó y Alec lo notó, interviniendo rápidamente.

—Tengo una sorpresa para esta noche.

—¿Qué es? —pregunté con una chispa de curiosidad.

—Te voy a llevar a la ópera. ¿Te apetece?

—A decir verdad, nunca he ido. Además… yo no tengo ropa apropiada, solo traje un vestido para la recepción del *whisky*.

—Ya me encargué de ese pequeño problema. Han enviado varios trajes al hotel, no te preocupes.

—Estás en todo, eso sí que es actuar con rapidez.

—Con dinero todo se puede, ya lo descubrirás.

—No sé si me interesa descubrirlo. Dime, ¿qué vamos a ver?

—La ópera de *La Rosa de Turaida*. Se basa en una leyenda letona que cuenta la trágica historia de Maija, una joven que vive en Turaida, una región histórica de Letonia. Maija se enamora de un joven llamado Viktor, pero su amor se ve amenazado por la intervención de un desertor del ejército polaco, Jakubowsky. Él también está enamorado de Maija y hará todo lo posible para separarla de Viktor. La trama gira en torno a un triángulo amoroso lleno de pasión, celos y tragedia. La rosa, un símbolo de amor y pureza, desempeña un papel central en la

historia, ya que es utilizada como un medio para probar la lealtad y la fidelidad de los personajes.

—Me está sorprendiendo, abogado, lo consideraba un hombre más frío —aprecié, al ver con qué entusiasmo narraba la historia.

—Pasa —dijo con voz ronca, instándome a entrar primero en el ascensor del hotel.

Conforme nos adentrábamos en el ascensor, la gente del exterior se fue desvaneciendo, hasta que nos quedamos solos. Alec, de manera sorpresiva, se volvió hacia mí y me tomó por la cintura, llevándome hacia una de las paredes laterales. Sus dedos acariciaron mi rostro con ternura, mientras su frente se apoyaba en la mía, luchando contra el impulso de besarme. Lentamente, su mano descendió por mi mejilla hasta mi cuello y, con su pulgar, rozó mis labios suavemente.

—Tú eres la Rosa de Skye —murmuró, en una clara alusión a la protagonista de la leyenda.

El susurro hizo que mi cuerpo se estremeciera, aunque también sentí un atisbo de temor. El sonido de que habíamos llegado a nuestra planta nos interrumpió. Alec se separó de mí, ajustando la chaqueta de su traje en un gesto automático para recobrar la compostura. Yo caminé delante de él, mientras él me indicaba cuál sería mi cuarto.

Al entrar, me encontré con una habitación espaciosa, iluminada por amplios ventanales que dejaban entrar la luz del exterior. Una cama matrimonial ocupaba el centro y una bañera independiente añadía un toque de elegancia. Un vestidor completo y un baño bien equipado completaban el espacio, junto a una pequeña sala en el extremo opuesto.

Alec se dirigió a la licorera, aparentemente nervioso. Parecía querer decirme algo desde hacía rato, pero había permanecido en silencio. Podría jurar que en el ascensor había querido besarme, y su cautela ahora lo explicaba.

—Briana, tengo que decirte algo —declaró Alec, terminándose su trago de un sorbo.

—Me estás asustando, ¿qué sucede?

—Pensé que después de los últimos acontecimientos de estos días, no ibas a viajar conmigo. Por eso mi secretaria solo reservó una habitación —explicó, mostrándose incómodo.

—Pues pidamos que nos asignen otra o que nos busquen alojamiento en otro hotel —propuse, buscando una solución.

—No va a poder ser. Hoy es la Conferencia de las Partes de la Convención de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático que se lleva a cabo este año en Glasgow. La ciudad está llena de representantes de todos los países. Y si a eso le añadimos que es temporada alta, pues todo se complica un poco más —declaró, masajeándose la nuca.

—Me da igual, desde esta mañana sabes que te voy a acompañar, busca una solución para este «pequeño inconveniente». No dices que con dinero se consigue todo, pues adelante, saca el talonario.

—Será una noche nada más. Mañana nos asignarán otra habitación en este mismo hotel. Además, te recuerdo que no sería la primera vez que dormimos juntos, aunque fueran solamente dos horas —aclaró con una sonrisa pícara, recordando nuestra noche de pasión en Londres.

—Tienes que estar bromeando, ¿no? Cuando tú y yo dormimos juntos, yo no sabía que estabas casado, y mucho menos con la hijastra de mi padre —respondí molesta, y me dirigí hacia la licorera para servirme un trago.

—Cálmate. Tú dormirás en la cama y yo lo haré en el sofá—propuso, intentando tranquilizarme.

—No, no me vale —contesté, enfrentándolo.

—Espera —solicitó con una sonrisa en los labios mientras caminaba de un lado a otro, hasta que se detuvo frente a mí con paso seguro—. El problema aquí no soy yo, sino tú. Tienes miedo,

terror, de los sentimientos que despierto en ti —afirmó señalando mi corazón.

—No seas imbécil, por favor —dije con molestia, y aparté su mano.

—Eso es lo que parece.

—Alexander James, solo una noche. Mañana buscarás otro lugar —advertí, pegándole pequeños golpecitos con el dedo índice—. Me voy a duchar.

—Los vestidos te los dejaron en el vestidor. Ponte guapa, nos espera una noche muy especial —alzó la voz, divertido.

Cuando llegué al baño, lo miré rabiosa y le hice una peineta mientras él respondía con una sonrisa fingida que apenas ocultaba su seriedad. Deslicé la puerta lentamente hasta que se cerró por completo. «Será idiota», murmuré cabreada, sintiendo la frustración burbujeando en mi interior. Estaba segura de que no había querido solucionar el incidente. Su actitud me sacaba de quicio.

Capítulo 26

La noche en el teatro fue mágica y emocionante, pero para mí, cada aplauso sonaba inquietante. Alec estaba completamente absorbido por la ópera, sus ojos brillaban con entusiasmo mientras seguía cada acto con devoción. En los breves momentos de descanso, se volvía hacia mí con interés, buscando mi aprobación. Pero fue en el último acto cuando su comportamiento me hizo sentir incómoda.

Cuando Alec tomó mi mano con firmeza, su mirada se volvió intensa mientras observaba el desenlace trágico en el escenario. Maija luchaba por mantener intacto su amor por Viktor, solo para encontrarse con la muerte a manos de Jakubowsky, quien a continuación decidía seguir su trágico destino.

La comparación de Alec entre Maija y yo, asegurando que era la Rosa de Skye, me perturbaba e inquietaba a la vez. No era por Maija en sí, una mujer admirable de honor y principios, sino por el fatal desenlace de su historia de amor. Las palabras de la ópera resonaban en mi mente como un presagio siniestro, mientras la piel se me erizaba al escucharlas.

El amor es más fuerte que la muerte,
el amor es más fuerte que la vida.
La vida se balancea sobre un alambre,
y tú te balanceas sobre el alambre de la muerte.
Si puedo, con mi último aliento,
floreceré con la Rosa.
La eternidad nos unirá…

Un mal presentimiento se apoderaba de mí, trayendo a la mente las pesadillas recurrentes sobre Ian que me habían atormentado en las últimas noches.



Mientras nos dirigíamos al hotel, Alec no dejaba de hablar con entusiasmo sobre la ópera, resaltando el amor trágico de Jakubowsky. Yo permanecía en silencio, sintiendo escalofríos cada vez que el tema surgía. No quería seguir hablando de eso; la historia me estaba afectando más de lo que hubiera imaginado.

Al llegar a nuestro cuarto en el hotel y abrir la puerta, me quedé sin aliento. El lugar estaba inundado de rosas: en el suelo, sobre la mesa e incluso dispersas por la cama, como un mar de pétalos rojos y blancos. Observé desconcertada todo aquel despliegue floral, sintiendo una opresión en el pecho que me cortaba la respiración. Desde ese momento, supe que odiaría las rosas para siempre.

Alec, sin embargo, parecía completamente ajeno a mi malestar. Abrió una botella de Moët & Chandon Esprit du Siècle Brut y sirvió dos copas.

—Toma, te gustará, es muy exclusivo. —Se acercó a mí y me ofreció una copa. Su rostro estaba iluminado por una sonrisa radiante que no logró disipar mi incomodidad.

Tomé la copa con manos temblorosas, sintiendo el frío del cristal contra mi piel.

—Alec, ¿qué significa todo esto? —examiné mientras dejaba que las burbujas recorrieran mi garganta.

—Nada, simplemente quería agasajarte y animarte. Estos días no los has pasado nada bien y solo deseo verte feliz. —Colocó su mano en mi mejilla y me acarició.

—Ya, pero esto es demasiado para mí. No estoy acostumbrada a estas atenciones tan desmesuradas, y la verdad me siento algo incómoda. No sé si tu propósito es que se vuelva a repetir lo de Londres, pero te anuncio que eso no sucederá.

—Tranquila, estás demasiado tensa —advirtió antes de retirarme la bebida de las manos y dejar ambas copas reposando a un lado. Conectó la música y empezó a sonar la canción *Only Love Can Hurt Like This* de Paloma Faith.

Su brazo se desplegó delicadamente alrededor de mi cintura, atrayéndome hacia su cuerpo con un gesto dominante. Nos balanceamos al ritmo de la música. Nuestros movimientos sensuales estaban perfectamente sincronizados mientras nuestras miradas permanecían profundamente conectadas. Oleadas de calor recorrían mi cuerpo, avivando los recuerdos de Londres y haciendo que resistir lo que Alec me hacía sentir se volviera cada vez más difícil.

Él era consciente de mi agitación y, dejándose llevar por el momento, acercó sus labios a mi mejilla en un beso suave. Continuamos balanceándonos, hipnotizados por la música y las palabras de la canción. Sus labios trazaron un sendero lento por la piel de mi cuello hasta llegar a mi clavícula, y en ese preciso instante, mi delirio se desvaneció.

Con un pequeño empujón, me aparté de él y caminé hacia la habitación, agarrando el pomo de la puerta corredera. Antes de cerrarla, ambos nos quedamos inmóviles, esperando el siguiente paso con la respiración agitada, cargados de deseo, estando al borde de un abismo sin retorno. Reuniendo todas mis fuerzas, observé cómo Alec daba un paso hacia mí, justo antes de que la puerta nos separara.

Apoyada en la puerta, luchaba por controlar mi respiración, debatiéndome entre el impulso de volver a abrirla y correr hacia sus brazos y la sensatez que me mantenía paralizada en mi lugar. Al final, el buen juicio prevaleció, aunque debo admitir que estuve a punto de ceder ante la tentación.

Cuando salí de la ducha, me sorprendió ver a Alec sentado en el sillón, con la ropa desajustada y una botella entre las manos. Decidí no dirigirle la mirada y me apresuré a encerrarme de nuevo en la habitación. El teléfono estaba iluminado y vi que era Yani. Había llamado varias veces durante el día y no había podido responderle. A la tarde le envié un breve mensaje para que no se preocupara, pero, en ese momento, necesitaba desesperadamente el consuelo de una voz amiga que me trajera de vuelta a la realidad o al menos me distrajera de la agitación que aún persistía, incluso después de la ducha.

—Hola —saludaron los tres con entusiasmo desde el *pub*.

—Hola, chicos, ¿cómo estáis? —pregunté observando sus rostros animados.

—Bien, pero estamos hasta arriba de trabajo —respondió J. J., claramente estresado. Después, se apresuró a decir—: Tengo que seguir, pero no quería irme sin saludarte. Te hemos echado de menos. ¿Te animarás a venir con nosotros al viaje a Edimburgo? —dijo velozmente antes de desaparecer, dejándome desconcertada.

—¿De qué está hablando? —pregunté, intrigada por su comentario abrupto.

—Estamos organizando una pequeña escapada entre amigos para el Royal Edinburgh Military Tattoo. Yani está emocionadísima por ir —explicó Paige, insinuando que la relación entre ellas iba viento en popa.

—Además, ¡The Lumineers estarán tocando! Lo sé, te encantan. Es una oportunidad que no puedes dejar pasar —añadió Yani, conocedora de mi debilidad por la banda, como si fuera un anzuelo para que aceptara su oferta.

—Cariño, tengo que seguir trabajando, estamos a *full*. Esperamos contar contigo —insistió Paige antes de retirarse, dejándome con la invitación en mente.

Observé como Yani miraba a su alrededor, asegurándose de que el pasillo hacia la cocina y el cuarto donde nos cambiábamos estuviera desierto antes de hablar.

—¿Cómo estás? Fue imposible comunicarme contigo hoy. ¿Dónde te has metido? —quiso saber con preocupación.

—No hemos parado desde que llegamos a Glasgow. Primero fuimos a ver la nueva tienda que abrirá la destilería, acto seguido dimos un pequeño paseo por la ciudad y terminamos con una cena y la ópera —expliqué brevemente, obviando ciertos detalles.

—Detente. No entiendo, se suponía que era un viaje de trabajo, pero parece que estás de luna de miel con el arrogante del abogado.

—¡Chhh! Podría escucharte —le recordé, tratando de calmar sus sospechas.

—No me jodas, Briana. ¿Qué hace ese tipo en tu cuarto? ¿Te has vuelto loca? —me espetó con tono molesto, y sabía que estaba realmente enfadada porque solo me llamaba «Briana» en casos graves.

—No es lo que piensas. No había más habitaciones disponibles y mañana cada uno tendrá su cuarto. Esta noche, él dormirá en la sala. Y no ha pasado nada, te lo aseguro —traté de tranquilizarla.

—Por el momento… —murmuró, claramente escéptica.

—Yani, por favor, no empieces. No estoy bien y él está siendo un gran apoyo. Está haciendo todo lo posible por distraerme —insistí, esperando que entendiera mi situación.

—No seas ingenua. Ese hombre se está aprovechando de tu vulnerabilidad para meterse entre tus piernas —advirtió con molestia. Sin embargo, su expresión cambió de repente, fijando la vista en otro lugar que no era el teléfono.

—Yani, ¿has visto a Ian? —preguntó una voz desconocida, haciendo que mi corazón se acelerara repentinamente.

—No, quizá subió al piso. Le dolía bastante la cabeza —respondió ligeramente tensa.

—No está allí. Acabo de bajar y necesito que me deje más espacio para colgar mi ropa —intervino delante de la pantalla la voz desconocida, interrumpiendo nuestra conversación abruptamente.

Mis ojos escudriñaron a la joven rubia, de cabello tan claro como el sol, menuda y con unos ojos azules que parecían sacados de una muñeca.

—¿Quién es esa mujer? ¿Y qué hace en el piso de Ian? —cuestioné agitada, sintiendo una punzada de celos.

—¿No se suponía que no querías saber nada de él? Además, estando acompañada del abogado, no deberías preocuparte por lo que haga el *highlander* —me recordó con una sonrisa irónica.

—No me molestes y habla de una vez —le insté, deseando respuestas claras.

—Ella es Megan, trabaja aquí. No tiene dónde alojarse e Ian la acogió en su casa —explicó

Yani, intentando calmar mis nervios.

—Como siempre, tan generoso. Pues que disfruten juntos —murmuré enfadada.

—Estás celosa —observó, soltando una carcajada—. ¿Cómo tienes la cara de enfadarte cuando tú te vas a dormir con el abogado, con el que tienes un pasado en la cama?

—¿Pero de qué lado estás tú? Parece que lo estás defendiendo —repliqué, sintiéndome confundida por sus palabras.

—Siempre estoy de tu lado, Bri. Pero Ian no es el monstruo que te hicieron creer. Además, pienso que el abogado está jugando muy sucio, intentando confundirte en estos momentos —añadió con sinceridad.

—Déjalo, Yani. No quiero seguir hablando de Ian, no quiero retroceder en todo lo que he avanzado. Ve a trabajar —propuse, intentando cortar la conversación.

—Te quiero mucho, petarda. Y, por favor, no sucumbas a ese hombre. Te vas a arrepentir —concluyó antes de lanzarme besos con la mano y colgar.

Sus palabras repicaron en mi mente mientras me quedaba allí, sola en la habitación, luchando contra las emociones que amenazaban con desbordarme.

Después de hablar con Yani, me resultó imposible conciliar el sueño. Mi mente daba vueltas y vueltas, torturándome con imágenes de Ian junto a Megan en la cama. El dolor era insoportable. En medio del silencio de la noche, escuché unos pasos en la sala. Sabía que solo podía ser Alec; no había nadie más. La puerta de mi cuarto se abrió con cautela y fingí estar dormida, temiendo que mi agitación delatara mi estado de vigilia.

Sentí su presencia mientras se acercaba sigilosamente a la cama. Mi corazón latía tan rápido que temí que pudiera escucharlo. Al instante, su mano comenzó a acariciar mi brazo, ascendiendo con suavidad hasta llegar a mi cuello. Noté cómo apartaba delicadamente una hebra de mi cabello, y su aliento cálido rozó mi rostro cuando se inclinó hacia mí. Sus labios encontraron los míos en un suave roce antes de separarse, dejando su mano sobre mi mejilla mientras susurraba un «te quiero».

Cuando salió de la habitación, me quedé sentada en la cama, sintiéndome aturdida y confundida. Aquella confesión había sacudido mi mundo por completo, dejándome más desconcertada y agitada que nunca. Tomé un sorbo de agua de un vaso que tenía junto a la cama, tratando de calmar los latidos frenéticos de mi corazón, intentando sin éxito poner orden a mis caóticos pensamientos.

Capítulo 27

Con la claridad del sol inundando la habitación a través de los ventanales, resultaba imposible seguir durmiendo. Estiré mi brazo y alcancé mi teléfono, murmurando un «joder» sobresaltada al ver que eran las doce del mediodía. Me senté en la cama y dejé que el peso de mi cabeza recayera en mis manos, apoyadas sobre mis rodillas. Estaba exhausta. Habían sido horas de insomnio hasta las seis de la mañana. Mi mente no dejaba de trabajar, obsesionada con las palabras de Yani: «Ian no es el monstruo que te hicieron creer», y el «te quiero» de Alec. Además, no podía evitar pensar en lo que podría estar sucediendo entre Megan, quien había regresado, e Ian. No podía seguir así. Mi vida estaba llena de mentiras y verdades a medias.

En un gesto impulsivo, y también guiada por los celos, decidí hacer una videollamada al *highlander*, como le llamaba Yani. Sabía que estaba loca y que debería presionar el botón rojo para cortar la llamada, pero algo en mí no quería hacerlo. Uno, dos tonos y el sonido se esfumó dejando paso a una imagen que aceleró mi corazón. Ian estaba ante mí. Su rostro reflejaba cansancio, pero su belleza seguía intacta. Sus ojos color miel me observaban con la misma intensidad de siempre, y unas motas de agua adornaban su cabello corto, lo que me hizo pensar que acababa de salir de la ducha.

—Ian… yo… —balbuceé, sin saber cómo continuar ni qué decir.

—Bri —murmuró, cerrando los ojos y soltando un suspiro—. He pensado mil veces en llamarte.

—¿Y por qué no lo hiciste? —cuestioné, dejando entrever mi dolor.

—Tenía que poner en orden mi cabeza —confesó con pesar.

—Espero que lo hayas logrado, porque tu silencio fue lo que más me lastimó —aseguré, y giré el rostro para intentar controlar las lágrimas que amenazaban con escapar.

—Lo sé y lo siento. Por eso había decidido darte todas las explicaciones pertinentes, pero los chicos me dijeron que te habías ido de viaje a Glasgow y que era mejor esperar a tu regreso, que estabas muy dolida y no querías ni siquiera escuchar hablar de mí.

—Ian, cielo, estás empapado, toma una toalla —intervino Megan, colocándole la tela en los hombros, mientras él se tensaba bajo mi atenta mirada. «Soy una idiota», pensé al ver que ella tenía el cabello mojado y se paseaba por la casa cubierta solo con un albornoz.

—Veo que estás ocupado. Disculpa, no debí llamarte —dije, sentía un nudo en la garganta.

—Espera, Bri, no cuelgues así —rogó con desesperación.

—Déjalo estar. No es necesario que me des ninguna explicación. Es mejor que cada uno esté en el lugar en el que debe estar. Adiós —me despedí, cortando la llamada sin darle oportunidad de réplica.

El teléfono se volvió a iluminar, sobresaltándome. Sabía quién era; era él. Con rapidez, corté la llamada, pero volvió a intentarlo una vez más. Repetí el proceso, aunque esta vez decidí ir más allá: lo bloqueé, con todo el dolor de mi corazón.

En ese instante, me di cuenta de que tenía un mensaje de Alec. Lo abrí y comencé a leer:

Me he instalado en la habitación justo enfrente de la tuya. Estaré ocupado todo el día con el trabajo hasta la hora de la cena, que es la reunión con el posible cliente mexicano. Espero que disfrutes de Glasgow. Si necesitas cualquier cosa, ya sabes dónde encontrarme. Aunque imagino que eso no sucederá, ya que te sentirás aliviada de estar libre de mi presencia.

Me dirigí al vestidor y elegí un pantalón vaquero, una camiseta básica a rayas blancas y azules, que dejaba entrever una fina línea de mi barriga, y unas Converse blancas. Me arreglé rápidamente en el baño, ajustando mi cabello que aún conservaba algunas ondas del día anterior. Sin perder tiempo, salí del cuarto, metí mi móvil en el bolsillo trasero y toqué a la puerta de Alec con efusividad.

Cuando se abrió, su sorpresa fue evidente y, en ese instante, dudé si mi arranque emocional había sido la decisión correcta. Pero después de lo que había visto, necesitaba consuelo, necesitaba acallar mi dolor. Así que dejé que mi cuerpo silenciara a mi cabeza y me lancé a sus brazos. Él me recibió con un abrazo, meciéndonos lentamente mientras sentía su aliento rozar mi cuello. La cercanía y el calor de su contacto me reconfortaron de una manera que las palabras no podían hacerlo.

Lentamente, Alec se apartó un poco y sostuvo mi rostro entre sus manos mientras yo suspiraba con los ojos llenos de lágrimas. Cerca de mi boca, susurró con voz temblorosa:

—Briana, a pesar de que lo niegues, sé que sientes lo mismo que yo. Aunque esto esté prohibido, ambos lo deseamos.

Sujeté su rostro con mis manos, dejándome llevar por las emociones que Alec despertaba en mí en ese momento. Nuestros labios se fundieron en un beso apasionado, donde nuestras lenguas no tardaron en entrelazarse, llevándonos a un estado cargado de deseo y anhelo. La desesperación por sentirnos el uno al otro era tan poderosa que el beso se volvió más intenso, más demandante, como si tratáramos de recuperar todo el tiempo perdido en un solo instante.

—Espera, Alec —balbuceé, interponiendo mis manos contra su pecho en un afán de apartarlo —, esto no puede ser.

—Siente, Briana —dijo él, colocando mi mano sobre su corazón—. Está latiendo así por ti. No puedes seguir negando que sientes algo por mí. Es algo que surgió sin planearlo. Hemos tratado de evitarlo, pero es más fuerte. Yo ya no quiero seguir conteniéndome por Amber. He intentado salvar mi matrimonio en numerosas ocasiones, pero eso ya no importa.

—No digas eso. Es tu esposa y la hijastra de mi padre.

—Solamente de nombre. Pero lo nuestro se acabó hace mucho tiempo. Para mí, todo esto también es muy doloroso y confuso, pero no seguiré negando la realidad, voy a divorciarme de ella —expuso, entrelazando mi mano con la suya y llevándome dentro de la habitación.

—Detente, por favor. —Me aparté tomando un poco de distancia—. Así que todas tus acciones exageradas no eran para protegerme como decías, sino que estabas celándome.

—No pienses mal, siempre quise cuidarte. ¿Sabes lo que pensaba cada vez que te veía con Ian o con el estúpido de Noah?

—¿Qué?

—Que ninguno de los dos estaba a tu altura.

—Pero yo sentía algo muy fuerte por Ian.

—Él solo te estaba ilusionando para conseguir sus propósitos. Ian no es lo suficientemente maduro, ni tiene experiencia de vida, ni nada que ofrecerte. En cambio, yo… yo daría todo por estar con una mujer tan maravillosa como tú —dijo, aproximándose peligrosamente a mí.

—No sé qué decir. Me confundo cuando estás así de cerca, pero no puedo tener algo contigo. Aunque no estés con ella y Amber no lleve mi sangre, no voy a hacerle esto. Además, me

moriría de vergüenza con mi padre y con el tío Thomas. ¿Y qué pensarían todos en la isla?

—Si tú me lo pides, lo dejo todo y nos vamos lejos, a donde quieras. Pero, por favor, dame una oportunidad. Deja que vivamos esto que sentimos —murmuró, mordisqueando suavemente mis labios antes de unirlos con los míos en una danza pausada llena de complicidad.

—No, no, mejor me voy.

Caminé hacia la puerta, pero la mano de Alec me detuvo, envolviéndome en un abrazo.

Retiró mi cabello hacia un lado y depositó en mi cuello pequeños besos.

—Jamás había sentido esto que tú despiertas en mí. Te quiero —confesó, girándome para besarme de nuevo.

Mi teléfono comenzó a sonar justo a tiempo para cortar ese instante que se nos iba a ir de las manos. Miré la pantalla, pero era un número desconocido, así que decidí no atenderlo. Alec me envolvió entre sus brazos al verme nerviosa y continuó diciendo:

—Te propongo que salgamos a comer y pasemos el día juntos. No te resistas.

—Está bien, pero yo no te puedo prometer nada —advertí, para que supiera que no estaba de acuerdo con la idea de comenzar una relación.

Capítulo 28

El día con Alec fue una montaña rusa de emociones. A veces disfrutaba de su compañía, de sus besos y caricias, pero en otros momentos se volvía demasiado intenso e insistente. Durante la comida, me besó frente a todos como si fuéramos una pareja corriente, y eso me enfadó profundamente. Aquello estaba totalmente fuera de lugar.

Por la tarde, paseamos juntos y hubo un momento en el que me sentí a gusto y bien a su lado, como si pudiera existir algo entre nosotros. Sin embargo, el momento más perturbador llegó cuando nos despedimos para cambiarnos antes de la cena con el cliente mexicano. En la puerta de mi habitación, Alec me entregó un anillo. No supe en qué momento lo había adquirido, pero llevar aquella lujosa joya no solo me pesaba por su valor, sino por el significado implícito.

Intenté devolverle el diamante por todos los medios, pero él se justificó diciendo que era un simple detalle y que no implicaba nada. A regañadientes, terminé dejándolo en mi dedo, sintiéndome incómoda y presionada por sus acciones.

La cena con el magnate mexicano resultó ser un éxito rotundo. Aunque no entendía mucho del mundo empresarial, pude percibir que el acuerdo al que llegó Alec era sumamente beneficioso. Me sorprendió su seriedad y firmeza en asuntos de negocios; su presencia imponente era digna de admirar. No era de extrañar su éxito, considerando que, a sus treinta y seis años, había alcanzado cotas impresionantes en su carrera. Me preguntaba si yo sería capaz de destacar de manera similar en mi trabajo en los próximos años. Sin embargo, mi verdadero interés no radicaba en el crecimiento profesional, sino en ayudar a quienes lo necesitaban.

Antes de mi viaje, mi padre había mantenido una conversación conmigo, quizá para distraerme. Quiso saber qué iniciativas tenía en mente para la fundación. Había muchos campos que me interesaban, pero finalmente me incliné por ayudar a mujeres que habían sido víctimas de violencia de género. Quería ofrecerles un refugio seguro donde pudieran reconstruir sus vidas. A mi padre le entusiasmó la idea y acordamos comenzar a trabajar en ello una vez regresara.

Cuando la cena concluyó, nos despedimos del socio del grupo Conffine y nos dirigimos de regreso al hotel, con nuestras manos entrelazadas. No sabía qué pensar de todo lo que había sucedido ese día; me sentía extremadamente confundida. No había podido probar bocado en todo el día debido a mi estado emocional. No sabía si mi confusión era resultado de la rabia por lo que había visto de Ian, de un deseo incontrolable o si realmente había desarrollado sentimientos por Alec. Todo era un caos en mi mente, y su cercanía solo hacía más difícil aclarar mis pensamientos.

Al llegar al hotel, me despedí rápidamente de Alec con un pequeño beso en los labios y me escabullí hacia mi habitación, ansiosa por encontrar un lugar seguro donde refugiarme. Pegada a la puerta, respiré profundamente, tratando de calmar mi agitado corazón. Un poco más calmada, cogí mi teléfono y llamé a Yani; necesitaba hablar con alguien sobre lo que me estaba sucediendo.

—Hola, Bri. ¡Qué guapa estás! —apreció mi amiga desde el otro lado de la pantalla, pero su

tono se tornó en uno lleno de preocupación al notar mi expresión.

—Yani, necesito hablar contigo. ¿Estás sola? —pregunté con urgencia.

—Sí, dime, me estás preocupando —respondió rápidamente, captando mi inquietud.

—Esta mañana llamé a Ian. Por un momento pensé que seguía sintiendo lo mismo que yo, pero me equivoqué, estaba con Megan y venían de ducharse juntos. Fue como si el suelo se abriera bajo mis pies —relaté, notando que mis palabras salían apresuradas mientras me movía nerviosa por la habitación, reviviendo la imagen una y otra vez.

—¿Estás segura de lo que viste? Ian no durmió en su apartamento, se fue a la casita que tiene en el otro pueblo —intentó explicar, pero su esclarecimiento solo me dejó más confundida.

—No sé, Yani, pero estaban mojados y cubiertos por toallas —dije con frustración.

—¿Estás celosa?

—Sí, pero eso no es todo. Es que después fui a buscar a Alec y… —comencé, pero ella me interrumpió.

—¿Qué? ¿Qué pasó con el abogado? —preguntó, claramente alarmada.

—Nos besamos y me dijo que se iba a divorciar, que lo dejaba todo por mí. Me confesó que me quiere. Y no es la primera vez que lo hace —revelé, sintiendo el peso de mis acciones.

—Briana, ¿qué has hecho? —exclamó, preocupada.

—Yani, no sé si le correspondí por la rabia hacia Ian o si de verdad siento algo por él —admití, dejando salir mis temores por primera vez.

—Estás confundiendo la pasión y el deseo con el amor, Briana —intentó tranquilizarme, pero mis emociones seguían revueltas.

—Hola, cielo —interrumpió Paige, y la conversación tomó un giro abrupto.

—Hola, Paige —respondí, sintiéndome incómoda bajo su mirada escrutadora.

—¿A dónde has ido tan arreglada? —preguntó, pero su comentario me hizo sentir aún más insegura.

—A una cena de negocios con un magnate mexicano —contesté, tratando de ocultar mi incomodidad.

—Eres como una princesa, mira ese anillo, en tu casa no se andan con bromas —comentó Paige, aunque pude ver la mirada de reproche de Yani.

—Bueno, chicas, solo quería saludaros. Me voy a duchar y a la cama, mañana es el evento del *whisky* y será un día intenso —concluí, intentando dar por terminada la llamada que había resultado ser un error.

—Descansa si puedes —murmuró Yani, y su comentario fue una indirecta que me llegó directa al corazón.

Lancé molesta el teléfono a un lado y me dirigí al baño. Necesitaba una ducha para intentar calmar mis pensamientos, pero la conversación con Yani había logrado alterarme más de lo que ya estaba.

Aún con la ropa interior puesta, me observaba detenidamente en el espejo, cuestionando cada aspecto de mi vida. «¿Qué estoy haciendo con ella?», me pregunté, buscando desesperadamente una respuesta en mi reflejo. El sonido de la puerta me sacó de mis pensamientos, y me giré hacia la entrada. Vi cómo Alec entraba solamente cubierto por su pantalón. Caminaba hacia mí con paso firme y una seguridad que me estremeció. Busqué el vestido que había dejado a un lado e intenté cubrirme con él, sintiendo una repentina agitación ante su mirada penetrante.

—Briana, mi amor, no podía dormir pensando en ti —dijo con la voz entrecortada, mientras acariciaba mi espalda y sus labios rozaban los míos en un gesto provocador.

El sonido de nuestras respiraciones agitadas se hizo eco en la habitación, cargado de deseo

reprimido y recuerdos del pasado. Después de un momento de silencio lleno de miradas intensas, nos fundimos en un beso exigente y apasionado. Alec me atrajo hacia su cuerpo con firmeza, y en ese gesto, en el que sentí su cálida mano recorrer mi piel desnuda, el vestido se deslizó entre nosotros, cayendo al suelo. Mis manos se depositaron en su nuca, mientras correspondía embriagada a las caricias de sus suaves labios, entregándome a ese instante con todo mi ser.

—No, Alec, por favor —rogué con la respiración entrecortada, girándome y dándole la espalda. Mi voz temblaba de emoción y confusión—. Vete, por favor —le supliqué, sintiendo que mi control se desmoronaba con cada segundo que pasaba.

Sus brazos me envolvieron, ofreciéndome el calor reconfortante de su pecho, mientras sus labios besaban mi cuello de manera apasionada. Con una voz ronca, susurró las palabras que tanto temía escuchar:

—Te amo, y te deseo tanto…

Y en ese preciso momento, supe que ya no podía luchar más contra lo que sentía. Me giré hacia él y lo besé con toda la pasión que crecía poderosamente dentro de mí, entregándome por completo a ese beso. Nos fundimos en intensas caricias, dejándonos llevar por la corriente de nuestras emociones mientras nos dirigíamos hacia la habitación.

Caímos sobre la cama, sintiendo que era presa de su cuerpo. Enredada entre sus brazos, permití que mis sentimientos se desbordaran mientras mis manos se deslizaban por su espalda dejando firmes caricias que surgían de un profundo estremecimiento.

En un breve instante de lucidez, cuando su boca descendió hasta casi alcanzar mi pecho, un recuerdo interrumpió en mis pensamientos. La imagen de unos ojos color miel vino a mi mente, rompiendo el momento. Con un gesto ágil, lo aparté y me puse en pie, decidida a detener todo aquello.

—Por favor, vete —exclamé, elevando la voz en un intento desesperado por mantener la distancia.

—No puedo, Briana. No soporto más sin que estemos juntos —declaró mientras se acercaba lentamente hacia mí—. Y tú tampoco.

Una vez más, me encontré envuelta entre sus brazos, con su aliento cálido rozando mi piel mientras sus labios buscaban mi lóbulo con suavidad. Sentí cómo su mano giraba lentamente mi cuello hacia él y, antes de que pudiera resistirme, sus labios poseyeron los míos en un beso exigente. Cediendo de nuevo ante él, me dejé llevar, permitiendo que su contacto nublara mi mente. Los movimientos de nuestras lenguas se sincronizaron en una danza íntima y perfecta, como si estuviéramos destinados a sucumbir al deseo en ese momento.

—No puedo seguir así, lo siento. Por favor, necesito que te vayas —supliqué, rechazándolo de nuevo.

—Tienes razón, creo que me estoy precipitando demasiado. Iré más despacio —musitó con voz ronca, y deslizó su dedo suavemente por mis labios, para descender entre mis pechos, deteniéndose en la costura de mi braguita en un gesto provocador—. Te amo —declaró antes de salir de la habitación.

Me dejé caer pesadamente sobre la cama, buscando refugio en la suavidad del colchón mientras me abrazaba a la almohada con fuerza, como si fuera mi único consuelo en ese momento de angustia.

Capítulo 29

Esa noche, el insomnio me había mantenido despierta, pero al menos sirvió para tomar una decisión firme: no seguiría jugando ese juego con Alec. Con seguridad, me vestí con ropa cómoda y me dirigí hacia su habitación. Al tocar a la puerta, no pasó mucho tiempo antes de que la abriera con entusiasmo. Sin esperar una invitación, me colé en su cuarto.

—Necesitamos hablar —dije con voz decidida mientras lo miraba directamente a los ojos—. Esto no puede continuar de ninguna manera, y quiero que termine ahora.

—No te niegues la felicidad, Briana. Dejaré a Amber, ya no la amo.

—Entonces debes alejarte de ambas, porque no pienso ocupar su lugar.

—No me pidas eso, no puedo separarme de ti.

—Pues tendrás que hacerlo, no quiero que estés cerca de mí —declaré, quitándome el anillo y dejándolo sobre una mesita—. Este juego ha terminado —concluí, y salí decidida de la habitación.

El resto de la mañana transcurrió fuera del hotel, con el constante acoso de llamadas de Alec y de un número desconocido. A pesar de la insistencia, decidí ignorarlas. Necesitaba estar sola, distraerme y olvidarme de todo, así que tomé la decisión impulsiva de unirme a un *free tour* que encontré detenido cerca de la estatua del duque de Wellington, famosa por amanecer un buen día con un llamativo capirote de tráfico en la cabeza. Desde allí, realicé un pequeño recorrido por la ciudad que se prolongó hasta pasadas las dos de la tarde. Sin embargo, aquel paseo no logró cambiar mi primera impresión de la ciudad. Mientras tanto, mi teléfono seguía vibrando insistentemente, y supe que era mi padre. Al finalizar el *tour*, le entregué algo de dinero al guía y regresé al hotel, donde un coche me esperaría para llevarme a un restaurante.

Al llegar, me dirigí rápidamente a mi habitación para cambiarme de ropa pues una nube oscura había descargado una fuerte lluvia hacia el final de la visita, empapándonos por completo y arruinando mi visión «idílica» de la ciudad. Después de una ducha caliente y vestirme con prendas secas y cómodas, salí de nuevo hacia el pasillo y me encontré con una sorpresa inesperada: Amber estaba sentada en el descansillo, llorando, con rastros de maquillaje por toda su elegante blusa blanca. Me acerqué a ella y la conduje a mi habitación, donde se dejó llevar sin resistencia, temblando entre mis brazos. La hice sentar en el sofá y le ofrecí un vaso de agua, que tomó temblorosa, derramando la mitad por fuera. Sin decir una palabra, simplemente la abracé, esperando que se relajara lo suficiente como para hablar.

—Estarás disfrutando de este momento —susurró entre lágrimas, sorprendiéndome por su apreciación.

—¿Por qué haría tal cosa? No soy feliz con el sufrimiento ajeno.

—Pero yo no te traté muy bien, siempre te menosprecié y me burlé de ti en el club de golf, humillándote cada vez que podía.

—Mira, Amber, todo tu mundo y vuestras estupideces clasistas me dan igual, no me van a afectar en absoluto. Estoy por encima de todo eso.

—Te admiro, ¿sabes? Me da mucha envidia cómo eres, siendo tú sin adornos y dejando ver tus defectos. La gente te quiere. En cambio, yo siempre intenté ser perfecta, deseaba ser la mejor. Pensé que de ese modo Alec nunca me dejaría.

—¿Qué estás diciendo? —inquirí nerviosa, mientras bebía del vaso de agua que había dejado aparcado.

—Me ha pedido el divorcio. Creo que se ha enamorado de otra persona y necesito descubrir quién es. Tengo que conseguir que desaparezca de su vida. Sin él, no puedo vivir. —Su desesperación me impactó.

—No digas tonterías, no tienes por qué mendigar el amor de nadie. Si él quiere el divorcio, dáselo y tú continúa con tu vida. Será doloroso seguramente, pero saldrás adelante y más reforzada.

—No puedo, me muero sin él. Lo es todo para mí —dijo con lágrimas en los ojos, mostrando su dependencia emocional—. Briana, toleré cosas que jamás podrías imaginar en este matrimonio. Pero es la primera vez que decide dar este paso, y eso es porque la ama. Seguramente ella esté como yo. Alec tiene la capacidad de hacerte sentir especial y única. Sus caricias, sus besos, lo apasionado que es… te lleva a caer en sus redes. Al principio te sientes segura y protegida, pero en seguida se vuelve dominante y posesivo —aseguró vulnerable, me recordó algo similar a lo que me hacía sentir a mí.

—Eso no es amor, Amber, y dista mucho de serlo. Piensas que no vas a ser feliz si él no forma parte de tu vida, pero pregúntate: ¿acaso has sido feliz en los últimos años? Sé que no es fácil, pero deberías buscar ayuda profesional para salir de esta relación tóxica que no te llevará a ningún lado. Solo acabará minándote por dentro hasta que no quede nada de ti —propuse sin mucha esperanza. Su enganche era tan grande que dudaba que siguiera mi consejo.

—Sé que lo que dices es cierto. No creas que estoy tan ciega, pero Alec para mí es como una maldita droga. A veces pienso en Ian y en lo bonito que era todo a su lado. Siempre me hacía reír; en cambio, con Alec no hago más que llorar.

—Solo te voy a decir una frase que me dijo mi abuela cuando me rompieron el corazón en el instituto: «Si tu pareja te hace llorar más que reír, es que esa persona no es para ti».

—Ojalá pudiera volver el tiempo atrás, porque si así fuera, jamás hubiera dejado a Ian. Muchas veces pensé en recuperarlo. Y no te voy a negar que lo intenté; él es el único que podría salvarme —confesó, haciendo saltar todas mis alertas.

—¿Y qué pasó entre vosotros? —pregunté con cierto temor. La historia que me habían contado a las puertas de su casa no parecía concordar con las palabras de Amber.

—Ian me rechazó, pero creo que aún conserva sentimientos hacia mí. Cuando lo besé, y aunque él rompió el contacto, sé que algo se le removió por dentro. Un día, cuando estaba sumamente mal, dispuesta a dejar a Alec, lo llamé y le pedí ayuda. Él accedió, pero dijo que solo como amigos. Sabía que eso no era cierto; ¿por qué me acogería en su casa de California si no me amaba, después de haberlo lastimado tanto?

—No entiendo, entonces, ¿por qué estás con Alec?

—Mi madre descubrió mis planes y me lo impidió. Dijo que, si lo hacía, ponía en riesgo nuestra cómoda vida. Alec conocía un secreto de mi madre. Al descubrirlo, supe que entre Ian y yo jamás habría un futuro.

—¿Qué secreto? —indagué, presuponiendo que aquello era algo serio, Amber parecía extrañamente dispuesta a desvelar esa oscura versión de la historia.

—No puedo decírtelo. Jamás la traicionaría.

—Entiendo… —respondí simplemente. No es fácil traicionar a alguien a quien se ama.

—Gracias, Briana. Me siento mejor después de hablar contigo.

—No es nada —le resté importancia, aunque lo que para ella era un alivio, a mí me creó más inquietud y desconfianza hacia Ian. ¿La seguiría amando? Aparté mis pensamientos y me puse en pie antes de seguir hablando—. Venga, tenemos que irnos al restaurante. Vamos a cambiarnos. —Asintió con una leve sonrisa y siguió mis pasos.

Cuando llegamos al local, todas las miradas se posaron en nosotras. Mi padre nos recibió con entusiasmo al notar que nuestro vínculo se había fortalecido. Sin embargo, Grace no parecía contenta con la situación. Alec, por su parte, nos observaba con una expresión que denotaba incomodidad. Se levantó de manera molesta y apartó una silla para su esposa. Había un asiento vacío a su otro lado, pero no me sentía cómoda ocupándolo. Afortunadamente, Max, el mexicano del grupo Conffine, se acercó y me invitó a acompañarlo. No dudé en aceptar; cualquier cosa era mejor que estar cerca de Alec. Pude sentir cómo su mirada ardía de furia mientras apretaba los puños con fuerza y recordé la noche anterior, cuando Max mostró cierto interés en mí, invitándome a tomar una copa después de la cena de negocios. Pero no tuve tiempo de responder, ya que Alec tomó la decisión por mí, algo que me incomodó profundamente. No estaba acostumbrada a que hablaran o decidieran en mi nombre.

Durante la comida, me centré en la conversación con Max para no pensar demasiado. Aunque resultaba un poco insistente hablando sobre los sectores que abordaba su grupo y sobre sus proyectos, al menos me distraía. Mientras tanto, el número desconocido seguía insistiendo en llamar. Alec estaba ocupado charlando animadamente, por lo que no podía ser él quien estuviera al otro lado del teléfono. La curiosidad me ganó, así que me disculpé, me puse en pie y, un poco apartada, contesté la llamada.

—¿Sí? —pregunté con cautela y desconfianza al contestar el teléfono.

—*Mijn tulp* —balbuceó una voz al otro lado, identificándose con el apodo que solo Noah usaba conmigo.

—¿Noah? ¿Eres tú? —pregunté, sintiendo una oleada de emociones recorrer mi cuerpo—. ¿Cómo te atreves a llamarme después de lo que hiciste? Destrozaste mi vida —le recriminé, sin evitar hacer gestos exagerados que llamaron la atención de todos en la mesa donde estaba comiendo. Así que, con paso discreto, salí hacia la entrada del restaurante, para tener un poco más de intimidad.

—Lo siento, no era mi intención lastimarte, te lo juro. No tuve otra opción —se disculpó con una voz cargada de remordimiento.

—Voy a colgar, no quiero saber nada más de ti —advertí con enfado.

—Por favor, espera. Hay algo muy importante que necesitas saber. Debes conocer toda la verdad —insistió, hablando apresuradamente antes de tomar aire y continuar—: Nunca dejé de amarte, y si te abandoné fue porque me obligaron.

—¡Basta! No quiero escucharte más. ¿No fue suficiente el daño que me causaste? —exclamé, sintiendo cómo el dolor y la ira se entrelazaban dentro de mí.

—Estoy en Glasgow. Como no respondías a mis llamadas, hablé con Yani. Le conté todo y ella me dijo dónde encontrarte.

—Eso no puede ser cierto. ¿Por qué haría ella eso?

—Porque cree que mi confesión puede ayudarte a no cometer un error, eso dijo. Pero no sé a qué se refiere.

—¿Dónde estás? Voy para allí.

—Te enviaré un mensaje con la ubicación del hotel. Por favor, no le digas a tu familia que estoy aquí —rogó, mostrando su vulnerabilidad y despertando mi preocupación.

Capítulo 30

Mis piernas temblaban con una intensidad que apenas podía contener y mi mano permanecía suspendida en el aire, indecisa sobre si golpear la puerta o no. El mero pensamiento de volver a encontrarme con Noah me revolvía sentimientos contradictorios por dentro.

En el momento en que anuncié en la comida que regresaba al hotel porque no me sentía bien, ninguno de los que me acompañaban pareció creerme. Pero eso no me detuvo. Sabía que debía enfrentarme a mi expareja, eso era lo más importante en ese momento.

Ahora, frente a su cuarto, sentía miedo ante lo que pudiera confesarme. Respiré profundamente y, finalmente, di un par de toques en la puerta. Cuando esta se abrió, tanto Noah como yo nos quedamos paralizados, observándonos en silencio. Después de un breve instante, reaccionó y se acercó para abrazarme. Sin embargo, no correspondí al gesto. Con firmeza, me aparté y me adentré en la habitación, dejando claro que no estaba dispuesta a ceder ante la nostalgia o el afecto del pasado.

—Estás… diferente —murmuró, observando mi atuendo lujoso y mi apariencia cuidada con un tono de sorpresa en su voz.

—Todo esto que ves es el resultado de lo que tú hiciste —respondí con furia, no iba a pasar por alto lo que había ocurrido.

—Antes de que me juzgues, por favor, escúchame —suplicó, dejándose caer pesadamente sobre la cama como si el peso de sus acciones lo aplastara.

—Habla —le apremié, imité su gesto y me senté a su lado.

—Cometí fraude fiscal para comprar la casa de nuestros sueños. Por eso acepté pagar más del diez por ciento de su valor en la subasta. Pero alguien lo descubrió y me amenazó —me explicó mirándome directamente a los ojos.

—¿Qué? —exclamé, sorprendida por sus palabras.

—Un hombre, elegante y seguro de sí mismo, afirmó ser el abogado de tu familia y amenazó con exponer el fraude si no me alejaba de ti para siempre. Me dio dos opciones: ayudarme a resolver el problema a cambio de desaparecer de tu vida, o enfrentarme a la justicia.

—No puedo creerlo, ¿cómo pudieron hacer algo así? —balbuceé con lágrimas en los ojos, sintiendo una mezcla de incredulidad y rabia.

—Perdóname, estaba aterrorizado —confesó, visiblemente nervioso.

—¿Por qué ahora? —pregunté, buscando respuestas en sus ojos.

—No podía vivir con la culpa y no dejé de amarte —respondió con sinceridad.

—No, no vayas por ese camino. —Me levanté bruscamente, sintiendo una oleada de frustración y dolor—. Noah, la casa no importaba. Podíamos haber seguido viviendo en el apartamento en Ámsterdam, pero tus ambiciones nos llevaron a esto.

—Lo siento tanto, pero ya no hay vuelta atrás. La gente con la que estás es poderosa, encontrarían la manera de lograr sus objetivos —reconoció con pesar.

—Probablemente tengas razón —admití resignada—. Mira, aléjate todo lo que puedas. Yo me

ocuparé de esto mientras esté aquí. No te pongas en contacto conmigo, no sé hasta dónde son capaces de llegar.

—Gracias, y perdóname por todo. Espero que algún día puedas ser libre y encontrar la felicidad que mereces. ¿Puedo abrazarte? —preguntó con una mirada llena de arrepentimiento.

—Por supuesto —respondí, sintiendo el calor reconfortante de sus brazos, aunque sabía que era un abrazo de despedida.



Había llegado sola a la recepción del *whisky,* decidida a desatar el caos en la vida de Alec y mi padre. Después de pasar la tarde deambulando por la ciudad, esperé pacientemente a que todos abandonaran el hotel antes de regresar. Les había dicho que me encontraría con ellos allí, pero tenía otros planes en mente. Me sentía destrozada por dentro, no solo por la traición de Alec, que había revelado su despiadada naturaleza, sino también por mi padre, a quien había comenzado a querer y creer que era una persona decente. Pero me había equivocado; había tejido una red de mentiras para mantener su papel de «padre».

Al entrar en la recepción, vi a mi progenitor saludándome desde lejos, con Alec a su lado. Sus ojos recorrían mi cuerpo con una intensidad que dejaba claro su deseo. El vestido de satén verde que llevaba resaltaba mis curvas, con una abertura en la pierna derecha y la espalda al descubierto, dándome un aire sensual. Esa noche estaba decidida a ser una de ellos en todos los sentidos.

Caminaba con paso firme cuando una mano me detuvo. Me volví y vi a Max, que con galantería elogió mi belleza. Aunque me parecía un pesado, vi la incomodidad que causaba en Alec y decidí seguirle el juego. Bailé con él, fingiendo interés mientras me deslizaba con pasos sensuales, envuelta en su firme agarre. Todo iba según lo planeado; mi intención era sembrar el caos y un escándalo en la recepción, que saldría en todos los medios, afectando negativamente a los intereses comerciales de Alec y su entrada en bolsa.

Pero las cosas nunca salen como uno espera. Los imprevistos pueden cambiarlo todo.

Antes de que pudiera dar un paso fuera de la pista de baile, unos brazos envolvieron mi cintura y me atrajeron hacia un sólido torso. Un olor familiar inundó mis fosas nasales y, al levantar la cabeza, lo vi: era Ian. Por un instante, nos quedamos atrapados en una mirada intensa, con los corazones latiendo descontroladamente. Incapaz de reaccionar, él me llevó consigo por la pista, deslizándose con elegancia. Sentí su mano acariciar la piel desnuda de mi espalda, mientras que la mía ascendía por su largo cuello hasta llegar al final de su nuca. Sus cabellos cortos pinchaban en mis dedos, provocándome una agradable sensación.

Sin apartar la mirada, nuestros cuerpos se sincronizaron perfectamente con el ritmo de la música. Con nuestros rostros cada vez más cerca y las miradas fijas, ambos estábamos completamente hipnotizados por el momento. En uno de los giros, mi mirada se cruzó con la de Alec. Estaba furioso y, esta vez, no deseaba que se desatara un escándalo como con Max; de hecho, temía lo que pudiera suceder. Quería proteger a Ian, y esa preocupación me perturbó aún más. A pesar de todo lo que había pasado entre nosotros, los sentimientos hacia él seguían siendo intensos.

—¿Qué estás haciendo aquí? Y así vestido. —Hice una clara referencia a su esmoquin, pues su atuendo habitual era desenfadado y muy *underground*.

—Aunque sea pequeña, tengo una destilería, ¿recuerdas? —dijo con cierta diversión, emitiendo una sonrisa que me cautivó mientras seguimos bailando otra pieza—. Pero, a decir verdad, la invitación no me la extendieron por eso, sino por ser un MacDonald.

—Pues disfruta de la velada —murmuré con cierta molestia y decepción, pensando que estaba ahí por el negocio. Intenté romper el contacto, pero me retuvo pegándome aún más a su cuerpo.

—Esto me importa una mierda. Si estoy aquí es porque tengo que hablar contigo y no voy a esperar a que regreses.

—Llegas un poco tarde, ¿no crees? Ahora no me interesa nada de lo que tengas que decir. Busca a tu «amiguita» Megan y disfruta de la noche, porque imagino que será tu acompañante.

Ian sonrió abiertamente y pronunció cerca de mi oído:

—A mí la única «amiguita» que me interesa eres tú —confesó, haciendo que mis labios se distendieran reflejando que me agradaban sus palabras—. Bri, cuando llegamos de nuestra escapada, hablé con Paige emocionado, y en la conversación salió quién eras. Ella pensó que lo sabía por lo que le habías contado. Creí volverme loco. Descubrí que tenía sentimientos por un miembro de la familia Thompson, esa gente que tanto daño me hizo, y me escapé, necesitaba pensar y meditar todo lo que había pasado.

»Cuando te cité en mi apartamento era para contarte mi historia, pero irrumpió el imbécil ese junto a Amber, y pensé que lo mejor era que nos distanciáramos, por eso no me defendí de sus acusaciones. Pero estos días me di cuenta de que no quiero ni puedo alejarme de ti. —Con un gesto tierno acarició mi mejilla—. Me importas demasiado —añadió con sinceridad.

—Me lastimaste mucho, Ian, me partiste el corazón. No creo que pueda volver a confiar en ti.

—Por favor, déjame contarte mi historia sin mentiras. Después tú decides qué hacer —propuso, deteniéndose en seco y alzando mi barbilla para que lo observara.

—Vámonos de aquí. —Sujeté su mano entrelazándola con la mía y, con paso apresurado, nos escabullimos entre la multitud.

Capítulo 31

—Bri, Yani y Paige metieron algo de ropa para ti, por si no querías regresar con tu familia después de que hablara contigo. Puedes cambiarte en el baño —indicó, señalando la puerta que había dentro de su habitación de hotel.

Después de un breve silencio, acepté su oferta. No había nada que deseara más en ese momento que despojarme del disfraz que llevaba puesto, tanto física como emocionalmente. Sin embargo, lo que más me inquietaba eran las expectativas de mis amigas. Si habían tomado esa iniciativa, lo que Ian iba a revelarme debía ser mucho más serio que lo que Noah había compartido momentos antes. Estaba claro que ese día se había convertido en el «día de las revelaciones».

Con ropa más cómoda y mi cabello recogido, salí del baño. Ian también se había despojado del esmoquin y lucía ropa deportiva. Estaba sentado en el sofá, sirviendo dos vasos de ginebra, pero esta vez añadió una tónica, pensando en mí.

—Bri, abrirme de este modo es muy difícil para mí. Van a salir todos mis temores, miedos y sobre todo el dolor que guardé durante años —habló con cierto recelo, mientras me entregaba la bebida—. Pero lo que más me preocupa de todo esto es que no me creas —confesó bajando su mirada.

—Ian, solo te pido que seas sincero conmigo. Te prometo que te escucharé como lo hice con Noah. Él estuvo aquí esta mañana —comenté, haciendo que su mirada se quedara expectante en mí.

—Yani nos contó lo que él le dijo. Estaba muy preocupada, bueno, todos lo estamos —añadió en un tono muy bajo—. Me gustaría saber a qué conclusión llegaste.

—La primera, que mis sentimientos hacia él están hundidos en los canales de Ámsterdam y que, a pesar de que hay cosas que no hizo bien, me compadezco porque, en cierto modo, me siento responsable de su situación.

—Entonces, ¿le crees?

—Cómo no hacerlo…

—Serás una Thompson, pero está claro que no tienes nada que ver con ellos. Eres una víctima más de sus juegos y ambiciones.

Se puso en pie y se dirigió con su bebida hacia uno de los ventanales. Tras un momento de silencio y sin mirarme, como si pudiera ocultar su dolor, comenzó a narrarme su historia:

—Amber y Grace irrumpieron en nuestra vida como una brisa de aire fresco, por fin sentía el calor de una familia. Mi padre, que siempre estaba pendiente de sus negocios, se hizo más presente en el hogar. La estrecha relación con Amber hizo que surgieran sentimientos entre los dos. Vivíamos emocionados, disfrutando nuestro amor a escondidas. Habíamos decidido casarnos en nuestro último año de universidad, estaba todo planeado: sería en secreto y una vez hecho, se lo diríamos a nuestra familia.

Se detuvo y fue directo a la botella de ginebra para servirse otro vaso y yo aparté la mirada.

No quería que descubriera que la historia de su romance me estaba lastimando. Esta vez, no volvió al lugar en el que estaba, sino que tomó asiento a mi lado, bebió y continuó:

—Es cierto que, en el último año, la veía más distante. Se excusaba diciendo que las prácticas con Alexander James la tenían exhausta. Era un abogado muy estricto. Ella nunca había destacado en la carrera en Derecho Económico, a duras penas la terminó, así que no me preocupé demasiado por que le costara el trabajo.

—¿Ahí es cuando comenzó el romance entre ellos? —pregunté, sabía la respuesta, pero quería darle un margen para que respirara.

—¿Romance? —rio sin ganas—. Alec tenía una relación clandestina con un miembro de la nobleza inglesa, una mujer bastante mayor que él —contó dejándome impactada—, y Amber solo era una diversión.

—¿Cómo descubriste que estaban juntos?

—Un día quise darle una sorpresa a mi prometida e irrumpí en su despacho, pero el sorprendido fui yo. Los encontré follando sobre la mesa.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé cubriendo mi boca—. ¿Qué pasó después?

—Obviamente, nuestra relación quedó hecha añicos. Pero ella me suplicó que no dijera nada, que no la expusiera, porque se descubriría la relación que mantuvo conmigo y luego con Alexander. Me pidió disculpas y se excusó diciendo que se había enamorado perdidamente. Yo contra eso no podía hacer nada, solo guardar su secreto.

—Eres un buen hombre, Ian —aseguré, y coloqué mi mano sobre la suya en un gesto de consuelo.

—¿Sabes lo peor, Bri? Que con el tiempo descubrí que Amber no me había pedido eso por ella, sino por Alexander. Tanto mi padre como el tuyo estaban mirando si añadir un tercer socio, que votase de manera imparcial cuando no se ponían de acuerdo. Las desavenencias entre ellos se empezaron a crear por culpa de Grace y cada día tenían menos en común.

—Por eso Alec tiene el ocho por ciento, un porcentaje insignificante, pero a la vez muy importante a la hora de la toma de decisiones.

—Imagínate cómo me quedé yo cuando me enteré de esto y mi padre se empeñó en que trabajara en la empresa, bajo las órdenes de Alexander.

—Por eso te alejaste y cogiste el *pub*.

—Él se enfadó conmigo y me amenazó: si no trabajaba en la empresa, tampoco viviría bajo su techo. Y ahí fue el fin de nuestra relación. Me fui sin mirar atrás.

Se hizo un silencio angustioso, llevó mi mano a su boca y la besó con ternura, lo que me conmovió profundamente. En un instante, me encontré abrazándolo, y justo en ese momento me di cuenta de que estaba a punto de llorar.

—Bri, él se murió enfadado y decepcionado conmigo.

—Tranquilo, eso seguro que no fue así —aseguré, tomando su rostro entre mis manos y mirándolo fijamente—. No te culpes, lidiaste con todo lo que te pasó como pudiste.

Besé su frente y noté cómo sus manos se aferraban a las mías con fuerza.

—Amber y Grace heredaron toda su fortuna. Y no mucho tiempo después del accidente, Cameron se casó con la viuda de mi padre. Pero eso no fue todo, Alexander hizo lo mismo con Amber; ella iba a ser la única heredera de los Thompson y de los MacDonald. Con toda la fortuna en manos de su esposa su ambición estaría cubierta.

Con sus manos aferradas a las mías, le relaté con detalle todo lo que mi padre me había confesado. Tras cada palabra, su rostro se tensaba más, como si estuviera conteniendo una tormenta interior. Los músculos de su mandíbula se contraían con fuerza y sus ojos reflejaban

una mezcla de furia y desesperación.

Hasta que, finalmente, liberó una de sus manos y lanzó el vaso que estaba sobre la mesita con rabia. El cristal estalló al chocar contra la pared, dispersando fragmentos por el suelo. Ian se puso en pie bruscamente, con una expresión de rabia y dolor en su rostro, y apoyó su cabeza en el frío ventanal, como si buscara consuelo en el contacto con el cristal helado.

—Estoy convencido de que idearon algún macabro plan para quedarse con la herencia de mi padre —habló con un tono sombrío.

—¿Qué estás diciendo, Ian? Hay un testamento.

Me incorporé y caminé hasta estar a su lado, tratando de comprender lo que insinuaba.

—Si mi padre planeaba no incluirme en su testamento, ¿por qué me dejó como el único beneficiario de un seguro de vida del que nadie tenía conocimiento? ¿Y por qué días antes de su muerte habló con el gestor del seguro, decidido a ampliar el importe de esta póliza para dejarme protegido en el cese de actividad con Deerloch y su nuevo acuerdo con la destilería irlandesa? Si él me había sacado de su vida, ¿por qué le preocupaba que quedara bien cubierto en caso de haber algún problema financiero con algo que no iba a heredar? Piénsalo, Bri.

—Mirándolo así, todo suena bastante extraño.

—¿Cómo piensas que mi padre iba a ser tan idiota de dejarle todo a la mujer que le fue infiel con su mejor amigo y socio? Aquí hay algo raro y no tengo duda alguna de que tu padre y Grace están involucrados, pero también sospecho que Alec y Amber pueden ser cómplices.

—Si eso es cierto, convivo con unos monstruos. —Me revolví nerviosa, desplazándome por la sala, tratando de asimilar la gravedad de lo que estaba insinuando—. Ian, déjame ayudarte. Puedo intentar indagar sobre este tema. Esa destilería es tuya. Es el legado de tu padre y te corresponde a ti.

—No, no quiero que te involucres en esto —me pidió, sosteniéndome por los hombros y mirándome con firmeza—. Además del dinero del seguro, mi padre compró una propiedad que puso a mi nombre. Ahí es donde abrí la pequeña destilería en su honor. El legado de los MacDonald sigue en pie, a una escala más pequeña, pero permanece vivo.

—Ian, es precioso lo que hiciste. Estoy segura de que estaría muy orgulloso de ti —aseguré emocionada—. ¿La casa también te la compró?

—No, en ella vivía una parejita de ancianos que decidieron partir a una residencia y no tuve dudas: aquel era un lugar perfecto que llamar hogar. Les ofrecí una buena suma de dinero y me quedé con ella. Fue amor a primera vista.

—Es un lugar muy especial —murmuré, recordando los momentos vividos allí.

—Bri, no quiero que interfieras en esta historia y que salgas lastimada. No hagas que me arrepienta de habértelo contado.

Las manos que descansaban en mis hombros ascendieron con suavidad hasta llegar a mi rostro. Ian acercó sus labios a mi frente y la besó con ternura, su aliento cálido rozaba mi piel mientras depositaba otro beso en mi nariz. A continuación, con delicadeza, acercó sus labios a los míos y, en ese momento, supe con certeza que no había lugar para nadie más en mi corazón. Cerré los ojos y me dejé llevar por la calidez de su boca, fundiéndome en aquel dulce momento que confirmaba nuestros sentimientos.

—Para, para —dije, cortando abruptamente el contacto—. ¿Qué hay de Megan? —le recriminé, y observé su expresión con cautela.

—Bri, cuando llamaste, estábamos intentando cortar el agua del baño. No sé qué pasó, pero de repente el grifo del lavabo se rompió y terminamos empapados —explicó tratando de apaciguar mi preocupación.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. De hecho, le dejé mi piso a Megan hasta que encuentre un lugar donde alojarse. Yo me fui a la casita. ¿No te das cuenta de que no puedo dejar de pensar en ti? —recalcó con sinceridad.

—¿Y Amber? Ella me contó que se acercó a ti en varias ocasiones, y que estuvo a punto de ir a la otra punta del mundo en tu busca. ¿La sigues amando? Por favor, no me mientas —supliqué, llena de dudas.

—No, claro que no. Mi amor por ella se acabó hace muchos años. Es cierto que acudió a mí en alguna que otra ocasión, pero siempre la rechacé. Un día me besó y no sentí nada; fue un beso vacío. Tienes que creerme —añadió, sujetando mi rostro entre sus manos y fijando su mirada en mí—. Cuando vivía en California, me llamó varias veces. No respondí, pero al instante recibí un mensaje que me inquietó, decía que no le quedaba nada y que no quería seguir viviendo. Ahí mis alertas saltaron.

»Amber ya no era la joven que conocí, se había convertido en una muñeca rota. La llamé, intenté calmarla y quitarle esa absurda idea del suicidio. Acepté que fuera a verme. No quería compartir mi vida con ella, solo que se alejara de la toxicidad de ese matrimonio y fuera a terapia para comenzar una nueva vida. Bri, entiéndeme, no podía vivir con el cargo de conciencia de no haber actuado conociendo sus siniestros planes. Por más que me rompiera el corazón en el pasado, no podía abandonarla en ese momento.

—Ian, no dejas de sorprenderme, eres un hombre maravilloso y te aseguro que nada me gustaría más que estar contigo. Pero en estos momentos me siento muy sobrepasada con todo. Dame algo de tiempo, han sido días difíciles y necesito asimilarlo todo —susurré, sentía el peso de la culpa por lo sucedido con Alec.

Me sonrió y depositó un beso en mi mejilla, demostrando su comprensión, lo que me hizo sentir aún peor.

—Bri, no tenemos prisa —declaró uniendo nuestras manos.

Capítulo 32

—Buenos días —murmuré antes de depositar un suave beso en sus labios—, creo que esto de dormir en el sofá se está volviendo una costumbre —añadí con una sonrisa, estirándome para despejarme completamente.

—Mientras estés a mi lado, no me importa romperme la espalda —respondió con voz somnolienta, pero con una expresión cariñosa en el rostro.

Con un toque de diversión, interrumpí el bostezo que empezaba a formarse en su boca, fingiendo un aire de indignación. Pero antes de que pudiera reaccionar, me encontré recostada en el sofá con él encima, haciéndome cosquillas. La risa se apoderó de mí mientras me agitaba de un lado a otro, tratando de zafarme de sus manos juguetonas. Sin embargo, en un instante, todo cambió. Nuestras miradas se encontraron y la risa se desvaneció, dejando paso a una tensión sexual cuando nos dimos cuenta de lo cerca que estábamos el uno del otro, completamente acoplados en esa posición.

Me agarró el rostro, descendió hacia mi boca y me besó. Sus labios atraparon con dulzura los míos produciéndome un extraño hormigueo que recorría cada pequeña parcela de mi cuerpo. Pero aquel contacto no era suficiente, nunca lo era con él. Tiré de su nuca contra mí, permitiendo que su lengua penetrara en mi boca buscando con desesperación la mía, que salió a su encuentro de inmediato.

—No sabes cuánto te he extrañado… —murmuró mientras sus labios se hundían en mi cuello.

La suavidad de su contacto y el aroma que desprendía su piel me embriagaban hasta tal punto que me hacían estremecer. Jamás en toda mi vida había saboreado tantas sensaciones, y todas juntas, como con él.

Noté que se iba a alejar, consciente de que su erección palpitaba entre mis piernas, pero moví mi mano entre su pelo nuevamente en un intento de detenerlo y observé cómo sus pupilas se dilataban y su mandíbula ejercía más presión. Un gruñido salió de sus labios anticipando su falta de control. Esta vez atrapó mi boca de manera visceral y exigente, enmarcando su necesidad por poseerme. Respondí con la misma desesperación. Sintiendo que sus músculos firmes estaban pegados a cada centímetro de mi cuerpo. Algo se había apoderado de mi voluntad, haciendo que el deseo que crecía en mi bajo vientre fuera como un fuego que amenazaba con extenderse por todo mi cuerpo.

—Me vuelves loco, debes detener esto, he perdido el control —anunció pegando su frente a la mía.

No fueron necesarias las palabras ya que mis ojos hablaron por sí solos, antes de tomar posesión de sus labios. Ian llevó mis manos por encima de mi cabeza, inmovilizándolas mientras profundizaba en un beso que exigía el tomarlo todo de mí. Saboreó el interior de mi boca como si fuese un manjar y bebió de ella hasta el último aliento.

Unos golpes en la puerta nos sobresaltaron, haciendo que nos detuviéramos abruptamente, y

una voz resonó al otro lado:

—Disculpe, señor MacDonald, pero ya ha pasado la hora del *check out*. Nuestros empleados deben limpiar la habitación para nuestro próximo cliente.

—Oh, sí, por supuesto. Ruego nos disculpe, dejaremos el lugar de inmediato —respondió Ian, consultando la hora en su teléfono.

Nos invadió la risa mientras nos apresurábamos a recoger nuestras cosas.

—Ian, quiero pasar por mi hotel. Necesito guardar mis pertenencias y, además, he decidido hablar con mi padre sobre el tema de Noah y Ámsterdam.

—Como tú quieras, te apoyaré en todo lo que decidas, no olvides que estamos juntos en esto.

—Gracias —respondí, dándole un breve beso.



Entré en la habitación de mi padre con seguridad, decidida a abordar la situación de frente. Le había enviado un mensaje pidiéndole que se reuniera conmigo allí, ya que Ian me esperaba en la mía.

Al abrir la puerta, me encontré con Grace, cuya presencia indicaba claramente que tenía algo que decirme. Supuse que se trataba de mi fuga del día anterior, pero no estaba de humor para sus requerimientos. Mi irritación hacia esa gente estaba tan patente que era mejor que no conocieran mi cara menos amable.

—¿Hija, está todo bien? Estaba muy preocupado, tenías el teléfono apagado. —Mi padre me recibió con una mirada llena de inquietud.

—He venido a hablar contigo en privado y no lo haré mientras esta mujer permanezca en el cuarto —respondí con firmeza, sin dejar espacio para discusiones.

—Por favor, Grace, déjanos solos —accedió mi padre, con una solicitud cargada de calma pero firme.

—Cameron, tus remordimientos están provocando que esta niña altere toda nuestra vida con su comportamiento inapropiado —intervino con un tono despectivo, lo que me hizo fruncir el ceño ante su descaro.

—¡Ooh! ¿Me vas a dar tú a mí lecciones de moralidad? La mujer que se acuesta con el socio de su marido —espeté, lanzándole una mirada directa que los dejó a ambos perplejos.

—Grace, necesito conversar con mi hija, te lo ruego —insistió él, colocando una mano en su espalda y guiándola hacia fuera de la habitación.

Cuando la puerta se cerró, mi padre se acercó con paso firme, con su rostro visiblemente molesto.

—¿Qué ha sido ese ataque gratuito? No te reconozco, ¿qué te ha llevado a caer tan bajo?

—Quizá no nos conozcamos tan bien, a mí también me sorprenden tus bajezas. ¿Cómo eres capaz de chantajear a las personas con tal de conseguir lo que quieres? —lo acusé bruscamente, dejando escapar la frustración acumulada.

—Hija, no te entiendo. ¿Puedes ser más concisa? —respondió, confundido por mi acusación directa.

Con una mezcla de rabia y decepción, narré con todo lujo de detalles sus engaños y manipulaciones, recriminándole su comportamiento con Noah y cómo había tejido una telaraña

de mentiras para obligarme a formar parte de su vida. Con cada palabra que salía de mi boca, su rostro palidecía más y más. Tomó un vaso de agua mientras me escuchaba, claramente desconcertado, como si cada acusación lo golpeara con fuerza, sacudiendo sus cimientos. Cuando finalicé mi relato, se dejó caer en el butacón, incapaz de articular palabra, abrumado por la avalancha de verdades que acababa de recibir.

—Briana, ¿estás segura de todo lo que me has dicho? —cuestionó con voz temblorosa, con sus ojos indagando los míos en busca de certeza.

—¿Te estás riendo de mí? —contesté incrédula.

—No, claro que no. Es solo que… todo lo que me acabas de contar me tomó por sorpresa. Yo no sabía nada, te lo aseguro. Alec me dijo que estabas en serios problemas, que tu novio te había abandonado con una importante deuda y que tu situación en Ámsterdam era complicada, que estabas metida en un mundo turbio.

—¿Qué? Ese tipo es un idiota —aseveré, sorprendida y molesta por lo que estaba escuchando.

—Me comentó que la única manera de ayudarte era «obligándote» a venir. Por eso urdió el plan de la deuda.

—Obviamente, yo no soy rica como tú, pero tenía una buena vida, un trabajo, amigos, y era feliz con Noah. Es cierto que no es el hombre perfecto, pero estábamos bien juntos. Esa casa era un sueño, un paso más en nuestra relación.

—Hija, perdóname. No sabía nada de todo esto, pero eso no me exculpa de lo que hice. No debí traerte creyendo que tenías una deuda conmigo. Te juro que si lo hice, fue con la única intención de salvarte, no de lastimarte —explicó con tristeza, y sus palabras parecían genuinas.

Saqué un cheque del bolsillo de mi pantalón y se lo entregué.

—Toma, esto es lo que pude reunir con la venta del Mercedes y de los trajes caros que había en mi vestidor. No los necesito. Prefiero cancelar esta deuda que me tiene prisionera.

Mi padre miró con asombro el papel, su rostro denotaba sorpresa por mi actuación.

—Hija, te diré algo. Me siento muy orgulloso de ser tu padre. Aunque piense que has malvendido las cosas, me gusta que no quieras depender de nadie. Pero tengo que decirte algo: esto no era necesario —dijo mientras rompía el cheque delante de mis narices—. Jamás existió una deuda. Adquirí la casa y la revendí, sacando un poco más de dinero por la venta. Hoy en día ese dinero está depositado en una cuenta a tu nombre.

—¿Por qué me cuentas ahora todo esto?

—Porque no estuvo bien lo que hicimos. Te aseguro que me encargaré personalmente de pedirle explicaciones a Alec por sus engaños —aseguró molesto—. Ahora eres libre, hija.

—Seré libre cuando canceles esa cuenta a mi nombre. No la quiero.

—Está bien —claudicó alzando sus manos—. ¿Qué tienes pensado hacer ahora? ¿Regresarás a Ámsterdam? —preguntó temeroso—. A mí me gustaría que te quedaras aquí y me dieras la oportunidad de empezar de cero, sin condiciones.

Me quedé pensativa, analizando las opciones que giraban en mi mente. En los Países Bajos, ya no tenía nada: sin trabajo, sin novio y con mi amiga instalada en Skye, donde había encontrado un nuevo hogar y nuevas amistades. Pero, sobre todo, estaba él, Ian. No quería alejarme de su lado, y cada vez sentía más apego por la vida en la isla escocesa. Aunque no lo admitiría en voz alta, me sentía a gusto allí. Después de analizarlo detenidamente, decidí que seguiría tratando con mi padre. Aunque le había prometido a Ian que no me involucraría en el tema de la herencia, necesitaba averiguar si mi padre era realmente la persona que aparentaba ser o si era un mentiroso.

—Me quedo, esta es tu última oportunidad, así que aprovéchala bien. Una sola falsedad más y

se acabó todo —advertí, notando la alegría en su rostro.

—Me alegra escuchar eso, de verdad. No quiero más engaños entre nosotros. Aunque debo admitir que tengo la sensación de que cierto escocés tuvo un papel importante en tu decisión, el mismo con el que te escapaste ayer de la fiesta —comentó en tono juguetón, lo que hizo que me pusiera tensa de inmediato.

—No vayas por ahí. No quiero que te entrometas en mi relación con Ian. No importa lo que pienses, voy a seguir lo que dicta mi corazón —respondí con firmeza.

—Tranquila, no quiero atacarte. Estoy feliz de que estés con él, de verdad. Considero que es un buen muchacho y espero que pueda dejar atrás todo el sufrimiento con el que carga. Ahora, ¿le darías un abrazo a tu padre? —pidió con una sonrisa cariñosa.

—Claro —afirmé, sintiéndome más relajada mientras me inclinaba hacia él para abrazarlo.

Capítulo 33

Después de la conversación, me sentía más tranquila, al menos en lo que se refería a mi padre. Sin embargo, mi calma se desvaneció cuando pensé en Alec; me ocuparía de él más tarde. En ese momento, mi único deseo era salir de aquel lujoso hotel y escaparme con Ian. Necesitaba tenerlo cerca, quería disfrutar de esa conexión tan intensa que sentíamos y, sobre todo, concluir lo que habíamos empezado esa misma mañana.

Pero al abrir la puerta de la habitación, mi sorpresa fue angustiosa. La sonrisa que adornaba mi rostro desapareció instantáneamente al ver el caos que reinaba en el interior. Todo estaba destrozado, desmantelado. Mis ojos se posaron temerosos en la figura de Ian, que permanecía de espaldas. El miedo empezó a invadirme mientras me acercaba lentamente. Cuando estuve a punto de llegar a su altura, pronuncié su nombre con un tono tembloroso. Pesadamente, se volvió hacia mí, dejándome ver sus puños ensangrentados y un corte en el labio inferior.

—¡Oh, Dios mío! ¿Estás bien? —exclamé, e intenté observar de cerca sus heridas.

—¡No me toques! ¡Me das asco! —escupió con furia, apartándose de mí con los ojos húmedos mientras rompía mi contacto.

—¿Qué sucede? —pregunté desconcertada al ver cómo me miraba con odio.

—¿Es en esta cama donde te revolcaste con él? ¡Responde! —exigió zarandeándome por los hombros. En ese instante, comprendí a quién se refería, y sentí que el suelo se abría bajo mis pies. No entendía cómo podía haber sacado todas esas conclusiones. O, mejor dicho, sí lo sabía. Solo había alguien que podía haber sido el causante de ese caos. Alec. No tenía duda, especialmente después de ver las heridas de Ian.

—No sé qué estás pensando, pero creo que estás confundido —logré decir.

Él sonrió sin ganas, moviéndose nervioso por el cuarto.

—Te creía mejor que ellos, pero eres la misma basura. Te has convertido en la amante del marido de tu hermanastra, y mientras ella estaba lejos, tú estabas retozando feliz aquí con él. Pero sabes lo que más me duele de todo esto, que te creí más inteligente. No pensé que tú fueras a caer en sus juegos, pero me equivoqué.

—Ian, no es lo que piensas, yo no soy su amante —balbuceaba detrás de él—. Por favor, escúchame, me lo debes, yo también lo hice contigo —supliqué, buscando que me dejara explicarme.

—Habla, pero lo que me digas no va a cambiar nada. Yo con todo esto no puedo, no otra vez —aseguró, y me provocó un gran temor.

—Yo conocí a Alec en Ámsterdam, estaba decepcionada con Noah y seguí su juego de seducción, en un intento de ser una «chica mala». Él y yo solo pasamos una noche juntos en Londres. Solo fue sexo, no buscaba nada más, te lo juro. Mírame —ordené al ver que giraba la cara cargada de decepción—. Yo no sabía nada de su vida privada ni que estaba casado. Por Dios, tienes que creerme.

—Alexander estuvo aquí y me exigió que me alejara de ti porque eras suya. También me

contó con todo lujo de detalles estos magníficos días que pasasteis juntos viviendo vuestro amor y disfrutando de noches de pasión. Ah, no se guardó las intenciones de separarse de Amber y comenzar una vida contigo —relató, dejándome impactada por todo lo que me estaba contando. Alec se había pasado de la raya, adornando lo sucedido a su antojo y dejando entrever algo que no era cierto.

—Créeme, las cosas no sucedieron así. Hicimos cosas juntos, como era de esperar, y por un problema de reserva, tuvimos que compartir el cuarto, pero él durmió en la sala y yo aquí —intenté aclarar, buscaba que Ian comprendiera la situación.

—Briana, ¿pasó algo entre vosotros? Es fácil de decir, SÍ O NO —me interrumpió, con una mirada intensa.

—Nos besamos el día antes de la gala, pero cuando intentó ir a más, lo eché fuera de la habitación. No podía seguir adelante con aquello porque no dejaba de pensar en ti —expliqué, acercándome en un intento de tocarlo, pero alzó sus manos y dio un paso hacia atrás.

—Le has correspondido en cierto modo y eso para mí es más que suficiente. No quiero volver a verte. Sal de mi vida, no me busques e intenta que nuestros caminos no se crucen aunque compartamos amistades —dijo con firmeza.

—Ian, por favor… —comencé, pero me cortó.

—Creí que contigo podía ser feliz, que habías llegado a mi vida para sanarme. Pero me equivoqué, has abierto la herida y escarbaste hasta el fondo. Adiós, Briana —pronunció antes de abandonar el cuarto, dejándome con el corazón destrozado.

Mientras las lágrimas se deslizaban por mis mejillas, me dejé caer en el suelo. Con temblores en mis manos, agarré el teléfono y marqué los números de mis amigos con desesperación. Al otro lado de la línea, me desahogué totalmente, con cada detalle de lo que acababa de suceder. Yani, con su calma habitual, parecía haber intuido parte de la situación, pero J. J. y Paige se quedaron estupefactos ante lo que les narraba. Tuve que repetir los hechos una y otra vez, tratando de hacer comprensible lo incomprensible. Aunque ninguno pudo cambiar lo ocurrido, su apoyo incondicional se convirtió en un bálsamo para mi alma destrozada.

Cuando mi padre irrumpió en la habitación y se encontró con todo el caos, su preocupación fue notoria. No tardé en explicarle la situación, aunque decidí omitir ciertos detalles. Solo mencioné que Alec e Ian se habían peleado. Revelar toda la verdad podría herir demasiado a Amber y también a mi padre, así que preferí mantenerla en la sombra. Sin embargo, dejé claro mi hartazgo ante la intromisión de Alec en mi vida privada, destrozando todo a su paso con total impunidad.

Mi padre asintió, comprendiendo mi frustración, y prometió tomar medidas al respecto. Le pedí que alguien me llevara a Skye, donde me alojaría unos días en casa de mis amigos para recuperarme. Aceptó mi petición, pero me rogó que no me alejara demasiado de él. Decidimos regresar juntos a la isla, un apoyo que le agradecí profundamente.

Justo cuando nos disponíamos a salir, nos encontramos con Alec al otro lado de la puerta, acompañado de Amber. Observé las tiritas de aproximación, el ojo morado y el tapón en su nariz, evidencia de la pelea que había tenido lugar. Cargada de ira, me acerqué a él y lo abofeteé con todas mis fuerzas.

—No vuelvas a interferir en mi vida, porque te juro que haré que te arrepientas —amenacé con la voz cargada de rabia mientras mi padre me sujetaba.

—Lo único que he intentado es protegerte de ese imbécil que no hace más que jugar contigo —respondió con altanería, avivando aún más mi enfado. Estaba a punto de replicar cuando la voz de mi padre intervino.

—Tú y yo ya hablaremos en privado —dijo, moviendo su dedo índice en señal de advertencia —. Pero te adelanto que no quiero volver a verte cerca de mi hija —añadió con molestia, para después colocar su brazo sobre mis hombros y guiarme hacia el ascensor.

—Gracias —balbuceé, antes de depositar un beso en su mejilla.

—No tienes por qué agradecerme nada. Alec ha sobrepasado sus límites y es hora de dejarle claro cuál es su lugar.

Capítulo 34

Después de varios días intentando recomponerme de todo lo sucedido en la ciudad de Glasgow, que resultó ser una decepción en todos los sentidos, finalmente llegamos a Edimburgo. Este lugar era completamente diferente; su ambiente, la belleza de sus calles, el bullicio, todo parecía sacado de un cuento de hadas. Podía sentir la magia en el aire desde el momento en que puse un pie en ella, y me enamoré perdidamente.

Realizamos el *check in* en un establecimiento turístico que ofrecía apartahoteles, ubicado justo en la Royal Mile. Paige y Yani dormirían juntas, ya que desde que empezaron su relación vivían constantemente en una especie de luna de miel. Por ese motivo, cuando regresé a Skye, me alojé en casa de J. J. para no perturbar su intimidad. En este caso, él compartiría la habitación con su novio Magnus, quien venía con su grupo.

Me advirtieron que Ian estaba en la ciudad, había viajado unos días antes para colaborar en un evento, así que era bastante probable que me encontrara con él. Desde nuestra discusión en el hotel de Glasgow, no nos habíamos vuelto a ver y sabía que estaba realmente decepcionado conmigo. Yo creía que el peso de su pasado hacía que le costara más entenderme, pero contra eso no podía hacer nada. Había intentado cumplir su petición y mantenerme alejada.

Durante el día, trabajaba con mi padre en el proyecto. Ya habíamos encontrado a un par de psicólogas perfectas para dar apoyo en la fundación; ahora solo faltaba conseguir un abogado. Lo tenía claro: Alec no era una opción. En varias ocasiones, intentó ponerse en contacto conmigo, pero terminé bloqueándolo. Un día encontré un correo electrónico suyo pidiendo disculpas y anunciando que había decidido reconciliarse con su mujer. No respondí; también lo bloqueé.

Y allí estaba, en esa preciosa ciudad, deseando disfrutar y olvidarme de todo. Por un momento, estuve a punto de no ir para no incomodar a Ian, pero mis amigos tenían razón: no podía dejar de hacer cosas pensando en los demás. Si él tenía algún inconveniente con eso, que se fuera.

Mientras disfrutábamos de unos tés cerca de los jardines de Princess Street, la aparición de Ian con un grupo de amigos cambió repentinamente el ambiente. Al principio, se le veía contento y feliz, pero su expresión se transformó al notar mi presencia, y una punzada de dolor atravesó mi corazón. Decidí quedarme un poco más atrás, fingiendo que estaba tirando algo en una papelera, mientras los observaba hablar animadamente. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que me diera cuenta de que Ian caminaba hacia mí con paso apresurado y un gesto molesto en el rostro.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué pretendes? —inquirió sin saludar, con un tono cargado de reproche —. Estoy tratando de evitarte en la isla y vienes sabiendo que estaré en la ciudad.

—¿Y crees que no intento lo mismo? Pero no puedo seguir encerrándome, ni mucho menos soportar tus recriminaciones —respondí, herida por sus palabras.

—¿No te das cuenta de que me duele verte? Cada vez que te tengo cerca, es como si me clavaran un puñal.

—No quiero que nos lastimemos, Ian. Dejemos esta conversación aquí —propuse, notando su mirada acusadora—. ¿Por qué me miras así? Como si todo fuera mi culpa.

—Porque en parte lo es —murmuró con amargura.

—¡Eso es injusto! —exclamé antes de salir corriendo, dejando que el té se derramara por el suelo.

—Briana, espera —gritaba detrás de mí—. Por favor, detente —logró decir antes de alcanzarme por el brazo.

—¿Qué? ¿Qué quieres? ¡Suéltame! —exclamé, sintiendo cómo me sujetaba con fuerza.

Mis sentidos estaban en plena ebullición mientras la mirada profunda de Ian se encontraba con la mía. Cada centímetro de mi piel ansiaba su contacto y el aire entre nosotros se volvía cada vez más denso.

Cuando sus manos hallaron mi rostro con audacia, un escalofrío recorrió mi espalda y un suspiro escapó de mis labios entreabiertos. Podía sentir el pulso acelerado de mi corazón resonar en mis oídos, mientras la anticipación me consumía por completo.

Y entonces, en un movimiento audaz y decidido, nuestros labios se unieron en un beso apasionado. Fue como si una llama se encendiera dentro de mí, consumiendo todo a su paso con su calor abrasador.

Cada movimiento de nuestras lenguas creaba una explosión de deseo que nos envolvía por completo. Mis manos se aferraban a él con fuerza, buscando estar más cerca, queriendo fundirme con él.

El beso desbordaba sensualidad y urgencia. Ian estaba fuera de sí, entregándose por completo como si ya no pudiera controlar más el deseo que sentía.

Cuando finalmente se separó, con el aliento entrecortado y los labios húmedos, su mirada que hasta el momento estaba cargada de deseo se fue transformando en arrepentimiento.

En ese instante, fui yo quien se abalanzó sobre él, uniendo de nuevo nuestros labios en un beso sin miedo ni reservas, dejándome llevar por la pasión.

—Para, para —me detuvo, sujetándome por los brazos y apartándome de su cálido cuerpo.

—¿Qué pasa? ¿No me digas que te has arrepentido? —cuestioné decepcionada, llevando mis dedos a mis labios que aún permanecían cálidos e hinchados.

—Lo siento, esto no debió pasar. Perdóname —concluyó, caminando de vuelta por el parque.

Mis emociones eran una mezcla de confusión y desilusión. ¿Cómo podía cambiar de opinión de esa manera tan repentina? Sentí un nudo en la garganta mientras lo veía alejarse, sin poder encontrar las palabras adecuadas para expresar lo que estaba sintiendo en ese momento.



Sentadas en las gradas colocadas en el majestuoso castillo de Edimburgo, Yani y yo estábamos listas para presenciar el espectáculo del Royal Edinburgh Military Tattoo. Era un evento singular que reunía a diversas bandas militares, cuerpos de música y artistas de varios países, todos ofreciendo actuaciones espectaculares ante el imponente telón de fondo del castillo iluminado. Nos quedamos verdaderamente fascinadas por cada actuación, pero lo que más me atrajo fue la cultura y la herencia escocesas que se exhibían. Desde la danza de espadas hasta el *Highland Dancing* y las demostraciones de habilidades tradicionales escocesas, cada momento estaba

impregnado de historia y pasión. Era como adentrarse en un mundo lleno de tradición y orgullo, y yo formaba parte de todo aquello.

Después de que terminara todo aquel impresionante espectáculo, descendimos de las gradas y mi atención se desvió hacia Ian, que estaba apartado en una esquina. No pude evitar separarme del grupo para acercarme a él. Cuando me vio, se tensó, como si estuviera preparado para una confrontación. Pero antes de que pudiera escapar o decir algo que me lastimara, decidí abrirme

—Ian, llevo todo el día pensando en ti. No puedo sacarte de mi mente —confesé con sinceridad, buscando sus ojos con los míos.

—Yo tampoco —respondió para mi sorpresa, tomándome de la cintura con efusividad y arrastrándome hacia el interior de las gradas.

Su boca aprisionó la mía con desesperación, nos vimos envueltos en un beso apasionado y totalmente descontrolado, el deseo era tan poderoso que no había cabida para la razón. Me aprisionó más fuerte contra una de las barras de hierro que sujetaban las gradas, provocando que se incrementara el deseo. Nuestras bocas se abrieron para dar paso a nuestras lenguas que no tardaron en danzar juntas. Jadeante, me alzó del suelo, pasé mis piernas alrededor de su cintura y caminó adentrándose todavía más en la oscuridad sin dejar de besarme.

—Es una tortura estar lejos de ti —susurró pegado a mis labios—. Te necesito a cada instante —declaró uniendo de nuevo su boca a la mía.

Un ruido repentino nos hizo detenernos en seco, interrumpiendo el momento de intimidad. La sorpresa y el temor se reflejaron en nuestros rostros, dándonos cuenta de que no estábamos solos. Ian parecía agobiado por la situación, dejando entrever una expresión cargada de arrepentimiento. Estaba exhausta de este ciclo repetitivo: dejarse llevar y luego lamentarlo. Con los ánimos por los suelos, decidí poner fin a la noche y retirarme a mi habitación del apartahotel, dejando atrás la fiesta y a mis amigos.

Capítulo 35

Aquella mañana, mientras me dirigía hacia el restaurante del hotel para desayunar con mis amigos, me encontré de frente con Ian. Su reacción inicial pareció indicar que iba a escapar de mí, pero, quizá reconsiderando su decisión, se mantuvo cerca de los ascensores. Aquella situación me tenía agotada. No podíamos seguir así.

—Hola —dijo Ian, que me miraba con cautela mientras me acercaba a él.

—Hola —respondí, sintiendo un nudo en la garganta mientras me detenía a su lado—. Siento que mi presencia aquí te incomoda y te confunde, y tal vez te haya llevado a hacer algo que no querías. Así que, bueno, creo que es mejor que me vaya.

—No digas eso, no me arrepiento de nada. ¿Quieres que te cuente lo que siento?

—Sí, por favor, me encantaría saberlo, porque me tienes muy desconcertada.

Dio un paso adelante, quedando frente a mí, para sincerarse.

—Siento que no puedo sacarte ni de mi cuerpo ni de mi alma. Por más que lucho contra mis sentimientos no puedo olvidarte. Bri, te deseo más que a nada en este mundo —declaró antes de unir nuestros labios en un beso apasionado.

En medio de ese momento de éxtasis, de manera inconsciente, dejé escapar un «te quiero» en voz alta.

—Y yo te quiero tener solo para mí, aunque sea por una noche entera —confesó mientras volvía a besarme—. Ya no aguanto más estando lejos de ti. *Mo ghràdh,* después del concierto, escápate conmigo, solo los dos.

—Sí, claro que sí —respondí emocionada.

—Tengo que hacer unas gestiones, nos vemos después —finalizó,

dándome un pequeño mordisco en los labios.



Esa noche era trascendental para mí, así que me preparé meticulosamente. Opté por un vestido blanco que se anudaba al cuello, dejando toda la espalda al descubierto. Con dos delicadas tiras cubriendo mi pecho, el vestido caía suelto desde la cintura hacia abajo, acentuando mi figura. Dejé mi cabello rojizo suelto, con unas suaves ondas, y realcé mis ojos claros con un poco de maquillaje. Además, por primera vez, presté atención a mi elección de ropa interior: un bonito tanga de encaje y sin sujetador, ya que el diseño del vestido no lo permitía. Todos pensaron que mi euforia se debía a la emoción del concierto, sabían cuánto me gustaba ese grupo, pero la verdad era otra.

Cuando Ian me vio, sus ojos se abrieron como platos y no pudo apartar la mirada de mí. En parte, vestía así por él, pero también era consciente de que ese día él también se había esmerado con su atuendo por mí.

La primera hora la pasé cantando a todo pulmón, tratando de seguir el ritmo y la melodía con el mismo entusiasmo que el resto de los espectadores. Entre la multitud, noté a Ian acercándose discretamente a mí. Sus dedos rozaron los míos con delicadeza, enviando un escalofrío por mi cuerpo. Instantáneamente, sus gestos se volvieron más audaces; su mano encontró su lugar en mi espalda, acariciando suavemente mi piel mientras su aliento rozaba mi rostro. Era un juego peligroso, pero yo estaba decidida a mantenerme firme.

Cuando Ian finalmente no pudo resistirse más, me pidió que nos fuéramos juntos, deseando estar a solas conmigo. Sin embargo, decidí rechazar su propuesta, saboreando su tormento después de todo lo que había pasado en los días anteriores. Me excusé, argumentando que no quería perderme ni un solo momento del concierto.

Pero la noche tomó un giro inesperado cuando vi a Megan aparecer de repente. Su presencia entre Ian y yo me golpeó como un balde de agua fría. Mientras ella se entrometía entre nosotros con insistencia, me di cuenta de que ya no podía ignorar su presencia. Mis ojos se desviaron del

escenario hacia ellos dos, y la música parecía desvanecerse en el fondo.

Harta de que siempre hubiera alguien interponiéndose entre nosotros, decidí tomar las riendas de la situación. Con determinación, me acerqué a Ian y, ante la mirada de todos, entrelacé mi mano con la suya. Con un gesto apenas perceptible, le indiqué la salida. Una sonrisa se dibujó en su rostro y juntos nos escabullimos del bullicio de la multitud.

Ian me tenía preparada una sorpresa en el restaurante de un amigo, que había sido cerrado exclusivamente para nosotros dos. En ese momento, comprendí su insistencia en escaparnos del concierto. Observé como todo estaba perfectamente cuidado y decorado, creando un ambiente íntimo y romántico. Las luces tenues iluminaban la mesa cuidadosamente preparada, con velas parpadeantes y flores silvestres. El suave murmullo de la música de fondo completaba la atmósfera acogedora. Era evidente que había puesto mucho esfuerzo en organizar ese momento especial.

—¿Y todo esto? —pregunté, señalando a mi alrededor con una sonrisa.

—Pensé que estaríamos mejor lejos de todo, solos, para poder enfocarnos en lo que realmente importa.

—¿En qué exactamente?

—En nosotros. Deseo que nos olvidemos de los problemas y de las dudas —explicó, sujetando mi rostro entre sus manos—. Quiero hacerte una pregunta.

—Pregunta lo que quieras.

—¿Qué sientes por mí?, porque yo me estoy enamorando perdidamente de ti —confesó, con un nudo en la garganta.

—Me hace muy feliz escuchar eso porque yo también estoy enamorada de ti —respondí, con una sonrisa que apenas podía contener.

Nos miramos intensamente y nos fundimos en un beso lento y cargado de sentimiento.

—Desde el momento en que te vi, me gustaste —afirmó mirándome a los ojos.

—Y tú a mí también —afirmé con timidez, mordiendo nerviosamente mi labio inferior.

—Ven, vamos a cenar algo —propuso, y me dio un pequeño beso antes de guiarme hacia la mesa.

—Todo esto es increíble, tú eres increíble.

—Contigo sentí que la vida me daba una segunda oportunidad para construir algo hermoso, algo que me permitiría dejar el pasado atrás. Pero lo peor de todo es que, al mismo tiempo, te convertiste en mi perdición.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no debería haberme enamorado, y menos tan rápido como lo hice. Pero ¿cómo no hacerlo? Habría que estar ciego para no darse cuenta de lo hermosa que eres, tanto por dentro como por fuera.

—Te amo.

—Yo también te amo —dijo, besando mis labios—. Quiero hacer un brindis —añadió, sirvió champán en dos copas y me entregó una—. Por nosotros, por que nadie nos separe.

—Contigo a mi lado, todo es un sueño —confesé con sinceridad, disfrutando del contacto de su mano acariciando mi mejilla.

—Y yo nunca me he sentido así en mi vida. Que este sea el primero de muchos momentos felices juntos. —Sus labios se posaron sobre los míos y yo respondí a ese beso con pasión.

Capítulo 36

Tras una deliciosa cena, decidimos dar un tranquilo paseo por las enigmáticas calles de Edimburgo, que esa noche parecían impregnadas con la misma magia que nos envolvía a nosotros. Mientras caminábamos, Ian me iba relatando historias sobre el lugar, centrándose especialmente en las leyendas de fantasmas, brujas y maldiciones que lo rodeaban. Resultó ser un excelente guía, entregado y cariñoso, aprovechando cada parada para besarme y expresar lo mucho que me quería.

Cuando finalmente llegamos al hotel, me acompañó hasta el interior de mi habitación. La tensión entre nosotros y el calor del ambiente dentro del cuarto alcanzaron su punto máximo.

—*Mo ghràdh,* te dejo descansar. Si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme.

Besó brevemente mis labios y, ante mi atenta mirada, se dirigió hacia la puerta. Su mano, que descansaba sobre la manilla, nunca llegó a hacer el movimiento para abrirla. Como si estuviera quemándose, la soltó y regresó a mi altura.

—Bri, pero lo que más deseo es quedarme aquí contigo —comentó con la respiración agitada.

—Yo también quiero que te quedes. Sería nuestra primera noche juntos, ya sabes, durmiendo en una cama —añadí, recordando el tiempo que habíamos pasado en los sofás.

—Y espero que sea la primera de muchas —dijo con la voz ligeramente quebrada.

Nuestros ojos se encontraron en la penumbra, reflejando el deseo y la pasión que sentíamos. Sin decir una palabra, nos acercamos lentamente el uno al otro, como si fuéramos imanes irresistiblemente atraídos.

Entonces, nuestros labios se fundieron en un beso que parecía sellar nuestro destino. Fue suave al principio, apenas un roce, pero pronto se convirtió en algo más profundo, más intenso. Nuestras bocas se unieron en una danza ardiente, explorando cada rincón, cada recoveco, como si quisieran memorizar cada detalle del otro.

Con manos ansiosas, abrí los botones de su camisa, sintiendo como la tensión entre nosotros iba en aumento. Sus dedos expertos encontraron el lazo de mi vestido, deshaciéndolo con un movimiento seguro que hizo que la tela se deslizara suavemente hacia abajo, cayendo hasta reposar en el suelo a nuestros pies. Los pantalones, abandonados a un lado, se unieron al vestido, dejando desprovistos de toda tela nuestros cuerpos.

Sus labios atraparon los míos en un beso embriagador. Mis uñas se clavaron en sus hombros provocando que su gruñido se ahogara en mi garganta y nos enfrascamos en una pelea con nuestras lenguas, fuera de control. Me sujetó por la cintura y me alzó del suelo con facilidad. Mis piernas se enroscaron en su cintura de manera instintiva, mientras caminaba conmigo en brazos, hasta dejarme pegada al triple espejo del cuarto. La temperatura de mi cuerpo contrastaba con la del cristal, provocándome escalofríos por la espalda. Por el rabillo del ojo, pude ver reflejado en los otros dos espejos el fuego que emanaba de nuestros cuerpos.

Liberó una de sus manos y de un tirón rompió mi ropa interior. Posteriormente, colocó un preservativo en su erección y guio su glande hasta mi entrada. Tuve que morderme el labio

inferior, al sentir la calidez de su miembro deslizándose por la empapada cavidad. Mi cuerpo temblaba por la anticipación y un fuerte gemido salió de mi boca. Cuando abrí los ojos vi como Ian tragaba saliva. Salió de mí y volvió a entrar, pero esta vez con más fuerza, dejándome sin aliento. Repitió de nuevo la misma acción, para después empotrarme con intensidad. Mis gemidos se ahogaban en su cuello, al cual me aferré con fuerza para no desestabilizarme. Nunca hubiera imaginado que fuera tan fogoso e intenso en el sexo; su carácter amable, y hasta yo diría que romántico, ocultaba al semental que había detrás.

Me cegaba el placer. Vernos reflejados en los espejos hacía que la lujuria aflorara por cada poro de nuestra piel.

Una leve sonrisa traviesa apareció en su rostro, antes de rozar sus labios con los míos, consciente del efecto que estaba causando en mí. Con cuidado me apartó momentáneamente de su cuerpo, obligándome a poner los pies en el suelo, y una brisa fría acarició mi cuerpo. Sus manos, que reposaban ahora en mi cintura, me obligaron a voltearme. En esa posición la silueta de ambos se reflejaba por completo en el espejo principal. Su pecho quedó completamente pegado a mi espalda y con su pie entreabrió un poco mis piernas. Una de sus manos se deslizó lentamente por mi abdomen, acariciando mi piel desnuda, hasta llegar a mi cuello donde se detuvo. Giró mi cabeza y me besó. Mientras disfrutaba de ese suave contacto, que momentáneamente me había relajado, me embistió de nuevo, haciendo que mis pezones excitados quedaran pegados al frío cristal. Con su mano en mi cuello y la otra en mi cadera, cruzamos las miradas a través del espejo.

Mis manos acabaron empujando el cristal, a medida que el ritmo de sus movimientos se incrementaba. Lo vi perder el control, su cabeza se movía de lado a lado y sus ojos se quedaban en blanco a medida que sus embestidas se tornaban más exigentes. Sus manos se colocaron en mi cadera, ayudando a que su miembro se introdujera por completo en mi interior. Todo era un delirio, una auténtica alucinación, donde nuestro reflejo, junto con el choque de sus testículos contra mi trasero, más el sudor que emanaba de nuestra piel y el fuego que no dejaba de crecer crearon un elixir que nos arrastró hasta el auténtico éxtasis del placer.

—¡Joder! Casi me muero —resoplé, intentando recuperar la respiración.

—Bri, me vuelves loco —sonrió satisfecho, agarrándome por la cintura y dejándose caer sobre su brazo que permanecía apoyado en el espejo—. Te juro que me hubiera gustado ser más delicado, pero una vez dentro de ti, perdí el control. He estado demasiado tiempo deseando estar contigo.

Me giré para mirarlo a los ojos y enrosqué mis brazos alrededor de su cuello antes de hablar:

—Quiero que siempre sea así, también me gusta esta parte más salvaje tuya.

Sonreí de manera cómplice, mientras me mordía el labio inferior. Ian me correspondió con otra sonrisa, antes de alzarme del suelo y llevarme hacia la cama donde caímos a plomo entre risas.

Me desperté sobresaltada por el clic del sonido de la tarjeta al abrir la puerta de mi habitación. Al incorporarme, vislumbré a Ian durmiendo plácidamente a mi lado. Sin embargo, mi alivio se convirtió en horror al ver a Alec de pie junto a la puerta, sosteniendo un arma en su mano. Sus ojos destellaban con un odio intenso mientras apretaba el gatillo sin vacilar. El estruendo del disparo resonó en la habitación y el cuerpo de Ian se sacudió violentamente al recibir el impacto de la bala.

—¡NOOO! —grité con fuerza, despertándome de golpe. Miré a Ian, que se había incorporado alertado a mi lado—. ¿Estás bien? —pregunté angustiada.

—Sí, sí, estoy bien. *Mo ghràdh,* ¿qué pasa? ¿Qué has soñado? —Me rodeó con sus brazos,

buscando calmarme.

—Soñé que Alec venía aquí y te quería matar. Ian, no es la primera vez que tengo esta pesadilla. Parece una premonición —confesé, sintiendo un nudo en la garganta.

—Tranquila, eso no va a suceder —aseguró para tranquilizarme.

—Parecía tan real… Mi amor, tengo mucho miedo de perderte.

—No me vas a perder, porque no estoy dispuesto a que nadie me aleje de ti de nuevo —me reconfortó acariciando mi cabello.

—Te amo con todo mi corazón.

—Te amo. Eres lo mejor que me ha pasado —respondió antes de besarme, haciendo que el deseo renaciera entre nosotros.

Capítulo 37

Después de despedirnos de nuestros amigos tras el almuerzo, emprendimos el viaje de regreso a Skye. Ian y yo habíamos decidido pasar unos días juntos en nuestro lugar favorito, Waternish. Durante una breve parada en el camino, aproveché para llamar a mi padre e informarle sobre la situación, ya que el inicio del proyecto se retrasaría debido a nuestra escapada. Él me tranquilizó, asegurándome que adelantaría parte del trabajo, pero me exigió como compensación que disfrutara y fuera muy feliz. Notaba la tensión en Ian cada vez que mencionaba a mi padre, era un tema delicado que se interponía entre nosotros. Por eso evitábamos tocarlo y nos centrábamos en lo que realmente importaba: nosotros dos.

Llegamos al anochecer, el viaje se había alargado más de lo previsto debido a nuestras paradas en distintos lugares a lo largo de la ruta. Mi fascinación por Escocia crecía con cada kilómetro que recorríamos, especialmente después de escucharlo hablar con tanta pasión sobre su historia. Me estaba enamorando perdidamente de aquel lugar, y no habría sido lo mismo sin mi *highlander* de ojos color miel a mi lado.

Cuando Ian abrió la puerta de la casita y encendió las luces, pude observar que habían preparado todo para nuestra llegada. El aroma a comida casera inundaba la sala y cada detalle estaba cuidadosamente dispuesto para darnos la bienvenida. Juntos caminamos hacia el cuarto y dejamos nuestras maletas. Me acerqué al gran ventanal y lo abrí, dando paso al pequeño balcón que ofrecía una vista impresionante del lugar. La brisa acarició mi rostro mientras inhalaba el aire puro que se filtraba por mis fosas nasales. El cielo comenzaba a oscurecerse, cubriendo la belleza del paisaje con el manto de la noche.

Ian apareció detrás de mí con dos copas de *whisky* en la mano, ya que no era muy aficionado al champán. Desde que lo conocí, solo lo había visto tomar la bebida burbujeante una vez, en nuestra cena íntima en Edimburgo.

—Este lugar es realmente increíble, comprendo por qué decidiste comprarlo —comenté, señalando todo a mi alrededor con admiración.

—Quiero que a partir de ahora sientas esta casa como tu hogar, puedes cambiar lo que desees, hacerla tuya por completo. —Retiró la copa de mi mano y la colocó junto a la suya en una pequeña mesa, mientras yo intentaba contener la emoción que sentía al escuchar sus palabras.

Ian apartó delicadamente mi cabello hacia un lado y depositó un beso en mi cuello antes de continuar hablando en un tono ligero:

—A partir de este momento, este será nuestro refugio. Aquí construiremos nuestra historia, la historia de nuestro amor.

Con suavidad, giré mi rostro hacia él y nuestros labios se encontraron en un beso lento y profundo. Sentí cómo su pecho se acercaba, envolviéndome en un abrazo cálido mientras sus manos trazaban suaves caricias a lo largo de mi figura, delineando la forma de mi vestido.

Con movimientos precisos, se despojó de su camiseta y pantalones. Las prendas cayeron al suelo liberando su cuerpo de cualquier obstáculo.

Sus manos volvieron a mi cuerpo, haciendo que la anticipación creciera dentro de mí. Con delicadeza, deslizó la cremallera de mi vestido, liberando mi espalda. Su boca surcó un camino de besos por mi piel descubierta y, sin titubear, enredó los dedos por las tiras del vestido. La tela sedosa y sus manos se deslizaron por mis pechos, embriagándome por completo con su tacto exquisito.

Se detuvo un momento, evaluando mi cuerpo cubierto solamente por la ropa interior. Con una mueca de desaprobación, decidió prescindir de ella, rompiendo la última barrera que nos separaba de la absoluta desnudez.

Me alzó entre sus brazos y me llevó hacia la ducha. Bajo el agua tibia, nos dedicamos caricias y besos que aumentaron nuestra agitación.

Mi zona íntima comenzó a palpitar al notar que su miembro se abría paso por mi humedad. Me aferré a sus hombros con fuerza y, presa del deseo, dejé que sus firmes embestidas nos transportaran al limbo del placer.

Posteriormente, cenamos en el porche, iluminados por la suave luz de la luna. Las montañas y el mar nos rodeaban, creando un escenario idílico que superaba todas mis expectativas y sueños.



Durante esa semana, nos deleitamos en nuestro refugio de amor mientras explorábamos la hermosa isla de Skye. Su impresionante paisaje de montañas escarpadas, costas rocosas y exuberantes colinas cubiertas de brezo púrpura enamoraban por su belleza única. Su costa recortada albergaba fascinantes formaciones geológicas, como los famosos acantilados de Trotternish. El paisaje estaba salpicado de ruinas de castillos medievales y antiguas estructuras celtas, como el castillo de Dunvegan, hogar ancestral del clan MacLeod.

El interior de la isla estaba dominado por las majestuosas montañas Cuillin, junto con los lagos, como el Fada y el Coruisk, que nos ofrecieron las mejores caminatas.

A la semana siguiente, exploramos el resto de las fascinantes islas Hébridas. Comenzamos nuestro viaje en las Hébridas Exteriores, hogar de islas más grandes y menos pobladas, como Lewis y Harris, Uist, Barra y St. Kilda. Estas eran famosas por sus paisajes de acantilados, playas de arena blanca y una impresionante diversidad de vida silvestre. Finalmente, para concluir nuestra aventura, nos dirigimos a las Hébridas Interiores. Donde Ian tenía que cerrar unos negocios relacionados con su destilería. Aquí, entre islas como Islay, Mull, Jura y Tiree, descubrí un mundo de rica historia y cultura, donde el *whisky* desempeñaba un papel destacado.

Durante esos días juntos, lejos de todo y de todos, nos dimos cuenta de que no necesitábamos nada más que estar el uno con el otro. Cada momento con Ian era como vivir en un mundo idílico, donde la felicidad parecía infinita y las preocupaciones se desvanecían.

Capítulo 38

Después de poner la última firma en el documento, levanté la mirada hacia mi padre, notando la emoción brillando en sus ojos. Nos abrazamos con fuerza, compartiendo un momento de triunfo y satisfacción. Habían sido tres meses intensos de trabajo duro, pero finalmente estábamos listos para abrir las puertas de la fundación. Sabía que este era solo el comienzo, que aún teníamos mucho por delante, pero estaba emocionada por lo que el futuro nos deparaba.

El proyecto significaba mucho para mí, no solo porque era algo en lo que creía profundamente, sino también porque lo compartía con mi padre. Nuestra relación se había fortalecido enormemente durante este tiempo, a pesar de que ya no vivía con él desde que Ian y yo empezamos nuestra relación. Desde entonces, nos habíamos establecido en Waternish, donde ambos encontramos nuestro verdadero hogar. Aunque su apartamento en Portree había quedado vacío después de que Megan se marchara de regreso a Inglaterra, y a pesar de tener a nuestros amigos cerca, no sentimos la necesidad de volver atrás. Waternish era nuestro refugio, el lugar donde nuestras vidas cobraban sentido de verdad.

—Brindemos por esta maravillosa cuna que será Fairyloch —dijo Catriona con una sonrisa, mientras servía tres copas de champán—. Este sábado las puertas se abrirán para dar voz a esas mujeres que olvidaron lo fuertes y valientes que son —añadió antes de alzar su copa, esperando que chocáramos las nuestras con la suya.

La incorporación de Catriona al equipo fue una verdadera bendición. Aunque era un poco más joven que mi padre, su apariencia desenfadada y moderna le otorgaba un aire juvenil y fresco. Estaba convencida de que no podía tener una abogada mejor. Catriona personificaba los valores de la vida: era fuerte, luchadora y valiente. No había obstáculo que pudiera detenerla cuando se trataba de pelear por lo que consideraba justo. Entre esas causas se encontraban sus constantes protestas y movilizaciones en favor de la total ruptura de Escocia con Inglaterra, especialmente en momentos difíciles como los que siguieron al *Brexit*. Además, era feminista y ecologista. Dejando su cómoda vida en Aberdeen, se trasladó a Skye, para dedicar parte de su tiempo libre a su pequeña granja, donde acogía y cuidaba diferentes animales que disfrutaban de la naturaleza en total libertad. Me encantaba visitarla allí; su hogar era un remanso de paz, y además me había encariñado completamente con las vaquitas de raza *Hairy Coo*, las llamadas vacas de las *Highlands,* que tenía allí.

No solo yo estaba impresionada por Catriona; mi padre también mostraba cierto interés en ella. Era evidente que entre ellos había algo más que una simple relación profesional, y eso me hacía feliz. Después de todo, era un alivio ver que volvía a tener sentimientos por alguien que no fuera mi madre. Estaba claro que con Grace no era feliz; su matrimonio era un cántaro vacío de amor.

Sin embargo, no todos estaban contentos con la presencia de Catriona. La esposa de mi padre parecía percibir el vínculo estrecho entre la abogada y su marido, y esto la llenaba de celos y resentimiento. Sus constantes visitas a la fundación se volvieron cada vez más incómodas, y

llegó al punto de montar una escena en plena reunión. Fue entonces cuando decidí tomar cartas en el asunto y expulsarla del lugar. Los asuntos personales no tenían cabida en Fairyloch, que había sido creada con otro propósito.

—Esperemos que la recepción de este sábado tenga una buena acogida y podamos recaudar los fondos que nos hacen falta para adquirir los terrenos —comenté con cierta reserva mientras miraba los papeles sobre la mesa.

—Hija, los conseguiremos, que no te quepa ninguna duda. Muy pronto verás cómo creamos un buen refugio, donde las mujeres se sentirán seguras y protegidas —añadió mi padre con voz firme, colocando su mano en mi hombro.

—Bri, tiene razón. Confío plenamente en ti y en este equipo. Haremos de Fairyloch un lugar excepcional. Por eso mismo, en este instante me voy a poner con las licitaciones de los terrenos. Si el sábado sale todo bien, el lunes a primera hora las presento —explicó Catriona.

—Déjame ayudarte —propuso mi padre, a lo que ella respondió con una sonrisa.

—Yo me tengo que ir. Yani debe de estar al caer. Tiene una reunión con Ian en la destilería y me acerca a casa. Nos vemos mañana. —Me aproximé a Catriona y la besé en la mejilla. Ella, como siempre, me devolvió el gesto con un afectuoso abrazo.

—Te acompaño hasta la entrada —dijo mi padre cuando me disponía a despedirme de él.

—Papá, ya sabes que no me gusta inmiscuirme en la vida privada de los demás, pero es muy evidente que entre vosotros dos hay sentimientos profundos. Cualquier excusa es válida para estar a su lado. Pasas más tiempo aquí que en Deerloch y estás huyendo descaradamente de tu casa. ¿No te has planteado separarte de Grace?

—Es muy complicado —suspiró sin detener su paso—. Si lo hago, pierdo la destilería de mi familia. La participación de Grace y Alec juntos suma más que la mía. Brodie MacDonald no estaba muy conforme con integrar a un tercer miembro, y tenía razón. Fue un error.

—Papá, los negocios no lo son todo. Si tienes que renunciar a ciertas cosas para ser feliz, hazlo. Ya la vida te demostró en el pasado lo infeliz que puedes ser cuando no estás con la persona que amas.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan sabia? —preguntó divertido, tocando la punta de mi nariz.

—Desde que estoy completamente enamorada. Nunca imaginé que la felicidad estuviera al alcance de mi mano.

—Y el causante de ese hecho tiene nombre y apellido: Ian MacDonald —añadió con perspicacia—. Hija, ¿cuándo crees que me podré reunir con él? Sé lo importante que es para ti. Por eso, creo que debemos dejar las desavenencias en el pasado.

—Lo veo difícil por el momento. Él no soporta escuchar vuestros nombres. Además, está convencido de que urdisteis un plan para quedaros con la herencia de su padre.

—Hija, espero que tú no creas eso. Yo sería incapaz de hacer una cosa así. Quería a Brodie como a un hermano, y ojalá todo hubiera pasado a manos de Ian. Pero por algún motivo que me cuesta entender, o quizá llevado por la rabia, redactó ese testamento que lo excluyó a él. Ian sabe que es un documento legal, por lo que no hay duda de que fue la decisión de su padre.

—Me cuesta un poco entender lo del seguro de vida a favor de Ian junto con las tierras en Waternish y, por otro lado, el testamento que beneficia a la mujer que le fue infiel con su mejor amigo.

—Es confuso, pero ya no podemos hacer nada, y nunca sabremos por qué tomó esa decisión. Ven —solicitó, abriendo los brazos para abrazarme—. No desconfíes de mí. No soy un monstruo —murmuró con la voz quebrada.

—Lo sé, confío en ti —logré decir antes de que Yani tocase el claxon, indicándome que había

llegado.

Se mantuvo de pie en el umbral, observándome mientras subía al coche de mi amiga, hasta que, con un gesto cariñoso, se despidió de ambas.

—Por fin tendré veinte minutos de tu compañía —recriminó burlona, recibiendo un codazo por mi parte.

—Eres una exagerada, ayer fuimos al *pub* y estuvimos con todos.

—Bueno, yo no diría tanto. Más bien aclararía que os acercasteis al *pub,* os encerrasteis en el cuarto de empleados a follar de una manera muy entregada, ya que los gritos se oían desde fuera y tuvimos que subir la música. Después tomasteis una pinta antes de retomar vuestra actividad sexual. ¿Pero aguantasteis hasta llegar a casa? —me vaciló divertida.

—Ya vale, Yani. Es que no puedo explicarte lo que me pasa con él. Es dulce, cariñoso, detallista, amable y cuando intimamos, se transforma en… en…

—En un empotrador —terminó la frase por mí, provocando una fuerte carcajada. Yani era así, una mujer que decía lo que pensaba sin filtro alguno.

—No voy a hacer comentarios al respecto, solo te diré que estoy muy bien con él.

—Se nota, se nota —rio abiertamente—. ¿Cómo te sientes? La fundación es un éxito. El sábado estaremos todos para apoyarte —dijo con entusiasmo, pero mi rostro se transformó—. Espera, Bri, ¿el *highlander* te acompañará?

—No le he dicho nada aún, Yani. Para él, todo este tema es muy difícil de manejar. Imagínate, tener que estar con mi padre, su exmadrastra, su exnovia y Alec, con quien su actual pareja tuvo un *affaire*.

—Perdóname, pero eso no es excusa. Tienes que hablar con él y, si realmente te quiere, debe estar a tu lado, apoyándote en esto que es tan importante para ti.

—Todo es más complicado de lo que parece —resoplé, recostándome sobre el asiento. Por primera vez, iba a hablar de un tema que Ian y yo habíamos dejado aparcado.

—No me asustes, Bri. El abogado no habrá interferido de nuevo en tu vida, ¿no?

—No, no, tranquila. No he hablado con él. En varias ocasiones lo vi cerca, como buscando la oportunidad para acercarse, pero no pudo hacerlo porque estaba acompañada.

—Joder, ese imbécil no se cansa —farfulló con enfado—. Entonces, ¿qué es eso que te preocupa tanto y que te borra la sonrisa del rostro?

—Pues hace unos días, le hicieron una oferta muy importante a Ian para trabajar en un proyecto en Groninga. El objetivo es proporcionar conocimientos, modelos, herramientas y metodologías para abordar los nuevos problemas hídricos relacionados con los fenómenos extremos, y contribuir con ello a mejorar la gestión de los recursos hídricos y la resiliencia.

—Espera, ¿el *highlander* se está planteando ir a vivir a los Países Bajos? ¿Por eso se asoció con Paige en el *pub* y con J. J. en la destilería? Todos pensábamos que lo había hecho para pasar más tiempo contigo.

—No, no pienses mal, Yani. Ese tema lo hablamos. Me dijo que estaba muy agradecido con sus amigos, porque en su ausencia cuidaron tanto de la destilería como del *pub* como si fueran suyos.

»No hay nadie como Paige para mantener el control del local y a la vez para animarlo. J. J., por su parte, necesita otro horario para poder compatibilizar su vida con Magnus, por eso la destilería es un buen lugar para él. Además, el trabajo de encargado le encanta, ya sabes lo que le gusta figurar. Y después estás tú, en quien Ian confía plenamente. Te encargas unas horas de las visitas guiadas en la destilería y eres un gran apoyo para Paige en el *pub*. Te aseguro que solo buscaba que todos pudiéramos tener una vida más cómoda.

—Amiga, no deberías ni siquiera plantearte la idea de irte. Tienes una vida aquí, un trabajo, y además estás comenzando a crear un vínculo especial con tu padre. Romper con todo para que él cumpla sus sueños no es justo.

—Ian me dijo que no lo iba a aceptar. Creo que por eso mismo que me estás diciendo tú, pero el otro día lo vi revisando documentos sobre ese tema. Pienso que quiere irse, Yani.

—Tienes que zanjar este asunto ya, Bri. No hablar de las cosas no soluciona los problemas, solo los estás aplazando, como también el tema de la recepción del sábado. No dejes pasar más tiempo.

—Tienes razón, no puedo vivir en una burbuja, porque en cualquier momento todo explota. Gracias por estar siempre ahí —añadí y la abracé al llegar a mi casa.

—Llámame si necesitas hablar. Ahora me voy a reunir con el guapo de tu novio —bromeó, guiñándome un ojo y tratando de aligerar el ambiente.

—Dile que no tarde, que lo espero en nuestra cala —grité desde fuera.

—¡Viciosos! —respondió tocando el claxon.

Capítulo 39

La brisa acariciaba mi piel, erizándola con su frescura mientras los tímidos rayos del sol luchaban por filtrarse entre las nubes. Había optado por un baño en el mar, aunque el día parecía más propicio para quedarse en casa. Pero ya estaba acostumbrada al impredecible clima escocés, donde un día soleado podía convertirse en una lluvia torrencial en cuestión de minutos. Aun así, amaba esa tierra y, sobre todo, esa pequeña cala que guardaba innumerables momentos de pasión con Ian.

Con los ojos cerrados, sentí cómo una sombra se cernía sobre mí, seguida por unos labios suaves que encontraron refugio en los míos mientras se acomodaba en mi toalla.

—Me encantan tus labios, con sabor a mar —susurró mordisqueando mi boca con delicadeza —. No me has esperado para bañarnos juntos, sabes que lo disfruto más contigo entre mis brazos.

—Pues lo siento, guapo, porque no pienso volverme a meter, estoy muerta de frío. Quizá debería vestirme. —Me incorporé con una sonrisa juguetona, provocándolo.

—De eso nada, tengo una idea mejor —respondió con astucia, recostándome hacia atrás.

Sus labios acariciaron los míos en un suave roce, apenas un breve contacto que encendió una chispa en mi interior. Acto seguido, como un explorador travieso, recorrió mi pecho, mordisqueando juguetón cada pezón antes de llegar al bajo vientre. Allí, con un gesto provocador, deslizó la parte de abajo del bikini, revelando todo mi cuerpo en su esplendor. En ese momento, su boca se hizo hueco entre mis pliegues, jugueteando con su lengua sobre la parte más sensible. Sentir cómo sus dedos se introducían en mi interior de esa manera tan íntima me llevó a perder el control, desatando un impetuoso orgasmo que hizo palpitar todo mi cuerpo.

Ian se deshizo de su bañador con premura, y con la misma agilidad se colocó un preservativo antes de deslizarse entre mis piernas. Con un movimiento firme se clavó en mí con tanta intensidad que ambos gritamos de placer al sentir nuestros cuerpos unidos.

Se detuvo por un instante, con su mirada fija en la mía, mientras susurraba un «te amo» lleno de sinceridad. Pero en un abrir y cerrar de ojos, ese momento romántico se desvaneció y surgió su otra faceta: la apasionada, aquella que podía hacer que olvidara hasta mi propio nombre.

Su lengua descendió a uno de mis pezones, mordiéndolo, succionándolo hasta que se hartó y cambió al otro. Era un hábil conocedor de mi cuerpo, sabía qué hacer, qué tocar para acelerar o incrementar el placer de mi orgasmo. Era consciente de lo que estaba a punto de ocurrir y, muy acertadamente, elevó mis piernas hasta depositarlas sobre sus hombros para embestirme con más fuerza y rapidez; uno, dos, cuatro, diez movimientos más y ocurrió, nuestros cuerpos convulsionaron a la vez, provocando que varios gemidos salieran de nuestras gargantas para acabar ahogados en el mar.

La sensación de su frente contra mi cuello me hizo cerrar los ojos, mientras su cuerpo se deslizaba hacia un lado, liberándome del peso que lo había mantenido sobre mí. Su brazo aún rodeaba mi cintura, como una suave afirmación de su presencia.

Un cúmulo de pensamientos invadió mi mente, trayendo consigo las palabras de Yani. Aunque me encantaba vivir en la ilusión de nuestra relación perfecta, sabía que había temas que estábamos evitando, escondidos detrás de la felicidad que sentíamos. Pero, tarde o temprano, esas cuestiones enterradas saldrían a la superficie, listas para hacer mella si no encontrábamos el valor para afrontarlas.

—Ian, tenemos que hablar —afirmé apartándome de su cuerpo y deslizando una sudadera sobre mí.

—¿Con esto basta para que llevemos mejor la conversación? —preguntó mostrándome una cerveza—. ¿O será mejor que lleguemos a casa y cojamos una botella de *whisky*? —medio bromeó, intentando quitarle hierro al asunto.

—Empecemos con las cervezas, después ya veremos si necesitamos algún aliciente más.

—*Mo ghràdh,* ¿qué te preocupa? Sabes que puedes hablar conmigo de todo —dijo colocando su mano sobre la mía.

Sus palabras me animaron a continuar.

—No lo tengo tan claro, Ian. Llevo días guardándome la felicidad que siento por la apertura de la fundación y lo que significó hacer esto con mi padre. Y no he dicho nada para no lastimarte.

—Bri, ¿a dónde quieres llegar?

—El sábado es la inauguración de Fairyloch, y todas las personas que quiero, hasta mi tío Thomas, me van a acompañar, pero la persona más importante en mi vida estará ausente y eso me duele, y mucho. Pero no puedo pedirte que vengas, no quiero que hagas algo que no deseas.

Ian sonrió y sujetó mi rostro con ternura.

—Bri, no me lo tienes que pedir, porque no tenía pensado faltar. ¿Cómo no voy a estar a tu lado en un día tan especial? *Mo ghràdh,* para mí, tú eres lo más importante y no hay nada ni nadie que vaya a cambiar eso.

—Te amo, Ian —afirmé alzando la voz, emocionada. Le abracé con fuerza antes de depositar un sonoro beso en sus labios—. No sabes lo feliz que me hace escucharte decir esto.

—Eres una tontita preciosa —bromeó tirando de mi mentón.

Posteriormente, con un tono más serio, continué:

—Hay algo más de lo que debemos hablar, y es sobre la oferta de trabajo en los Países Bajos. Me dijiste que nos íbamos a quedar aquí, pero estoy convencida de que la estás rechazando por mí. Sé que te gustaría aceptarla, y eso me preocupa. Con el tiempo, podría ser algo que se interponga entre nosotros.

—No te voy a negar que el proyecto me entusiasma y es una gran oportunidad para mi carrera. Pero ahora estás tú en mi vida y no puedo pensar solo en mí. Somos un equipo, debemos decidirlo todo juntos. No puedo ser egoísta y hacer que empieces de cero en otro lugar.

—Ian, te agradezco que pienses en mí antes que en ti, pero me da la impresión de que no estás siendo del todo sincero. No eres capaz de mirarme a los ojos.

—Sí, hay algo más —suspiró con una expresión afligida—, y es el motivo principal por el que me gustaría largarme de este lugar. No puedo lidiar con mi pasado, no confío en tu padre y lo que es peor, he visto a Alexander observándonos en diversas ocasiones. No se ha rendido contigo, lo sé. Y todo esto me da miedo, porque soy conocedor de lo que es capaz de hacer esa familia, tu familia, y temo que acaben separándonos. Algo encontrarán para que eso suceda. Por eso la opción de irme lejos de aquí contigo me atrae tanto. Quiero preservar lo nuestro, cuidarlo y que podamos vivir en paz sin este temor constante de perderte.

Me tomó un momento procesar todo lo que había dicho.

—Está claro que tu pasado sigue persiguiéndote y que yo sea una Thompson no ayuda en nada. De hecho, aún lo empeora más, junto con lo que sucedió con Alec. Por eso he decidido que te elijo a ti, que quiero una vida contigo sin fantasmas.

La expresión de Ian se transformó, llenándose de incredulidad y esperanza.

—Bri, ¿qué quieres decir?

—Que voy a echar mucho de menos este lugar porque vamos a comenzar una vida lejos de aquí.

—No me lo puedo creer —dijo abalanzándose sobre mí, cayendo ambos sobre la toalla.

—No digas nada todavía, quiero hablar primero con mi padre, es lo justo. Y, además, antes de irme tengo que buscar una trabajadora social, y me gustaría pedirle a Cat que fuera ella quien se encargara de dirigir la fundación.

—Claro, tómate el tiempo que necesites.

—Sabes, no creí que fuera a regresar allí, y ahora lo hago de la mano de un escocés. Todo es surrealista.

—Tendremos una buena vida, te lo prometo —aseguró, envolviéndome en sus brazos y uniéndonos en un beso lento y prolongado.

Capítulo 40

Me detuve en la puerta, sintiendo el peso de la ansiedad en mis manos sudorosas mientras intentaba ajustar mi elegante vestido. No estaba del todo cómoda con esa prenda ni con las altas sandalias que llevaba en mis pies y que parecían aumentar mi inseguridad. Ian, percibiendo mi nerviosismo, colocó sus manos en mis hombros descubiertos y apartó suavemente mi cabello hacia un lado para depositar un beso en mi clavícula.

—Todo saldrá bien —susurró—, porque este proyecto es casi tan increíble como tú.

Lo miré, buscando calma en sus ojos, pero su respuesta fue aún más reconfortante. Descendió su mano por mi brazo con una caricia sutil, que terminó en mis dedos. Entrelazó nuestras manos y dijo con seguridad:

—Siempre estaré a tu lado. Jamás soltaré tu mano.

Fue justo lo que necesitaba para recobrar mi valentía.

Nos adentramos en los jardines y observamos que todo estaba dispuesto según lo planeado: las mesas y sillas bajo las diversas carpas, una precaución necesaria debido al clima inestable de Escocia. La gente parecía animada, disfrutando del evento. Mis amigos fueron los primeros en recibirnos, acercándose todos para felicitarme. Me alegró enormemente verlos allí conmigo. Paige lucía bellísima, más arreglada de lo habitual, y no tenía dudas de que era obra de Yani, quien, como siempre, destacaba por su espectacular físico. J. J., por su parte, llevaba un traje colorido y un peinado estrambótico, mientras que su novio, Magnus, vestía con colores oscuros más acordes al clima de su tierra, Irlanda.

En otra mesa, vi a mi tío Thomas junto a mi padre. Un poco más apartadas estaban Amber y su madre, conversando animadamente con otras mujeres elegantemente vestidas. Y allí, en la barra, con una postura relajada y un vaso de lo que parecía ser *whisky* en una mano, dejando entrever unos preciosos gemelos y su Rolex de oro, estaba Alec. Me miraba con una intensidad que me incomodaba, alzando su copa a modo de saludo. Observé cómo Ian tensaba su mandíbula y su cuerpo entero. Lo miré, cogiendo su barbilla y asegurándome de que me mirara a los ojos.

—Amor, solo tú y yo. No caigas en sus provocaciones —le susurré antes de besarle. Ese breve contacto lo relajó, apoyando su frente en la mía y respirando más calmado.

Pero ahora llegaba una de las partes más complicadas de la velada: mi padre. Cuando nos acercamos a él, el primero en recibirme fue mi tío Thomas, quien me abrazó con fuerza y me alzó en volandas, haciéndome girar y provocando risas, como cuando era pequeña. Agradecí ese gesto, que me devolvió un poco de calma. Acto seguido me acerqué a mi padre, mientras mi tío e Ian hablaban animadamente. Mi progenitor tomó mi mano y la besó, en un gesto cálido y galante, para terminar de fundirnos en un abrazo. Cuando nos separamos, se dirigió al hijo de su socio, extendiendo la mano en un gesto de saludo. Ian apretó los puños, indeciso entre corresponder al saludo y su propio resentimiento. Mi padre mantuvo la mano extendida, esperando una respuesta que tardaba en llegar. En ese momento, Catriona intervino, metiéndose entre ellos y rompiendo el saludo. Me abrazó con emoción y posteriormente se dirigió a Ian,

quien la siguió apartándose y fingiendo una consulta. Con ellos separados, respiré tranquila.

—Papá, es difícil para él, necesita tiempo —excusé a Ian.

—Lo sé, hija, no te preocupes. Solo espero que algún día se dé cuenta de que yo no soy su enemigo, ni tampoco lo fui de su padre.

—Cat es la mejor, ¿verdad? Arregló este momento incómodo con astucia. Y hablando de ella, ¿cómo lo llevas? Porque no creo que Grace se separe de ti.

—Hija, no es el momento ahora de hablar de esto, pero tengo cosas que contarte. He decidido que voy a divorciarme. Lo que tengo con Catriona es muy especial, con ella me siento vivo de nuevo. No quiero perder esta oportunidad de ser feliz, por mantener un imperio.

—Me pone muy contenta escucharte decir esto, papá. Yo también tengo algo que contarte, pero ¿qué te parece si comemos juntos mañana y hablamos de todo esto con calma?

—Me encanta la idea. Y ahora, hija, ha llegado tu momento. Sube al escenario y conquista a toda esta gente hablando con el corazón. —Besó mi frente y me ofreció su brazo para acompañarme hasta el atril.

Mientras caminaba de su brazo, pude observar que los murmullos y las conversaciones cesaban, dejando paso al silencio mientras nos observaban detenidamente. Al pasar al lado de mis amigos, los vi mandándome besos de apoyo. Catriona hizo un gesto de fuerza e Ian rozó mi mano antes de pronunciar un «te amo» al que respondí con un gesto silencioso. Ellos me dieron el impulso que necesitaba para hacer frente a ese momento.

Queridas amigas, hoy nos encontramos reunidas para alzar nuestras voces en nombre de todas aquellas mujeres que han sido víctimas de la violencia de género. En esta fundación, nos comprometemos a ser su voz, su refugio y su fuerza.

Sabemos que la violencia machista es una lacra que aún pervive en nuestra sociedad, pero también sabemos que juntas podemos cambiar esa realidad. Nos negamos a aceptar la violencia como algo normalizado o inevitable. Es hora de romper el silencio y afrontar esta realidad con valentía y determinación.

En nuestra fundación, ofrecemos un espacio seguro donde las mujeres pueden encontrar apoyo emocional, asesoramiento legal y recursos para reconstruir sus vidas. Creemos en la solidaridad entre mujeres y en el poder de la sororidad para crear un mundo más justo y equitativo.

Nos comprometemos a luchar contra todas las formas de discriminación y opresión que afectan a las mujeres, desde la violencia doméstica hasta la brecha salarial. Creemos en un futuro donde todas las mujeres puedan vivir libres de miedo y violencia, donde se respeten sus derechos y se reconozca su valía.

Hoy, en esta fundación, nos unimos para decir basta. Basta de violencia, basta de silencio, basta de impunidad. Juntas, levantamos nuestras voces y nos comprometemos a seguir luchando hasta que todas las mujeres puedan vivir en paz y libertad. ¡Porque juntas somos invencibles!

Mientras los aplausos sonaban con fuerza, mi padre se acercó a mi lado y, emocionado, me envolvió en un fuerte abrazo. Después de ese tierno momento, le dejé continuar mientras descendía las escaleras para recibir las felicitaciones de mis amigos, Catriona, mi tío e Ian, quien me besó lleno de orgullo.

La verdad es que el resto de la velada apenas pude estar con mi gente, ya que me la pasaba de presentación en presentación. Pero esperaba que todo aquel suplicio sirviera para conseguir los fondos necesarios para la compra de los terrenos. Sin embargo, lo que sí recordaré siempre de ese momento fue la expresión de felicidad en el rostro de mi padre al presentarme con orgullo como su hija.

Hubo personas dispuestas a donar material de construcción, mobiliario, vehículos e incluso la gran mayoría ofreció dinero. Sin embargo, había una serie de requisitos que firmar y temas legales que desconocía por completo. Por eso, me dispuse a buscar a nuestra abogada, quien seguramente sería la más adecuada para acompañar a mi padre en esos asuntos.

No había pasado mucho tiempo desde que la había visto hablando por teléfono cerca de los pórticos, así que me dirigí hacia allí. Pero en ese momento, no sabía que esa decisión lo cambiaría todo.



—Hola, Briana, por fin estamos solos —masculló Alec, sobresaltándome y haciendo que mi corazón latiera acelerado.

—No es el momento ni el lugar. Tengo que regresar a la fiesta —dije cortante, intentando escabullirme. Pero antes de lograrlo, tiró de mi brazo con fuerza y me arrastró hasta ocultarnos tras uno de los pilares.

—Llevo meses intentando hablar contigo, y lo sabes bien. ¿Por qué nunca estabas sola? ¿Temías darte cuenta de que tu romance con el escocés no es tan fuerte? Porque, aunque no lo reconozcas, sé que piensas en mí —aseguró, aproximándose a mi cuerpo.

—No seas imbécil. —Lo empujé, buscando recuperar mi espacio personal—. No te quiero cerca porque no te soporto. Y, desde luego, no voy a perdonar tus mentiras y cómo has manipulado todo a mi alrededor para lograr tus propósitos. Sabes que no tenías ningún derecho a hacer todo lo que hiciste.

—¡Lo hice por ti, solo quería cuidarte!

—Tú no estás bien de la cabeza, si de verdad te crees tus palabras.

—Ese noviecito tuyo te iba a acabar metiendo en problemas legales, y lo único que hice fue arreglar la situación que él solo creó.

—¿Con chantaje y mentiras? Así arreglas tú los «problemas». No me creas tan estúpida, por favor.

—Me importas demasiado como para dejar que hundieras tu vida por un tipo así. Creí que traerte aquí era lo mejor para ti. Tenías un padre, él y yo podríamos cuidarte y velar por ti.

—No quiero oírte más. Nada de lo que digas va a cambiar mi opinión de ti. Aléjate de mi vida e intenta cuidar a tu esposa, porque le estás haciendo mucho daño.

—Me voy a separar de ella, ya te lo he dicho, y no, no me voy a alejar de ti porque no puedo, te amo —suspiró aliviado, colocando sus manos a cada lado de mi cabeza. Con un tono suave, continuó—: Sé que tú sientes lo mismo que yo. Esa noche en Londres fuiste mía. Vi cómo te entregaste a mí, cómo disfrutabas con mis caricias, con mis besos. Lo que vivimos fue muy especial y único. Jamás olvidarás ese momento, lo sé, por más que te revuelques con el escocés.

—No digas tonterías. Tú no sabes lo que yo siento por Ian. A él lo amo, con el cuerpo y con el alma. Y si de algo estoy segura en esta vida, es de que nunca, pero nunca, olvidaré cada momento que he vivido a su lado. Acéptalo ya, contigo tuve sexo una noche porque no sabía quién eras, si no jamás lo hubiera hecho.

—Mentira —golpeó con rabia la piedra—, ¿te recuerdo cómo correspondiste a mis besos en Glasgow? ¿Y cómo luchabas con todo tu ser para no dejarte llevar por lo que sentías? Deseabas sucumbir a mí. No lo niegues, tu cuerpo temblaba y se estremecía por mi contacto.

—¡Calla! Fui una idiota por corresponderte, porque tus palabras y tu supuesto apoyo en los momentos en que me sentía más vulnerable me confundieron.

—Deja de mentirte y dame una oportunidad. Vámonos lejos de aquí. Por ti, lo dejo todo. No te niegues a esto que nos pasa. Arriésgate por mi amor.

La conversación se vio interrumpida abruptamente por el puño de Ian, que me liberó de su agarre furioso y comenzó a golpearlo, fuera de sí. En ese instante, me di cuenta de que no estaba solo; tanto Amber como mi padre estaban con él. Entre los tres intentamos detener la pelea, pero claramente Ian tenía una gran ventaja. Su furia lo llevaba a otro nivel, y era evidente que esta situación estaba fuera de control.

—Ian, mi amor, por favor, detente. No vale la pena seguir golpeándolo. Pronto estaremos lejos de todo esto. No quiero que nuestros sueños se vean arruinados por él. No le des el gusto —supliqué, notando que algo hizo clic en él, mientras se apartaba tambaleante del inglés.

—¡Tú no te puedes ir! —gritó Alec desde el suelo, lastimado—. Cameron, no permitas que este tipo te aleje de tu hija. Hará lo que sea para separarla de ti —aseguró, buscando apoyo en mi padre.

—Si Briana decide irse con MacDonald, recibirá mi bendición. Sé que estará segura con él. He metido a mi hija en mi casa con el enemigo dentro. No sé cómo tienes el descaro de pedirme algo. Has utilizado a Amber y, no contento con eso, seduces a mi hija, a quien te encargué que cuidaras, ocultándole la verdad sobre quién eras. No te reconozco. Desde hoy, ya no formas parte de mi familia. Quiero que salgas de mi casa y de nuestras vidas —declaró, abrazando a Amber, que estaba completamente destrozada.

Entre sollozos, y sintiéndose más protegida entre los brazos de mi padre, Amber habló:

—¿Cómo fuiste capaz de hacer algo así? Renuncié a mi relación con Ian por ti. Te dediqué mi vida, me sometí a ti en todos los sentidos. Pero nunca fue suficiente, y ahora sé por qué. Jamás me has amado. Te casaste conmigo por interés. ¿Qué tiene ella que no tenga yo? —preguntó con voz temblorosa, denotando el miedo a la respuesta.

—Ella es valiente, decidida, con una personalidad fuerte. No se deja vencer por las adversidades y jamás ha seguido mis órdenes. Nada que ver contigo, que eres insípida y crees que tener dinero también te da clase —respondió él poniéndose en pie—. ¿De verdad quieres saber lo que me volvió loco? Lo apasionada que es en todo lo que hace —añadió con malicia, claramente buscando provocar a Ian. Y lo consiguió, pero esa vez logré detenerlo a tiempo, colocándome entre ambos.

—No lo escuches, Ian —advertí señalando a Alec con el dedo.

—¿Es inseguridad lo que percibo, MacDonald? ¿Nunca te preguntaste si cuando estás entre sus piernas piensa en mí? Te recuerdo que en el pasado ya fue así —escupió con maldad, buscando desestabilizar los cimientos de mi relación comparándola con la de Amber.

—¡Basta ya! —interfirió mi padre—. No caigas en sus provocaciones, hijo —dijo dirigiéndose a Ian—. No pudo lograr lo que quería con Briana, y ahora intenta sembrar dudas en ti para crear caos. Comenzad esa vida que queréis, juntos, lejos de todos.

—Papá, yo… yo no quería que esto sucediera —murmuré.

—Lo sé. Ahora entiendo por qué no deseabas trabajar con él y estabas siempre a la defensiva. Perdóname por no haberlo visto venir. Te volví a fallar.

—No digas eso. Yo también lo siento —musité, abrazándolo con fuerza. Pero pronto fuimos interrumpidos por la discusión acalorada que Amber y Alec comenzaron a tener.

—Marchaos de aquí. Yo me encargaré de todo esto —concluyó mi padre. Ian asintió en agradecimiento. No podía creer que, en medio de aquel caos donde había quedado expuesto mi

mayor secreto, sus diferencias se hubieran limado.

Capítulo 41

Durante el trayecto de vuelta a casa, un silencio denso y cargado de tensión se instaló entre nosotros. Ian conducía con las manos apretadas en el volante, y su mandíbula tensa dejaba entrever la lucha interna que estaba librando. Yo, por mi parte, me sentía agobiada por la sensación de haber decepcionado a todos a mi alrededor. Mi padre, mi tío, Amber y, sobre todo, Ian. Verlo así me partía el corazón.

El paisaje pasaba velozmente por la ventanilla del coche, pero mis pensamientos parecían estar estancados entre la angustia y el arrepentimiento. ¿Cómo habíamos llegado a ese punto? Nunca habría imaginado que un día que prometía ser especial terminaría en un completo caos.

Finalmente, el coche se detuvo frente a nuestra casa. Ian no apagó el motor de inmediato. En cambio, golpeó con frustración el volante y dejó caer su cabeza en un gesto de desesperación. Era evidente que ambos estábamos luchando contra nuestros propios demonios internos, y no sabía si podríamos encontrar una salida ante esta situación tan complicada.

Con temor, coloqué mi mano sobre su antebrazo y hablé con suavidad:

—Ian, creo que será mejor que entremos. Necesitamos calmarnos y luego hablaremos de todo.

Se giró hacia mí, con unos ojos vidriosos que reflejaban su dolor.

—No puedo —asumió con la voz entrecortada—. Las palabras de ese hombre siguen resonando en mi cabeza. Ahora mismo necesito estar solo y encontrar tranquilidad, porque cualquier cosa que diga en este estado podría poner fin a nuestra relación.

—Ian, por favor…

—Bri, quédate aquí, yo me iré al apartamento de Portree. Lo mejor para los dos es que tomemos algo de distancia.

Lo miré fijamente a los ojos, esperando ver algún indicio de duda en su mirada, pero su decisión era firme y no había nada que pudiera hacer para cambiarla. Con un profundo sentimiento de tristeza, me bajé del vehículo y lo observé mientras se alejaba a toda prisa, como si no soportara mi presencia.

Caminé unos pasos tambaleantes y me dejé caer en el porche, mientras el frío de la noche penetraba por todo mi cuerpo. Las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos, deslizándose por mis mejillas mientras se desvanecían en la oscuridad que me rodeaba.

El aire en la casa se volvía denso sin la presencia de Ian, como si las paredes mismas estuvieran aplastándome. Pero el recuerdo de nuestro amor, de cada momento vivido, me infundió una fuerza que no sabía que tenía. Decidí luchar por nosotros, por nuestro futuro juntos. Con las llaves del apartamento de Portree firmemente sujetas en mis manos, me armé de coraje y me dirigí hacia allí.

Al abrir la puerta, lo que encontré me dejó sin aliento. Amber estaba junto a Ian, y el simple hecho de verlos juntos, como si nada hubiera cambiado, fue como un golpe en el estómago. Sentí que el mundo se desmoronaba a mi alrededor. Ian, con delicadeza, apartó a Amber tras un beso

que les delataba. Mis manos temblaban tanto que las llaves se deslizaron de mis dedos, cayendo al suelo con un sonido que los alertó de mi presencia.

No pude soportarlo más. Bajé las escaleras a toda velocidad, mientras mi corazón golpeaba con fuerza mi pecho. Al llegar a la calle, tomé aire desesperadamente, pero mis nervios me jugaron una mala pasada y las llaves del coche resbalaron de mis manos, chocando contra el pavimento. Escuché los pasos de Ian acercándose y, antes de que pudiera alcanzarme, corrí hacia el vehículo con todas mis fuerzas.

—Bri, detente. —Sujetó mi brazo con firmeza, tratando de detener mi escape.

—Suéltame, Ian. No hay nada que puedas decir que cambie lo que acabo de presenciar.

—Por favor, escúchame. Amber me llamó en un estado de desesperación. Estaba a punto de tomar una decisión irreversible. No podía dejarla sola en ese momento.

—¿Y por qué fuiste tú quien la acompañó? ¿Por qué no su familia?

—Lo intenté, pero no pude comunicarme con tu padre ni su madre.

—¿Y qué pasa conmigo, Ian? No te importó dejarme sola y destrozada.

—Bri, tú sabes que no es así. Ella me necesitaba, y no podía dejarla en ese estado. Ya te conté que en el pasado intentó quitarse la vida.

—Es curioso cómo tu compasión selectiva parece excluirme a mí. ¿Recuerdas cómo me acabas de castigar por algo que sucedió fuera de nuestra relación? Y ahora te veo consolando a tu ex mientras permites que te bese. Eres injusto, Ian. Muy injusto.

—Lo que siento por ti es más fuerte que cualquier cosa, Bri. Pero ver a Alexander cerca de ti, me desborda y no lo puedo soportar.

—No quiero seguir disculpándome por cosas que están fuera de mi control. No voy a pedir perdón por lo de Londres ni por lo que sucedió en Glasgow. Estoy harta de intentar comprender tus fantasmas del pasado mientras tú desatiendes los míos.

—¿Qué estás diciendo, Bri?

—Estoy diciendo que esto se acabó, Ian. —Mis palabras salieron con fuerza, aunque mi corazón se desgarraba por dentro.

—Bri, no puedes estar hablando en serio.

—Adiós, Ian. Ve con Amber, ella te necesita más que yo ahora. —Abrí la puerta del coche y, sin mirar atrás, me subí y arranqué. A través del espejo retrovisor, lo vi parado allí, desolado. Quería correr hacia él, pero ya no podía. Había un muro entre nosotros, uno que ni el amor podía derribar.



Llevaba dos semanas viviendo con Catriona, después de haber abandonado la casa que compartía con Ian esa misma noche. Decidí no mudarme con mis amigos, temiendo encontrarme con el escocés ya que no estaba preparada para enfrentarlo. Me dediqué por completo a mi trabajo en la fundación y me distraje con las labores diarias de la granja. Casi todas las tardes, alguno de mis amigos venía a visitarme, tratando de alegrarme sin tocar el tema de Ian, y se lo agradecí profundamente y más después de haberme enterado de que Amber había permanecido a su lado tres días más.

Mi padre y Catriona se convirtieron en mi mayor apoyo. Me cuidaron y me brindaron su amor. En cierto modo, mi estadía en su casa también les permitió estar juntos, como una familia.

No recordaba sentirme así desde la muerte de Darragh y luego la de mi madre.

Ese día quedó grabado en mi memoria. El cielo estaba despejado y yo estaba junto a una de las vacas, Molly, que me tenía cautivada con su aspecto peludo y suave. Le contaba mis problemas, sabiendo que ella no me juzgaría. Estaba convencida de que, si alguien me escuchara, pensaría que estaba loca, pero eso no me importaba.

De repente, el cielo se oscureció y una intensa lluvia comenzó a caer. Corrí hacia la casa en busca de refugio y, al entrar, encontré a mi padre y a Cat hablando sobre Ian. Al verme, ambos detuvieron la conversación de inmediato.

—No os calléis por mí, estoy bien, quiero escucharlo —rogué, aparté una silla y tomé asiento.

—Ian vino a verme hoy a la oficina y me contó que Amber le confesó que la herencia se había manipulado. Después de que me reclamara por mi traición le juré que yo mismo resolvería todo esto, no voy a permitir que se ensucie de ese modo mi nombre, y también lo haré porque se lo debo a Brodie.

—¿Qué crees que pasó? —indagó Catriona, con una mirada de preocupación.

—Hablé con Amber, pero ella niega haberle dicho nada. Piensa que él pudo interpretarlo todo mal.

—¿Tú la crees? —pregunté intrigada mientras reflexionaba sobre la situación. Sabía que ella guardaba un secreto que en Glasgow se negó a confesar.

—Pienso que en un momento de debilidad y de dolor se abrió sin medir la magnitud de sus palabras, y ahora, más calmada, se ha dado cuenta de los problemas que esto le puede acarrear a su madre.

—¿Sospechas de Grace? —volví a interrumpir, sintiendo que necesitaba despejar esa incógnita.

—Sí, y no sé cómo demonios hizo para modificar la herencia, el testamento es legal.

—¿Y si no es el único testamento? —soltó Cat, dejando la duda flotando en el aire.

—Es una opción, puede ser un buen comienzo por donde empezar a buscar —especuló, considerando la posibilidad.

—Hay algo que no me cuadra. ¿Por qué el padre de Ian haría un testamento en el que lo excluiría completamente? —expresé mis dudas con ellos.

—No lo sé, a mí también me deja muy desconcertado eso. No era propio de Brodie actuar así —concluyó, frunciendo el ceño en un gesto de confusión.

—Tenemos muchas dudas y muy pocas certezas —apreció Catriona, sumándose a la reflexión —. Creo que vas a necesitar ayuda, y aquí tienes dos buenas asistentas.

—Os lo agradezco mucho, y en especial que confiéis en mí, pero no quiero ni puedo meteros en todo este asunto. No sé cuánta basura puede haber detrás, debo solucionarlo solo, sin implicar a las dos mujeres más importantes de mi vida —añadió sujetándonos las manos a ambas con ternura—. Esto se lo debo a mi mejor amigo.

Capítulo 42

Pensé que una ducha me calmaría, pero unos nervios inusuales no dejaban de revolotear en mi estómago con intensidad. Mientras me vestía, sentía una inquietud extraña, un malestar.

El teléfono comenzó a sonar con insistencia. Era un número desconocido, así que no le presté mucha atención. Terminé de cepillarme el cabello y me dispuse a regresar al cuarto, pero el mismo número seguía llamando. Decidí entonces contestar la llamada.

—¿Sí?

—Briana. Tengo algo importante que decirte —anunció Alec al otro lado del teléfono.

—Lo siento, pero no. La última vez que tú y yo hablamos, desencadenó una serie de sucesos bastante desafortunados.

—Por favor, no cuelgues. Es sobre tu padre —dijo de manera apresurada.

—¿Qué pasa con mi padre?

—Lamento tener que ser yo quien te dé esta noticia, pero está en el hospital en un estado muy crítico.

Los pitidos ensordecían mis sentidos mientras mi visión se nublaba y mi corazón parecía detenerse. No supe cuánto tiempo pasé en ese estado de aturdimiento, pero cuando finalmente salí de él, me encontré murmurando en un susurro desesperado: «Otra vez no, él no puede morir también». Tomé mi bolso con manos temblorosas, recordando a todos aquellos que había perdido en el camino.

Cuando llegué al hospital, me dirigí a urgencias. Allí, en la sala de espera, estaba Alec, caminando nervioso de un lugar para otro. Me acerqué y, sin darle tiempo a decir nada, lo avasallé a preguntas. Como si decirlas todas juntas y a gran velocidad pudiera resolver mis dudas de golpe.

—¿Dónde está mi padre? ¿Qué le pasó? ¿Dónde están los médicos? ¡Quiero verlo! —insistí, zarandeándolo con nerviosismo.

—Ahora mismo lo están atendiendo. Tienes que calmarte y esperar. No podemos hacer otra cosa —respondió tratando de tranquilizarme.

—Pero ¿qué le ha sucedido? ¿Por qué está así?

Alec evadió mi pregunta y formuló otra, desviando el tema.

—¿Cómo es que has venido sola? ¿Y Catriona?

—Ella está volando hacia Vancouver en estos momentos, pero eso no importa ahora. Dime qué pasa, ¿por qué te niegas a hablar? Y ¿dónde están Grace y Amber?

Resopló y sacudió la cabeza antes de poder pronunciar una palabra.

—Ven, te contaré todo, pero sentémonos —propuso, llevándome a unos asientos apartados—. Para ser sincero, no sé por dónde empezar ni cómo decirte esto, así que prefiero mostrarte un vídeo de la nave donde guardamos el material de la fundación.

Con el costoso iPhone de última edición exclusiva entre mis manos, enfoqué mi vista en la pantalla y presioné el *play*. En el vídeo de las cámaras de seguridad, vi que mi padre llegaba

primero al lugar, moviéndose nervioso de un lado a otro, como si algo lo perturbara. No tardó en aparecer Ian y ambos comenzaron a hablar. Algo que dijo mi padre lo enfureció y, frustrado, le dio una patada a un palé de materiales. Inmediatamente, corrió hacia mi padre y lo agarró por el cuello de la camisa, mientras este parecía rendido. Se separaron y continuaron hablando con más calma, pero la situación dio un giro inesperado cuando Grace apareció. Ian, furioso, se disponía a arremeter contra ella, pero esta sacó un pequeño revólver más rápido que él. Mi corazón se detuvo al ver el arma. Los tres comenzaron a discutir, mi padre e Ian se miraban incrédulos por lo que ella estaba confesando. Un instante después, Grace dio un paso adelante, dejando entrever una sonrisa mientras apuntaba a Ian con el arma. Sabía que iba a disparar, lo presentía, y así fue. Pero en el último momento, mi padre se interpuso recibiendo la bala en lugar del hijo de su socio. Su cuerpo cayó desplomado e Ian lo sujetó entre sus brazos, quitándose la chaqueta para presionar la herida, a la vez que llamaba a alguien por teléfono. Mientras esperaba la ambulancia, pude percibir que Ian y mi padre intercambiaban palabras, Ian, visiblemente mal, intentaba cortar la hemorragia mientras tranquilizaba a mi padre con muestras de afecto. Supuse que Grace había huido, ya que no volvió a salir en la pantalla. Alec detuvo el vídeo y retiró el móvil de mis manos temblorosas, abrazándome mientras lloraba desconsoladamente entre sus brazos. Cuando recuperé la conciencia de todo, lo primero que vino a mi cabeza fue Ian.

—¿Dónde está Ian? ¿Está bien? —pregunté, dejando entrever mi preocupación.

—Tu padre está al borde de la muerte por culpa de ese imbécil y tú aún te preocupas por él —respondió, agitando la cabeza con frustración. Acto seguido notó mi incomodidad y cambió su tono a uno más conciliador—. Disculpa, estoy muy nervioso con todo esto. El escocés está en comisaría haciendo su declaración, junto con Amber. Grace escapó.

—Alec, no entiendo nada. ¿Por qué mi padre e Ian se reunieron allí? ¿Y por qué Grace apareció con un arma?

—No lo sé, Briana. Por ahora solo podemos contar con la versión de MacDonald hasta que tu padre despierte. Mira, ahí viene el médico —dijo, poniéndose en pie y ayudándome a levantarme también.

El semblante del cirujano era grave mientras nos invitaba a entrar en una pequeña sala. Aquel gesto me erizó la piel y supe de inmediato que lo que iba a decir no sería nada bueno.

—Quiero informarles sobre el estado del señor Thompson. Durante la cirugía, pudimos extraer la bala que había impactado en él. El procedimiento se realizó con éxito y no hubo complicaciones en ese aspecto. Sin embargo, a pesar de nuestros esfuerzos, lamentablemente su estado no ha mejorado como esperábamos. El paciente ha entrado en un estado de coma.

—No es posible. Tienen que hacer algo, por favor.

—En este momento, estamos monitorizando de cerca su condición y realizando todas las pruebas necesarias para determinar la causa exacta de su coma. A pesar de nuestros mejores esfuerzos, el proceso de recuperación puede ser largo y no podemos predecir con certeza cuándo o si despertará. Lo siento mucho, los mantendremos informados sobre cualquier cambio en su condición —concluyó apretando mi hombro en señal de apoyo.

—Alec, no puede ser.

—Lo lamento mucho, Briana —murmuró antes de abrazarme con fuerza.

Capítulo 43

Cuando salimos del cuarto, vimos a Ian de pie, con la camisa toda ensangrentada. Yo, que hasta el momento había permanecido refugiada en los brazos de Alec, me separé y corrí a su lado. Él me abrazó con fuerza, intentando calmar mis sollozos.

—Ian, mi padre acaba de entrar en coma, está muy mal —susurré con la voz entrecortada, aferrándome con fuerza a su cuerpo.

—Lo siento muchísimo, Bri —respondió sujetando mi rostro entre sus manos y mirándome con firmeza—. Tu padre saldrá de esta, estoy convencido. Luchará hasta el final, porque ahora tiene un motivo muy importante para hacerlo y eres tú —aseguró antes de besar mi frente con ternura.

Entonces, la voz de Alec irrumpió con molestia:

—Cameron está en esta situación por tu culpa, y aún tienes el descaro de venir aquí a darle falsas esperanzas a Briana —espetó, tirando suavemente de mí para apartarme de él.

—Cállate, imbécil. No sabes nada —contestó furioso.

—Solo sé que ahí dentro deberías estar tú, no Cameron —replicó con desdén.

—¡Basta! —intervine, colocándome en medio de los dos. No estaba en condiciones para lidiar con uno de sus enfrentamientos—. Ian, necesito saber qué sucedió.

—Por supuesto, te lo contaré todo, pero en privado —me pidió, dejando claro que no hablaría delante de Alec.

—No la voy a dejar sola para que la confundas con tus mentiras. Ya le hiciste demasiado daño —contraatacó cargado de ira.

—No te entrometas entre nosotros y ocúpate de la que todavía es tu esposa, que está allí sentada en estado de *shock*. Ya le han tenido que dar una pastilla —espetó señalando hacia el otro lado de la sala.

Salimos al exterior y nos sentamos en uno de los bancos dispuestos en la entrada del edificio. Pude percibir claramente como Ian se tensaba, le costaba abordar el tema. Sus ojos se desviaban constantemente hacia la sangre que manchaba su camisa. Con un agarre firme en la tela, comenzó a hablar mientras me miraba con los ojos vidriosos.

—Tu padre me llamó pidiéndome que nos reuniéramos en un lugar discreto. Lo que necesitaba decirme era de suma importancia y quería evitar levantar sospechas. Al principio, no entendí a qué se refería, pero aun así acepté. Cuando llegué a la nave, me reveló que había descubierto la existencia de dos testamentos: el presentado por Grace y otro que se había redactado media hora después, donde yo era el único heredero, dejando a su esposa y a Amber la casa donde vivían y una considerable suma de dinero.

—¿Por qué entonces se leyó el primer testamento y no el último?

—Porque alguien se tomó muchas molestias en ocultarlo —respondió sujetando su camisa con fuerza, y sus ojos reflejaron una mezcla de frustración y dolor.

—Te vi en el vídeo, agarrando a mi padre del cuello. ¿Por qué actuaste así? —pregunté,

buscaba comprender sus acciones.

—No le creía. Pensé que se estaba desentendiendo de todo para que la culpa recayera solo sobre Grace. Él me aseguró que tenía pruebas y que también había localizado el testamento, todo estaba a buen recaudo y me lo iba a entregar. Fue entonces cuando Grace interrumpió nuestra conversación. Había seguido a tu padre, él no había sido tan discreto en sus pesquisas como imaginaba, así que la alertó.

—¿Y qué dijo ella? ¿Lo negó?

—No. Con toda la frialdad del mundo, confesó que se había casado con mi padre para estar cerca del hombre al que amaba, Cameron. Cuando la relación con mi padre se enfrió y me fui de la casa, le propuso darme un susto para que reaccionara. Así se creó el testamento que me excluía; mi padre pensó que, mostrándomelo, yo cambiaría de opinión.

—A pesar de la manipulación de Grace, Brodie nunca dejó de pensar en ti.

—Pero lo que no sabía mi padre es que estaba siendo víctima de una trampa. La idea de Grace no era que yo viera el testamento, sino utilizarlo para quedarse con la herencia.

—¡Qué horror! —murmuré, estremecida por los actos de la actual esposa de mi padre.

—Eso no fue lo peor. Sus planes se aceleraron cuando mi padre la descubrió en la cama con Cameron. Él iba a divorciarse y romper toda relación con Deerloch. Y eso no lo podía permitir.

—¿Qué estás sugiriendo, Ian? —pregunté, con un escalofrío recorriendo mi espina dorsal.

—Ella tuvo algo que ver con el accidente de mi padre —concluyó dejando caer la verdad con un peso devastador.

—¡No puede ser! —exclamé horrorizada.

—Sí. Después de eso, fingió estar embarazada y manipuló a Cameron para casarse con ella. Ahí me di cuenta de que él fue otra víctima en sus manos. Cameron nunca traicionó a mi padre. Grace puso droga en su bebida, para hacerle creer que se habían acostado en el barco.

—Ian, estoy completamente confundida. Hay muchas cosas que no encajan, y me da la impresión de que siempre sospechaste que a tu padre lo habían matado.

—Dijeron que el accidente de la avioneta fue por un fallo en las turbinas. Pero descubrí que estas habían sido revisadas y arregladas una semana antes porque estaban dando problemas. El hombre a cargo fue despedido por su ineficiencia, pero me juró que estaban en buen estado. Conforme los eventos iban pasando, mis sospechas crecieron. Primero, el tema de la herencia, el seguro de vida, el accidente justo cuando iba a negociar con los irlandeses y, para terminar, la boda entre Cameron y Grace. Demasiadas casualidades juntas.

—Por favor, detente —supliqué, tratando de asimilar la información—. ¿Todo este tiempo has creído que mi padre había asesinado al tuyo?

—Sí —respondió sin vacilar con la voz rota—. Pero me equivoqué.

—Has jugado conmigo. He sido parte de tu macabro plan en busca de la verdad —lo acusé, sintiendo que se me rompía el corazón.

—No, lo que siento por ti es real. Jamás te utilicé. De hecho, cuando supe quién eras, quise alejarme. Pero no pude, mis sentimientos por ti eran demasiado fuertes. Tienes que creerme.

—No sé qué pensar ni qué decir —murmuré, meneando la cabeza con los ojos llenos de lágrimas—. Como todas las personas en mi vida, me engañaste, me traicionaste y decidiste por mí. No tenías derecho a ocultarme tus sospechas. Si hubieran sido ciertas, me habrías dejado vivir con un asesino.

—Lo siento, Bri. Te juro que lo hice para protegerte. Además, no tenía pruebas.

—¡Mentira! No me estabas protegiendo a mí, sino que estabas cuidando tu estúpido plan. Dime, Ian, ¿alguna vez pensaste en que podrías estar acostándote con la hija del asesino de tu

padre?

—Bri, por favor… Tú no has hecho nada malo.

—Ya sé que no lo hice, el que se equivocó aquí fuiste tú. Y sabes tan bien como yo que, si tus sospechas hubieran sido ciertas, no soportarías estar a mi lado. —Solté todo el aire acumulado y dejé salir todo el dolor a través de mis lágrimas—. Nos arrastraste con tus demonios. Me has roto por dentro, jamás una mentira me ha dolido tanto, y ahora él está entre la vida y la muerte por salvarte, aun después de que lo acusaras injustamente durante años.

Lo miré fijamente y vi sus ojos vidriosos. Con el peso del remordimiento, dejó caer su cabeza hacia atrás. Aun así, continué hablando:

—¿Sabes qué es lo que más me duele? Que yo también soy responsable de esto. Si no hubiera estado contigo, él no se habría sentido obligado a demostrar su inocencia.

—Bri, lo siento mucho, de verdad. Ojalá que no se hubiera interpuesto entre esa bala y yo. No puedo con la culpa y no sé qué hacer para compensaros por todo este dolor que os he causado.

—Él sentía que debía protegerte. Eras el hijo de su amigo y, aunque tú lo odiabas, él te apreciaba sinceramente. Siempre hablaba de ti con cariño. Y si tus palabras son sinceras y quieres hacer algo por nosotros, desaparece de nuestras vidas para siempre. Ya conseguiste saber toda la verdad, no hay más fantasmas contra los que luchar.

—No me alejes, no ahora, por favor.

—Si te importo como dices, te alejarás de mi familia y de mí para siempre. Adiós, Ian —me despedí, sintiendo como si una parte de mí hubiera muerto en ese preciso instante.

Cuando regresé a la sala, me encontré con un caos inesperado. Varios celadores y una enfermera luchaban por contener a Amber, quien estaba completamente fuera de control. La escena era tan intensa que incluso la policía se vio obligada a intervenir para aplacarla. Antes de que pudieran marcharse, los detuve. La policía me informó de que Grace había tenido un accidente automovilístico y había caído por un terraplén mientras huía. Falleció en el acto. Al parecer, necesitaban que respondiera algunas preguntas, que mi testimonio podría ser útil para el caso. Aunque no requerían una declaración formal ya que todos los conflictos eran anteriores a mi llegada, pero me preguntaron sobre cada miembro de mi familia y también sobre Ian.

Cuando se retiraron, me dejé caer en un asiento de la sala, con la vista perdida y el corazón roto. Ya no me quedaban lágrimas por derramar ni fuerzas para seguir luchando. Solo podía esperar, con la esperanza de ver a mi padre lo antes posible.

Capítulo 44

Un año y medio después…

Al atravesar la puerta de la mansión, me recibió una suave luz que iluminaba cada rincón. Mis tacones resonaban sobre el pulido mármol, creando un eco tranquilo en el ambiente. Bajé los dos peldaños que conducían a la lujosa sala, adornada con una colección de obras de arte y amueblada con piezas exclusivas. Frente a la imponente chimenea, dos copas de Moët & Chandon esperaban pacientemente. Allí, descalzo sobre la exuberante alfombra, con la camisa medio abierta y las mangas remangadas, estaba Alec, con una sonrisa que anunciaba momentos placenteros por delante.

—Llegas tarde a nuestra cita, y sabes perfectamente que no me gusta la impuntualidad —habló, entregándome la copa.

—He estado muy ocupada —respondí, tomando un sorbo de mi bebida y dejándola después sobre el estante de la chimenea—. ¿Tienes los documentos que necesito firmar?

—Sí, aquí están. Felicidades, has conseguido una importante donación para la fundación, con este dinero nada detendrá la construcción de las viviendas —anunció desplegando la carpeta con los documentos sobre la mesa central—. Me da la impresión de que, si no te hago venir a firmar, pasarían más días sin que estuviéramos juntos —dijo con voz ronca, besando mis hombros descubiertos.

Sentía sus cálidas manos acariciando mi figura, deslizándose suavemente sobre el ajustado vestido rojo.

A decir verdad, Alec tenía razón. Durante más de una semana lo había evitado. Nuestros encuentros se volvían cada vez más frecuentes y su insistencia en comenzar una relación se hacía más persistente.

Yo no estaba preparada para dar ese paso; solo el sexo nos unía. Mi corazón se había cerrado para siempre aquel maldito día en el hospital cuando me despedí de Ian. No se puede pretender volar con las alas rotas y eso lo tenía claro. Mi vida había quedado anclada a ese lugar y mis sueños se convirtieron en un lejano recuerdo.

Además, estaba el asunto de Amber. Sabía que, tras lo sucedido con su madre, su incapacidad mental era permanente y que su vida transcurriría en el hospital psiquiátrico. Me sentía fatal pasando esos momentos íntimos con él, a pesar de que la anulación de su matrimonio era un hecho. Cada caricia y cada beso me hacían sentir culpable.

Mientras Alec seguía acariciándome, sus manos se detuvieron en mis hombros y sus labios rozaron mi cuello.

—Preciosa, no sabes cuánto te necesito —susurró, captando mi atención. Giró mi cintura suavemente y me miró fijamente a los ojos, tomando un sorbo de Moët & Chandon. En el acto, unió sus labios a los míos, transfiriendo la bebida burbujeante en un beso sugerente—. Mañana no puedes faltar a la reunión con los canadienses —indicó contra mis labios.

Rompí el contacto y me aparté de Alec, caminando hacia la hermosa cristalera que ofrecía

vistas al portentoso jardín. El reflejo de las luces interiores se mezclaba con las sombras exteriores, creando un paisaje casi irreal. Solté un suspiro, sintiendo la opresión en mi pecho aflojarse ligeramente, y hablé con la vista perdida en la oscuridad:

—Alec, Deerloch no es mi lugar y lo sabes perfectamente. No entiendo nada del mundo empresarial.

—Briana, deja de actuar como una niña. En ausencia de Cameron, tú eres la dueña y, como tal, debes cumplir con lo que se espera de ti.

—No puedes obligarme a tomar el lugar de mi padre —alcé la voz, girándome y golpeándole con los puños en el pecho. Ese tema era muy delicado para mí y odiaba que me pusiera en esa tesitura, como si él nunca más fuera a volver.

Sujetó mis brazos, deteniendo mis movimientos, y me miró con seriedad.

—Mañana estarás en la reunión y nos mostraremos unidos y fuertes ante los canadienses —dijo de manera autoritaria, no dando opción a réplica.

Sus ojos oscurecidos presos del deseo recorrieron mi cuerpo de arriba abajo, mientras tragaba saliva. Dio un paso hacia delante y sujetó mi mentón, ejerciendo una ligera fuerza con un par de dedos, antes de besarme. Sus labios poseyeron los míos de una manera desesperadamente salvaje y casi primitiva. Con las manos descendiendo hacia mi cintura, me giró con brusquedad, aplastando sin cuidado mi mejilla contra el frío vidrio mientras desabrochaba con urgencia sus pantalones y cubría su miembro con un preservativo. Sus dedos subieron el bajo de mi vestido, apartando la tira del tanga hacia un lado, y de manera agresiva se introdujo con una forzada embestida en mi interior.

Un quejido de dolor emanó de mi boca, pero lejos de detenerse, mi molestia pareció alentarlo a continuar bombeando con más fuerza, preso de la excitación.

Acorralada contra la cristalera y con mis manos aferrándose inútilmente al ventanal, dejé que tomara mi cuerpo sin quejarme. Sentía una sensación extraña en mi interior, un calor abrasador que cosquilleaba desde la punta de mis pies hasta mi cabeza. Quería exigirle que se detuviera, pero las palabras no salían de mi boca y mi cuerpo desatendía las órdenes de mi cabeza. Mis sentidos estaban completamente anulados, era como un cántaro vacío que solo ansiaba llenarse de placer a toda costa.

Continuando con la misma brusquedad, salió de mi interior. Tirando de mi cabello, me volteó dejándome frente a él. Su respiración estaba agitada y su deseo hambriento era más que evidente. Me alzó del suelo pasando mis piernas alrededor de su cintura y comenzó a caminar, atrapando mis labios en un beso exigente. Al llegar a la altura del sofá y sin romper el contacto, me tumbó. Sus labios que hasta el momento descansaban en mi boca, fueron descendiendo lentamente, hasta acabar sobre mis pechos, que liberó tirando con fuerza del vestido. Los succionó, los manoseó y los mordió, mientras yo me retorcía presa del placer bajo su contacto. Se deshizo de mi tanga a la vez que se ponía de rodillas entre mis piernas. Las colocó sobre sus hombros y su boca descendió lentamente por la cara interna de mi muslo dejando un reguero húmedo de besos a su paso, hasta que se topó con mi sexo. Se deleitó con mi sabor mientras que una de sus manos pellizcaba con fuerza mis pezones, creándome una ligera molestia.

Lo miré con desaprobación, y la respuesta que obtuve me asustó. Sus ojos emanaban lujuria y su boca estaba adornada por una sonrisa casi siniestra. Reptó hacia atrás, hasta quedarse de pie. Cogió la botella de la bebida burbujeante y me dio de beber. Tragué parte del líquido como pude, hasta que me atraganté, derramándose este por la tapicería del sofá. Ese gesto, le proporcionó una idea traviesa: esparció la bebida por mis pechos, secando cada gota derramada con su boca, para finalizar el juego con un beso, que me deleitaba con el sabor que guardaban sus labios.

Cuando se separó de mí, tiró de mis tobillos arrastrándome hasta el borde del sofá, y sujetando mis caderas me embistió de nuevo. Sus movimientos se tornaron desmesurados, y con su agitación desbordada, me arrastró con él hacia el más oscuro de los abismos. ¿Qué clase de delirio era aquel? Cerré los ojos y cubrí mi boca con mi antebrazo, intentando acallar los gemidos que salían de mi garganta.

—Quiero que me folles mirándome a los ojos, para que nunca olvides quién te arrastra hasta el más absoluto placer —dijo con voz ronca, pasando mis piernas por su cintura para ponerme en pie. Dio dos pasos y esta vez fue él quien se sentó en el sofá conmigo encima—. Dime, preciosa, ¿qué sientes? —preguntó con la voz entrecortada mientras mi humedad envolvía su miembro.

—Me siento extraña, un calor se esparce por todo mi cuerpo, asfixiándome lentamente mientras mis pensamientos se anulan. Solo deseo liberarme de esta sensación que me vuelve vulnerable ante tu contacto —balbuceé con la voz entrecortada, moviéndome lentamente.

—No te reprimas, déjate llevar. Quiero que ardamos juntos, preciosa —susurró, pegado a mi boca, empujando mis caderas con sus manos hacia abajo. Adentrándose por completo en mi interior.

Aquel gesto liberó mi lado más salvaje. Entreabrí su camisa, haciendo que los botones salieran por los aires, dejando su torso al descubierto. Apoyé las manos en sus rodillas y me incliné hacia atrás, balanceándome con movimientos profundos y acelerados, sintiendo cómo su boca mordía mis pezones, alentándome a seguir el ritmo, que nos arrastraba hacia el delirio.

—¡Mírame! —ordenó, acompasando su cuerpo a mis movimientos.

Agitados y completamente empapados por el sudor, hicimos un último esfuerzo acelerando las embestidas, hasta que alcanzamos un torrencial clímax que parecía no tener fin.

Me desplomé sobre su cuerpo, con mi cabeza apoyada en su cuello, mientras ambos intentábamos calmar nuestras respiraciones agitadas. Noté sus labios posándose suavemente en mi hombro, besándolo con una delicadeza que contrastaba con la intensidad de los momentos previos.

—Preciosa —comenzó a hablar con un tono de súplica, sujetando mi rostro entre sus manos —, duerme a mi lado esta noche.

—Alec, ya lo hemos hablado, entre nosotros no puede haber nada más que sexo.

—Briana, deja de negar esos sentimientos que viven en ti. —Mantuvo su mirada fija en la mía, apartando un mechón de cabello de mi rostro—. Entre nosotros hay más que esto y lo sabes tan bien como yo. No tengas miedo, siente y vive lo que nos pasa. Preciosa, juntos somos imparables, estamos hechos el uno para el otro. Por favor, quédate conmigo…

—Está bien, una noche, pero no puedo prometerte nada más —cedí por primera vez, aunque un mar de dudas inundaba mi mente.

Capítulo 45

Después de tres cuartos de hora de reunión y de observar cómo Alec intercambiaba impresiones y datos con los canadienses, se llevó a cabo una presentación del *whisky* a través de un vídeo que explicaba el procedimiento en Deerloch. Todos permanecían atentos a las imágenes menos yo, cuya mente vagaba por el trabajo pendiente en la fundación.

Alec, sentado a mi lado en la mesa, tiró un poco de mi silla y me acercó hasta estar casi pegada a él. Lo miré con desconcierto y, justo después de sonreírme de esa manera tan particular, la que usaba cuando urdía algún plan placentero, me habló en un tono muy bajo, pegándose a mi oído:

—Quítate las bragas —ordenó, dejándome perpleja con su inesperada petición. Lo miré, buscando en su rostro alguna señal de que estaba bromeando, pero su expresión se mantenía seria —. Ahora.

Aquel «ahora» creó en mí una excitación que a duras penas pude contener. De manera disimulada, sin hacer movimientos bruscos que me delataran, me deshice de las braguitas. Cuando las tuve entre mis manos, lo miré, esperando alguna señal. La palma de su mano se abrió entre nosotros dos y las deposité allí con sumo cuidado. Como si se tratara de un objeto valioso, Alec las guardó en el bolsillo de su chaqueta, sin perder la seriedad de su expresión, mientras una extraña mezcla de curiosidad y anticipación se apoderaba de mí.

—Abre tus piernas —volvió a susurrar en mi oído. Y sin dejar de mirarlo mordiéndome el labio inferior hice lo que me pidió.

Aquello era una auténtica locura, lo sabía, pero solo en esos momentos en los que era presa del placer, mis problemas se desvanecían y los recuerdos que se clavaban como puñales desaparecían. Era una droga que mitigaba mi angustia. Así lo definiría yo, aunque, como todo estupefaciente, cuando el efecto se acaba, la realidad sigue ahí o golpea con más fuerza. Con cada caricia de sus dedos entre mis pliegues, con cada susurro en mi oído me transportaba a un mundo donde las preocupaciones no existían, donde el dolor no tenía cabida. Solo el placer, el placer que me estaba proporcionando con sus manos. Mi cuerpo se estremecía, mis muslos se unían con fuerza, mis dientes ejercían presión sobre el boli que se hallaba en mi boca y mi abdomen me alertaba de lo que estaba por venir. Tuve que cerrar los ojos y extender mi mano hacia su pierna, para apretarla con fuerza, mientras fuertes sacudidas recorrían mi cuerpo. Pero después de esos breves momentos de fuga, la realidad me golpeaba con crueldad, recordándome que no importaba cuánto intentara huir, la verdad siempre estaba allí, sacudiéndome con una fuerza despiadada. El dolor de la ausencia de las personas que amaba era una herida abierta que jamás cicatrizaba. Vivía con un constante martilleo, no solo en mi corazón, sino también en mi cabeza, una tortura incesante que me anclaba al pasado y me negaba cualquier posibilidad de paz.

Después de meses en coma, un día nos llamaron del hospital para informarnos de que mi padre se había escapado del centro. La noticia nos dejó desconcertados y la policía inició una

intensa búsqueda por todos los alrededores. Pasaron días de incertidumbre hasta que, en los acantilados de Kilt Rock, un lugar atractivo y turístico, se encontró un trozo del camisón del hospital, manchado con motas de sangre.

Según la teoría policial, mi padre habría salido del hospital desorientado al despertarse del coma y, vagando sin rumbo, cayó por el acantilado. Pero esta explicación no tenía sentido para mí. ¿Cómo podría haber llegado hasta allí solo, con tan poca ropa y sin calzado adecuado? Al cuestionarle esto a la policía, su respuesta fue que probablemente alguien lo habría recogido en un vehículo. Entonces, ¿por qué nadie se había puesto en contacto con las autoridades? Era poco probable que alguien pasara desapercibido con un atuendo tan peculiar como el de un paciente hospitalizado.

La actitud pasiva de las autoridades me enfureció aún más. Me sentía impotente ante la falta de interés en investigar a fondo lo sucedido. Cada día que pasaba sin respuestas era una tortura, alimentando mi desesperación y mi ira. La policía parecía más interesada en cerrar el caso rápidamente que en buscar la verdad.

Me aferraba a la esperanza de que, de alguna manera, mi padre seguía vivo y necesitaba ayuda. Comencé a buscar respuestas por mi cuenta, interrogando a personas de la zona, revisando cámaras de seguridad y siguiendo cualquier pista que pudiera encontrar. Pero cada día que pasaba, la realidad me golpeaba con más fuerza: mi padre, de alguna manera, se había perdido en el vacío entre la negligencia y la desidia, y yo luchaba contra un sistema precario.

Con los ojos humedecidos por la indignación, observé cómo mi móvil se iluminaba. Catriona me estaba llamando. Alec había tomado la palabra ante los canadienses, pero no sabía cuánto tiempo me había quedado en trance. Lo último que recordaba eran las manos del inglés proporcionándome placer. El teléfono se volvió a iluminar, era ella otra vez. Imaginé que estaba preocupada por mí, no había ido a dormir a casa y tampoco había aparecido en el desayuno.

Cat había sido mi mayor apoyo en todo ese tiempo; ambas encontramos consuelo en la otra. A su lado me sentía protegida, era lo más parecido que tenía a una familia. No me quedaba mucha gente desde que Ian se fue a vivir a los Países Bajos. Yo tomé distancia de mis amigos porque todo me recordaba a él. Verlos era como una constante punzada en el corazón. Además, no veían con buenos ojos mis encuentros con Alec y al final siempre acabábamos discutiendo. Poco a poco, me centré solamente en el trabajo y la granja, lo único que me ayudaba a sobrellevar la tragedia de mi vida.

Finalmente, decidí responder a Catriona. Me levanté discretamente y salí de la sala de reuniones.

—Hola, Cat. Estoy en una reunión en Deerloch y olvidé decírtelo. De hecho, me enteré a última hora.

—Te estuve esperando anoche, pero supongo que estabas muy entretenida en la cama de Alexander James —respondió con tono de reproche.

—No es lo que piensas. No pasé la noche con él. Sabes perfectamente el tipo de relación que tengo con Alec, no hace falta que te lo aclare.

El cuerpo se me estremeció al recordar los momentos vividos en la mansión el día anterior. Las imágenes eran confusas, y había ciertos detalles que hacían que se me erizara el vello. El sexo con Alec siempre rozaba una delgada línea entre lo que yo permitiría y lo que no. Pero era consciente de que en cierta manera ayer se había cruzado ese límite. Pero lo que realmente me asustaba y no comprendía, era por qué no lo detuve en ciertos momentos. Era como si no fuera dueña de mi cuerpo ni de mis acciones, solo sentía un calor y una excitación asfixiantes que no me permitían detenerle.

Cuando acepté pasar la noche con él, el sexo continuó en su cuarto, en la cama que había compartido con Amber. Algo que nunca había hecho hasta el momento y ahora me repugnaba solo de pensarlo. Y allí en ese lugar, me sometí sexualmente a Alec y sus juegos. No podía negar el placer desmesurado que sentí, pero también tuve miedo, de él y de mí. Alec me mostró otra cara, una que no había visto hasta el momento y yo me sentí más vacía que nunca, intentando cubrir mis sentimientos con placer y dolor.

Después del intenso maratón vivido, se quedó dormido profundamente, abrazándome con firmeza mientras yo me sentía agitada. Mi corazón latía con fuerza, como si estuviera corriendo una carrera sin fin. La boca pastosa y la deshidratación me impulsaron a separarme de su cuerpo y vestirme rápidamente. Bajé tambaleándome hacia la cocina y bebí varios vasos de agua, intentando calmar la sensación de malestar. Atribuí mi estado a la supuesta resaca del Moët & Chandon, aunque sabía que no había bebido tanto como para justificarlo.

El agua terminó por provocarme náuseas y vacié mi estómago, sintiéndome aliviada pero débil. Al lavarme la cara y ver mi reflejo en el espejo, noté con tristeza los moretones en mi cuerpo y la palidez en mi rostro. Las lágrimas comenzaron a brotar mientras contemplaba el daño físico y emocional que había experimentado. Decidí salir de la mansión, tomar mi coche y dirigirme hacia los acantilados de Kilt Rock, buscando un lugar donde sentirme más cerca de mi padre.

—Bri, ¿me escuchas? —la voz de Catriona resonó al otro lado, sacándome de mis pensamientos.

—Sí, perdona —contesté, meneando la cabeza y tomando una buena bocanada de aire.

—No puedes seguir así, me duele ver cómo te haces daño de este modo. El juego que tienes con el inglés es peligroso. No puede salir nada bueno de ahí. Te estás escudando en toda esta mierda para tapar tu dolor, tanto por lo de tu padre como por Ian.

—Sé lo que hago, no te preocupes por mí —respondí con molestia, aunque dudando de mis propias palabras.

—No, no sabes lo que haces. Si lo supieras, llorarías lo que tuvieras que llorar y seguirías adelante. Pero te estás castigando por lo de Cameron y porque no soportas que Ian siga vivo en tu corazón. Enredarte con el inglés es tu venganza. Pero déjame decirte, que esa rabia y ese rencor que viven en ti no te traerán más que dolor.

—¡Ya basta! —alcé la voz en el pasillo, haciendo que todos los empleados que pasaban me observaran. Caminé unos pasos y me adentré en el que era mi despacho—. ¿Qué pretendes, Cat? ¿Acaso no te das cuenta de que me lastimas?

—Lo sé, y me duele hacerlo. Pero tienes que reaccionar de una vez. Estás alejando a todos de tu vida: primero fue Ian, a continuación, tus amigos a los que apenas ves, y ahora yo. Alexander James solo es una tirita para tus heridas. A su lado, estas no cicatrizarán. No lo olvides.

—Cat, no quiero seguir hablando de este tema. Es cierto que le pedí a Ian que se fuera, pero él podía haberse negado y permanecer en Skye, luchando por nuestro amor. Aunque yo se lo puse fácil, le di la excusa perfecta para aceptar la nueva propuesta de trabajo.

—No seas injusta, ese hombre ha estado pendiente de ti y de tu padre casi a diario. Él también está sufriendo como tú. Se fue porque creyó que estarías mejor sin él. La culpa por lo sucedido también lo persigue.

—Vale, Cat. Muy bien, ahora estás de su lado. Genial —dije con molestia, intentando que sus palabras no me afectaran demasiado—. Esta charla matutina no nos está llevando a ningún lado. Debo regresar a la reunión.

—¡Espera, no cuelgues! En realidad, te llamé porque desde ayer tengo información sobre tu

padre. Hubiera preferido decirte esto en persona, pero no se ha dado la situación y temo que en cualquier momento te enteres por terceras personas, así que te lo diré por teléfono.

Mi corazón comenzó a rugir con fuerza, cada latido resonaba en mis oídos como un tambor. El silencio al otro lado del teléfono se hizo eterno, cada segundo aumentaba mi ansiedad. Finalmente, la voz de Catriona volvió a hacerse oír.

—Ayer me llamaron de la policía para informarme de que han cerrado el caso de Cameron. Oficialmente, lo han dado por muerto.

—¡No! —exclamé, llevándome las manos a la boca—. No pueden dejar de buscarlo. Él no está muerto.

Fue lo último que dije antes de que el teléfono se deslizara entre mis dedos, cayendo al suelo con un sonido sordo.

La rabia y el dolor me sobrepasaron, la opresión en mi pecho se volvió insoportable. No podía aceptarlo. En un arrebato de furia, comencé a tirar todo lo que encontraba a mi alcance. Los papeles volaron por la habitación, los objetos se estrellaban contra las paredes y los libros cayeron de los estantes.

Las lágrimas ardían en mis ojos mientras las secaba con rabia, tratando de borrar el dolor que sentía. Me negaba a creerlo, a aceptar esa realidad tan cruel. Finalmente, exhausta y temblando, me desplomé en el suelo entre los escombros de mi ira.

Sabía que necesitaba encontrar una manera de calmarme. Con un esfuerzo titánico, me obligué a levantarme y dirigirme hacia la puerta. La abrí y busqué con la mirada a la secretaria de Alec, Aslie.

—Señorita, ¿sucede algo? ¿Se encuentra bien? —preguntó con cierta preocupación.

—Por favor, busca a Alec y dile que venga a mi despacho. Es urgente —respondí, con la voz quebrada.

Cerré la puerta tras de mí y comencé a caminar por la estancia, tratando de encontrar algo de calma en el movimiento.

No pasó mucho tiempo antes de que Alec apareciera. Su rostro se transformó al ver el desorden que reinaba en mi despacho. Con un par de zancadas, llegó hasta mí, tomó mi rostro entre sus manos y sus ojos buscaron respuestas en los míos.

—¿Qué ha pasado, Briana? —preguntó con preocupación y confusión.

Intenté hablar, pero las palabras no salían. La mezcla de rabia y desesperación me había dejado sin aliento. Apreté los puños, sintiendo cómo las lágrimas volvían a acumularse en mis ojos.

—La policía… —logré decir finalmente—. Han cerrado el caso de mi padre. Lo han dado por muerto.

Alec me abrazó con fuerza. Sentí cómo su mano acariciaba mi espalda en un intento de consolarme, pero el vacío dentro de mí parecía insuperable.

—No pueden hacerlo —susurré contra su pecho—. Él no está muerto, Alec. No puede estar muerto.

—Tranquila, estoy aquí contigo… —murmuró, depositando un beso tierno en mi frente—. ¿Quieres que te ayude a olvidar este dolor?

Me aparté un poco, mirándolo a los ojos, buscando el consuelo que me ofrecía.

—Sí, aunque sea solo por un momento —respondí, apenas en un susurro.

No hubo más palabras entre nosotros; sus manos me giraron bruscamente, aplastando mi pecho y mi rostro contra la mesa. Con urgencia y sin ninguna delicadeza, tiró de la tela del vestido hacia arriba, tomó un preservativo, abrió su pantalón con premura y se introdujo con un

movimiento seco en mi interior.

—¡NOOO! —grité con fuerza, rompiendo todo contacto y apartándome de él mientras me acomodaba la ropa. Esa situación me recordaba lo ocurrido la noche anterior, y no estaba dispuesta a dejar que se repitiera.

—Perdón, me dejé llevar. Pero es que eres tan apasionada que me vuelves loco, Briana. Me estoy volviendo adicto a tu cuerpo, a ti —confesó con voz entrecortada.

Escuchar esas palabras fue como recibir un balde de agua fría. Una cachetada de realidad. Catriona tenía razón, ¿qué estaba haciendo? Estaba perdiendo completamente el norte de mi vida, me había adentrado en un juego que se estaba volviendo enfermizo y que me atrapaba en una espiral de autodestrucción.

—Es mejor que me vaya —anuncié yendo hacia la puerta—. Ha sido un error, todo lo que hacemos es un error. Se nos está yendo de las manos, yo ayer salí lastimada —afirmé mientras mostraba mis moretones—. Jamás hubiera aceptado algo igual, pero mis sentidos están anulados, ya no pienso con claridad. Y tu manera de hablar me asusta, esperas de mí algo que yo no te voy a poder dar. Necesitamos alejarnos por un tiempo.

—¡No! —exclamó, y corrió hacia la puerta para evitar que saliera—. Te aseguro que no insistiré más con lo de comenzar una relación y el sexo será como tú desees. Prometo que no volverá a suceder lo de la otra noche.

—Alec, estoy agobiada y confundida, ya no me reconozco. No me atosigues, dame un poco de espacio. Necesito pensar y contigo cerca no puedo —declaré, apartándolo de mí y saliendo con paso apresurado de aquel despacho.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Alec se quedó inmóvil, con la mano aún en la puerta, mientras yo me alejaba rápidamente por el pasillo.

Capítulo 46

Con una pequeña bolsa en mano, me hallaba parada delante de la puerta de la casa de Waternish, intentando reunir el valor para entrar. Desde aquella fatídica noche de la inauguración de la fundación, no había vuelto. Saber que Ian había puesto en venta su apartamento en Portree, que después adquirieron Yani y Paige, convirtiéndolo en su hogar, junto con esa casa que alguna vez fue tan importante para nosotros, me llevó a tomar una decisión impulsiva: comprarla. Le pedí a Catriona que se encargara de la adquisición y posteriormente me la traspasara, lo que resultó en un lío de compras y ventas que encareció todo significativamente, pero era la única manera de ocultar mi verdadero interés ante Ian por el lugar.

Cuando finalmente giré la llave y la puerta se abrió, un olor a nostalgia inundó mis fosas nasales. Con paso lento, caminé hacia el interior. Todo estaba limpio, ventilado y bien cuidado por Mary Gregor, quien aún se ocupaba de aquel lugar. Deambulé como un alma en pena por cada habitación, rememorando los momentos de felicidad que una vez vivimos allí, sintiendo el dolor de saber que esos instantes nunca regresarían. Por primera vez en meses, dejé que mi dolor se expresara a través de las lágrimas. Quizás enfrentarme a mis sentimientos era lo que realmente necesitaba, en lugar de aferrarme al sexo con Alec como una salvación o, como Catriona pensaba, como un acto de venganza.

Lo que había planeado como un fin de semana se transformó rápidamente en una semana, y me adapté fácilmente a aquel lugar que, de alguna manera casi mágica, lograba calmar mis nervios y otorgarme la paz que tanto ansiaba. Cada día, montaba en bicicleta hacia la pequeña tienda del pueblo, aprovechando el recorrido de doce kilómetros para disfrutar de la belleza del entorno. Después, me dirigía a la playa y, como un ritual, aunque el invierno se acercaba, me permitía mojar los pies en el agua de esa cala que había sido testigo silencioso del amor entre Ian y yo. A continuación, caminaba hasta el faro para contemplar el atardecer. Durante las noches que pasé allí, intenté observar las auroras boreales, pero sin éxito alguno.

Al regresar a casa, porque, sí, ese lugar siempre fue mi hogar, me sentaba frente al fuego mientras leía tranquilamente, cubierta por una manta y disfrutando de un *whisky* de la destilería de Ian, hasta que el sueño me vencía y me acomodaba en el sofá para dormir. La idea de descansar en la cama era otro asunto. Me resultaba imposible conciliar el sueño allí sin él.

El sábado por la tarde, mientras me mecía tranquilamente en la mecedora del porche y me cubría hasta las orejas con una manta para combatir el frío, divisé un coche que se aproximaba. No tardé en reconocerlo: era el de Paige. Mis tres amigos, cargados de bolsas, salieron del vehículo. Me levanté de un salto, con lágrimas brotando de mis ojos al darme cuenta de cuánto los había extrañado y necesitado.

Los tres se abalanzaron sobre mí, rodeándome con sus brazos mientras yo sollozaba con fuerza, dejando salir todas las emociones acumuladas.

Con la presencia de mis amigos, la casa cobró vida instantáneamente. Se pusieron manos a la obra en la cocina, sacando ingredientes y cervezas, convirtiendo el ambiente en una fiesta. Entre

risas y aromas deliciosos, nos sentamos alrededor del fuego una vez servida la comida.

—Bri, ¿nos pones al día? —propuso Yani, con la boca llena.

—Cerraron el caso de mi padre —solté, haciendo que todos se detuvieran en seco y se acercaran con muestras de cariño—. Pero no me voy a rendir, lo seguiré buscando por mi cuenta, por más que Catriona insista en que no debo alimentar mis esperanzas de encontrarlo con vida —declaré, y noté que los ojos se me humedecían—. Pero, por favor, no hablemos de cosas tristes, más bien, ¿por qué no me contáis qué es de vuestra vida?

—Por nuestra parte —dijo Yani, refiriéndose a ella y a Paige—, queremos intentar ser madres.

—¡Eso me hace muy feliz! —exclamé abrazándolas con fuerza—. Seréis unas madres estupendas.

—Yo tengo algo para contarte, pero estas dos arpías se me adelantaron y ahora mi noticia es menos significativa —lamentó mi amigo haciendo un puchero.

—J. J., todo lo que viene de ti, siempre es una bomba. Así que ya estás tardando, cuéntamelo.

—Voy a dejar la destilería, porque me voy con Magnus de gira —explicó con emoción.

—¿Qué? —Miré a mis amigas que asintieron.

—Sí, Bri, el grupo de Magnus empieza a ser reconocido y las giras cada vez son más lejos y muchos más días. Yo lo amo y quiero estar con él, además me ofrecieron ser su *manager*.

—¡No! Tiene que ser una broma. —Solté una carcajada. Por un momento me tentaba preguntar si Ian sabía del tema, pero finalmente me quedé callada, era lo mejor.

—¿Y con Alec cómo te va? —preguntó Yani sacando a relucir la pregunta del millón.

—Es complicado. Él quiere más de lo que yo le puedo dar. No voy a negar que entre nosotros sexualmente hablando hay mucha química. Pero yo estoy vacía por dentro, y además creo que estamos entrando en una dinámica que no es sana para ninguno de los dos.

—Escucha, Bri —intervino Paige con tono suave—, no quiero entrometerme, pero deberías analizar todo esto. Llevas meses acostándote con él, pero al mismo tiempo mantienes distancia. Creo que hay algo más que una simple explosión de pasión momentánea, como tú quieres creer.

—No lo sé, estoy confundida. Por un lado, me siento segura con él. Cuando estoy entre sus brazos, me encuentro bien. Pero cuando estamos separados, no siento nada. Temo que esté actuando por rencor, por el dolor que siento por la pérdida de mi padre y de Ian.

—Es bueno que te cuestiones ciertas cosas y busques en tu interior qué es lo que sientes, pero sin presiones —declaró J. J., tratando de aligerar la conversación—. Hagas lo que hagas o decidas lo que decidas, nosotros estaremos aquí.

—Es cierto, así que no nos alejes de tu vida otra vez —añadió Yani sujetando mi mano.

Durante horas, charlamos animadamente, poniéndonos al día de todo lo que había ocurrido en nuestras vidas. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que compartimos momentos así.

Sin embargo, la hora de iniciar su turno en el *pub* finalmente llegó. Aunque la temporada baja y el frío mantenían a los turistas alejados de Skye, los lugareños llenaban el local, deleitándose con su merecido descanso entre amigos y brindando con cerveza sin parar. Así que se despidieron con la promesa de más días como aquel.

Al día siguiente, Catriona fue quien me acompañó. Pasamos un bonito día juntas, paseando y visitando la granja de los Gregor, donde acabamos comiendo los deliciosos guisos de Mary. Nos llevamos una gran cantidad de tápers de comida casera que nos ahorrarían mucho tiempo esa semana; al final, tanto el coche de Catriona como el mío iban a rebosar.

El lunes por la mañana, mientras nos dirigíamos a la fundación, recibí una llamada de un número desconocido. Descolgué y al otro lado me habló un hombre que decía llamarse Graham

Stewart, el abogado de mi padre. Rápidamente puse el teléfono en manos libres y Catriona intervino, puesto que se conocían. Él nos indicó que tenía que anunciarnos cambios significativos en la sociedad de la empresa y que aprovecharía para llevar a cabo la lectura del testamento. Esa misma mañana nos reuniríamos a las diez en Deerloch.

Tener conocimiento de ese abogado me sorprendió. Hasta ese momento, no había oído hablar de él. Catriona no lo vio tan raro, puesto que en los últimos tiempos mi padre y Alec no tenían una buena relación. No era de extrañar que buscara otro abogado que se ocupara de sus asuntos.

Solo escuchar la palabra «testamento» me ponía la piel de gallina. Eso significaba que mi padre estaba muerto, y no quería, no podía creerlo. La maldita herencia terminaría de minar la última esperanza a la que me aferraba.

Capítulo 47

Faltaban unos minutos para las diez y nos encontrábamos en la sala de juntas. Catriona estaba a mi lado; le pedí que me acompañara, ya que todo lo que se iba a discutir esa mañana eran temas legales que podrían afectar tanto a la fundación como a mí. Desafortunadamente, no entendía nada de esas cuestiones. Alec también estaba presente, pues ahora era el socio mayoritario, sumando sus acciones junto a las de su esposa que, al estar incapacitada mentalmente, pasaron a sus manos. Además, las acciones de mi padre estaban en *stand by*, lo que tenía a la empresa paralizada en ciertas cuestiones que Alec pretendía llevar a cabo.

Como un reloj, la asistenta anunció la llegada del abogado, dándole paso a la reunión.

—Buenos días —saludó con amabilidad, extendiendo su mano para un saludo formal—. Como les mencioné por teléfono, mi nombre es Graham Stewart. El señor Thompson me había contratado para tratar dos asuntos —informó, tomando asiento donde Alec le indicó con la mano —. Uno de ellos, como bien saben, es el tema de la herencia, que abordaré con usted, señorita Cox, al finalizar esta reunión. Debo anunciar que usted es la única heredera, aunque dudo que esto sea una sorpresa para nadie.

Escuchar cómo me llamaba «señorita Cox» me hizo sentir incómoda, como si estuviera traicionando la memoria de mi padre. Recordé el día en que me propuso llevar el apellido Thompson y yo me negué. Quería conservar el de Darragh en honor a todo lo que había hecho y sacrificado por mí. Mi padre comprendió mi decisión y la consideró un gesto hermoso de mi parte.

—Disculpe, señor Stewart —interrumpió Alec, captando mi atención ante su nerviosismo—, si la señorita Cox es la heredera de todos los bienes del señor Thompson, ¿a qué vinimos a esta reunión? Porque todo sigue igual que está, simplemente sería una transmisión que no debería llevar mucho tiempo.

—¿Por qué tiene tanta prisa, señor James, en que mi clienta tome posesión de su parte en la empresa? —cuestionó Catriona, dejando entrever la poca confianza que tenía en él.

—Comprendo que como abogada de Fairyloch, usted desconozca la situación de Deerloch, pero antes de que todos estos sucesos desafortunados sucedieran íbamos a entrar en el mercado de valores. Y todo quedó suspendido temporalmente. Y como accionista mayoritario, tengo pensado retomar esta cuestión tan pronto como su clienta herede —habló con una arrogancia que me molestó profundamente.

—Disculpen que me entrometa en su animada charla —interrumpió con ironía el abogado de mi padre—, pero creo que aquí se están dando muchas cosas por sentado, sin tener en cuenta lo que yo he venido a decir.

—Prosiga, por favor —solicité, intentando poner un poco de calma en el ambiente.

—El señor Thompson no solo me pidió que hiciera efectivo su testamento, sino también el del señor Brodie MacDonald. Con lo cual, señor James, usted, al poseer el derecho sobre todos los bienes de su esposa, habría heredado la imponente mansión de los MacDonald y una importante

suma de dinero. Pero lamentándolo mucho, tengo que decirle que la señora Grace Smith hace tiempo se deshizo de estas adjudicaciones y muchas otras que no le correspondían.

—¿Qué pasa con la participación de mi esposa en Deerloch? —preguntó con molestia, temiendo una respuesta que no iba a ser de su agrado.

—Siento comunicarle que su esposa no tiene nada más de lo que acabo de anunciar. Por lo tanto, usted mantendrá el ocho por ciento que le corresponde.

—¿Y la diferencia a dónde demonios va a parar? —alzó la voz, golpeando la mesa mientras se ponía en pie.

—Le pido, señor James, que mantenga las formas —respondió con molestia—. Como es evidente, las participaciones del señor MacDonald las obtendrá su legítimo heredero, Ian MacDonald. Aunque su vuelo se ha retrasado, como nuevo miembro de la junta debe estar presente.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza, solo de pensar que Ian en cualquier momento iba a hacer acto de presencia. Después de más de un año y medio, nos íbamos a volver a ver y, en cierto modo, nuestros caminos se iban a cruzar de nuevo. El pánico se reflejaba en mi rostro y Catriona me sujetó la mano en un gesto de fuerza.

Unos toques en la puerta fueron el anuncio de su entrada. La mandíbula de Alec y sus puños permanecían apretados, mientras que su pálido rostro se coloreó tras su enfado. La asistenta fue la primera en entrar, anunciando la llegada de Ian. Este caminó con paso firme hacia el interior. Mis ojos, de manera involuntaria, se desviaron hacia él. Estaba diferente, bastante cambiado. Seguía usando ropa informal y desenfadada, pero su cuerpo estaba más trabajado y su cabello ya no lucía tan corto; ahora lo llevaba más largo y rizado. La barba aún seguía en su lugar, pero más poblada.

Había pasado meses intentando odiar al hombre que tenía frente a mí. Desde el rencor y el dolor, intenté olvidarme de él y de su recuerdo. Pero ahora sabía que mi esfuerzo había sido inútil.

Nuestros ojos se encontraron y ambos nos miramos con tristeza y dolor. Volvernos a ver era como un carrusel de imágenes cargadas de recuerdos.

Ian parecía igual de afectado, sus ojos reflejaban una mezcla de añoranza y pena. Las barreras que había levantado se tambaleaban y comprendí que, a pesar de todo, el amor que habíamos compartido seguía siendo una parte ineludible de mi ser.

—Buenos días, ruego disculpen la tardanza. Ayer cayó un fuerte temporal y tuve que postergar mi vuelo para hoy —explicó con tono serio, tomando asiento al lado de Alec.

—Viene pisando fuerte MacDonald, al inglés le va a dar algo —murmuró divertida Catriona.

—No estoy para tus gracias ahora —respondí en el mismo tono casi inaudible.

—No se preocupe, señor MacDonald, estaba poniendo al tanto a sus socios de la situación.

—¿Cuánto quieres por tu parte? —consultó Alec, cogiéndonos a todos por sorpresa—. Pon un precio y lárgate, aquí no eres bienvenido.

—Mi parte no está en venta —dijo con serenidad—, y siento mucho que no te agrade mi presencia, pero te vas a tener que acostumbrar a ella. He venido a recuperar todo lo que me pertenece —aclaró, desviando la mirada hacia mí, lo que me erizó la piel y provocó una reacción intimidatoria en Alec.

—No te acerques a ella, porque entonces descubrirás mi cara menos amable —amenazó, haciendo que Ian le respondiera con una sonrisa que lo enfureció aún más.

—¡Señor James, puede retirarse! La reunión ha finalizado —intervino el abogado de mi padre, molesto por los hechos.

—¿Y él por qué se queda? —cuestionó al ver que Ian no se levantaba de su asiento, desconcertando a todos.

—Discúlpeme, pero no tengo que informarle de asuntos que no le ocupan. Por favor, si es tan amable, le ruego que se retire, para que pueda proceder con la lectura del testamento.

Alec me miró con sus ojos azules notablemente oscurecidos antes de salir dando un portazo, y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. El abogado, sin hacer caso a ese gesto, comenzó a leer:

Yo, Cameron Thompson, en pleno uso de mis facultades mentales, dejo establecido mi testamento de la siguiente manera:

Declaro que todos mis bienes y activos financieros, incluyendo inmuebles, inversiones y cuentas bancarias, los heredará mi hija, Briana Cox.

Instruyo expresamente a mi hija, Briana Cox, a cumplir con una cláusula adicional especificada en un documento aparte.

Confío en la capacidad y la integridad de mi hija para llevar a cabo esta disposición y administrar sabiamente el legado familiar.

Este testamento revoca cualquier disposición anterior y representa mi voluntad final en cuanto a la distribución de mis bienes.

Firmado y sellado en presencia de testigos en la fecha indicada a continuación.

—Tome, compruébelo con su abogada. —Nos entregó una copia, que rápidamente Catriona revisó.

—Disculpe, ¿a qué cláusula se refería mi padre? —inquirí, intrigada. En ese momento, Ian esbozó una sonrisa y, sin poder contenerme más, dirigí mi mirada hacia él—. ¿Qué te resulta tan gracioso? Estamos aquí por la muerte de mi padre.

—Mis disculpas, señorita Cox —respondió de manera formal, lo que solo aumentó mi irritación—. No me complace en absoluto la pérdida del señor Thompson, aunque le cueste creerlo. Lo que encuentro divertido es la expresión que pondrá cuando descubra lo que su padre espera de usted.

—¿Y cómo demonios lo sabes tú?

—Señorita Cox, el señor MacDonald está al tanto de ello porque antes de que esta cláusula pueda aplicarse, él tuvo que aceptarla.

—¡Pero qué demonios…! Hable, no se quede callado. ¿Qué podría pedirle mi padre a Ian?

El abogado nos entregó una copia y comenzó a leer:

Cláusula adicional:

En relación con mi disposición testamentaria, instruyo a mi hija, Briana Cox, a cumplir con la siguiente cláusula como condición para recibir la herencia:

Soy consciente de que mi hija, Briana Cox, se encuentra en una posición vulnerable en el ámbito empresarial. Por ello, considero necesario que adquiera experiencia y conocimientos en este campo para proteger su patrimonio.

Dispongo que Briana Cox contraiga matrimonio con Ian MacDonald, hijo de mi socio Brodie MacDonald, por al menos un año a partir de la fecha de celebración del matrimonio. Confío en Ian MacDonald y su capacidad para guiar a Briana en su aprendizaje y desarrollo empresarial. Además, creo que esta unión fortalecerá los lazos entre nuestras familias y garantizará la continuidad de nuestros intereses comerciales.

En caso de que el matrimonio no se celebre o se rompa antes de cumplirse el año estipulado, la parte de Deerloch que corresponde a Briana Cox será donada a organizaciones benéficas.

Esta cláusula adicional forma parte integrante de mi testamento y debe cumplirse en su

totalidad como condición para recibir la participación de la empresa.

Firmado y sellado en presencia de testigos en la fecha indicada a continuación.

—Esta cláusula está obsoleta —advertí, señalando el papel con firmeza—. El señor MacDonald y yo rompimos nuestra relación sentimental hace tiempo, así que no va a poder ser. ¿Y tú por qué aceptaste esto? —le recriminé a Ian.

—Es lo menos que puedo hacer por tu padre, después de que me salvara la vida. No te creas que me entusiasma la idea de pasar un año conviviendo contigo. Tenía una buena vida lejos de aquí y he venido solo por él. Pero si no estás dispuesta, a mí me parece perfecto. Tu parte irá a las instituciones benéficas, y estoy pensando que la mía también. Así se acabó Deerloch para siempre, adiós a la empresa familiar de los Thompson y los MacDonald.

—Pues que se vaya todo al demonio, no me voy a casar contigo —advertí, poniéndome en pie.

—Tienes una semana para pensártelo —imitó mi movimiento e hizo lo propio—, ni un día más. Cogeré un vuelo y regresaré a los Países Bajos, y me olvidaré de esta tierra y de todo lo que hay aquí —concluyó en una clara indirecta. Dio la mano al abogado de mi padre, a Catriona, y finalizó conmigo. No me quedó otra que responder al gesto. El abogado dio por finalizada la lectura del testamento, a la espera de mi respuesta.

Catriona comenzó a recoger sus cosas, apenas pudiendo contener la risa.

—Cameron estuvo impecable, hizo justicia y devolvió Deerloch a sus legítimos herederos. Además, parece que tiene la firme intención de que todo esto termine en manos de su nieto —se rio con perspicacia.

—¡Cállate! —espeté, y le lancé un bolígrafo.

—Bri, cariño, la vida os está dando otra oportunidad a Ian y a ti. No la desaprovechéis. Está claro que él no solo ha venido por Cameron. Piénsalo bien, que ni el orgullo ni el rencor decidan por ti —me aconsejó antes de salir, dejándome sumida en la confusión en aquella enorme sala.

Capítulo 48

Mientras ultimábamos los detalles para la cena de despedida de J. J. en el restaurante, sentía que las mariposas revoloteaban con fuerza en mi interior. Sus compañeros de la destilería, así como los del *pub* y algunos amigos, habían organizado esta fiesta sorpresa para despedirlo. Al principio, me resistí con todas mis fuerzas a asistir. Sabía que Ian estaría presente, no solo como su socio, sino también como su amigo cercano. Desde su llegada a Skye, y su estancia en la casa de J. J., mi miedo a encontrármelo hizo reducir drásticamente mis visitas a Portree. De hecho, llevaba dos días encerrada en la granja, apenas saliendo para ir a trabajar a la fundación.

Alec, por su parte, estaba furioso, y, encima, Ian no cesaba de pedir documentos financieros de la empresa, como si estuviera buscando algo ilícito. El inglés insistía constantemente en verme, y yo solo ansiaba tener espacio para reflexionar. Tenía que tomar una decisión crucial con respecto a la cláusula del testamento. Le pedí a Catriona que intentara revocarla, pero me explicó que eso era imposible. Aquello solo aumentaba mi confusión; si no cumplía con lo estipulado, Fairyloch, lo que realmente me importaba, desaparecería. No podía permitir que la fundación, nacida del reencuentro entre mi padre y yo, dedicada al «hada» más especial de nuestras vidas, se desvaneciera. Eso fue lo que traté de explicarle a Alec por teléfono, pero él no me creyó. Quizá tuviera razón, y solo estaba buscando una excusa para cumplir los deseos de mi padre y volver a acercarme a Ian.

—¡Ya vienen! —alertó uno de los camareros, mientras nos apresurábamos a ocupar nuestras posiciones. Las luces se apagaron, sumiendo el lugar en la oscuridad.

La puerta se abrió de par en par y la sala se iluminó de repente, revelando la exquisita decoración mientras todos irrumpíamos en gritos de alegría. Sus compañeros se lanzaron hacia J. J., abrazándolo con entusiasmo. Yo, por mi parte, me moví con un paso más lento, como si el tiempo se ralentizara a mi alrededor, incapaz de apartar la vista de Ian. Parecía que estábamos conectados de alguna manera, como si una fuerza invisible nos mantuviera unidos. Sin embargo, la magia se rompió cuando Yani me dio un codazo y soltó una risita, sacándome de mi ensimismamiento. Me acerqué a J. J. y lo abracé con fuerza, consciente de que lo extrañaría mientras estuviera de gira. Él era de esas personas que iluminaban hasta los días más oscuros con su buen humor.

Durante la cena, traté de mantenerme alejada de Ian y evitar mirarlo, pero parecía ejercer un imán sobre mí, atrayendo mis ojos hacia él una y otra vez. Su sonrisa, sus labios, sus ojos color miel… Era difícil resistirse. Me di cuenta de que estaba flaqueando. Cuando terminamos de cenar, sugirieron ir al *pub* de Ian y Paige. Al principio, pensé en despedirme y marcharme a casa, pero mis amigos, especialmente J. J., me instaron a quedarme. Ian parecía tranquilo y relajado, como si mi presencia no lo perturbara en absoluto, lo cual me molestaba profundamente. Me pasé a la ginebra y continué bebiendo, tratando de calmar mis nervios. Sin embargo, mi enfado llegó a su punto álgido cuando vi a Ian riendo felizmente con una empleada de la destilería, y cuando ella se inclinó hacia él y él la rodeó por la cintura, no pude contener mi ira. Tomé mi

bolso y mi chaqueta y salí sin decir una palabra.

Una vez fuera, me di cuenta de que no estaba en condiciones de conducir, por lo que la idea de caminar me pareció lo más sensato en ese momento, a pesar de la distancia y el frío intenso. Mientras avanzaba tambaleante por el camino, un coche se detuvo a mi lado, haciendo luces. Con los ojos entrecerrados, traté de identificar al conductor que se había detenido.

—Súbete, estás en un estado lamentable —ordenó Ian, después de bajar la ventanilla.

—¡Tú! Lárgate con tu compañía de esta noche y déjame en paz, quiero estar sola y caminar —respondí, haciendo patente mi enfado por los celos que me atenazaban.

Ian detuvo el coche y se bajó, lo cual me sorprendió, colocándose a mi lado. Detuve mi paso, incrédula, y pregunté:

—¿Qué estás haciendo?

—Si no quieres subir a mi coche, entonces iré contigo caminando —declaró con calma, acercándose a mi oreja para continuar con un susurro—. No tienes derecho a ponerte celosa, tú me sacaste de tu vida, no lo olvides.

Mi enfado iba en aumento cuando sentí cómo mi estómago se retorcía y, antes de que pudiera reaccionar, una arcada me obligó a vaciar su contenido. Ian, con delicadeza, me condujo hacia el coche y me envolvió con su chaqueta al notar que comenzaba a temblar. Mi cuerpo estaba destemplado por completo, pero el reconfortante sonido del motor y el calor que emanaba del vehículo me sumieron en un sueño profundo.

Al llegar a la granja, percibí cómo Ian abría la puerta y me envolvía entre sus brazos. Mi cabeza encontró refugio en su cuello y, en ese momento, una oleada de recuerdos felices inundó mi cabeza. Su aroma, su piel, todo me transportaba a un pasado lleno de dicha. La voz de Catriona resonaba en la distancia, pero él no se detuvo hasta llegar a mi cuarto, donde me depositó con suavidad en la cama.

—Por favor, quédate conmigo —le supliqué, aferrándome a su largo cuello.

—No quiero compartir solo una noche contigo. Quiero todas las noches y también los días —susurró cerca de mi oreja.



Los golpes en la puerta y el sonido insistente del timbre no cesaban, rompiendo la tranquilidad de la habitación iluminada por la luz del día. Mi último recuerdo era el de Catriona, informándome de que se dirigía a la fundación antes de que yo me quedara descansando un poco más, tras una noche que ella describió como terrible. Sin embargo, no tenía memoria de lo ocurrido después. Solo resonaban en mi mente las palabras de Ian, cuestionándome si eran reales o simplemente fruto de mi imaginación.

Con un fuerte dolor de cabeza, me incorporé en la cama, sintiendo la boca seca y pastosa. Alcanzando un vaso de agua y una pastilla en mi mesilla, me di cuenta de que Catriona lo había dejado todo previsto, como de costumbre.

Caminando hacia la puerta de la cocina, los golpes resonaban con fuerza en mi cabeza, indicándome que me había pasado con el alcohol la noche anterior. Al abrirla, una ráfaga de viento frío irrumpió en la casa, enviándome un escalofrío por la espalda. Y entonces, como un huracán, Alec entró cerrando la puerta de un golpe. Retrocedí unos pasos, intentando comprender

la razón de su comportamiento, sintiendo por primera vez en mi vida un atisbo de miedo a su lado.

Con un gesto furioso, Alec barrió todo lo que encontró en la isla de la cocina, provocando un estrépito que me hizo retroceder hasta toparme con la nevera. Mi corazón latía con fuerza, presa del miedo, mientras observaba cómo se aproximaba a la puerta de entrada de la cocina y la cerraba con llave de un tirón. Posteriormente, con pasos decididos, se dirigió hacia mí. Su mirada cargada de ira me heló la sangre mientras me acorralaba contra la fría superficie del electrodoméstico.

—Esa boda no va a ocurrir nunca, la única manera de que te cases con ese imbécil será cuando esté en mi tumba. —Su mirada helada se clavó en mis ojos, haciendo que mi corazón latiera con fuerza y mis lágrimas brotaran.

—¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loco? ¿Cómo osas venir a mi casa a amenazarme? —lo interpelé con la mayor entereza que pude reunir.

—Nada me importa más que tú. —Me atrajo hacia él con brusquedad, mientras yo forcejeaba para apartarme—. Solo quiero que seas mía y de nadie más. No permitiré que ese escocés idiota te arrebate de mi lado.

—¡Suéltame, me estás haciendo daño! —grité mientras luchaba por liberarme de su agarre.

—No más de lo que tú me estás haciendo a mí —replicó, y sujetó mis muñecas con firmeza acercando su rostro al mío—. Tú aceptas a ese inútil para escapar de lo que sientes por mí, pero sé que me amas, solo a mí.

—Me sentía sola, confundida, por eso me dejé llevar como una tonta por ti, pero no te amo y nunca te amaré.

—¡No mientas! —exclamó, apresándome contra la nevera—. Sé que sientes la misma pasión que yo por ti.

En ese momento, se oyó la voz de Catriona tras unos golpes en la puerta mientras, a la vez, hacía sonar el timbre.

—Briana, ¿por qué no contestas? ¿Por qué estás encerrada? —preguntó.

Alec me aprisionaba contra su pecho y, con voz ronca, afirmó en un susurro:

—Esto no quedará así, y si abres la boca, destruiré tu reputación de tal manera que nadie querrá apoyar tu fundación y las mujercitas a las que pretendes ayudar quedarán desamparadas.

—No puedes hacer eso —dije golpeando su pecho para liberarme.

—Lo haré, diré que eres una mujer ambiciosa que destruyó mi matrimonio para quedarte con todo, llevando a la locura a tu propia hermanastra. Así que cuidado con lo que dices —amenazó, rodeando mi cuello con su mano y ejerciendo una leve presión antes de rozar mis labios con su pulgar.

Alec deslizó el seguro de la puerta y Catriona entró sin demora.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué la puerta estaba trabada? —insistió, examinándonos a ambos.

—Lo siento, Catriona. Cerramos la puerta para tener un momento a solas, pero no queríamos preocuparte ¿verdad, amor? —buscó mi confirmación, y yo solamente asentí sin mirarla a los ojos—. Parece que Briana está un poco incómoda con la situación —añadió Alec, justificando mi silencio.

—No necesito detalles adicionales, quiero que nos dejes a solas tengo que hablar con ella —solicitó con frialdad.

Él levantó las manos en un gesto de rendición y se acercó a mí, depositando un suave beso en mis labios antes de susurrar:

—Calladita, te ves mejor. No necesitas hacerte la lista. —Pasó al lado de mi abogada, hizo un gesto de saludo con su cabeza y salió. Tras de sí, ella cerró la puerta con fuerza, dejando entrever cuánto le molestaba su presencia.

—¿Qué está pasando, Cat? —pregunté con un nudo en la garganta.

—Ian ha descubierto algunas discrepancias en las cuentas que te involucran directamente —respondió con su voz cargada de preocupación.

—No puede ser. Yo no tengo nada que ver con las finanzas de Deerloch —repliqué, sintiendo cómo la ansiedad se apoderaba de mí.

—No lo sé con certeza, pero la situación parece ser seria. Descubriremos más cuando lleguemos a la casa de J. J., Ian nos espera allí. Pero ahora necesito que me digas la verdad sobre lo que ha pasado aquí. No me creo ni una palabra de lo que dijo el inglés.

—No ha pasado nada —murmuré con los labios temblorosos, desviando la mirada, incapaz de afrontar su desconfianza.

—O me cuentas la verdad o no podré seguir siendo tu abogada ni tu amiga —dijo con firmeza, antes de rodearme con un abrazo al ver cómo me derrumbaba—. Te quiero como a una hija, Briana. Por favor, confía en mí. Le prometí a tu padre cuando estaba en coma que cuidaría de ti hasta que él pudiera hacerlo. No me hagas faltar a esa promesa.

—Cat, no sabes lo que acaba de pasar —comencé con mi voz temblorosa revelando mi estado emocional—. Alec… él apareció de repente aquí para amenazarme si me casaba con Ian. Su mirada, su tono… todo fue tan intimidante.

Catriona me rodeó con sus brazos y besó mi cabello, transmitiéndome la sensación de seguridad que tanto necesitaba en ese momento.

—Cielo, escúchame —aseveró con voz calmada pero firme—. Tú y yo hemos pasado por muchas cosas en nuestras vidas. Eres una mujer fuerte, inteligente y valiente. Juntas, somos capaces de superar cualquier obstáculo. Ese hombre no puede vencernos.

—Gracias, Cat. No sé qué haría sin ti.

—Siempre estaré aquí para ti, Bri.

Capítulo 49

Sentadas en el estrambótico sofá de estampado *animal print* en la peculiar sala de J. J., Catriona y yo esperábamos pacientemente a que Ian nos sirviera unas tazas de té. Con elegancia, colocó las tazas sobre la pequeña mesa de color morado, junto con una carpeta que no tardó en abrir. Sentado en el butacón frente a nosotras, nos entregó varias hojas, cuyos contenidos permanecían ocultos. Catriona, siempre diligente, fue la primera en comenzar a revisarlas, y sus ojos se fijaron en los datos resaltados, su ceño fruncido denotaba preocupación.

Nerviosa, busqué la mirada de Ian, pero este permanecía con la cabeza gacha, evitando cruzar su mirada con la mía. Su gesto sombrío y evasivo no auguraba nada bueno. En ese instante, un escalofrío recorrió mi espalda y supe, sin necesidad de palabras, que lo que había en esos documentos era más que grave.

—Ian, ¿qué está pasando? —pregunté, notando una pizca de preocupación al ver cómo los ojos de Catriona se abrían con sorpresa y revolvía los documentos con desesperación.

—Lo que aquí tenemos, es un esquema de fraude financiero que ha estado operando durante demasiado tiempo —comenzó con un tono grave—. Estos documentos revelan la existencia de una red de corrupción que ha desviado fondos de manera sistemática, utilizando Deerloch como una herramienta para blanquear dinero.

Fruncí el ceño, sin comprender.

—¿Qué estás insinuando? ¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Estoy hablando de fantasmas financieros, de dinero que desaparece misteriosamente de nuestras cuentas y reaparece en otros lugares. En este caso, se destinaba dinero a Fairyloch, bajo fraudulentas subastas solidarias de *whisky*. Una vez que ese dinero se introducía en la empresa para blanquearlo, llegaba a la fundación, pero en lugar de utilizarlo para sus fines benéficos, se invertía en otras empresas inglesas, completando así el ciclo de blanqueo.

—¿Qué tan preocupante es la situación, Ian? —insistió mi abogada, anticipando la respuesta.

—Es bastante grave, Catriona. Alexander ha sido muy astuto en cubrir sus huellas. Deerloch simplemente canalizó donaciones, proporcionando su *whisky* para fines benéficos. El lavado de dinero se realizó bajo el paraguas de tu fundación. Briana, tu firma está en todos los documentos. En este momento, las empresas que contrataste para la construcción de las viviendas han desaparecido con todo el desembolso monetario.

—No, no y no. Esto no puede estar pasando. —Enterré la cara entre mis manos, desesperada —. ¿Cómo pudo hacerme algo así? —inquirí, buscando una respuesta en ambos que se perdió en el silencio—. No solo voy a ir a la cárcel, sino que además voy a dejar desamparadas a todas esas mujeres que confiaron en mí.

—Mírame —dijo el escocés, sentándose a mi lado y cogiendo mi rostro entre sus manos—. Esta guerra acaba de comenzar y te juro que no voy a permitir que pagues por los delitos de otros. Primero necesitamos inyectar capital a la fundación como sea y creo que si hago unas gestiones puedo conseguir algo de dinero, después buscaremos pruebas que demuestren que

Alexander está detrás de todo esto.

—Espera, mi padre me abrió una cuenta con el dinero de la venta de la casa de Ámsterdam. Yo le pedí que la cancelara, pero quizá no lo hizo, y si es así, puedo destinar ese dinero para la fundación, aunque no vaya a cubrir gran cosa —expliqué, con un tono cada vez más apagado al darme cuenta de que juntar todo el dinero iba a ser imposible.

Ambos miramos a Catriona buscando su opinión, pero ella seguía enfrascada con su teléfono revisando algo.

—Cat, ¿nos has escuchado?

—Sí, claro que sí, y aquí tenemos la solución —aseguró, nos mostró su teléfono y en él estaba la cláusula que mi padre había dispuesto en su testamento—. Ganaremos tiempo hasta que podamos descubrir para quién trabaja Alexander.

—No entiendo, ¿qué solucionaría mi boda con Ian?

—No es por la boda, aunque ese tema no se puede dilatar más, ya que, si ese enlace no se celebra, la destilería caerá en manos de terceros y saldrá todo a la luz. Hablaré con un amigo y como favor le pediré que os cuele en la lista del registro cuanto antes. A lo que me refiero es que esta cláusula solo hace referencia a Deerloch, tu padre solo bloqueó la parte empresarial, pero no el resto de los bienes, por lo que dispones de todo su patrimonio. Voy a hablar con el abogado de Cameron y lo pondré al tanto de todo esto, no soy experta en este terreno.

—¿Crees que es de fiar? —pregunté con duda.

—Sí, tiene una reputación intachable y solventó el tema de vuestras herencias con maestría, y por lo poco que pude observar, Alexander no le simpatizó en absoluto. Chicos, no puedo meter la mano en el fuego por nadie, pero necesitamos al mejor en este terreno.

—Llámalo, si perdida ya estoy… —aseguré.

Mientras Catriona se apartaba para realizar la llamada, Ian y yo nos quedamos mirándonos fijamente. Sentía mi corazón latir a toda velocidad; tenerlo ahí conmigo significaba mucho. Por más que lo intenté, y aferrándome al dolor, nunca pude olvidarlo y dudaba que alguna vez pudiera hacerlo. Noté cómo una lágrima recorría mi rostro, pero rápidamente la secó y me abrazó con fuerza. No pude resistirme y le correspondí, su olor, la suavidad de su piel, esa sensación de estar en casa, eso solo me pasaba con él.

—Bri, te juro que no dejaré que te suceda nada —murmuró besando mi frente con ternura.

—Ian, me siento fatal. Creo que mi dolor me cegó de tal manera que me llevó hasta este punto. No me podré perdonar haberle fallado a todo el mundo —expresé, sintiendo el peso de la culpa sobre mis hombros.

Sujetó mi rostro entre sus manos y me miró fijamente antes de hablar:

—Bri, a los dos nos pudo el dolor e hicimos cosas mal, pero no somos culpables de ser humanos.

—Yo, Ian, yo…

—Perdón por la interrupción, no sabía que os ibais a poner tan cariñosos en mi ausencia —comentó Catriona divertida, colocándose en el butacón que antes ocupaba Ian—. Pero ya tendréis tiempo para eso, ahora tenemos un asunto más importante que abordar.

—¿Qué te dijo? ¿Nos va a ayudar? —pregunté nerviosa, sujetando la mano de Ian con fuerza.

—Sí, y estas son las pautas que debemos seguir: Briana, hoy mismo tomarás posesión de la mansión, pondrás seguridad y cambiarás las cerraduras. Vamos a revisar todas sus cosas. Me dijo que moverse con rapidez es crucial en estos casos. Si se ve acorralado, va a atacar, me lo aseguró. Por eso, necesitamos conseguir el dinero cuanto antes. Ian, ¿tú tardarás mucho en conseguir tu parte?

—No, me pongo hoy mismo con ello.

—Briana, ¿qué bienes de los que te dejó tu padre quieres vender?

—El piso en Londres, junto al de Los Ángeles, los terrenos que no vamos a usar para la construcción de las viviendas, toda la flota de coches y la casa del lago.

—Si queréis, el tema de los coches se lo podemos derivar a Evan y que él se encargue de eso, como lo hizo con tu Mercedes, Bri —propuso Ian.

—Perfecto, lo dejamos en tus manos. Hija —habló Catriona dirigiéndose a mí—, ¿quieres quedarte con la mansión? El dinero que te darían por ella sería muy significativo.

—No, no es eso. Yo no la quiero para nada, me horroriza de hecho, pero siempre perteneció a los Thompson y me gustaría que siguiera formando parte de su legado, pero desde otra perspectiva.

—No te entiendo, ¿qué quieres decir?

—Me gustaría donarla a la fundación, que sea el refugio de mujeres. La casa es enorme, tiene edificios adyacentes, unos jardines preciosos, el solárium repleto de plantas y el pequeño lago con el bosque. Creo que es el sitio idóneo para que se sientan seguras y cómodas. Además, los empleados podrían seguir trabajando allí.

—Cielo, es una idea magnífica —aseguró emocionada, e Ian asintió sonriente.

—Entonces, si os parece bien, tengo un amigo que tiene una empresa de seguridad no muy lejos de la isla. Lo voy a llamar para que venga y se ocupe de instalar seguridad en la casa y, si puede, que traiga algún guardia.

—Eso estaría muy bien, Ian. Ahora debemos ir a la casa y rebuscar en el despacho de Cameron a ver si encontramos algo que incrimine a Alec. Hoy viajaré a Edimburgo, me reuniré con Graham Stewart y le llevaré todo lo que tenemos.

—Cat, en dos días será la ceremonia en honor a mi padre. Has sido tú quien ha propuesto esto, así que, por favor, no me dejes sola —supliqué, sintiéndome abrumada por el tema.

—No te dejaré sola, estaré aquí contigo. Juntas lo despediremos. Sabes que el amor que sentía por Cameron era muy real, tan real que dejó un vacío profundo en mi interior. Creí que pasaríamos juntos los años que nos quedaban, pero eso ya no será posible —respondió con pesar, dejando ver su lado más vulnerable. Algo inusual en ella, ya que siempre mostraba una fortaleza inquebrantable.

—Aunque duela, debéis hacerlo y afrontar el dolor de la pérdida. Sé de lo que hablo. Yo no lo hice en su momento y viví encadenado a los recuerdos y, lo que es peor, a los fantasmas —aseguró Ian, comprendiéndonos mejor que nadie.

—Por favor, no quiero seguir hablando de esto —dije, poniéndome en pie y dando por terminada la conversación.

Catriona fue la primera en dirigirse hacia la puerta, pero antes de abrirla, se giró hacia Ian y hacia mí.

—Mañana a primera hora será vuestro enlace. No olvidéis llevar dos testigos —concluyó, como si no hubiera mencionado nada fuera de lo común, y salió con total tranquilidad.

Nos miramos y nuestros ojos se encontraron por unos segundos que parecieron una eternidad. Nos quedamos paralizados, ninguno de los dos podía articular palabra. Intentamos restarle importancia y fingir que aquel momento no tenía significado alguno, pero en el fondo sabíamos que no era así. Cada uno de nosotros era consciente de la magnitud de lo que estaba por suceder, de la trascendencia de aquel paso que estábamos a punto de dar.

Capítulo 50

Mientras recorría cada estancia de aquella imponente mansión, los recuerdos me invadían, trayendo consigo los ecos de aquellos que alguna vez habitaron ese hogar y que ahora ya no estaban. Sentía su presencia impregnada en cada rincón, como si se resistieran a abandonarlo. Pero también estaba la esencia de mi padre, el hombre que, aunque llegó tarde a mi vida, logró ganarse mi amor y cuya ausencia ahora pesaba tanto.

Sin embargo, la tristeza por su partida fue rápidamente eclipsada por la ira. Una ira que crecía al ver las imágenes en mi cabeza de Alec y yo juntos, dispersas por toda la mansión. ¿Cómo pude ser tan ingenua? Me había considerado más astuta que Amber, pero al final resulté ser solo un peón en sus manos. Ella al menos tenía la excusa de amarlo, pero ¿cuál era la mía? ¿El odio? ¿La rabia? ¿La soledad?

Cada imagen era un recordatorio doloroso de la traición y la decepción, alimentando el fuego de la indignación que ardía dentro de mí.

—Cielo, ¿estás bien? —preguntó Catriona al verme con el rostro apagado.

—Sí, son solo los recuerdos y también los remordimientos. Cat, me siento fatal por lo que pasó con Alec.

—No te castigues más, no has hecho nada malo. Además, creo que ese hombre supo jugar muy bien sus cartas. Suerte que no logró embaucarte como a Amber, tú eres más fuerte.

—No, Cat, no lo soy. Si nunca cedí por completo a sus encantos, fue por Ian. Su amor siempre estuvo vivo en mi corazón.

—No te subestimes, aunque no estuvieras enamorada, el resultado hubiera sido el mismo —dijo, y pellizcó mi rostro con ternura.

—Y hablando de él, ¿encontrasteis algo en el despacho? —pregunté preocupada.

—Guardamos todos los documentos que creímos importantes, su portátil e Ian encontró escondidos un *pendrive* y una tarjeta de teléfono. Seguramente haya algo que lo incrimine.

—¡Dios mío! Todo esto me asusta, parece una escena sacada de un *thriller*.

—Lo sé, Bri, pero la maldad no tiene límites. Ahora voy a la granja a cambiarme de ropa y hacer una pequeña bolsa para el viaje. Ian y su amigo, el jefe de la empresa de seguridad, están desmantelando por completo el despacho de Alec. Por lo que oí, también van a revisar su cuarto. ¿Está todo recogido? —quiso saber con un tono desconcertante.

—Sí, ya le di orden a las empleadas de que solo empacaran su ropa y objetos personales.

—No me refiero a eso, digo si hay algo tuyo en ese cuarto que Ian pueda ver.

—Yo no dormía con él, como ya sabes. Ni siquiera utilizaba mi cuarto. No debería haber nada mío allí, a no ser…

—A no ser ¿qué?

—¡Mierda, vamos! —Tiré de ella con fuerza hacia la parte superior.

Cuando traspasamos el umbral de la alcoba, un aroma inconfundible inundó mis sentidos: el aroma de él. El olor a su perfume, mezclado con el dulce aroma de la madera de cedro de los

muebles, creaba una atmósfera cargada de recuerdos y momentos apasionados.

Pero cuando mis ojos se posaron en la cama, un nudo se formó en mi garganta. Las imágenes de mi pasado resurgieron en mi mente, vívidas y dolorosas.

La cama, una vez testigo de nuestro encuentro furtivo, ahora estaba vacía y ordenada, como si nunca hubiera sido perturbada por el tumulto de las pasiones prohibidas.

Me sentí invadida por una mezcla de emociones contradictorias: dolor por lo que hice, y alivio por el hecho de que aquel capítulo oscuro de mi vida quedara finalmente cerrado.

—Señorita, ¿se encuentra bien? ¿Necesita algo? —preguntó con preocupación una de las empleadas.

—Eh… Sí —logré responder después de unos segundos—. Me gustaría saber si encontraron algún objeto o prenda que no pertenezca al señor James.

—Bueno… en este mueble hay algunas cosas que no llegamos a guardar, no sabíamos muy bien qué hacer con ellas. —Iba a abrir la puerta, pero la detuve. Tenía constancia de que en su interior había juguetes sexuales y mostrar aquello delante de Catriona me avergonzaba aún más. No es que los usáramos asiduamente, pero alguna que otra vez me dejé llevar—. Deshaceos de todo eso, que no quede nada aquí —dije en un tono firme.

—También hay ropa interior femenina. —Mis sospechas se hicieron realidad—. Imagino que no fuimos lo suficientemente cuidadosas cuando retiramos la ropa de la señora James y se quedaron ahí —se excusaron, intentando ocultar la verdad que todas en aquella habitación sabíamos.

—Por favor, tirad las prendas a la basura. Ah, y una cosa más. La ropa de mi recámara es toda vuestra. Hay vestidos muy costosos. Si lo deseáis, podéis venderlos y repartiros el dinero entre todos. Es un agradecimiento por responder con eficacia a todo esto que os estamos pidiendo.

Las prendas que había en el vestidor de mi cuarto eran regalos de Alec. Nunca había usado la mayoría de esa ropa, solo en alguna ocasión para complacerlo. No quería que quedara ni un solo rastro de él en esa casa. Ojalá fuera tan fácil deshacerse de los recuerdos como de aquellas prendas.

—¿Algo más, señorita? —preguntó su compañera.

—Sí, necesito que cuando venga un tasador le mostréis todos los útiles para venderlos. Esta casa tendrá un aire renovado y fresco. Será un nuevo inicio para esta mansión y para todos. Una cosa más, ¿sabéis dónde está el jardinero?

—Sí, señorita, se encuentra con el chófer y con Evan, el dueño del taller. Están mirando los coches. ¿Quiere que lo busquemos?

—No, está perfecto así. Me acercaré en un momento cuando acompañe a Catriona. Por favor, no toquéis el altillo. Quiero encargarme personalmente. Y, por último, no me llaméis más señorita, soy Briana o Bri —pedí, y asintieron con una sonrisa.

Antes de salir, nos dirigimos a la recámara de mi padre. Le dije a Catriona que cogiera lo que quisiera de él. Yo no pude acompañarla; tuve que salir. El dolor era tan grande que aún no estaba preparada para afrontar que no lo volvería a ver.

Llevaba una caja apretada contra el pecho y, por encima, aunque iba cubierta con una de sus bufandas, pude ver que llevaba su perfume. Momentos antes, ella había sido muy cautelosa cuando estábamos en el cuarto de Alec. Yo hice lo mismo. Solo la sujeté y en silencio caminamos juntas al exterior. La conocía perfectamente bien; era una guerrera y no soportaba mostrar su vulnerabilidad, su lado más sensible.

Estaba guardando las cosas en el coche cuando escuchamos en la entrada una fuerte discusión. Y allí estaba Alec, sujeto por los dos nuevos miembros del equipo de seguridad que

trabajarían en la casa. Con paso decidido y haciendo caso omiso de las indicaciones de Catriona que me pedía que me detuviera, caminé hacia él. Mientras permanecía sujeto en su forcejeo, le di una bofetada, dejando salir la ira que sentía por su traición.

—¡Soltadlo! —ordené bajo la incrédula mirada de los hombres—. No es más que un cobarde miserable, que se envalentona intimidando a la gente con amenazas mientras se oculta detrás de una fundación para llevar a cabo sus negocios sucios.

—Briana, no lo entiendes. Esto no tendría que salir a la luz. Siempre te iba a proteger, pero el imbécil del escocés se tuvo que entrometer en todo, incluso entre nosotros.

—¡Cállate, no quiero oírte más! Nunca hubo un «nosotros» y nunca lo habrá, ¡porque me das asco!

—Ves, eres tú quien me obliga a actuar de un modo que no quiero. —Se aproximó para sujetarme, y fue entonces cuando los guardias lo retuvieron de nuevo.

—Confié en ti, pensando que eras una persona decente, que no traicionarías ni la memoria ni la confianza de mi padre en Deerloch. Pero solo eres un hombre vacío y podrido por dentro, que solo busca suplir sus carencias con ambición. Ahora entiendo por qué algo dentro de mí me impedía avanzar contigo. No solo era la ausencia de amor, sino que percibía esa parte oscura que tratas de ocultar.

—Briana, sé que tú me amas del mismo modo que yo a ti, pero todos a tu alrededor te confunden y te ponen en mi contra. Por eso, tu firma en esos documentos me aseguraba que nunca te ibas a ir de mi lado.

No podía creer lo que estaba escuchando. Chantajearme con la amenaza de una denuncia si no aceptaba estar a su lado. La confesión era como un golpe en el estómago, dejándome sin aliento, sin palabras. ¿Cómo podía haber estado tan ciega, ser tan ingenua, para no ver la verdadera naturaleza del monstruo que se ocultaba tras esa máscara de amor?

Me sentí traicionada, no solo por él, sino también por mí misma. ¿Cómo pude permitir que me arrastrara tan lejos en su red de engaños y manipulaciones? La vergüenza y la ira se mezclaban, mientras luchaba por digerir la verdad.

Me acerqué a su rostro, dejando que mis palabras sonaran con firmeza y determinación:

—Todas tus artimañas no te sirvieron de nada. Antes prefiero la cárcel que permanecer un segundo a tu lado. Y no hables de amor, porque no conoces ese sentimiento. No sabes amar. No te engañes más, sabes tan bien como yo que mi corazón nunca te perteneció. Su dueño siempre ha sido el escocés que tanto despreciaste. Un día le arrebataste el amor de su prometida y ganaste, pero esta vez has perdido. Nunca lograste despertar en mí los sentimientos que él me produce solo con verlo, olerlo o tocarlo.

Sus ojos se oscurecieron, reflejando una ira que amenazaba con desbordarse en cualquier momento. Se revolvió con agitación, como un animal acorralado al ver que Ian estaba allí, a mi lado, junto a Evan y Catriona, quienes observaban la escena con atención.

Cuando giré la cabeza para afrontar la mirada del escocés, supe que había escuchado cada palabra. Sus ojos me observaron con suavidad, con emoción, como si pudiera leer en lo más profundo de mi alma. Pero cuando Alec balbuceó algunas palabras, el semblante de Ian cambió súbitamente. Los rasgos suaves se endurecieron, y un destello de rabia brilló en su mirada.

—¿Qué hace este imbécil aquí? Lo quiero fuera de mi casa ahora mismo —ordenó Alec, señalando a Ian con desprecio.

Caminé decidida y me puse delante de Alec, obligándolo a centrar su mirada en mí.

—No puedes echar a nadie de aquí. Recuerda que esta nunca fue tu casa. Mi padre te acogió, pero ahora que él no está y yo soy la dueña, hago uso de mi poder para desalojarte. Tus

pertenencias serán enviadas a la empresa, a menos que nos indiques otro lugar.

—No puedes hacer esto, Briana —me observó con odio—, si no, te juro…

—¿Qué juras? Adelante, sigue. Llama a la policía.

—Llámala —intervino Ian por primera vez—. Así tendríamos todos una charla muy interesante en tu despacho. Quizá podríamos proponerles que investiguen tus documentos. ¿Crees que podrían encontrar algo irregular?

—Imbécil, esto no se va a quedar así. Os lo advierto a todos. Ella me ama, y aunque intentéis confundirla, nuestro amor es más fuerte. Y a ti, MacDonald, te sacaré de Deerloch y de Skye para siempre —vociferó, soltándose del agarre de los guardias para salir.

Capítulo 51

Después de la partida de Alec, el ambiente en la mansión parecía más ligero, aunque aún impregnado por la tensión de los acontecimientos recientes. Cada uno siguió con lo suyo: Catriona partió hacia la granja, Evan se retiró a Portree después de una breve revisión de los vehículos, y la empresa de seguridad continuó su minucioso recorrido por la mansión, evaluando lo necesario para asegurar adecuadamente la propiedad. Dos guardias se turnarían vigilando la casa, garantizando una protección constante.

Mientras tanto, yo me dirigí hacia el altillo, decidida a explorar los recuerdos que yacían dentro de viejos baúles y cajas. Entre polvo y telarañas, descubrí tesoros olvidados que contaban la historia de mis abuelos y de mi padre.

Fue entonces cuando Ian subió con un par de cervezas en la mano, y una pequeña muestra de alivio se reflejaba en su rostro después de despedirse de los técnicos. Se sentó a mi lado en el suelo y juntos examinamos el álbum que reposaba entre mis manos. En las páginas amarillentas, encontramos la imagen de mi padre de adolescente, siempre rodeado por dos jóvenes. Uno de ellos lucía vestimenta distinguida, indicativo de dinero, mientras que el otro portaba prendas más humildes. A pesar de sus diferencias sociales, era evidente que mantenían una amistad.

—Este es mi padre —señaló emocionado la foto, acariciando su rostro con el dedo— y están con Archie McCarthy. ¿Qué será de él?

—¿Quién es? —pregunté curiosa.

—Cameron, Archie y mi padre eran amigos de la infancia, inseparables. Él era el hijo del mayordomo de tus abuelos. Este enviudó y por la confianza que le tenían a su empleado le permitieron traer a su hijo a la mansión, y entre todos los sirvientes lo criaron.

—¿Y qué fue de él?

—Sé que cuando creció se fue de aquí, tanto tu padre como el mío le querían dar un puesto de trabajo en la empresa, pero él no quiso, era demasiado orgulloso y buscó su camino. Lo vi el día del entierro de mi padre, me dio su tarjeta para que lo llamara si necesitaba cualquier cosa, pero ese día, ebrio, me metí al mar, desesperado en pleno invierno, tanto Paige como J. J. y otros amigos me sacaron y me cuidaron. La ropa se lavó y cuando me acordé de la tarjeta ya no estaba. Esa fue la única vez que lo vi.

—Yo no había visto nada de esto hasta ahora. Cuando tú y yo nos alejamos la primera vez, mi padre me trajo aquí para animarme, mostrándome a mi madre en un vídeo —expresé con un deje de nostalgia.

—¿Sabes que apenas tengo fotos de mi padre? Todo se quedó en la mansión de los MacDonald, donde vivían Grace y Amber. Cuando vendieron la casa, se deshicieron de todo. Bri, me gustaría poder sacar una copia de estas imágenes —dijo, dando un trago a su cerveza mientras trataba de contener su emoción.

—Ian, claro que sí. Esto es tanto tuyo como mío; en cierto modo, nuestro pasado está ligado. Ven —le pedí, tomando su mano para alentarle a incorporarse—. Te mostraré algo que te hará

feliz. En la cinta donde sale mi madre, también vi a tu padre. Lo supe porque era muy parecido a ti.

Ian me envolvió en sus brazos con ternura, y dejé que mi cabeza reposara en su pecho mientras me aferraba a su cintura. Las imágenes comenzaron a desfilar ante nosotros en la pantalla y ambos experimentamos una mezcla de emociones: alegría por ver a nuestros seres queridos y una profunda tristeza y dolor por su ausencia. Mis lágrimas empaparon su camisa, mientras él, en un gesto de vulnerabilidad, besaba mi cabeza con dulzura, como si con ese gesto pudiera calmar nuestro dolor.

De repente, el vídeo empezó a mostrar signos de interferencia, y ambos nos incorporamos, preocupados de que la cinta estuviera dañada. Pero entonces, de la nada, mi padre apareció en la pantalla, hablando directamente a la cámara.

Hija, si estás viendo estas imágenes y yo no estoy a tu lado, es porque mis planes por hacer justicia se vieron truncados. Desde hace tiempo, sospecho que en Deerloch se están llevando a cabo movimientos financieros fuera del marco de la ley. Creo firmemente que Alec está involucrado en asuntos muy turbios y, si mis sospechas no fallan, se trata de gente poderosa. Pero para mi sorpresa, en estos últimos días, descubrí cómo manipularon el testamento de Brodie MacDonald. Digo «manipularon» porque estoy convencido de que Grace no actuó sola en todo esto; Alec fue su cómplice. Poseo los documentos necesarios y voy a luchar por hacer justicia. Ian recibirá lo que legítimamente le corresponde de su padre, es algo que le debo.

Siento un profundo temor, no por mí, sino por ti. Me preocupa enormemente la creciente atención que Alec te presta. He observado cómo Amber se desvanecía a su lado y no deseo que te ocurra lo mismo. Por ello, si no puedo estar a tu lado, confiaré tu bienestar a la única persona que sé que te ama tanto como yo: Ian MacDonald. Comprendo que pueda parecer una locura agregar esta cláusula al testamento, pero no veo otra opción. No estás familiarizada con los asuntos de negocios, y me aterra la posibilidad de que Alec pueda utilizarte para sus fines poco éticos.

Por último, hija, te pido que no repitas los mismos errores que tu madre y yo cometimos. Nos dejamos llevar por las amenazas, el miedo, las inseguridades y el orgullo, y eso nos alejó de nuestra felicidad para siempre. Sé más sabia y deja que tu corazón te guíe. Él te llevará al lugar al que perteneces. Te quiero mucho, y cada momento a tu lado ha sido el mayor regalo de mi vida. Sé que te prometí llevarte a ver The Fairy Glen, el lugar donde tu madre y yo nos juramos amor. Aunque no haya podido cumplirlo, espero que, cuando lo hagas, sea en compañía de la persona adecuada. Cuida a Catriona por mí, no tuvimos mucho tiempo para disfrutar el uno del otro, pero me hizo creer en las segundas oportunidades. Es una gran mujer y una mejor persona, merece ser feliz. Por último, si te enfrentas a cualquier problema, no dudes en contactar con Graham Stewart. Es alguien en quien confío plenamente y te guiará hacia la persona adecuada.

—Ian, ¿qué significa todo esto? ¿Lo has escuchado? —pregunté, confundida y aterrada.

—Sí, joder… Esto es muy serio. —Se levantó de su asiento, rebobinando la cinta mientras sacaba su móvil para grabar a mi padre.

—¿Qué deberíamos hacer? ¿Crees que las sospechas de mi padre podrán ayudar a exculparme?

—Bri, no lo sé… —El escocés parecía indeciso.

—¿Qué está pasando, Ian? Dímelo —le ordené, sospechando que me ocultaba algo.

—Tu padre insinuó que el asunto era mucho más turbio de lo que pensaba y que había personas poderosas involucradas. ¿Y si… si lo mataron? —tanteó mirando a la nada, sumido en

sus pensamientos.

—Ian, tú viste cómo Grace lo hirió y él se fue por su propio pie después. Lo vimos en las cámaras del hospital.

—Tienes razón, supongo que todo esto me ha puesto un poco nervioso —cedió, y parecía un poco más aliviado por mis palabras.

El teléfono de Ian sonó y su expresión cambió al ver la pantalla. Levantó la mirada hacia mí y sus últimas palabras fueron directas: «Salimos para allá».

—¿Qué está pasando?

—Han incendiado la granja —respondió con voz tensa.

—¿Está Catriona bien? —Mi corazón latía con fuerza, estaba preocupada.

—Sí, está con los bomberos y la policía. Pero esto no me gusta, Bri. Es demasiada casualidad —soltó con un deje de preocupación en su tono.

—Estás pensando en Alec, ¿verdad? —adiviné, aunque ya conocía la respuesta.

Ian asintió en silencio, compartiendo sus sospechas.

—Hasta ahora nunca me lo hubiera planteado, pero después de los últimos acontecimientos, creo que solo pudo ser él. Vio a Catriona meter una caja en su coche; pienso que sospechaba que eran documentos de su despacho —comenté, conectando los puntos.

—Y quiso deshacerse de las pruebas —completó mi pensamiento.

—Vamos, nos llevaremos todo con nosotros, incluida esta cinta. Ya no confío en nadie —decidí, sacándola del reproductor.

Capítulo 52

Ahí estábamos, Ian y yo, escuchando las últimas palabras antes de contraer matrimonio por lo civil. Nunca hubiera imaginado que mi boda sería así. Mis dos testigos, Yani y Paige, estaban somnolientas, recién sacadas de la cama. Creo que aún no habían procesado la noticia del todo; demasiada información en muy poco tiempo. Y nosotros éramos un despropósito. Sucios, oliendo a humo y sin haber dormido. Cuando Catriona nos llamó, acudimos a la granja. Los bomberos no tardaron en apagar el fuego. Por suerte, los animales salieron ilesos, pero la vivienda quedó hecha trizas. La policía se encargaría de investigar el incendio, aunque todos sabíamos que no había sido fortuito, sino intencionado.

Lo que más me asustaba de todo aquello era que, si Alec había sido el causante, no le había importado que Cat estuviera dentro. Eso me ponía los pelos de punta, y rogaba en silencio que nuestras sospechas fueran infundadas y él fuera inocente.

Ian y yo nos encargamos de esperar a los del seguro, mientras Catriona no perdía más tiempo y se marchaba con toda la documentación a Edimburgo. La información obtenida no estaba segura en Skye, y mucho menos lo estaba la persona que la portaba. Urgía arreglar ese asunto de inmediato. Las cosas no prometían ir a mejor; todo empeoraba por momentos, llegando a unos niveles, insospechados para mí, que me asustaban.

El momento había llegado. Las palabras «ya pueden firmar» resonaron en mi cabeza, devolviéndome a la realidad que cambiaría nuestros destinos para siempre. Vi a Ian recibir el bolígrafo con mano temblorosa, pero antes de dejar su firma sobre el papel, nuestros ojos se encontraron.

Dudas y nervios se agolparon en mi mente. Un temor horrible me invadió al pensar que lo estaba obligando a algo que quizá no quería. No podía forzarlo a esto si no sentía el mismo amor por mí. ¿Cómo expresarle mis miedos, abrirme así, cuando entre nosotros se había erigido un muro llamado Alexander James?

Mi mirada suplicaba una señal, un destello de que su amor seguía intacto. Y justo en ese instante, algo cambió entre nosotros. La mirada de Ian se transformó de una manera casi mágica, como si pudiera oír sus pensamientos, y los míos respondieron.

«¡Bri, eres el amor de mi vida!», resonó en mi mente, como una dulce melodía que acariciaba mi alma.

«Eres un hombre maravilloso, soy muy afortunada de poder ser tu esposa», respondí en silencio.

«Ahora sí, nada nos podrá separar», sentí en su pensamiento.

«Te amo», confesé con todo mi ser, dejando que mis sentimientos se derramaran libremente hasta él.

«No tanto como yo a ti», llegó su respuesta, llenando mi corazón de alegría.

Y así, en ese momento, dejamos que la verdadera naturaleza de nuestros sentimientos saliera a la luz, desde el más tímido silencio.

Con seguridad, depositó la rúbrica y me entregó el bolígrafo, asintiendo con la cabeza mientras una leve sonrisa iluminaba su rostro. Decidida y segura, seguí sus pasos y escribí sobre el papel. Oficialmente, me había convertido en la señora MacDonald. Siempre dudé si mantener el apellido Cox o cambiarlo a Thompson, pero ahora me daba cuenta de que no era ninguno de los dos. El nombre de Briana estaba destinado a ir acompañado por MacDonald, el apellido donde residía mi corazón.

Miré a Ian, quien puso una mano en mi cintura ignorando a Paige y Yani, de las que era el turno para firmar como testigos, y me giró para quedarnos frente a frente. Vi cómo tragaba saliva y sus ojos miel se oscurecían, mientras mi respiración iba a un ritmo frenético, expectante por lo que iba a suceder. Colocó sus manos en mis mejillas y las acarició con ternura antes de delinearme los labios con sus pulgares. Lentamente, su boca se aproximó a la mía, sellando así nuestra unión. No pasó mucho tiempo antes de que la ardiente sensación de sus besos desplegara la magia que ya conocía.

Me invadió una sensación de regreso a mi hogar mientras nuestras bocas se entrelazaban en un apasionado beso. Era como si todo el tiempo separados se hubiera desvanecido y permaneciéramos anclados en un momento del pasado.

Tras separarnos, me sentí un poco aturdida, incapaz de procesar lo que acababa de pasar. Noté que Ian estaba igual. Pero Paige y Yani, emocionadas, vinieron a abrazarnos con efusividad y alegría, rompiendo ese momento de incomodidad.

Después de salir del juzgado, nuestras amigas propusieron celebrarlo de alguna manera, pero Ian declinó la oferta, mencionando asuntos importantes que atender. Sentí la tristeza clavándose como un puñal al verlo marcharse para cambiarse de ropa en la casa de J. J. Mientras tanto, me dirigí al apartamento de las chicas para asearme, cambiarme de ropa y descansar un poco antes de revisar la copia de los documentos que habíamos encontrado. Ir a la fundación no parecía una buena opción, estaba segura de que Alec aparecería en algún momento por el camino, ya que tenía prohibida la entrada.

Pasamos el día juntas, hojeando papeles y más papeles. Para nosotras tres, todo aquello eran simplemente documentos que no terminábamos de comprender del todo, buscando alguna irregularidad. Paige me acompañó todo el día, mientras que Yani tuvo que salir a hacer algunas gestiones por la mañana. Sin embargo, el resto del día estuvo a mi lado.

Al atardecer, les pedí que no descuidaran el *pub*, así que me quedé sola. De Ian no había tenido noticias, y tal vez ni siquiera planeaba regresar a mi lado. Traté de no pensar en él y decidí llamar a Cat, cuyas noticias habían sido escasas. Nos dijo que se reuniría con alguien que podría ayudarnos, pero desde esa última información, no habíamos sabido nada más.

—Hola, Cat.

—Hola, cielo. Acabo de llamar a Ian, pensando que estabais juntos, pero me dijo que no, así que te iba a llamar ahora mismo.

Ignoré la parte donde mencionaba a Ian y fui directa a lo que me interesaba:

—¿Alguna novedad? ¿Qué te dijo el abogado? ¿Habéis encontrado algo? Yo he revisado los papeles con las chicas, pero como no entendemos de esto, no vemos irregularidades. Mi padre tenía razón, debí seguir sus consejos y aprender más sobre el mundo empresarial. Me siento una tonta.

—Tranquila, tu trabajo es otro. No te sientas mal, para eso estamos los que te queremos —dijo, intentando calmar mi frustración—. Me reuní con Graham Stewart. Él está al tanto de todo y me comentó que tu padre puso todo esto en manos de la policía. Conoce a alguien que trabaja en la Unidad de Delitos Financieros.

—¿Qué dices? ¿La policía sabe de todo esto? ¿Me van a detener?

—Bri, cálmate y escúchame. Hasta ahora, no tenían constancia de lo tuyo. Fue después del accidente de tu padre cuando se usó la fundación. En los papeles figuras como responsable de este fraude.

—Joder, Cat. No debiste mostrarle nada hasta que pudiera demostrar mi inocencia. Confiaba en ti —añadí con decepción.

—¿De verdad crees que yo te iba a denunciar a la policía sabiendo que eras inocente? Me duele que tengas ese concepto de mí.

—Perdona, estoy muy nerviosa. ¿Y qué va a pasar?

—Bri, en el *pendrive* hay documentos que claramente inculpan a Alec. La fundación fue su última jugada y yo creo que desesperada, porque, intentando retenerte a su lado, cometió errores. Lleva tiempo blanqueando dinero en Deerloch con la ayuda de Grace. Ambos estaban metidos en todo esto. Se han descubierto cuentas en paraísos fiscales, y una transferencia de dinero apresurada hizo saltar todas las alarmas de la policía.

—¿Pero de dónde viene todo ese dinero?

—La policía tenía sospechas de que eran miembros de la nobleza; barajan varios nombres.

—Esto tiene que ser una broma… ¿Cómo ha podido involucrarme en algo de esta magnitud? —expresé con incredulidad.

—Bri, te prometo que se hará justicia. Y ahora cuéntame, ¿qué tal la boda? Ian fue muy escueto y cuando le pregunté, simplemente dijo «bien». —Catriona buscaba distraerme, pero sus palabras solo avivaron mi frustración.

—No hay nada que contar, firmamos y nos fuimos, ya sabes que todo esto no es real —respondí con amargura, consciente de lo lejos que estábamos de un matrimonio feliz.

—¿A quién quieres engañar, a ti o a mí? —preguntó en un tono de complicidad, pero no estaba de humor para juegos.

—No empieces, Cat. Mañana es la ceremonia por mi padre, ¿llegarás a tiempo? —cambié de tema, buscando evitar confrontaciones innecesarias.

—Claro, además, me va a acompañar alguien que te quiere conocer. Pero no me preguntes porque no te voy a decir nada más. —Sonó misteriosa, y eso solo aumentó mi curiosidad.

—¡Puf! —resoplé, frustrada por su falta de detalles. Escuché cómo la puerta se abría, esperando que fuera Ian, pero no, eran las chicas—. Han llegado Paige y Yani, te dejo. Besos.

—Dales saludos de mi parte y diles que me tienen que acoger por unos días. Imagino que tú e Ian iréis al apartamento de J. J.

—No lo sé, no hemos hablado del tema aún. Besos —colgué, cortando la conversación antes de que Catriona pudiera seguir interrogándome.

Las chicas se acomodaron a mi lado mientras compartíamos una sopa de salmón que habían subido del *pub*. Les narré con todo lujo de detalles lo que había sucedido, desde los documentos incriminatorios hasta las revelaciones sobre los miembros de la nobleza británica y los posibles vínculos con actividades ilegales. Sus expresiones reflejaban sorpresa y consternación, igual que la mía cuando descubrí toda la verdad.

—¡Joder, qué fuerte! —resopló Yani, con expresión de incredulidad.

—Esto es una locura —añadió Paige, llevándose una mano a la frente—. ¿Ian sabe todo esto?

—Paige, ¿de verdad me lo estás preguntando? Creo que es bastante obvio que no sé nada de él desde esta mañana.

—¡Uf! Primera pelea de casados —bromeó Yani, intentando aligerar el ambiente.

—No estoy para bromas ahora, me siento muy agobiada con todo esto. En vez de quedarse a

mi lado y ayudarme a entender toda la documentación, él se ha ido, y quién sabe si volverá. —Respiré profundamente y continué—: ¿Pero sabéis qué es lo que más me duele? No saber si está bien o mal, tengo miedo de que Alec le haga daño —confesé con tristeza, dejando que mis preocupaciones salieran a la luz.

Vi cómo Yani y Paige intercambiaban una mirada significativa, y a continuación Yani tomó la palabra:

—Le prometimos al *highlander* que no te diríamos nada, no quiere que te sientas mal. Pero esta mañana estuvo conmigo en el notario, me vendió su parte del *pub*. Gracias a él, me concedieron el préstamo en el banco y ahora nosotras somos las dueñas de todo esto.

—¿Qué? Quiero decir, felicidades, pero no sé si debería alegrarme o preocuparme —comenté, intentando procesar la noticia mientras las miraba a ambas.

—Deberías alegrarte por tus amigas —añadió Paige con una sonrisa divertida—. Y si quieres saber por qué Ian hizo esto, te diré que fue por ti.

—Espera, ¿vendió su parte para inyectar dinero en la fundación?

—Y no solo eso, Bri —continuó Yani—. Estuvo desaparecido todo el día porque viajó hasta la isla de Mull para cerrar un trato con una destilería que absorbió la suya.

—No puede ser, ¿vendió su destilería, la que mantenía vivo el legado de los MacDonald, por mí? —susurré, emocionada y conmovida por su gesto.

—Sí, amiga, el *highlander* realmente te quiere —confirmó Yani.

—¿Te preparo la cama? —preguntó Paige al ver que necesitaba procesarlo.

—No es necesario, me quedaré en el salón. Voy a seguir revisando los papeles —me excusé, queriendo esperar a Ian con la esperanza de que regresara.

—Está bien, te dejamos sola con «tus papeles» —dijo Yani, dándome un beso en la mejilla y dejándome claro que no se creía del todo mis palabras. Después, Paige hizo lo mismo y me dio un beso en los labios, como hacíamos siempre en señal de saludo desde aquella noche en que nos besamos en el *pub*.

Capítulo 53

Las horas pasaban, y con cada tictac del reloj, la ansiedad se apoderaba más de mí. Ian no llegaba y, aunque intentaba mantener la esperanza, cada minuto que pasaba me hacía pensar que no vendría. Me abracé a una taza de té caliente, tratando de encontrar algo de consuelo en su calor, mientras la manta envolvía mis piernas.

Una vez más, encendí el vídeo de mi padre, como si verlo pudiera traerme alguna clase de respuesta o consuelo. Pero con cada imagen que aparecía en la pantalla, mi corazón se hundía un poco más. La esperanza de encontrarlo con vida se desvanecía lentamente, como si estuviera enfrentándome a una verdad que me negaba a aceptar.

El clic de la puerta rompió el silencio, sacándome de mis pensamientos. Me giré y allí estaba él. Ian entró en la habitación, visiblemente agotado. Se deshizo de la chaqueta y el jersey, dejándose solo una camisa de manga corta. Sus botas siguieron el mismo camino, quedando abandonadas en el suelo antes de que tomara asiento a mi lado, cubriéndose con la misma manta que me envolvía a mí.

—¿Puedo? —tanteó, acercando sus manos a la taza, mientras acariciaba mis dedos con suavidad.

—¿Quieres que te prepare uno? —pregunté nerviosa, aún con nuestros dedos entrelazados alrededor del recipiente de porcelana.

—No es necesario —susurró, disfrutando del calor del té.

—Ian —confesé entonces—, me he enterado de lo que hiciste. Escucha, no es culpa de las chicas, sino mía. Fui muy insistente. —Vi como mis palabras le hacían gracia y continué—: No te rías, esto es serio. Te has deshecho del legado de tu familia. Aunque hayas recuperado Deerloch, sé que la destilería de Waternish era un homenaje para ellos.

—Bri, no quiero que te pongas triste. El legado lo mantengo conmigo y es la receta del *whisky*, esa es de mi propiedad —explicó, secando una lágrima que recorría mi rostro—. Pero te aseguro que si tengo que entregarla para que tú estés bien, lo haré con mucho gusto.

—Pensé que estabas aquí solamente por agradecimiento hacia mi padre —dije, intentando entender sus palabras.

Suspiró profundamente, sacó su móvil, le quitó la funda y extrajo un papel doblado que me entregó. Al abrirlo, reconocí de inmediato la letra de mi padre. Lo miré, y él asintió, instándome a leerlo.

Querido Ian,

Si estás leyendo esta carta, significa que ya no estoy en este mundo. Le di las indicaciones necesarias a Graham Stewart para hacer efectivo el testamento de Brodie. Ahora puedo irme tranquilo, sabiendo que se hizo justicia y que salió a la luz toda la verdad.

Sin embargo, he puesto en peligro a la persona que más amo: mi hija. Muchas veces me arrepentí de haberla traído de Ámsterdam, pero luego me consuelo pensando que en Skye conoció el verdadero amor.

Por eso, quiero pedirte que en mi ausencia la protejas. Ella está en peligro. Alec es una amenaza, no solo por sus irregularidades en la empresa, sino porque temo que la destroce como a Amber. Está obsesionado con ella y no se detendrá.

Olvídate de salvar Deerloch. Tu padre y yo la llevamos a esta situación por nuestras malas decisiones. Pero, sí, sálvala a ella. No dejes de luchar por vuestro amor. No permitas que nadie acabe con ese sentimiento.

Sé que harás lo correcto y cumplirás con la cláusula del testamento. Ojalá Briana no me odie por intentar guiar su vida una vez más. Esta vez solo intento salvarla.

Cuidaos, y no olvides que juntos sois invencibles.

Cameron Thompson.

—Aquí está toda la verdad, Bri. Lo que realmente me motivó a regresar no fue el agradecimiento hacia tu padre, sino mis sentimientos hacia ti.

Las palabras se atascaban en mi garganta, incapaces de salir, pero una marea de lágrimas fluía de mis ojos. Hice lo único que había añorado hacer desde hacía mucho tiempo: lo abracé y apoyé mi cabeza en su pecho.

—Gracias por estar a mi lado —logré decir entre sollozos.

—Siempre —añadió, besando mi cabeza con ternura—. ¿Por qué no te acuestas? Es tarde y se te ve agotada.

Alzando la cabeza, lo miré a los ojos.

—¿Puedo pedirte algo? ¿Podemos dormir en el sofá abrazados, como en los viejos tiempos?

Él sonrió y respondió:

—Claro que sí. Nada me gustaría más. Extrañaba no despertarme con dolor de espalda —añadió con una risa suave, recostándose a lo largo del sofá y tirando de mí. Apoyé mi cabeza en su brazo y me dejé envolver por su abrazo, pegando mi espalda a su pecho.



La suave luz de la mañana me obligó a abrir los ojos, pero en mi interior anhelaba seguir durmiendo por más horas. Sin embargo, cuando mis pupilas se adaptaron a la claridad, lo vi. Sus ojos color miel me observaban con ternura y una sonrisa se dibujó en sus labios. Nos quedamos allí, en silencio, disfrutando del momento. Lentamente, extendí mi mano y enredé mis dedos en su cabello rizado.

—Estás muy guapo así también —susurré con una sonrisa.

—Prometí que no me lo cortaría hasta que te volviera a ver —comentó en un tono serio, pero sin poder evitarlo soltó una risa contagiosa—. No, es broma. Simplemente no tenía mucho tiempo para cortarlo por el trabajo.

Un codazo juguetón se transformó en risas, y pronto nuestros rostros quedaron tan cerca que podía sentir su aliento rozando mis labios. Cerré los ojos, anticipando el siguiente movimiento, cuando de repente la puerta se abrió de golpe, interrumpiendo el momento. Nos separamos rápidamente, pero en mi apuro por levantarme del sofá, terminé cayendo torpemente al suelo. La risa de Catriona resonó en la habitación, haciendo que la situación pasara de íntima a cómica en un instante.

—Disculpad la intromisión, pero ya son las diez de la mañana. —Señaló el reloj con un tono amable y una sonrisa en el rostro—. A las once es la ceremonia por tu padre, en la mansión ya

está todo preparado y quería venir a ver cómo estabas, pero creo que alguien se estaba encargando perfectamente de ti —agregó, haciendo una clara referencia a Ian, quien levantó una mano desde el sofá a modo de saludo—. Supuse que no tendrías nada para la ceremonia, así que te compré este vestido. Deberías cambiarte. Me voy a preparar un té, ¿os preparo uno? —preguntó, y ambos asentimos con gratitud. Tomé el vestido y me dirigí al baño, un poco avergonzada.



Al borde de los majestuosos acantilados de Kilt Rock, donde las olas chocan contra las rocas con una fuerza eterna, nos reunimos para despedir a nuestro amado Cameron Thompson.

Con lágrimas en los ojos y amor en nuestros corazones, dejamos ir a Cameron hacia el horizonte infinito, donde su alma encontrará paz entre las brumas del mar y el cielo. Que su recuerdo permanezca como una melodía eterna que se funde con el rugido de las olas y el susurro del viento, recordándonos siempre su espíritu valiente y su amor por la vida.

Descansa en paz, querido Cameron, y que tu alma encuentre serenidad en la grandeza de este lugar, donde la tierra se encuentra con el cielo y el tiempo se desvanece en la eternidad.

Cuando el ministro presbiteriano concluyó, ese momento fue como un choque de realidad para mí, una sacudida emocional. Catriona y yo nos abrazamos, buscando consuelo mutuo, mientras Ian nos envolvía a ambas con sus brazos. No era consciente de la multitud que nos rodeaba en ese instante. Lo que había empezado como un evento íntimo se había transformado en una reunión emotiva y conmovedora, con la presencia de la gente del pueblo y los trabajadores de Deerloch, todos unidos en un gesto de apoyo y solidaridad.

Cuando nos dirigimos hacia el coche, aún me aferraba a Ian, necesitando su apoyo para mantenerme en pie. En medio de mi dolor y confusión, noté cómo Ian saludaba a un hombre desconocido que estaba junto al abogado de mi padre. Me intrigó su presencia, pero en ese momento estaba demasiado rota por dentro para hacer preguntas.

Pensé que el peor momento había pasado, pero estaba equivocada. La sensación de vacío y desolación se intensificó cuando llegamos a la mansión. La ausencia de mi padre en ese lugar, rodeado de tantos recuerdos, junto con el peso de mis remordimientos, me destrozó por completo. Necesitaba un respiro de las interminables muestras de condolencia y los rostros preocupados que me rodeaban, así que me escabullí hasta refugiarme en su despacho.

Una botella de *whisky* me llamó desde el escritorio y no pude resistir la tentación. Me serví un vaso y lo bebí de un trago, sintiendo el ardor del alcohol quemando mi garganta. Repetí la acción una vez más, buscando calmar mis nervios y encontrar un poco de alivio en el licor.

La puerta se abrió con un suave chirrido e Ian entró en silencio. Sin decir una palabra, se acercó a mí y retiró el vaso de mis manos, depositándolo con cuidado a un lado. Y entonces, me rodeó con sus brazos, ofreciéndome su apoyo en medio de mi angustia.

Noté cómo su cuerpo comenzaba a tensarse, así que me separé de él y seguí su mirada hasta posarse en un retrato. En la imagen, Alec y yo sonreíamos en Glasgow. Los empleados habían sacado todos los retratos de Alec de la casa y los habían amontonado allí, fuera de la vista de todos. Casualmente, esta foto quedó encima de todas las demás, como una burla silenciosa.

En un impulso de frustración, cogí el marco y lo aparté con brusquedad, arrancando la foto y

rompiéndola en mil pedazos.

—Venga, no te lo guardes, habla. —Le di un pequeño empujón, intentando que reaccionara. Sabía que no había sacado lo que llevaba dentro.

—No es el momento —murmuró con rabia, sujetando mis muñecas contra su pecho.

—¿Y cuándo lo va a ser? Dímelo, porque tenemos este muro llamado Alexander James entre nosotros.

—¿Qué quieres que diga, Briana? —alzó la voz y se llevó las manos a su cabeza, desesperado.

—¡Joder, lo que sientes!

—Lo que siento es una ira y un dolor que me corroen por dentro cada vez que pienso en que has pasado meses al lado de ese hombre, mientras a mí me apartaste de tu vida. Pero lo que me lastima de verdad no es que te acostaras con él, sino que tengas sentimientos hacia el inglés.

—¡SÍ!, me acosté con él en numerosas ocasiones y ¡SÍ!, disfruté de esos momentos a su lado, pero nunca lo hice por amor —reconocí en un tono más bajo.

—¿Entonces por qué? ¡Dímelo!

—Porque me sentía sola, cargada de dolor por tu pérdida y la de mi padre, y llena de rabia contra ti. Jamás pude avanzar más allá del sexo porque no dejaba de pensar en ti. No concebía compartir mi vida con nadie más.

—Joder, Bri. Nunca me hubiera ido de tu lado si no me hubieras echado.

—Y tú nunca debiste traicionarme ocultándome tus sospechas. Solo te pedí una cosa: que no fueras igual que el resto, que no me mintieras. Y lo hiciste a pesar de que conocías mi historia.

Agachó la cabeza y soltó un suspiro, dejando caer el peso de sus hombros.

—Es mejor que dejemos esta conversación aquí. No nos llevará a ningún lugar. Los errores del pasado siempre nos perseguirán —concluí, caminando hacia la puerta para salir, pensando que todo estaba perdido para nosotros.

Tiró de mi brazo, atrayéndome hacia su cuerpo con un gesto urgente. Nuestros labios se encontraron en un beso apasionado, como si tratáramos de expresar todas las emociones contenidas, todos los deseos y anhelos que habíamos mantenido guardados durante tanto tiempo. Me alzó del suelo, enrosqué mis piernas alrededor de su cintura y me dejé llevar hasta la pared más cercana, mientras nuestros labios permanecían unidos. Nuestras bocas se fusionaron en un beso descontrolado, posesivo, y mis dedos acabaron enredados en sus rizos tirando suavemente de estos. Su boca descendió por mi cuello mordiendo con suavidad mi piel, la sensación era tan placentera como arrolladora.

Unos golpes resonaron en la puerta, interrumpiendo el momento. Ian me dejó en el suelo con suavidad y ambos nos apresuramos a recolocar nuestras ropas, tratando de volver a la normalidad mientras mi respiración aún estaba agitada.

Ian se dirigió hacia la puerta y la abrió, revelando la figura de Catriona acompañada por el hombre desconocido. Su presencia en el despacho me hizo sentir repentinamente avergonzada. Mientras Catriona avanzaba hacia nosotros, me lanzó un rápido guiño cómplice que no hizo más que aumentar mi vergüenza.

—Cielo, quiero presentarte a este caballero, él era amigo de tu padre, el señor Archie McCarthy —anunció mi abogada.

—Mucho gusto, Briana —extendió su mano y correspondí a su saludo, notando la mirada de Ian, quien confirmaba con un gesto afirmativo que se trataba del hombre de la foto que habíamos visto días atrás.

—Un placer, señor McCarthy. Muchas gracias por venir —respondí con cortesía.

—Ian, Briana. Archie, no está aquí solamente para conmemorar a Cameron, sino que ha venido a comunicaros algo importante —explicó Catriona, dejándonos aún más desconcertados.

McCarthy se acercó a la mesa principal y nos miró directamente antes de hablar:

—No hace mucho tiempo, Cameron me vino a buscar, preocupado por las irregularidades en las cuentas de Deerloch y las sospechas sobre la herencia y la muerte de Brodie. Yo solo podía investigar el aspecto financiero, pero el asunto de la herencia está fuera de mi competencia. Por eso lo puse en contacto con Graham Stewart, un abogado destacado en el mundo de las leyes en toda Gran Bretaña.

—¿Por qué mi padre acudió a ti? —interrumpí, buscando comprender mejor la situación.

—Buena pregunta. Trabajo en la Unidad de Delitos Financieros.

—No sé si alegrarme o echar a correr, teniendo en cuenta los últimos movimientos financieros de mi fundación.

—Briana, los delitos de la fundación son insignificantes en comparación con lo que estamos tratando. Tú has sido el detonante, la que provocó que Alexander James cometiera errores y esos fallos nos han dado las pruebas que necesitábamos —explicó con una seriedad que dejó clara la gravedad de la situación.

—Archie, creo que hablo por los dos —intervino Ian—. Cada vez entendemos menos. ¿Puedes ser más claro y conciso?

—Tienes razón, a veces me disperso un poco —añadió rascándose la nuca como gesto reflexivo—. Hace tiempo que investigo ciertos negocios que sirven de fachada para la nobleza británica, desde lujosos hoteles hasta compañías aéreas, casinos, etc. Sabemos que blanquean su dinero a través de otras empresas colaboradoras, como Deerloch.

»Hasta ahora, todo se ha cuidado meticulosamente y cada vez que surgía algún pequeño fallo, lo solucionaban mandando a la quiebra a la empresa asociada. Nunca dejaban rastro. En el *pendrive* y en la tarjeta de teléfono hallamos un nombre: lady Isabella Windsor, dueña de numerosos casinos. Además, encontramos una transferencia apresurada y urgente, ordenada por el señor Alexander James, con destino a Hong Kong a través de un banco británico. Esto nos llevó al segundo nombre: lord Alexander Somerset, dueño de esa misma entidad financiera.

—¿Cómo puede Alec estar involucrado en algo tan grande? —cuestionó Ian, mostrando confusión—. Viene de una familia inglesa de clase media.

—Hijo, el señor James siempre fue el capricho de lady Isabella Windsor, pero sabía que nunca alcanzaría sus metas porque ella lo mantenía en el papel de amante. Hacerse con Deerloch era su mejor baza para alcanzar el poder. Si él manejaba la destilería y la utilizaba para blanquear el dinero de personalidades influyentes, creía que ganaría un lugar entre ellos. Pero estaba muy equivocado; estas personas no aceptan a nadie que no sea de su clase. Endulzan a estos pobres ingenuos con alguna atención, pero cuando dejan de ser útiles, se deshacen de ellos y de sus empresas.

—¿Cómo averiguasteis la relación entre Alexander y lady Isabella? —preguntó Ian con perspicacia.

—Guardó registros de llamadas, mensajes, imágenes y vídeos a lo largo de años. Creemos que utilizó este material para chantajearla y poder meterse en su mundo.

—Esto es una locura y una maldita pesadilla que no se acaba jamás. ¿Por qué narices estoy yo metida en todo esto? Si solo soy una simple trabajadora social —me lamenté, frotándome el rostro con desesperación.

—Briana, siento mucho lo que te está pasando, pero ahora tu papel es crucial en este caso. Vas a tener que colaborar con nosotros.

—¡No! —gritó Ian—. No la vais a exponer, ese hombre está obsesionado con ella, no sabemos lo que puede hacer —exclamó molesto, temiendo que Alec tomara represalias contra mí.

—Lo siento, muchacho, pero no tenemos alternativa. Su firma está en los documentos, consta que cometió fraude fiscal. Y la única manera de limpiar su nombre es colaborar con la policía y obtener una confesión del señor James.

—Archie, nuestros padres eran tus amigos, ellos jamás aceptarían esto que quieres hacer. A Cameron le dolería que utilizaras a su hija para llevarte una medallita como policía —lo acusó con rencor.

—Me duele que pienses tan mal de mí. Solo os estoy ayudando, aunque no lo creas.

—¿Tu ayuda es exponiéndola a que la maten? Porque déjame decirte que no tengo duda alguna de que mi padre fue asesinado y que Cameron también sufrió el mismo final —dijo Ian, dándole voz a algo que había estado cavilando durante mucho tiempo.

—Ian, ¿qué estás diciendo? —Lo miré con terror.

—Bri, no puedo demostrarlo, pero creo que Alexander y Grace orquestaron la muerte de mi padre, y pienso que tu padre está muerto, no por la caída desde los acantilados, sino que lo mataron —explicó su teoría y yo negué con rotundidad—. Ese hombre no tiene límites, recuerda que incendiaron la casa de Catriona con ella dentro cuando se estaba duchando. Y sabes tan bien como yo que solo había una persona interesada en borrar su rastro.

Negué con la cabeza en un gesto repetitivo. Mis ojos buscaron los de Archie, y este me miró con pena antes de hablar.

—Ian, no te voy a negar que comparto tus teorías. Por eso están investigando las dos muertes: la de Brodie ha pasado mucho tiempo para conseguir pruebas y no hay testigos, y la de Cameron está llena de interrogantes. Sea como sea, no descansaré hasta saber la verdad. Eran mis amigos y se lo debo a ellos y a vosotros, que sois sus hijos.

—Archie, ¿qué esperas de mí? ¿Qué quieres que haga? —pregunté, decidida a aceptar su petición.

—Bri, no lo hagas, por favor —suplicó Ian, sujetándome por las manos.

—No tengo otra alternativa. Si no lo hago, nunca podremos ser libres. Y yo, Ian MacDonald, no me voy a rendir ahora que me he convertido en tu esposa —añadí con una pequeña broma que lo hizo sonreír para quitarle tensión al asunto.

—Briana, mañana viajarás conmigo a Edimburgo. Te tenemos que tomar declaración y explicarte el proceso. Hasta que detengamos a Alexander James, estarás bajo nuestra protección y órdenes. No puedes ponerte en contacto con nadie, en especial con Ian. Las emociones te pueden traicionar y tu mente tiene que estar más fría que nunca. Si haces lo que te decimos, todo saldrá bien —declaró con confianza—. Bueno, chicos, me despido. Tengo que organizarlo todo para el viaje. —Colocó sus manos en nuestros hombros en un gesto de afecto antes de abandonar la sala.

Los tres nos miramos en silencio, dejándonos caer en los diferentes asientos del despacho.

Capítulo 54

Cuando salí de la ducha, encontré a Ian en la misma posición, con la cabeza entre sus brazos. Verlo así, derrotado y agotado, me partía el alma. Ni siquiera el colorido apartamento de J. J. podía transmitir algo de calidez en ese momento. Le indiqué que pasara al baño; quizás el agua caliente pudiera reconfortarlo un poco. Mientras tanto, me vestí con la ropa que me habían prestado Yani y Paige.

Después, preparé dos tés bien calientes, con una nube de leche, y los dejé en la mesita morada junto a las llaves de la casa de Waternish. Sentí que era el momento de devolver ese lugar a su legítimo dueño. Cuando Ian salió del baño, iba paseando con una toalla que apenas cubría su trabajado torso y unos oblicuos a medio descubrir. Las gotas de agua se deslizaban por sus rizos, encontrando su destino en su pecho y hombros. Tuve que menear la cabeza dos veces para despejar esa imagen de mi mente.

Cuando finalmente entró en la habitación, respiré aliviada y di un trago apresurado al té, quemándome en el proceso.

—Gracias —susurró con la mirada entristecida, sentándose a mi lado y sujetando la taza de té. Pero sus ojos de repente se desviaron hacia las llaves, al instante me miró con una expresión confundida, frunciendo el ceño.

Sonreí abiertamente, tomé las llaves, extendí la palma de su mano y las coloqué allí antes de cerrar su puño.

—Sí, Ian, son las llaves de Waternish. Cuando la pusiste en venta, la compré. Ese lugar siempre fue tu hogar, y no iba a permitir que otras personas se quedaran con él —aclaré, envolviendo su puño con mi mano.

—Bri, no quiero que hagas esto porque te sientes en deuda por lo de la venta de la destilería. No solo lo hice por ti, también por todas esas mujeres que contaban con un hogar y que no lo van a tener por culpa de la ambición de una persona.

—Esto no lo hago por agradecimiento, sino porque lo siento. Esa casa siempre fue tu refugio, y deseo que siga siendo así.

—No sé qué decir, no me esperaba todo esto —murmuró con emoción—. Dime, ¿has estado ahí?

—No podía entrar. Para mí era muy doloroso. Aquel lugar representaba la felicidad que había perdido; te representaba a ti. Así que, como una cobarde, evité enfrentarme a mis sentimientos. Mary Gregor la cuidó como siempre. Hasta que un día, cuando la policía dio a mi padre por muerto, me escapé y me enfrenté a mis demonios, algo que tenía que haber hecho mucho antes.

»Lo que iba a ser un día pasó a convertirse en una semana, y sentí cómo poco a poco aquel lugar se convertía en un bálsamo para mis heridas. Me llevé una bicicleta y todos los días montaba en ella. A continuación, paseaba hasta el faro y mojaba los pies en nuestra cala. Sentir las caricias del mar en mi piel y el olor a salitre me recordaban a ti. Intenté varias veces ver las auroras boreales, pero parecía que no querían iluminar mis noches. Después, antes de acostarme,

bebía tu *whisky* y me dormía en el sofá. Dormir en esa cama sin ti era demasiado doloroso.

Sin decir nada, cogió su móvil y lo revisó rápidamente. Acto seguido, sin más preámbulos, me dijo:

—Abrígate bien, nos vamos.

—¿A dónde? —pregunté, intrigada.

—No preguntes. Nos vemos en el coche. Tengo que ir a coger unas cosas al *pub* —concluyó, calzándose rápidamente y tomando una sudadera, una chaqueta de abrigo y un gorro antes de salir.

Íbamos en silencio en el coche, pero tanto mi rostro como el de Ian habían cambiado significativamente con esa escapada. Apenas podíamos ocultar una sonrisa de oreja a oreja. Estaba nerviosa, como en los primeros días que estuvimos juntos. Mis manos se frotaban entre sí, intentando calmar mis nervios. Ian pareció darse cuenta y rápidamente su mano acabó reposando sobre las mías. En un gesto casi distraído, nuestros dedos comenzaron a jugar entre sí, rozándose y acariciándose mientras nos mirábamos y nos sonreíamos cómplices.

Cuando vi el cartel de Waternish, lo miré con asombro, pero él mantuvo su mirada fija, apretando los labios para ocultar su sonrisa. Sin embargo, mi sorpresa aumentó cuando pasamos de largo la casa y vi la añoranza en los ojos de Ian. Se detuvo junto al faro.

—Vamos, hemos llegado —anunció mientras abría el maletero desde dentro. Bajó del coche, cogió algunos bártulos y al instante caminamos hacia el faro.

Sacó un despliegue de cosas: dos sacos, una pequeña luz, un termo con bebida que imaginé que sería té, y comida. Supuse que lo había recogido todo en el *pub*.

—Ian, ¿qué hacemos aquí?

—Vinimos a que veas las auroras. Esta noche el cielo se iluminará —respondió con una sonrisa.

—Permíteme que lo dude. Miraba la aplicación antes de venir y nunca acertaba.

—Hoy será diferente. El cielo se iluminará solo para nosotros. Debemos ser pacientes. Mientras tanto, podemos comer y beber.

—¿Qué te parece si charlamos? Es algo que debemos hacer.

—Ese pasatiempo no me divierte mucho, pero adelante —concedió no muy conforme.

—Ian, me dejaste a medias con el tema de la casa. No tienes por qué estar viviendo en el apartamento de J. J. Tienes un hogar —insistí con vehemencia.

—Bri, esa casa no es mi hogar, es nuestro hogar, y no voy a vivir en él sin ti. Cuando regreses de Edimburgo, juntos abriremos esa puerta y cruzaremos el umbral hacia nuestra felicidad.

—¿Cómo? —exclamé, y me giré para mirarlo—. ¿Estás hablando de un futuro juntos?

—Claro, es lo que suelen hacer los matrimonios —añadió divertido, recibiendo un codazo de mi parte—. ¡Auu! Estás fuerte —protestó, pero también le causó gracia.

—Ian, estoy hablando en serio. ¿Crees que podemos olvidar el pasado y comenzar de nuevo?

Se volvió hacia mí, sujetó mi rostro entre sus manos y lo acarició con ternura antes de hablar:

—*Mo chridhe*, yo me equivoqué al dejar que mis miedos y mi pasado se interpusieran entre nosotros, y tú también te equivocaste al dejarte llevar por la rabia y el dolor. Ambos hemos sido víctimas de otras personas que intentaron controlarnos como marionetas, pero hay algo con lo que no pudieron y fue con nuestro amor. Y si de verdad quieres saber si podemos empezar de cero, te diré que no, no quiero, no deseo olvidarme de cada momento a tu lado, ambiciono que nuestra historia continúe donde se quedó, pero esta vez, seguros y conscientes de que siempre hemos sido tú y yo.

Las lágrimas no dejaban de brotar de mis ojos. Ian era como un limpiaparabrisas con sus

pulgares, intentando no dejar rastro. Pero de golpe se detuvo y sus ojos se desviaron al cielo.

—*Mo ghràdh,* el cielo se está iluminando para nosotros —anunció con una sonrisa, señalando el firmamento con su dedo.

Alcé la mirada y, sobre mi cabeza, las auroras boreales adornaban la noche con su danza de luces verdes, azules y púrpuras, creando un espectáculo celestial que me dejaba maravillada.

Mis ojos quedaron atrapados en la danza de colores que pintaban el cielo nocturno mientras nos encontrábamos en aquel rincón apartado de Escocia. Fue entonces cuando mi atención se desvió hacia Ian, quien estaba sentado en silencio sobre sus talones, con una expresión serena y una cajita entre sus manos.

Intrigada, desvié mi mirada hacia la pequeña caja y vi cómo Ian la abría cuidadosamente. En su interior descansaba un colgante de plata, adornado con una intrincada runa celta y el distintivo símbolo del clan MacDonald. Mis dedos se deslizaron sobre el grabado, sintiendo la textura de la pieza y leyendo las palabras en la parte posterior: *Alba gu bràt.* «Escocia para siempre».

Movida por la emoción, me coloqué frente a él, adoptando su postura y quedándonos cara a cara. Fue en ese momento cuando sus labios se separaron para pronunciar algo que me tomó completamente por sorpresa.

—Briana, cuando regreses ¿te gustaría celebrar nuestro enlace real? Esta vez, siendo libres para manifestar nuestro amor y rodeados de las personas que nos quieren.

—¡Claro que sí! Gritaría una y mil veces al universo cuánto te quiero —respondí emocionada. Su rostro se iluminó con una sonrisa radiante mientras tomaba el colgante. Yo mantenía mi cabello hacia atrás, y él lo colocó con delicadeza alrededor de mi cuello.

Sonriendo, nos acercamos el uno al otro, con nuestras miradas llenas de complicidad y amor. En un instante, nuestros labios se unieron en un beso tierno y cargado de sentimiento.

—Creo que nuestro comienzo no fue fácil, bastante accidentado de hecho, pero… por algo el destino quería que nos conociéramos de esa forma —hablé con convicción, sintiéndome libre por primera vez del peso del pasado.

—La mayor parte de nuestros problemas fueron por terceras personas o por la mochila que llevábamos encima. Pero cuando recuerdo mis momentos a solas contigo fueron felices, me sentía en paz y pleno. Que esta propuesta sea una oportunidad para poder empezar de verdad nuestra historia de amor, sin mochilas. Ahora sí, al fin vamos a ser tú y yo decididos a ser felices.

—No sé si te das cuenta de que esto es una locura.

—La única locura es vivir lejos de ti, no quiero volverme a separar nunca más. *Tha gaol agam ort.*

—Yo también te amo —afirmé besándolo.

Esa noche, en medio de la naturaleza, experimentamos un momento mágico y especial. Juntos, nos acurrucamos en el mismo saco de dormir, abrazados mientras contemplábamos el hermoso espectáculo en el cielo.

Entre susurros y risas suaves, hablamos de nuestros sueños mientras la noche avanzaba lentamente. Sentía el latido de su corazón junto al mío, y en ese momento supe que tenía todo lo que necesitaba para afrontar lo que se avecinaba.

Capítulo 55

Durante la primera semana en Edimburgo, pasé la mayor parte del tiempo rodeada de un grupo de personas que me preparaban meticulosamente para ese momento crucial. Rara vez salía del apartamento y, cuando lo hacía, siempre era escoltada. Sin embargo, esas pequeñas escapadas eran las que me daban la vida. Caminar por las calles empedradas de la ciudad, impregnadas de una magia especial, me transportaba a momentos de felicidad con mis amigos e Ian.

A menudo, me encontraba tentada de llamar a Ian, pero la certeza de que mi teléfono estaba intervenido me frenaba. Según Archie, el momento de enfrentarme cara a cara con Alec estaba cada vez más cerca, y sabía que solo tenía una oportunidad para hacer que confesara. La idea me aterraba, ¿sería capaz de hacerlo? Mi vida pendía de un hilo.

Cada vez que mi teléfono sonaba, mi piel se erizaba por la ansiedad. Sabía que solo podía ser él. Sus mensajes eran como montañas rusas emocionales: en unos me juraba amor, en otros me amenazaba, y posteriormente venía el perdón. Pero lo peor eran los audios que llegaban, relatando momentos íntimos que se habían vuelto públicos. Me avergonzaba profundamente, pero quizás ese era el precio que tenía que pagar por mis errores.

Aquella misma tarde marcó el inicio de la segunda fase del plan. Con un nudo en el estómago, comencé a responder los mensajes de Alec, esta vez con un enfado simulado, insistiéndole en que me dejara en paz y asegurándole que no había vuelta atrás. Sus respuestas estaban llenas de ira, pero lo que realmente lo sacaba de quicio era cuando apagaba mi teléfono. Cada vez que lo volvía a encender, la situación empeoraba aún más.

Al día siguiente, los policías me aconsejaron que moderara mis respuestas, fingiendo estar afligida y herida. Querían que Alec creyera que sentía amor por él. El tercer día fue crucial. Me pidieron que contestara su llamada y, con habilidad, logré que descubriera mi supuesto paradero durante una acalorada discusión.

El cuarto día, seguí las instrucciones de la policía y caminé por la llamativa calle de Victoria Street hasta llegar a la panadería *Bobby's Bakery*. Allí, uno de los agentes me indicó discretamente que Alec me estaba siguiendo. Sin perder la compostura, compré el pan y me dirigí al mercado. En una de las callejuelas, entré en el edificio donde se suponía que todo estaba preparado.

Mis piernas temblaban mientras subía las escaleras hacia el apartamento. Aunque ya había hecho ese recorrido el día anterior, esta vez todo era diferente. Las llaves me resbalaron de las manos cuando escuché unos pasos acercándose. Desesperada por abrir la puerta, finalmente lo logré justo a tiempo. La conversación debía tener lugar dentro del piso; si me pillaba en el descansillo, todo estaría perdido. Entré, con él siguiéndome de cerca, cerrando la puerta con el pasador. Caminé hacia atrás, nerviosa, llevándolo hacia la sala, como me habían instruido.

—Briana, mi amor —dijo, se aproximó a mí e instintivamente retrocedí hasta quedar pegada a la ventana—, te he buscado desesperadamente, creí volverme loco. —Con un gesto nervioso, sus dedos revolvieron su cabello, mientras yo lo observaba asustada y llena de ira—. No vuelvas a

hacer esto, tú no te puedes separar de mí —añadió acariciando mi rostro, y mi respiración se tornó agitada, sentir sus manos rozándome hizo que perdiera el control.

—¡No me toques! —Lo empujé furiosa, apartándome de él con brusquedad—. ¡Te odio! No soporto tu presencia —vociferé, sintiendo cómo mis palabras escapaban de mi control, sabiendo que me estaba desviando del plan trazado.

—Eso no es cierto, mi amor. Todo lo que hice fue por nosotros, para protegerte, para cuidarnos de todos aquellos que querían separarnos —respondió él con voz suave, intentando calmarme.

—¡Estás loco! —grité, sintiendo cómo perdía el control de la situación.

Respiré profundamente dos veces, recordando el plan establecido. Tenía que hacerlo confesar. Así que cerré los ojos por un momento, recobrando la compostura, y me volteé para mirarlo antes de hablar:

—Alec, tú no sabes lo que es el amor. Crees que me amas, pero no es así. Si tus sentimientos fueran sinceros, jamás me habrías involucrado en tus negocios fraudulentos. Dime, ¿por qué lo hiciste? ¿Por qué me engañaste para firmar esos documentos? Me has condenado.

Esperé en silencio, con el corazón acelerado, pero él no contestaba. La ausencia de respuesta me llenó de temor; ¿habría comenzado a sospechar del plan? Su prudencia me inquietaba, sobre todo porque en la mansión, durante nuestra acalorada discusión, había reconocido abiertamente el motivo por el que lo hizo. ¿Por qué ahora se mostraba tan cauto?

Necesitaba provocarlo, hacer que estallara y soltara toda la verdad. Entonces, como un destello repentino, una idea surgió en mi mente.

—Para mí, ya todo está acabado. En cualquier momento, la policía vendrá a detenerme por algo que no hice. Lo has destrozado todo, Alec. La empresa, mi vida y, sin que te dieras cuenta, hasta un «nosotros». No se puede construir una relación a base de mentiras y engaños.

—Yo no te he engañado. Siempre he sido sincero con mis sentimientos. Jamás he amado a otra mujer como te amo a ti —explicó, acariciando suavemente mi rostro.

Estaba nerviosa, cada fibra de mi ser temblaba como un flan. Lo que estaba a punto de hacer no entraba dentro de las opciones que me había dado la policía, pero la desesperación me impulsaba a abrir una caja de Pandora. Con temblores en las manos, coloqué con disimulo mis dedos sobre el colgante que Ian me había regalado, oculto bajo mi camiseta. En ese gesto, intenté encontrar la fuerza que necesitaba para lo que estaba por venir.

—Mientras tú me has condenado a años de cárcel, yo te he salvado de ella —dije con la mirada perdida.

—¿Qué quieres decir? —analizó confuso y expectante, tratando de descifrar el significado de mis palabras.

—El incendio que provocaste en casa de Catriona, que casi estuvo a punto de matarla, fue innecesario. —Levanté la mano para silenciarlo al ver cómo se preparaba para interrumpirme—. No lo niegues, por favor. Sé por qué lo hiciste, por un *pendrive* —le informé, observando cómo sus ojos se abrían de par en par ante la revelación—. Fui yo quien lo encontró y no sé por qué maldita razón se lo oculté a Ian y a Cat.

—¿Hiciste eso, mi amor? —Buscó acariciarme de nuevo, pero me aparté, rechazando su contacto.

—Cuando estuve sola, vi el contenido que había en su interior. A decir verdad, no sé si había algo allí dentro que me exculpara de los delitos que cometiste tú, pero nunca lo sabré. Ver que eras el amante de esa mujer de la aristocracia, que podría ser tu madre, me enloqueció. En un arranque de furia, lo destrocé y lo tiré al fuego. Pensar que te acostabas conmigo y con ella a la

vez fue lo que más me dolió de todo.

—No, Briana, cuando te conocí, entre ella y yo ya no había una relación sentimental, solo laboral.

—¿Sabes qué? No te creo —fingí indignación—. Me das mucho asco.

—Estás celosa, porque tú aún me quieres y no puedes soportar que me acerque a otra mujer.

—No es cierto.

—Entonces, ¿por qué te pones tan nerviosa cuando estamos solos? —tanteó, y me atrajo hacia él lentamente, tirando de mi cintura—. Mira, mira cómo tiemblas cuando estás conmigo.

—Vete, por favor. Esto es un error, un terrible error.

—Esto es un sentimiento hermoso, algo que los dos compartimos y por lo que vale la pena luchar. Si tú me lo pides, lo dejaré todo —declaró con sinceridad.

—Es cierto, Alec. Ya no puedo más con esto que siento. Creo que yo… yo… —Intentaba obligarme a decir esas dos palabras, «te amo», pero se atascaban en mi garganta. Esa frase podía ser la clave para cambiarlo todo, pero por más que lo intentaba, no lograba pronunciarlas.

Hambriento tiró de mi cintura y sujetó con fuerza mi mandíbula para pegar mi boca a la suya. Separó mis labios con su lengua y antes de que se uniera a la mía rompí ese contacto. No podía soportarlo más; mi capacidad de actuar había alcanzado su límite.

—Briana, ya no puedo estar más tiempo sin ti, mi amor, por favor, no me rechaces —susurró, acariciando mis labios con ternura.

—Ni yo tampoco. Me sentí terrible al verte con ella —mentí, sintiendo un nudo en la garganta.

—Para mí también fue un tormento, no poder estar contigo, acariciarte, besarte, decirte cuánto te amo —confesó, abrazándome con fuerza.

En ese instante, supe que había llegado el momento de actuar; era ahora o nunca. Otro gesto más de cercanía y no podría resistirlo.

—Alec, quisiera poder creerte, pero las imágenes de esa mujer siguen rondando mi mente. Siento que a tu lado todo es una mentira. ¿Cómo podría comenzar una vida contigo si no confío en ti? —le cuestioné, y me separé de él, buscando una reacción.

—Tienes razón —dijo, tomando mis manos entre las suyas—. Mi amor por ti es inmenso, pero el miedo a perderte me llevó a engañarte, a hacerte firmar esos documentos de donación. Temía que si MacDonald regresaba te perdería de nuevo.

—¿Por qué te involucraste en todo esto? ¿No te bastaba con Deerloch? —pregunté, observándolo con expectación. Luego, decidí disimular—. No importa, no necesito respuestas. Nunca llegaré a conocer al verdadero Alexander James.

—Cariño, cuando conocí a Isabella, me adentré en un mundo que me fascinó. Quería formar parte de él, y más después de todo lo que pasé soportando los caprichos de esa mujer… —espetó con desprecio—. Para eso necesitaba controlar Deerloch, era mi billete hacia la cima.

—¿Y cuál es esa cima? —insistí, sintiéndome asqueada.

—El poder absoluto —respondió con un brillo en los ojos—. Aunque MacDonald casi lo arruina todo con su llegada, aún estamos a tiempo de llegar a lo más alto, Briana. Imagina la vida que podríamos tener juntos, siendo los únicos dueños de todo.

—¿Me estás sugiriendo que continuemos usando Deerloch y Fairyloch para blanquear dinero? Es demasiado arriesgado. Además, ¿cómo pretendes que Ian venda su parte?

—Briana, un selecto grupo muy poderoso está detrás de todo esto. Podemos ser parte de su organización, pero debemos escalar un poco más. Hasta ahora, he manejado las cuentas y tu padre no se dio cuenta de muchos de nuestros movimientos. Nadie lo sabrá, solo nosotros.

Respecto a la participación de MacDonald, podrías hacerte con ella casándote con él. Y después ya veremos cómo lo sacamos de nuestras vidas.

Escuchar aquello me provocó una arcada. ¿Era producto de mi imaginación o realmente estaba hablando de matarlo? Sentí su mano en mi hombro, pero la aparté con brusquedad, y lo miré con los ojos llenos de lágrimas. Detrás de él, vi entrar a los policías, y una risa histérica se apoderó de mí.

—Llegas tarde, Alexander James —anuncié, sacando mi colgante donde claramente se veía el escudo del clan de Ian. Sus ojos se abrieron como platos y su mirada se clavó en la mía—. Ahora soy la señora MacDonald.

Estaba a punto de atacarme para arrancarme la pieza de mi cuello, pero la policía lo retuvo. Le colocaron unas esposas, mientras le leían sus derechos, y sus ojos se llenaron de lágrimas, me miró con decepción, revolviéndose.

—¡Soltadme! ¡Quiero hablar con ella! —vociferó fuera de sí.

Mis ojos se cruzaron con los de Archie, y este asintió como confirmando que había cumplido con mi parte. Entonces, me atreví a hacer una petición. Tenía que hacerlo, o nunca podría liberarme de la sombra de Alec.

—Por favor, dejadme hablar a solas con él —supliqué. No muy conforme, Archie aceptó y dejó la puerta de la sala abierta, dándonos un poco de espacio, pero obligándonos a sentarnos uno enfrente del otro, con cierta distancia.

—Sé que, a pesar de todo lo que hiciste, me sigues amando —recalcó con los ojos vidriosos y la voz rota, intentando sujetar mis manos por encima de la mesa.

—Estos días estuve valorando todo lo que ha pasado en mi vida. Tú has sido un hombre importante, porque marcaste cada paso, cambiando su rumbo para siempre —le expliqué, y una lágrima se escapó por mi rostro mientras lo decía.

—Briana, no lo niegues más. Tú me amas.

—Hubo un momento en que llegué a creerlo, pero pronto me di cuenta de que era la gran soledad que sentía la que me hizo aferrarme a ti. Y después se transformó en un deseo prohibido.

—Tú me deseas porque me amas igual que yo a ti.

—¡No! Yo me acerqué a ti en los momentos en los que estaba más vulnerable, buscando consuelo y apoyo. Pero tú, en lugar de cuidarme y aconsejarme, te dedicaste a seducirme y a confundirme. Me hiciste pensar lo peor de Ian. Tú llegaste a hacerme creer que eras la luz que necesitaba cuando mi mundo se desmoronaba al estar separada de él.

—No me menciones a ese imbécil —se incorporó, tirando la silla.

—Ese imbécil, como tú lo llamas, es un hombre con principios. Es bueno y digno, y él sí me ama de verdad, priorizándome a mí antes que a sí mismo.

—¡Nadie te ama como yo! —gritó, intentando agarrarme del brazo.

—¡Mentira! Tú siempre pensaste en ti antes que en mí o que en Amber. Pero ¿sabes una cosa? Salgo más reforzada de todo esto. Ahora sé que nadie puede basar su felicidad en quitarle la suya a otra persona. Como en la ópera que tanto te gusta y que me llevaste a ver en Glasgow, *La Rosa de Turaida*.

—Briana, por favor, lo nuestro…

—¿Qué nuestro? Nunca existió un «nosotros». Solo he pedido hablar contigo para decirte que no te amo y que nunca te he amado. Nos hicimos demasiado daño y lo peor de todo es que también lastimamos a los demás.

—Mi amor… —murmuró, intentando acariciar mi cara, pero lo detuve con un manotazo.

—¡Basta! Acepta con dignidad lo que hiciste y cumple con tu castigo. Y yo tendré que vivir

ahí afuera con mis remordimientos. Hasta nunca, Alec —dije antes de salir de la sala.

—¡Briana! ¡Briana! No te vayas. ¿Qué voy a hacer sin ti? —gritó entre sollozos.

Capítulo 56

En el asiento de atrás del vehículo de J. J., escuchaba con atención mientras él narraba con entusiasmo cómo era su vida ahora que vivía de gira con su novio. Con el sonido de su risa como telón de fondo y mis ojos perdidos en las montañas, mi mente revivió lo duro que había sido mi último mes.

Después de que detuvieran a Alec, tuve que permanecer unos días más en Edimburgo. Archie consideró que después de lo que habían exigido de mí, era bueno que asistiera a una pequeña terapia. Aunque no creía mucho en esas cosas, me sirvió para quitarme esa horrible sensación de culpa que me perseguía. Durante ese tiempo estuve sola, solo hablaba con los chicos y con Ian por teléfono y videollamada. Era increíble cómo una ciudad como Edimburgo se había convertido en mi refugio.

Un día nos citaron a todos los relacionados con la empresa para declarar, y ahí fue la primera vez que Ian y yo nos volvimos a encontrar. En ese instante supimos que no queríamos separarnos nunca más y me pidió que nos casáramos inmediatamente, comenzando una nueva vida juntos. Como ya éramos pareja por lo civil, propuso que hiciéramos una ceremonia pagana dirigida por un druida. Me pareció una idea preciosa. Ian partió hacia Skye para prepararlo todo, quería que fuera una sorpresa, y yo me quedé con Catriona. Al día siguiente, nos acompañaron Paige y Yani, y todas buscamos los modelos para el evento. Ellas iban con vestidos celtas y sus respectivas túnicas: verde el de Paige, azul el de Catriona y rosa el de Yani. El mío era de dos piezas, la falda blanca de una tela tan suave y fluida como la seda, con adornos de color malva. El corpiño que lo acompañaba también era blanco y estaba decorado con pequeños encajes del mismo color que los detalles de la falda. Sobre mi cabeza lucía el cabello trenzado con flores como margaritas, lavanda, brezo o flores de saúco, que simbolizaban la fertilidad, la pureza y la conexión con la tierra.

Cuando el coche se detuvo, supe al instante dónde estábamos: Fairy Glen. Este lugar había sido muy especial para mis padres, y ahora también formaría parte de mi vida. Desde el primer momento, tuve una sensación mágica que me envolvía, haciéndome sentir su presencia cerca, como si me abrazaran con cada brisa que soplaba. Los tímidos rayos de sol se reflejaban en las gotas de rocío sobre la hierba, bendiciendo nuestra unión con una luz suave que impregnaba todo de una belleza y color indescriptibles.

Ian abrió la puerta del coche y me ofreció su mano para ayudarme a salir. Estaba imponente, luciendo un *kilt* con los colores de su clan. Cuando besó mi mejilla, sus ojos reflejaban una profunda emoción. Nos quedamos allí, en un silencio cargado de significado, mirándonos fijamente, atrapados en un momento donde no eran necesarias las palabras para expresar el amor que sentíamos.

El suave murmullo del arroyo se mezclaba con el latido de nuestros corazones mientras caminábamos con sonrisas radiantes hacia el altar de piedra cubierto de musgo verde, rodeado de círculos de pequeñas piedras. El paisaje era un verdadero cuento de hadas: pequeñas colinas

redondeadas, algunas con cimas puntiagudas y rocas erosionadas que parecían esculpidas por seres mágicos, creaban una atmósfera encantada. Al llegar al altar, el «supuesto» druida nos recibió con una reverencia, añadiendo un toque de misticismo al momento.

—Ian y Briana, habéis venido aquí hoy para unir vuestras vidas en amor y armonía —declaró con solemnidad.

Ian tomó mi mano con ternura y con su mirada cargada de amor buscó la mía.

—Eres mi luz en la oscuridad, mi compañera en la aventura de la vida —declaró emocionado.

Una sonrisa se extendió por mis labios mientras respondía:

—Y tú eres mi hogar, mi faro seguro en medio del mar. Contigo, sé que siempre estaré en casa.

El druida asintió con aprobación y procedió con el ritual de unión de manos. Con una cuerda trenzada, nos juntó las manos, atándolas y creando un lazo que simbolizaba nuestra unión eterna.

—Que este lazo sea un recordatorio de la fuerza de vuestro amor, que os guíe en los buenos tiempos y en los desafíos que afrontaréis juntos —dijo solemnemente.

Mientras el druida pronunciaba las palabras de bendición, nuestros ojos se encontraron con una intensidad que parecía traspasar cualquier barrera. Ian tomó mi rostro entre sus manos con ternura, acercándose lentamente hasta que nuestros labios estuvieron a punto de tocarse.

Sentí su aliento cálido rozar mi piel, enviando escalofríos por todo mi cuerpo. Y entonces, en un instante cargado de emoción y anhelo, nuestros labios finalmente se fundieron en un beso lleno de pasión y amor.

Sus labios suaves y cálidos envolvían los míos, prolongando el beso, hasta que nuestras lenguas se encontraron en un abrazo invisible, celebrando nuestra dicha.

Y cuando finalmente nos separamos, el mundo recobró vida nuevamente, el sonido alegre de las gaitas reinó en el ambiente junto a los aplausos entusiastas de nuestros amigos y seres queridos, celebrando la unión en ese lugar mágico protegido por las hadas que habitaban en él.

La celebración del evento la llevamos a cabo en el *pub*, que se cerró en exclusividad para nosotros. El tiempo no era bueno y el frío apremiaba para hacerla en el interior. Y cuando se trató de elegir un lugar, no dudamos ni un instante: aquel sitio tenía los mejores recuerdos para nosotros. Todo había comenzado allí, cuando yo trabajaba en mis noches como camarera, nuestros primeros acercamientos y hasta nuestro primer beso.

Disfrutamos mucho; todos nuestros amigos nos acompañaban, además de mi tío Thomas, algunos vecinos, Archie McCarthy y Graham Stewart, con quien estábamos en negociaciones para que trabajara en exclusividad para Deerloch, como mano derecha de Ian. Graham se hacía el duro, porque llevaba demasiados años en los juzgados, pero, en el fondo, estaba cansado de tanto pelear y buscaba una vida un poco más calmada. Y, a decir verdad, yo creía que la presencia de mi abogada, que no pasaba desapercibida para él, haría que su decisión se decantara hacia una vida en Skye.

Después de bailar y cantar parte de la noche, gracias a Magnus, la pareja de J. J. que amenizó la celebración con su música, Ian y yo nos escabullimos deseosos de estar solos y juntos después de tanto tiempo separados. Cogimos el coche entre risas y bromas y nos dirigimos a nuestra casa, porque, sí, Waternish siempre fue nuestro hogar.

Me abrió la puerta e hice un gesto bromista con la cabeza. No tardó en alzarme del suelo para sujetarme entre sus brazos antes de entrar. Me encantaba recostarme en su pecho; no había un lugar mejor en el mundo.

Todo estaba perfecto, sin adornos extra, con una iluminación tenue solamente y las chimeneas encendidas. Caminó conmigo hasta el cuarto y en silencio me puso de pie. Se colocó detrás de

mí y deshizo los lazos de mi corpiño con delicadeza, haciendo que la prenda se aflojara por completo. La sacó por mi cabeza con un gesto suave y reverente, como si desvelara un tesoro. Continuó con mi falda, deslizando con cuidado la cremallera hasta que esta cayó a plomo encima de mis pies, liberando mi figura.

Se paró enfrente de mí y observó mi cuerpo con detalle, extendió sus manos para retirar cada una de las flores que adornaban mi cabello. Algunas caían al suelo, mientras otras se posaban con delicadeza sobre mi cuerpo. Y finalmente deshizo mi cabello trenzado con manos expertas, liberando las ondas rojizas para que cayeran libremente por mis hombros, como cascadas que se extendían sobre mis pechos.

Lentamente, alcé mis manos y tomé su rostro, me puse de puntillas y lo besé con un sentimiento abrumador. Sentí que se estremecía, al igual que yo.

Me aparté un poco y, con sus ojos cargados de deseo puestos en mí, extendí mis brazos y alcancé su camisa, con lentitud mientras dejaba surcos de caricias sobre su piel, me deshice de la prenda. Con su pecho descubierto, dio un paso hacia mí, sus manos tomaron el borde de mi braguita y con una caricia que quemaba mi piel me despojó de ella. Sus ojos me volvieron a observar esta vez deteniéndose más tiempo de lo esperado en mis generosos pechos y, con su mirada cargada de deseo, atrapó mi boca de un modo exigente. En ese instante ambos perdimos el control. Habíamos estado tanto tiempo separados, que la necesidad por sentirnos de nuevo apremiaba. Me deshice de su *kilt,* junto con sus calzoncillos —porque, sí, los escoceses llevan ropa interior debajo del *kilt*, al menos eso hacía Ian, y no podía evitar preguntarme si alguna vez había roto esa tradición—, mientras nuestras lenguas no dejaban de danzar juntas. Me alzó del suelo sin romper en ningún momento el contacto y caminó conmigo enroscada en su cuerpo. Dejó que cayéramos suavemente sobre la cama, perfectamente encajados, como si fuéramos dos piezas que se forjaron para quedar unidas. El peso de su cuerpo sobre el mío me agradaba. Sentir que mis piernas lo envolvían, como si fuera mi presa me hacía sentir poderosa. Sujetó mis manos y las elevó por encima de mi cabeza, envueltas por las suyas, bajó su boca hacia mis pechos dejando una leve caricia con su aliento y se deleitó con mis erguidos pezones, que llevaban rato clamando ser atendidos. Mi cuerpo respondió instintivamente a su contacto, me retorcí, arqueando mi espalda, y con ese pequeño movimiento su miembro quedó justo en mi entrada. Sus ojos de color miel buscaron los míos, ambos estábamos jadeantes, deseosos, y sin romper el contacto en ningún momento, con nuestras manos unidas por encima de mi cabeza, se introdujo con firmeza en mi humedad. Me embistió una y otra vez, con movimientos secos y profundos sin dejar en ningún momento de mirarme. Subió mis piernas, acariciándolas con suavidad, mientras sus movimientos se volvieron más frenéticos. Aquel contraste de sensaciones me provocó el primer orgasmo de la noche. Los espasmos, aún estaban recorriendo mi cuerpo cuando sentí cómo, con una agilidad sorprendente, me volteaba, dejando mi pecho pegado al colchón. Recostado sobre mi espalda, me embistió de nuevo, continuando donde lo había dejado momentos antes. Volverlo a sentir en mi interior, despertó en mí otra vez el deseo. Con cada acometida, me retorcía de placer, alzando mi cabeza para buscar su boca y besarlo. Su mano envolvió mi cintura y alzó un poco mi trasero, profundizando con facilidad sus estocadas. Su cuerpo me reclamaba y el mío lo necesitaba. La locura nos envolvió y el silencio se vio roto por los gemidos. Fuera de control, anhelantes y desesperados, dejamos que nuestros movimientos perfectamente compenetrados, nos llevaran hasta el mayor de los goces que habíamos experimentado juntos.

Consciente de su peso, se tumbó boca arriba y tiró de mí para pegarme a su cuerpo. Con un par de dedos, apartó el cabello de mi rostro y me besó con dulzura.

Con voz temblorosa y una ternura que me conmovió, Ian habló por primera vez lejos del dolor y del rencor:

—*A ghrá,* el día que te vi varada peleándote con tu coche de alta gama —recordó, haciéndome sonreír—, supe que eras especial, distinta al resto. Algo en ti me atrajo y me sedujo al instante. Y desde el beso en el *pub,* supe que estaba perdido, pero no me importó. Me gustaba ese sentimiento que despertabas en mí y por primera vez me dejé llevar.

»El miedo del pasado desaparecía cuando te tenía cerca. Me devolviste la ilusión y me curaste. Amber me destrozó el corazón, pero ahora, siendo más adulto, me doy cuenta de que era un amor adolescente, todo era demasiado intenso. Su traición y vivir engañado durante tanto tiempo me marcaron, al igual que todo lo sucedido con mi padre. De ahí vinieron el odio y el rencor, sentimientos que me persiguieron por años. Ahora, gracias a ti, me siento liberado de esa carga.

Coloqué mi mano en su mejilla y mis dedos acariciaron su barba en un gesto tranquilizador. Me acerqué a sus labios y le di un pequeño beso.

—Tú me enseñaste que sí se puede creer en las personas y me mostraste lo que es el amor —confesé, viendo cómo arqueaba una ceja, confuso—. No me malentiendas, yo a Noah lo quería. Descubrí muchas cosas con él y teníamos una buena vida juntos, a pesar de que era un poco desastroso. Entre nosotros todo fluía bien, tanto que nos planteamos comprar una vivienda juntos.

»Pero ahora me doy cuenta de que aquello que yo creía amor no lo era. La rutina y la dejadez mataron el sentimiento que nos unía, dando paso al cariño. Cuando todo estalló y lo perdí, no sufrí ni una milésima parte de lo que sentí cuando no te tenía a mi lado. Ese dolor era tan inmenso que sentía que me habían arrancado el corazón y me faltaba el aire.

—Comprendo lo que me dices, porque a mí también me pasó lo mismo cuando me alejé de aquí. Ya no estabas a mi lado sino al de él, y eso me estaba volviendo loco —añadió con la voz rota, haciendo una clara referencia a Alec.

—Alec irrumpió en mi vida cuando todo estaba hecho trizas. Nunca imaginé que él fuera el causante de mi desgracia. Con él descubrí algo que me faltaba con Noah: el deseo y la pasión. Sin quererlo, me vi envuelta en un juego muy peligroso. Pero justo ahí irrumpiste tú en mi vida, cambiándolo todo y mostrándome que la felicidad estaba al alcance de mi mano, y que el amor debe complementarte en todos los sentidos. Y tú lo haces, mi amor. Eres mi socio, mi compañero, mi amigo y mi amante. Aunque en esto último deberías seguir practicando —añadí divertida.

—¿Eso cree, señora MacDonald? —Me miró, incorporándose un poco. Yo asentí, intentando ocultar mi sonrisa.

Nos cubrió a ambos con la sábana, creando un pequeño refugio. Bajo esa suave manta, comenzó a hacerme cosquillas, provocando risas que resonaban en la habitación. Sus manos ágiles y juguetonas se movían por mi cuerpo, mientras sus labios dejaban pequeños besos en mi piel, añadiendo una nota de ternura.

En medio de tanta pelea, entre risas y susurros, acabó colocándose sobre mí. Por un momento, todo se detuvo. Nuestras risas se desvanecieron, reemplazadas por un silencio cargado de deseo. Me observó con una intensidad que me estremeció hasta lo más profundo.

—*A chroí,* contigo lo quiero todo, y me gustaría que algún día aumentáramos la familia —dijo con emoción, haciendo que la sonrisa desapareciera de mi rostro de un plumazo.

Mi gesto de desagrado debió de ser tan evidente que Ian retiró la sábana para ver mi cara antes de hablar.

—¿A ti no te gustaría tener un hijo? No me refiero ahora mismo, sino en un futuro.

—Bueno, yo… yo… no lo sé. No me lo había planteado hasta ahora. Y si te soy sincera, no tengo muy claro que quiera ser madre —respondí con sinceridad—. Por lo que veo, a ti te hace mucha ilusión. Este tema deberíamos haberlo discutido antes de casarnos. Con todo lo que pasó, no lo tuve en cuenta. Lo siento.

—No lo sientas. Si algún día somos padres, será porque lo deseamos los dos. Si no es así, no pasa nada. Yo me siento completamente pleno a tu lado.

—Ian MacDonald, no dejas de sorprenderme. Por lo general, el enamoramiento se esfuma con el paso del tiempo, pero contigo siento que este amor va en aumento, como si nunca tuviera fin. Aunque creo que no es lo único que crece entre nosotros —comenté, mordiéndome el labio y haciendo referencia a su miembro que palpitaba entre mis piernas.

Su mano se deslizó suavemente por mi mejilla, apartando un mechón de cabello de mi rostro. Pronto, sus labios encontraron los míos en un beso apasionado, lleno de la misma intensidad con la que me había estado mirando. No había prisa, solo el deseo de saborear cada segundo, y de prolongar ese momento en el que nos uníamos de nuevo.

Capítulo 57

Al día siguiente, al amanecer y sin haber dormido, nos subimos en el barco de la empresa. Desconocía a dónde nos dirigíamos; todo era un misterio para mí. Sabía que no podíamos estar fuera muchos días; no era el mejor momento para dejar la destilería ni la fundación. Sin embargo, confiaba en que Graham y Catriona, quienes habían aceptado quedarse al mando en nuestra ausencia, lo manejarían todo perfectamente.

Aquella escapada me parecía mágica. Nada me apetecía más que estar a solas con Ian. Bueno, casi a solas, ya que la tripulación nos acompañaba, aunque eran muy discretos y nos daban toda la intimidad posible. Sin embargo, lo que comenzó con tanto entusiasmo pronto se vio truncado por el oleaje.

Nunca había hecho una travesía igual y, por un momento, pensé que moriría antes de tocar tierra. Aquel mar era incontrolable, y el constante movimiento terminó por hacer que mi estómago se vaciara dos veces. Controlamos esa parte con un par de pastillas, pero quedaba el miedo. Estaba tan asustada que no me movía del camarote, sentada en la cama, rígida y apretando mis manos contra el pobre colchón. Creía que nada podría calmarme, pero estaba equivocada.

Ian supo exactamente qué hacer para que me relajara. Se acercó con una calma que contrastaba con la tormenta exterior, y se arrodilló en el suelo, separando lentamente mis piernas. Me miró a los ojos, transmitiéndome sus intenciones.

—Estarás bien, *a ghrá*. Haré que te olvides de todo —dijo con voz ronca.

Aprecié cómo mi tensión se desvanecía. Poco a poco, con cada caricia de su boca, sentía que llegaría a puerto seguro.

Me fui dejando llevar, el oleaje exterior, aunque aún feroz, empezó a sentirse como un río manso al lado de los vaivenes frenéticos que ocurrían en aquella habitación.

Al final, lo que comenzó como una travesía aterradora se transformó en un momento íntimo y placentero para ambos.

Cuando nos avisaron de que habíamos llegado a tierra, ambos nos vestimos rápidamente. Después de todo, nos habíamos quedado completamente dormidos, agotados por el escaso descanso de las últimas horas.

Desde el momento en que pisamos tierra en las Islas Feroe, sentí que estábamos entrando en un mundo de ensueño. La belleza natural que nos rodeaba era tan impresionante que casi no podía creer que fuera real. Ian me tomó de la mano y me condujo hacia el pequeño muelle donde nos esperaba un guía local, listo para llevarnos en nuestro primer *tour* por el archipiélago.

—Bienvenida a las Islas Feroe, uno de mis lugares favoritos en el mundo —afirmó con una sonrisa radiante—. Quiero que recorras conmigo estas islas que tanto amo. No es el Caribe, pero para mí es mejor.

—No, esto es perfecto —aseguré, girándome hacia él—. Este lugar y tú.

Nos subimos a un pequeño barco que nos llevó por la costa, pasando por acantilados y verdes

colinas que parecían sacadas de una pintura. El mar, aunque en movimiento constante, tenía un color azul profundo que contrastaba maravillosamente con el verde esmeralda de las islas. La brisa fresca y salada acariciaba nuestras caras mientras el guía nos contaba las leyendas locales y la historia de las islas.

Nuestra primera parada fue en la isla de Mykines. Al desembarcar, nos recibió una colonia de frailecillos, con sus picos de colores brillantes. Caminamos por senderos estrechos, que se extendían hasta el borde de los acantilados. Ian me sostenía firmemente, asegurándose de que no resbalara en el terreno húmedo.

—Mira allá —dijo, señalando un punto en el horizonte. Seguí su mirada y vi un arco iris débil formándose entre las nubes grises.

—Es como si la naturaleza nos diera la bienvenida.

Continuamos nuestro recorrido por la isla, llegando a un pequeño faro que se erigía solitario contra el cielo gris. Nos sentamos juntos en una roca cercana, observando cómo las olas rompían con fuerza contra los acantilados.

Más tarde, volvimos al barco y nos dirigimos hacia la isla de Vágar. Allí, visitamos el impresionante lago Sørvágsvatn, que parecía flotar sobre el océano. El agua reflejaba el cielo, creando un espejo natural que duplicaba la belleza del entorno. Caminamos hasta un mirador desde donde podíamos ver la cascada Bøsdalafossur, que caía desde el lago directamente al mar. El sonido del agua al precipitarse era hipnótico y me recosté contra el pecho de Ian, cerrando los ojos y dejando que el sonido me llenara de paz.

Nuestra última parada fue en Tórshavn, la capital. Aunque pequeña, la ciudad tenía un encanto único con sus casas de colores y techos de césped. Paseamos por las calles adoquinadas, explorando tiendas locales y probando delicias culinarias en pequeños cafés. Ian me llevó a un mirador desde donde se podía ver todo el puerto, las luces comenzaron a encenderse mientras el sol se ponía lentamente.

—Aún no puedo creer que estemos aquí —exclamé, apoyando mi cabeza en su hombro.

—Este es solo el comienzo —respondió apretando mi mano—. Tenemos toda una vida de aventuras por delante.

Las dos semanas de nuestra escapada pasaron demasiado rápido y pronto llegó la hora de regresar a Escocia. Esta vez, viajaríamos en avión, ya que no estaba dispuesta a tomar el barco y sentir que la travesía se convertía en la atracción del pánico. Aterrizamos en Glasgow y de allí tomamos otro vuelo a Inverness. Contábamos con que Paige nos recogería, pero en su lugar nos esperaban Catriona y Graham, lo cual nos inquietó un poco, aunque ninguno de los dos dijo nada.

Después de una bienvenida afectuosa, nos montamos en el coche. Ian se sentó de copiloto acompañando a Graham, mientras Catriona y yo íbamos detrás. Empezamos a narrar con emoción los detalles de nuestro viaje, hablando de los paisajes impresionantes y de los momentos inolvidables que habíamos vivido.

Sin embargo, la conversación pronto derivó hacia temas laborales. Graham e Ian discutían sobre Deerloch, mientras Catriona y yo hablábamos de Fairyloch y de cómo la mansión estaba casi lista para recibir a las primeras mujeres que harían uso de ella. Todo parecía normal hasta que, en un momento, el coche se quedó en silencio. Observé por el espejo retrovisor cómo Graham miraba a Catriona y ella asentía con la cabeza. Mi inquietud aumentó al instante. Algo no andaba bien.

Finalmente, fue Catriona quien rompió el silencio.

—Briana, Ian —dijo con una voz que intentaba sonar tranquila—, hay algo que necesitamos

contaros.

Ian y yo nos miramos, y pude ver en sus ojos que él también presentía que algo no estaba bien.

—¿Qué sucede? —preguntó Ian, tratando de mantener la calma.

Graham tomó una profunda respiración antes de hablar:

—Tras vuestras declaraciones, el juez ha dado por concluido el caso de la destilería y la fundación aquí en Escocia. Alexander James fue trasladado a Londres, donde se enfrentaría a otro juicio de mayor envergadura por el blanqueo de dinero de empresas de dudosa procedencia. Esas empresas son propiedad de individuos pertenecientes a la alta esfera británica, como ya se ha hecho público. Este nuevo caso ha tenido una repercusión mundial, con la prensa sensacionalista afirmando que no solo involucra a miembros de la nobleza, sino también a personas muy influyentes y adineradas de la Commonwealth. Todo un escándalo. Incluso se ha llegado a insinuar que todos ellos son miembros de una logia secreta.

—Me alegra que hayamos quedado desvinculados de todo esto. Creo que el caso tomó unas dimensiones no muy realistas, esto complicará el trabajo de la policía —añadí, incrédula por lo que acababa de escuchar.

Catriona habló con cautela:

—Bueno, eso también pensaba yo, hasta que se produjo el incendio.

—¿Qué incendio? —preguntamos Ian y yo al unísono.

—El día que Alexander James, lady Isabella Windsor y lord Alexander Somerset tenían que declarar, hubo un incendio en la sala. Todos han muerto —concluyó, dejándonos completamente petrificados.

—No sé qué tan cierto es lo que dice la prensa —intervino Graham después de un breve silencio. Lo único que tengo claro es que lo que hay detrás debe de ser muy gordo y vincula a gente muy poderosa, para tomarse tantas molestias en no dejar ningún cabo suelto.

—Nada bueno se puede esperar cuando se juega en esas esferas. Cuando intentas subir tanto, debes tener en cuenta que la caída será de la misma magnitud —dijo Ian—. Espero que ahora el juez nos permita quedarnos con la participación de Alexander y que, de una vez por todas, toda la empresa regrese a sus legítimos dueños.

Catriona añadió con un tono grave:

—Hay algo más. Alexander James dejó un testamento. Cedió todos sus bienes a la fundación Fairyloch, excepto la casa de sus padres en Inglaterra y las acciones de la empresa, que te las dejó a ti, Briana.

—¿A mí? Pero su mujer está viva —exclamé sorprendida. No podía creer que, incluso después de muerto, quisiera dejar su huella en mi vida, interviniendo en la fundación y, sobre todo, dejándome aquella casa en la que había comenzado todo. No era un gesto altruista, sino egoísta. Con frialdad y dispuesta a sacar su sombra de mi vida, hablé—: Renuncio a todo, no quiero nada de él. Las acciones las recuperaremos por vía judicial, aunque tarden más. Y Fairyloch tampoco aceptará la donación de un hombre que casi la destruye —aseguré, sin dar opción a réplica.

Aunque Ian no intervino, dejándome decidir libremente, sé que respiró tranquilo al escucharme. Nadie dijo nada más sobre el tema. Cambiamos de conversación, como si aquello fuera una huella del pasado.

Capítulo 58

Un mes después…

Mi vida de recién casada era tan perfecta que me asustaba. La felicidad que sentía era tan intensa que temía que algo malo sucediera y lo truncara todo. Ian y Graham, quien acabó aceptando el trabajo, se ocupaban de la destilería, tratando de solucionar los pequeños inconvenientes que Alec había dejado a su paso. Catriona y yo teníamos la misma tarea en la fundación. Pasaba tres horas al día en Deerloch, como mi padre había solicitado en su cláusula, intentando comprender algo del mundo empresarial. Ian era mi maestro, pero pronto nos dimos cuenta de que no funcionaba. No podíamos estar cinco minutos juntos sin acabar revolcándonos en su despacho o en cualquier esquina, como adolescentes.

Por eso, acabé trabajando con Graham. Estar con él era como estudiar Derecho en la universidad: sumamente aburrido. Sin embargo, era eficiente y meticuloso, lo cual ayudaba a mantener el enfoque. Pero eso sí, antes de regresar a Fairyloch, Ian y yo nos escabullíamos una hora juntos como recompensa por el tedio del día.

A veces, mientras trabajaba con Graham, Ian me sorprendía con pequeños detalles: una nota dulce en mi escritorio, un ramo de flores silvestres, o incluso simplemente una sonrisa que iluminaba mi día. Esas pequeñas muestras de amor hacían que cualquier aburrimiento valiera la pena.

Catriona y yo también compartíamos momentos especiales, trabajando en la fundación. La mansión estaba casi lista para recibir a las primeras mujeres y el proyecto nos llenaba de orgullo. Nos asegurábamos de que cada detalle estuviera en su lugar, desde la decoración hasta los programas de apoyo.

Pero aquella felicidad se veía empañada por una sombra, la de Alexander James. Había algo dentro de mí que me decía que no estaba muerto, que estaba muy cerca, acechándome. Al principio, no dije nada, pero mis sospechas pronto se manifestaron con hechos reales.

Una noche, desde la cama, aprecié que había auroras boreales. Salí al balcón de nuestro cuarto para admirarlas, pero cuando desvié la vista del cielo hacia el suelo, vi una figura que destacaba en la oscuridad y me miraba. Cuando Ian salió y me envolvió en sus brazos, la figura desapareció. Otro día, sin ir más lejos, estaba tomando un té en el porche por la tarde, mientras esperaba a Ian y trabajaba en un proyecto que quería poner en práctica, cuando un coche con los cristales tintados se paró frente a nuestra casa. Al principio, pensé que sería alguien perdido, ya que por allí siempre pasábamos los mismos. Las ventanillas de atrás se bajaron y comenzó a sonar la canción de Paloma Faith con la que Alec y yo habíamos bailado en Glasgow:

And every time, every time you go
It's like a knife that cuts right through my soul
Only love, only love can hurt like this

Cuando me puse de pie con el corazón acelerado y me aproximé al vehículo, este se fue.

Tomé mi teléfono y llamé a las chicas, tanto Paige como Yani creían que había sido una casualidad, que estaba sugestionada por lo ocurrido con él y que no me hacía a la idea de que estaba muerto. Lo dejé así, no dije nada más, pero aun así no estaba convencida del todo.

Unos días más tarde, cuando fui a la tienda del pueblo en mi bicicleta, el mismo vehículo me seguía y repetía la misma acción: iba más atrás con las ventanillas bajadas y la misma canción sonando. Aquello no estaba en mi cabeza; era real. Comencé a asustarme cuando empezó a pegar acelerones con el coche. Intenté desviarme por la ladera, pero las ruedas resbalaron en la hierba verde y caí al suelo. En ese instante, el coche continuó su camino. Cuando llegué a casa, me encerré y esperé a que Ian llegara. Al verme con tantos rasguños, se preocupó, y le conté lo sucedido con el coche y mis sospechas. No fue tan escéptico como las chicas, pero me pidió que me tranquilizara. Creía que podía ser uno de los hijos de los dueños de su antigua destilería, pero de todos modos lo iba a investigar para mi tranquilidad.

La cosa no quedó ahí. Pasaron días antes de que mis alertas saltaran por completo. Era un viernes por la noche y veníamos del *pub*. Ambos bajamos frenéticos del vehículo. Ian me alzó del suelo y me enrosqué en su cuerpo mientras caminaba conmigo entre sus brazos, sin dejar de besarnos. Al llegar a la puerta del porche, tropezó con algo. Ambos miramos al suelo y vimos un cesto lleno de rosas. De un salto bajé, y con lágrimas en los ojos, las cogí.

—Ian, es él —murmuré mientras observaba las flores—. Está vivo —gemí, y comencé a romperlas con furia, haciéndome heridas en las manos.

—*Mo ghràdh*, para. —Sujetó mis manos, deteniendo mis movimientos.

—Está aquí, Ian, seguro que nos está vigilando —dije sollozando—. Nunca nos dejará ser felices, lo sé.

Ian cogió mi rostro entre sus manos, besó mi frente y habló con calma:

—Bri, ¿no has pensado que las flores las pudo dejar Mary? No sería la primera vez que te las coloca en la puerta. Mira —recogió el cesto del suelo para mostrármelo—, esto es de ella.

—Cariño, no puedo explicarlo, pero sé que está vivo. Debes confiar en mí.

—Claro que confío en ti. Vamos, entremos dentro. Hay que curar esas heridas —propuso en un tono suave. Antes de cerrar la puerta, echó un breve vistazo al exterior. Él también tenía sus sospechas, aunque no lo dijera para no ponerme más nerviosa.

El misterio de las flores cortadas dejadas en la puerta de mi casa permaneció suspendido en el aire durante un tiempo. Aunque Mary negó ser la responsable, su cesto, con rosas cortadas de su propio jardín, seguía siendo el indicio principal. Sin embargo, una nueva teoría comenzó a tomar fuerza entre nosotros.

Se dijo que podría ser obra de la madre de Mary, una anciana encantadora pero cuya memoria a menudo se desviaba hacia su niñez. Al principio, esta explicación me resultó difícil de aceptar, aunque con el paso de los días, sus idas y venidas al pasado parecían encajar con la situación. Además, al no haber más incidentes similares, la teoría cobró aún más fuerza, llevándonos a aceptar que podría ser la explicación más plausible.

Con el tiempo, la normalidad volvió a nuestras vidas. Casi un mes después de aquel misterioso episodio, recibimos la noticia que tanto esperábamos: la resolución del juzgado. Deerloch, oficialmente, ya tenía solo dos propietarios: Ian y Briana MacDonald, compartiendo la propiedad en partes iguales. Esta noticia nos llenó de alegría, pues significaba más que un simple logro legal; era un homenaje a nuestros padres y a todo lo que habían construido.

Para conmemorar ese momento, organizamos una pequeña celebración en la empresa. Instalamos una placa con los nombres de Cameron Thompson y Brodie MacDonald, recordando a los anteriores dueños que, aunque ya no estaban con nosotros, seguían presentes en espíritu.

Esta placa no solo era un tributo, sino también una señal de que se había hecho justicia y que todo había vuelto al lugar al que siempre perteneció.



Mi teléfono comenzó a sonar con insistencia y, al sacarlo del bolsillo, vi que la llamada provenía de Ian. Una sonrisa se dibujó automáticamente en mi rostro. Sin perder tiempo, me levanté de mi asiento en la casa adyacente a la mansión, donde habíamos dispuesto todos los despachos de Fairyloch y salí al exterior.

—Hola amor, te extraño tanto —respondí de inmediato al contestar el teléfono—. No sé cómo voy a sobrellevar el día sin nuestro pequeño encuentro del mediodía —añadí con picardía.

—No me provoques, Bri. Porque dejo sin cambiar las barricas de *whisky* y me planto en la fundación de inmediato —advirtió travieso.

—Te creo —dije riendo—. ¿Por qué piensas que la receta de tu *whisky* estará mejor en barricas de roble francés? ¿No crees que es un gasto innecesario? Las de roble americano funcionaban bien.

—Bri, confía en mí. Ya no buscamos el mercado tan extenso que tenía Deerloch. Decidimos ser más pequeños y exclusivos, y para eso necesitamos mejorar la calidad del producto. En las nuevas barricas, la oxigenación es más lenta, lo que proporcionará un sabor amaderado más suave y delicado.

—Confío en ti, mi amor. Lo que pasa es que no verte en todo el día se me hace eterno y no veo la hora de que estés a mi lado —confesé sinceramente.

—Por eso te llamaba. He pensado que quizá podríamos escaparnos unos días en el barco e ir hasta Westray.

—Estás loco si piensas que voy a navegar otra vez por esas aguas para ir a las Islas Orcadas.

—Lo sabía, eres tan predecible… —rio abiertamente—. He alquilado una casita en el lago Lomond.

—Esa idea me agrada más. No veo la hora de estar allí contigo a solas.

—Cuando termines, pasa por casa y recoge algo de ropa. Te espero en la destilería. Te amo hoy y siempre.

—Yo también te amo, Ian MacDonald.

No tardé mucho en llegar a casa, emocionada por nuestra pequeña escapada. Cogí una maleta y la coloqué sobre la cama, llena de ilusión por lo que nos esperaba. De repente, la puerta sonó con insistencia, pero no era la entrada principal, sino la de nuestra vivienda. Sorprendida, me dirigí hacia allí con una sonrisa expectante. Al abrirla, no encontré a nadie frente a mí. Por un momento, creí que me había confundido, pero entonces mis ojos se posaron en el ramo de rosas en el suelo.

Un tanto nerviosa, me agaché para recogerlas. Mientras las sostuve entre mis manos, mi corazón comenzó a latir desbocado. Sin embargo, una rosa de color negro en medio del ramo me heló la sangre. Las dejé caer al suelo, y en ese gesto, un pequeño sobre emergió entre los pétalos. Con manos temblorosas, lo recogí y lo abrí, ansiosa por saber qué mensaje ocultaba.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al leer las palabras escritas en la nota: «Siempre serás la Rosa de Skye». Un escalofrío recorrió mi cuerpo; de repente, mi visión se nubló y, antes de darme cuenta, las lágrimas comenzaron a caer, difuminando el mar que se reflejaba en mis ojos.

Capítulo 59

La melodía seductora de *Only Love Can Hurt Like This* sonaba en la habitación, envolviéndome en su hechizo mientras Alec se acercaba con una cadencia calculada. Sus dedos expertos desabrochaban los botones de su camisa, revelando la firmeza de su torso. Cuando estuvo frente a mí, inclinó su rostro hacia el mío y su aliento cálido rozó mis labios con una caricia suave y provocadora. Nuestros cuerpos se balanceaban al ritmo de la música, fusionándose en un baile sensual.

Mis manos exploraron su pecho, deteniéndose en el borde de sus pantalones, mientras sus ojos azules penetraban los míos con una intensidad magnética. Una sonrisa pícara curvó sus labios antes de unir su boca a la mía en un beso apasionado que estremecía toda mi piel. Sus manos viajaron por mi espalda, deslizando la cremallera de mi vestido y dejando una estela de caricias en mi piel desnuda.

Con un gesto suave, me condujo hacia la cama y tomé asiento mientras él se arrodillaba frente a mí, continuando nuestros besos con una pasión que no dejaba de crecer. Sus manos, ahora manchadas de sangre, acariciaban mi cuerpo, y fue entonces cuando mi mirada se desvió hacia mi piel marcada por surcos rojos. Todo mi cuerpo se puso a temblar al comprender que las huellas eran el resultado de sus manos ensangrentadas.

Mis ojos se encontraron con los suyos, llenos de malicia y un destello siniestro que heló mi corazón. Una risa ominosa resonó en la habitación, sumergiéndome en una pesadilla de la que no podía escapar.

—¡Nooo, Ian! —grité incorporándome, tomando una bocanada de aire.

Cuando abrí los ojos con la respiración agitada, me di cuenta de que estaba en una situación aterradora. Cada extremidad de mi cuerpo estaba sujeta a uno de los postes del dosel de la cama y mis intentos por liberarme resultaban infructuosos: las cuerdas estaban firmemente atadas. Miré hacia abajo y noté que llevaba puesta una ropa diferente a la que recordaba haber llevado. Un escalofrío recorrió mi espalda al ver que vestía el atuendo que me puse para la ópera, y lo peor aún: llevaba colocado en mi dedo el anillo que Alec me había regalado en Glasgow.

Sentí que el pánico se apoderaba de mí mientras intentaba asimilar lo que veía. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Qué estaba pasando? No podía ser real, tenía que ser una pesadilla, pero por más que lo deseaba, no despertaba.

Al observar mi entorno, me di cuenta de que estaba en una habitación extraña, que parecía más bien un lugar de tortura que de juego. Había cadenas colgando de las paredes, un columpio, una especie de cruz y otros artilugios aterradores. Una puerta entreabierta llamó mi atención, revelando una sala llena de monitores y equipos electrónicos. En una de las pantallas, reconocí mi casa y en otra, mi habitación. Mi corazón latía con fuerza mientras observaba las fotos que adornaban la pared: imágenes mías, de mis amigos, de Ian y yo… y también de Alec. Pero lo que más me heló la sangre fue ver las imágenes de mis encuentros con Alec, fotografiados en la mansión y en la oficina.

La ira y el miedo se apoderaron de mí. Grité y luché contra las cuerdas con todas mis fuerzas, pero mis esfuerzos fueron en vano. Entonces, la puerta se abrió y apareció él, con un brazo vendado por las quemaduras, fruto del incendio.

—Por fin despiertas, preciosa. Temí haber usado demasiada droga en las rosas.

—¡Eres un maldito loco! ¡Suéltame! —grité, tirando de las cuerdas con furia.

—Grita lo que quieras, aquí nadie te va a oír y tampoco esperes que alguien te encuentre.

—Ian me va a encontrar, estoy segura. Y tú pagarás por todo lo que has hecho.

Él soltó una carcajada fuerte y replicó:

—Lo dudo mucho. Este lugar no está a mi nombre, era de un pescador que murió. Amber y yo lo alquilamos para nuestros encuentros a espaldas de tu querido marido. Aquí vivió los momentos más placenteros de su vida, y eso es lo que tengo pensado hacer contigo.

—¡Ni lo sueñes, imbécil!

—Cuanto más te resistas, más divertido será. Tenía muchas ganas de traerte a este lugar, pero te oponías a obedecerme. Eres demasiado rebelde. Y cuando las cosas mejor estaban entre nosotros, apareció ese estúpido escocés.

—¿Qué clase de monstruo eres tú? ¿Qué quieres de mí? ¿Qué te hice para que te ensañes de esta manera conmigo?

—Preciosa… —Acarició mi cara, y con un gesto brusco rompí el contacto—. ¿No te das cuenta de que te amo y que estoy intentando proteger nuestro amor? Sé que estás confundida, pero cuando empecemos una vida juntos, lejos de aquí, volverás a amarme con la misma intensidad que yo a ti.

—Tú no amas a nadie. No sabes lo que es ese sentimiento. Si fuera así, no me estarías haciendo esto.

—He hecho más por ti que nadie —susurró, tomando asiento a los pies de la cama—. Pero tú no lo ves. Piensas que el escocés es el hombre perfecto, pero estás equivocada. Ser como él es fácil cuando la vida te da tantas posibilidades. En cambio, yo me lo tuve que ganar todo con esfuerzo. MacDonald tenía todo lo que yo quería, por eso me vi obligado a usurpar su lugar. Primero le quité a su prometida, después, me deshice de su padre, dañando los cojinetes de las turbinas. Y junto con el testamento que teníamos en nuestras manos, es como Grace y yo controlamos todo. Tu padre era intocable. Ella lo amaba, así que por eso estaba con vida.

No podía creer lo que estaba escuchando. Alec hablaba de asesinar a personas como si fuera algo normal, sin el menor escrúpulo, en destrozar vidas para conseguir sus ambiciones. Y mi padre, según él, hubiera corrido la misma suerte si Grace no lo hubiera impedido. El horror de esa confesión me dejó muda, incapaz de emitir un solo sonido, paralizada y bloqueada por el miedo y la incredulidad.

Alec esperaba una respuesta por mi parte, pero al ver que no llegaba, se puso de pie, más nervioso esta vez, y continuó hablando:

—¿Por qué me miras así? —preguntó con un tono mezcla de irritación y desesperación—. No soy el monstruo que crees.

Su voz se volvió más alta y frenética y las palabras salieron de manera atropellada.

—¡Tu padre y Noah! —exclamó—. Eran un obstáculo y tuve que actuar para proteger nuestro futuro. ¿No lo entiendes? ¡Todo esto es por ti, por nosotros!

—¿Qué estás insinuando? ¿Les hiciste algo a Noah y a mi padre? —pregunté tartamudeando.

Alec me miró con una mezcla de frustración y lástima.

—Todo iba bien entre nosotros. En Glasgow estabas más receptiva, hasta el punto de dejarte llevar. Unos días más a mi lado, sin nadie alrededor, y volverías a ser mía, aunque esta vez para

siempre. Pero el «bueno para nada» de tu ex tuvo que aparecer y estropearlo todo, te volvió a crear dudas y desconfianza, alejándote de mí. Así que tomé las medidas oportunas para deshacerme de una vez por todas de ese estorbo.

—¡¿Qué le hiciste a Noah?! —inquirí, tirando de las cuerdas con desesperación.

—Lo saqué del hotel y lo maté —dijo con frialdad—. Y tú has sido la culpable. Cuando rastreé tu móvil, me excusé en la comida y te seguí, y ahí lo supe todo. No me diste otra opción, preciosa.

—¡Eres un maldito psicópata! Él se iba a ir para siempre… No tienes límites ni escrúpulos.

Alec caminó con paso ágil y se sentó en la cama a mi lado. Cogió mi mentón entre sus manos y me obligó a mirarlo.

—Tú me has llevado a esto. Te empeñaste en alejarte de mí y comenzar un romance con el escocés. Posteriormente, tu padre, con su maldito sentido de la justicia, revolvió todo el pasado, descubriendo cosas que jamás debían salir a la luz. Grace me prometió que acabaría con la vida de MacDonald, como yo lo hice en su momento con Brodie, pero el estúpido de tu padre lo salvó. Aunque el plan inicial no salió como esperábamos, el resultado no fue tan malo: Cameron en coma y el escocés en el exterior, viviendo con la carga de tu odio sobre sus hombros.

»Pero, aun así, quedaban pequeños cabos sueltos: madre e hija. Cuando el coche de Grace se despeñó por el barranco, ella ya estaba muerta. No podía permitir que la policía la detuviera y me implicara. Y todavía quedaba el tema de Amber. Al fin me iba a librar de esa odiosa mujer. Y no fue difícil, con la muerte de su madre y Cameron en el hospital, ella quedaba bajo mi dominio. Aunque siempre lo estuvo, fue una marioneta en mis manos. No solo la hice dependiente de mí, sino también de las pastillas. Se las quité y, con un poquito de presión por mi parte, enloqueció por completo.

Las palabras resonaban en mis oídos como si estuvieran en un túnel, lejanas y distorsionadas. Mis pensamientos se mezclaban con el terror y la incredulidad. Él había matado, había destruido vidas, y ahora pretendía justificarlo en nombre de un amor que solo existía en su mente enferma.

—Lo de tu padre no me lo esperaba, me cogió por sorpresa —continuó hablando con una calma que me erizó la piel—. Su vida en esa cama se estaba alargando demasiado y mis planes no avanzaban por su culpa. Todo estaba paralizado. Me urgía que fueras la heredera. De ese modo, podría seguir con el blanqueo de dinero y tú, más vulnerable que nunca, te convertirías en mi mujer. Buscarías refugio en mis brazos —dedujo, y acarició mis labios con deseo.

—¡No me toques! Me das asco. ¿Qué le hiciste a mi padre? Habla de una vez.

—Intenté matarlo en el hospital, pero cuando estaba a punto de inyectarle una droga para paralizar su corazón, abrió los ojos y las máquinas comenzaron a sonar. Aquello se llenó de gente, pero inmediatamente volvió a su sueño. Los médicos dijeron que eso sucedía a veces en estados de coma.

»Permanecí más tiempo en el hospital, dispuesto a terminar el trabajo que había empezado, y ahí es cuando lo vi escaparse del recinto. Estaba desorientado. Lo dejé alejarse, esperando cautamente a que estuviera fuera del alcance de las cámaras, pero en mi afán por ser cauto, lo perdí. Paró un vehículo y se subió en él. Estaba perdido, lo sabía, puesto que antes de intentar matarlo, le había confesado todo lo que te estoy diciendo a ti y mis intenciones contigo.

»Temía que lo hubiera escuchado todo, no podía dejarlo con vida. Localicé el coche y vi que los turistas se dirigían a la granja de Catriona. Era mi oportunidad. Atravesé mi coche en la carretera y, bajo amenaza, los traje hasta aquí en su vehículo. El mío quedó aparcado a un lado de la carretera. Le arranqué un par de manguitos y llamé a la grúa.

—¡Dios mío! ¿Qué hiciste? —pregunté casi sin fuerza.

—Los maté a los tres aquí. No olvidaré el rostro de odio con el que me miraba Cameron y sus últimas palabras aún resuenan en mi cabeza como una maldita maldición: «Aunque me mates, no conseguirás tu objetivo. Se hará justicia».

—¿Cómo has podido matar a dos personas inocentes y a mi padre, quien te aceptó en su familia y en su empresa?

—Por ese motivo, no dejé que sufriera. Le pegué un tiro a cada uno, y su vida se fue en un suspiro silencioso.

—¿Qué has hecho con su cuerpo? —indagué temerosa, con la voz entrecortada.

—Lo llevé en el barco en el que disfrutaste de tu luna de miel. En ese mismo lugar donde te revolcabas con el escocés, yació el cuerpo de tu padre —dijo con tranquilidad y vomité, saliendo un líquido blanquecino de mi estómago—. Primero me deshice de la pareja de turistas, y a continuación de tu padre. Alimento para los peces —rio de manera siniestra.

»Al volver, me ocupé de hacer desaparecer el vehículo y, antes de que amaneciera, con un dron coloqué un trozo de la ropa del hospital con la sangre de Cameron en los acantilados de Kilt Rock. Un lugar estratégico por el turismo, para que así se hallara con rapidez una evidencia que lo diera por muerto sin levantar sospechas.

—¡Te odio! No te soporto. Siento tanta ira en estos momentos que hasta yo misma sería capaz de acabar con tu vida. Justificas tus actos deplorables en nombre de un amor que no existe, y todo por tu ambición y porque eres un maldito perturbado.

—El odio es una forma de amor, querida. Al menos, ahora me prestas toda tu atención.

Mis ojos se llenaron de lágrimas mientras trataba de encontrar una salida, una forma de liberarme de las cuerdas que me ataban a los postes del dosel. Pero mis intentos eran inútiles. Alec seguía hablando, con un discurso cada vez más incoherente y lleno de una desesperación que antes no había mostrado.

—¡Ian nunca te amará como yo! —gritó, dando vueltas por la habitación—. Él no entiende lo que es luchar, lo que es sacrificarse. Todo le ha sido dado. Pero yo… yo he peleado por cada cosa que tengo, y lo haré por ti también. —Se acercó de nuevo, esta vez más calmado—. Nos iremos de aquí, Briana. Lejos de todo esto. Te demostraré que podemos ser felices juntos. Nadie nos encontrará, nadie nos separará.

Mientras hablaba, pude ver en sus ojos una mezcla de locura y devoción que me hizo estremecer. Sabía que no iba a detenerse, que haría cualquier cosa para mantenerme a su lado. Pero también sabía que no podía rendirme, que tenía que encontrar una manera de escapar antes de que fuera demasiado tarde.

Capítulo 60

Me sentía sumamente mal. Todo mi cuerpo estaba sudoroso y agitado, como si una fiebre intensa me consumiera. Solo quería beber algo para aliviar aquella sensación insoportable. Fue entonces cuando alguien me ofreció un vaso con una bebida blanquecina. No lo dudé ni un instante y la tomé de un trago.

Al principio, aquello pareció reconfortarme momentáneamente. Sentí un frescor que me recorrió la garganta y se expandió por mi pecho. Sin embargo, ese alivio fue breve. De golpe, un calor todavía más abrasador se apoderó de mí. Estaba inquieta, excitada. Mi corazón latía desbocado y mi respiración se volvía cada vez más errática. Algo le pasaba a mi cuerpo, algo que no podía controlar.

Entonces, la canción de Paloma Faith volvió a sonar. Las notas y una voz que susurraba me transportaban a un lugar diferente, uno donde no había ni dolor ni confusión.

Pero la música también parecía intensificar mis sensaciones. Cada acorde iba acompañado de una caricia, y cada palabra resonaba en mi mente. Me dejé llevar por la canción, perdiéndome en ella, mientras mi boca respondía a ese beso de una manera tan apasionada que no la comprendía.

Necesitaba ayuda, necesitaba saber qué estaba ocurriendo. Con esfuerzo, abrí los ojos y la imagen de Alec besando mi cuello me sacudió, sentía sus manos deslizarse por mis piernas, subiendo lentamente mi falda. Intenté hablar, pero las palabras se mezclaban en mi boca, incapaces de formar oraciones coherentes. Me miró con una sonrisa al ver el horror dibujado en mi rostro.:

—Tranquila, preciosa, no te asustes —dijo con una voz que pretendía ser reconfortante—. Te di pulque mezclado con anfetaminas. Hace que tu cuerpo alcance el nivel máximo de placer cuando practicas sexo.

—Tú… tú… yo antes cuando desperté… creí que era un sueño, pero era real, me estabas tocando mientras permanecía drogada —intenté responder, pero las palabras se ahogaban en mi garganta, mezcladas con la confusión y el miedo.

—No abusé de ti, si es lo que quieres saber. No fue necesario, ya que tú solita te ofreciste a mí sin ningún reparo. Me suplicaste que te follara tan duro como la última noche en la mansión.

—Eso no es cierto, estás mintiendo. Yo… yo no pude hacer tal cosa —repliqué, rompiendo en llanto.

Soltó una carcajada perversa mientras bordeaba mi sexo, sus dedos rozaron mi piel con una suavidad inquietante. Cada fibra de mi cuerpo sintió pánico y terror, temiendo que continuara con ese juego en el que no me podía defender. Luego, con una voz cargada de seguridad y una oscuridad que me heló la sangre, comenzó a hablar:

—Cuando llegaste te di las drogas y me encantó perturbar tu mente con palabras de cada una de las cosas que te iba a hacer. Te excité de tal manera que sin tocarte los gemidos salían de tu boca como pequeños gritos de súplica. Te llevé al límite hasta que tu cuerpo a través de sus movimientos me reclamó. Preciosa, no pude hacer otra cosa que complacerte, sabes que yo solo

quiero hacerte feliz. Así que te follé con tal intensidad, que dejé tu cuerpo saciado.

Su confesión me había dejado rota por dentro. Me había drogado para abusar de mí en un estado de inconsciencia y confusión. No sabía si estar agradecida por no recordar nada, o si eso era mucho peor, si las imágenes que se agolpaban en mi mente eran más siniestras de lo que podía soportar. Aun así, una sensación de culpa me invadía. Me arrepentía profundamente de haber sucumbido a su juego y de haber permitido que se saltara ciertos límites.

Sus manos se deslizaron entre mis pliegues, ocultas bajo el vestido, y me tensé al instante.

—Déjame —supliqué por primera vez—, no te amo y nunca lo haré. Puedes drogarme, forzarme o raptarme, pero eso no cambiará lo que siento, y hagas lo que hagas mi corazón siempre le pertenecerá a Ian. —Las lágrimas comenzaron a recorrer mi rostro.

—¡NOOO! —gritó con desesperación, colocándose entre mis piernas—. Te demostraré que estás equivocada —continuó con un halo de esperanza en su rostro.

Sentí cómo desabrochaba sus pantalones, su boca besaba mi piel con una suavidad perturbadora. Cerré los ojos, intentando escapar de esa realidad. Imaginé el mar, el sonido rítmico de las olas rompiendo en la orilla, mojando mis pies, y una brisa salada acariciaba mi rostro. Entre las caricias del viento, sentía los brazos de Ian rodeándome con ternura.

—¡Mírame! —ordenó furioso, rompiendo mi vestido. Presa de la angustia cerré con más fuerza mis ojos, intentando escapar de aquel momento.

Sentí cómo el peso de su cuerpo se cernía sobre el mío, una presión que me aplastaba, dejándome apenas respirar. Mis ojos se abrieron con dificultad, luchando contra el mareo que nublaba mi visión. Y ahí estaba ella, Amber, con una expresión desquiciada y con un arma en su temblorosa mano.

La culata del arma estaba manchada de sangre, la misma sangre que goteaba de la cabeza de Alec, donde había sido golpeado.

—Amber, mírame por favor —intenté captar su atención—, guarda esa arma y busca un cuchillo para desatarme, ¿vale? —Asintió como un muñeco sin voluntad. Me conmovió la ternura y el amor con los que miraba a Alec, un hombre que la había llevado al límite.

Cuando regresó, cortó las cuerdas de mis pies liberándolos. De una patada aparté el cuerpo inerte de Alec, pero en ese momento se detuvo. Veía la inseguridad en sus movimientos.

—Amber, no te detengas, puede despertar en cualquier momento y tenemos que salir de aquí —la apremié, pero su vista se perdió en las imágenes del cuarto contiguo.

—Todos te aman, nunca vi a Ian tan feliz como contigo. ¿Qué tienes tú que no tenga yo? —preguntó con lágrimas en los ojos.

—No tengo nada. Ian también te amaba, eras muy especial para él, recuérdalo —busqué calmarla. Si su mente se dispersaba en ese momento a medio desatar, estaba perdida.

—Pero Alec nunca me amó. Le di toda mi vida, pero no fue suficiente para él. En cambio, contigo lo quería todo —añadió sujetando una foto entre sus manos—. Briana, yo lo amo y no puedo vivir sin él, y mientras tú estés entre los dos, nunca seremos felices. Debo deshacerme de ti —dijo helándome la sangre, mientras la veía aproximándose a mí con la mano temblorosa—. Lo siento, no quiero hacer esto, y me duele porque sé que Cameron nunca me perdonaría lo que voy a hacer, aunque no lo creas, yo lo quería, fue muy bueno conmigo.

—No lo hagas, Amber. Alec irá a prisión y tú tendrás una oportunidad de ponerte bien y salir de ese centro. Puedes comenzar una vida nueva. Mi padre querría verte feliz.

—Solo puedo ser feliz con él, lo siento —rebatió antes de cerrar sus ojos para clavarme el cuchillo.

Alec, en el último momento, la detuvo empujándola y haciéndose con el arma.

—¿Qué estás haciendo tú aquí, maldita loca? ¿Cómo has salido del centro? —masculló, furioso.

—Ian vino a la clínica, me contó lo sucedido y me interrogó por si sabía dónde te encontrabas, pero te juro que no le dije nada, permanecí en silencio. Cuando supe que estabas vivo, no dudé en buscarte. Me escapé y vine por ti. Mi amor, marchémonos juntos.

—Estúpida —golpeó su rostro con fuerza—, te han tendido una trampa y tú has caído. Pagarás por esto —gruñó antes de clavar el cuchillo en su estómago. Su mirada se perdió lentamente mientras se deslizaba por la pared donde estaba apoyada—. Nunca te amé, eres un ser muy débil —reveló de manera cruel viendo que la vida de su esposa se escapaba entre sus manos.

Con el mismo cuchillo ensangrentado en mano, se aproximó a la cama y cortó primero una cuerda, uniendo esa mano a la otra y volviéndola a atar. Acto seguido, con precisión, cortó la última cuerda que me mantenía atada al poste. Cada movimiento era calculado, decidido, como si estuviera siguiendo un plan meticuloso trazado en su mente

—Nos vamos de aquí, adelantaremos nuestro viaje —anunció, y a continuación me levantó de la cama y me puso de pie con firmeza.

Caminamos hacia el exterior, pero, al salir, una voz familiar resonó a nuestro lado.

—¡Suéltala! —gritó Ian desesperado, iba acompañado de Graham—. La policía está en camino, ya no tienes escapatoria.

En ese instante, Alec sacó un arma y lo apuntó. Miré hacia él, y sus ojos reflejaban un odio profundo, estaba segura de que dispararía.

—¡Vete! —vociferé suplicante—. Graham, va a matarlo. Sácalo de aquí. Es el asesino de nuestros padres, pero también de Noah, de Amber, de Grace y de dos turistas más —confesé, preparada para cualquier desenlace. Ian se agitó, dispuesto a enfrentarlo, pero Graham lo detuvo.

—Briana, mi amor, te olvidas de un nombre en mi lista, Ian MacDonald —susurró en mi oreja. En ese instante, lo golpeé con el codo, intentando evitar lo que estaba por hacer, pero fue inútil, apretó el gatillo.

Sentí cómo la bala perforaba mi piel, un dolor intenso que poco a poco se fue transformando en calma. Mi mirada se mantenía fija en Alec mientras perdía fuerzas gradualmente. En su rostro, se reflejaba el pánico y las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos, mientras, aún sosteniendo el arma en su mano, avanzaba lentamente hacia mí, arrastrando los pies.

De repente, el arma se deslizó entre sus dedos y cayó al suelo. Una mueca de dolor apareció en su rostro, y sus ojos abandonaron los míos para desviarse hacia la herida en su costado, que comenzó a sangrar con fuerza. Su cuerpo se desplomó a mi lado, mientras Amber, todavía armada, presa del dolor, la llevó a su propia cabeza y se quitó la vida.

Horrorizada, con mi cabeza descansando en el regazo de Ian y la mano firme de Graham presionando mi herida mientras hablaba por teléfono, dirigí una mirada hacia Alec. Su vida se desvanecía ante mis ojos, agotándose al igual que la mía.

—Nuestro final es igual al de Maija y Jakubowsky. Convertiste mi vida en una dramática ópera. Ahora sí soy la Rosa de Skye.

—Siempre estaremos juntos, con la muerte, nuestro amor será eterno —balbuceó Alec antes de exhalar su último aliento.

—Ian —continué hablando entre toses, ignorando sus órdenes de que me mantuviera en silencio—, has sido mi gran amor, el único. Me voy feliz, porque de tu mano he vivido los momentos más increíbles de mi vida. No cambiaría un solo segundo a tu lado. Mantén el legado de nuestras familias y recuérdame cuando estés junto al mar.

—No te vas a morir, ¿me escuchas? No puedes dejarme, aún tenemos muchas cosas que hacer juntos. No puedes rendirte, si me quieres, no lo hagas —imploró con voz quebrada y desesperada mientras pegaba sus labios a los míos.

—Te amo, Ian MacDonald —pronuncié, antes de sentir cómo una profunda calma envolvía todo mi cuerpo.

Capítulo 61

Un año después…

Llevábamos varios meses trabajando en la renovación de la casa. Tanto Ian como yo queríamos hacer todo lo que pudiéramos nosotros mismos; aquel hogar era nuestro legado. El porche, con su nuevo color y los últimos muebles adquiridos, le daban ahora un toque fresco y agradable que invitaba a disfrutar de las espectaculares vistas al mar.

En la parte de atrás de la casa, la que tenía como telón de fondo las montañas, hicimos un pequeño jardín repleto de flores. Las rosas, por razones obvias, quedaron fuera de nuestra elección. Añadimos un cenador cubierto, ya que el tiempo en Escocia era caprichoso, y una barbacoa. Lo convertimos en un lugar tan acogedor que nuestros amigos siempre querían organizar comidas o cenas allí.

En el interior, lo remodelamos todo. Seguíamos usando la madera como material base, pero esta vez pintada en colores claros como el blanco, lo que le daba más luz al interior. La sala y la cocina estaban unidas, reformadas para buscar más amplitud. A pesar de ser una casita muy pequeña, no queríamos otro lugar.

La habitación principal, que solía ser donde dormíamos, la dejamos como despacho para los dos. El cuarto más pequeño quedó como el de invitados, y nosotros nos trasladamos a la parte superior, donde hicimos un piso abierto. Era más amplio y cómodo, y desde allí ahora teníamos vista a las laderas verdes y al mar.

Ese día, Ian estaba poniendo una barandilla de madera blanca. Decía que no se fiaba de que, dormidos, no fuéramos a caer un día al vacío. Como era verano, yo estaba colocando los sofás en el exterior. Mi tío Thomas venía para la ceremonia de Paige y Yani y se quedaría en nuestra casa, no se perdería el evento del año en Portree.

Mientras trabajaba, escuché cómo la ventana de la terraza se abría. Al levantar la vista, lo vi. Ian, sin camiseta y con su torso sudoroso, me observaba con el amor con el que siempre lo hacía.

—Ya he terminado, *mo ghràdh*. Ven a ver cómo quedó el cuarto —dijo haciendo un gesto con la cabeza para que subiera. Asentí con una sonrisa.

Desde abajo, la planta superior se veía preciosa. Ian era un verdadero manitas. Subí las escaleras, deslizando mi mano sobre la nueva barandilla de madera, observándola con detalle.

—Es suave y el color no está mal —comenté, intentando ocultar una sonrisa—, pero sinceramente no le veo mucha utilidad —añadí con diversión.

—Pues yo la veo muy práctica —respondió, y me atrapó entre sus manos, que reposaban sobre la barandilla—. Puedo acorralarte contra ella, mientras beso tu cuello, sin que te puedas escapar. También puedo sentarte sobre ella —murmuró, me alzó del suelo, haciendo justamente lo que describía.

—¿Y para qué harías eso? —pregunté con la voz entrecortada, tragando saliva.

—Pues, por ejemplo, para… colocarme entre tus piernas y besarte de este modo —susurró, y rozó sus labios con los míos antes de atrapar mi boca con un beso ardiente.

—No me estás convenciendo, Ian MacDonald. Deberías esforzarte un poquito más —agregué, acompañando mis palabras con un gesto, mostrando una cantidad muy pequeña con dos dedos.

Sonrió de manera cómplice y me puso de pie, agarrando firmemente mi cintura. Con un movimiento rápido, me volteó, dejando mi abdomen pegado a la madera y su torso contra mi espalda. Sentí su respiración en mi cuello mientras una de sus manos se dirigía a mi muslo. Lentamente, subió, sintiendo la suave textura de sus dedos. Al llegar a la cima, sus dedos se acoplaron en mi sexo y comenzaron a dibujar suaves caricias sobre mi clítoris.

—¿Voy por buen camino? —preguntó.

—Sí, ya lo creo que sí —respondí ahogando un gemido.

—Ahora imagínate por la noche, con apenas unas luces tenues, iluminadas principalmente por el fuego crepitante de la chimenea. Te encuentras hipnotizada, observando cómo esas llamas se agrandan cada vez más, sintiendo cómo tu cuerpo se mimetiza con esa visión. Notas que mis manos recorren tu cuerpo desnudo, quemando cada parcela de piel que acarician.

—¿Y qué más? —logré decir con la voz entrecortada.

—El resto, lo tendrás que descubrir —susurró divertido, deteniendo sus movimientos.

Una mueca de protesta se dibujó en mi rostro mientras yo giraba para enfrentarlo. Pero al observarlo con las cejas alzadas, comprendí que esperaba mi rendición. Tras unos segundos de deliberación interna, acepté, consciente de que mi cuerpo ardía con la intensidad del fuego de la chimenea.

—Me has convencido. Me gusta esta barandilla, empiezo a ver su utilidad. ¿Cuándo la bautizamos? —interrogué acelerada. Su expresión de triunfo se desvaneció en una sonrisa suave y triunfante mientras asentía con satisfacción, sabiendo que había logrado su cometido.

—Ahora mismo…

Sentí el calor de sus manos al rozar las mías, un contacto que envió una corriente eléctrica por todo mi cuerpo. Sus besos eran profundos, apasionados, como si cada uno fuera una promesa de más. Nuestros cuerpos se acercaron instintivamente, anhelando el calor mutuo. Sentí su aliento mezclarse con el mío, susurros entrecortados de deseo que aumentaban la intensidad del momento.

Su lengua se unió al juego, explorando la mía con una urgencia que me hizo estremecer. Cada movimiento era una deliciosa provocación, una danza íntima y descontrolada. Sus manos recorrían mi espalda con firmeza, explorando cada curva con avidez. La pasión entre nosotros crecía, alimentada por la urgencia de estar más cerca, de sentir más.

Una llamada en el *iPad* de Ian comenzó a sonar, interrumpiendo nuestro momento. Ambos cortamos el beso resoplando. Ian tenía una conferencia con los mexicanos para explicarles que no renovaríamos el contrato. Desde lo sucedido con Alec y viendo lo afectada que había quedado por lo vivido, sin poder conciliar el sueño y aterrada por esas imágenes que volvían una y otra vez a mi cabeza, Ian decidió que su prioridad era yo. Redujo su ritmo de trabajo y, a medida que los contratos finalizaban, no se renovaban. Nos dimos cuenta de que ninguno de los dos quería seguir el ritmo de vida de nuestros padres, dedicados en exclusividad al negocio.

Deerloch había vuelto a sus orígenes: una destilería familiar. En eso estábamos trabajando. El *whisky* que producíamos estaba sumamente cuidado, por lo que tampoco serviría para grandes producciones; el tiempo de maduración era lento y laborioso. Y la fundación estaba funcionando muy bien. Teníamos muchas donaciones significativas, especialmente después de una subasta benéfica con los últimos resquicios de *whisky* de los antepasados MacDonald. Aquellas botellas se pagaron como si fueran diamantes. Debido al éxito, Ian propuso subastar las que quedaban,

haciendo una gala cada año. Fue un gesto muy altruista por su parte, y él estaba sumamente implicado con los proyectos de la fundación, algo que me gustaba mucho.

—Haces que pierda la cabeza, me había olvidado de la reunión —dijo con una sonrisa.

—Venga, atiéndelos, la barandilla no se va a mover de su sitio o eso espero —le respondí divertida, dándole un pequeño azote en el trasero—.Voy a dar un paseo hasta la cala. Te espero para ver la puesta de sol, no tardes, amor. —Besé sus labios antes de dirigirme a la parte inferior de la casa.

Me cambié de ropa, me puse la parte de abajo del bikini y una camiseta de Ian, cogí un pequeño neceser y una toalla extragrande y bajé al mar, a mi lugar favorito. Me encantaba sentarme allí, escuchar el sonido de las olas o mojar mis pies en esa agua helada, a la que aún no terminaba de acostumbrarme. Ese lugar era muy especial para mí, no solo porque era donde Ian y yo nos amábamos en medio de la naturaleza, sino porque allí, con su ayuda, logré encontrar la paz que necesitaba.

La herida de mi disparo fue lo menos grave y doloroso por lo que pasé. Lo peor fue mi mente y mi cabeza. No era capaz de asimilar tanta maldad ni tanto horror. Mientras dormía, mi mente tarareaba la canción de *Only Love Can Hurt Like This* y sentía que en la oscuridad unos ojos azules me observaban. Cuando veía una rosa, me echaba a llorar y una angustia que oprimía mi pecho no me dejaba respirar. Fue muy duro, hubo un momento en que no podía ir a la fundación. ¿Cómo iba a ayudar a otras mujeres a superar sus miedos y sus heridas cuando ni yo misma era capaz de hacerlo?

Recuerdo perfectamente lo que me dijo Catriona: «Utiliza tu dolor y tu miedo para comprenderlas, ahora sabrás qué es exactamente lo que necesitan». Y tenía razón, las comprendía mejor que nadie.

Enfrentarme a las pruebas que incriminaban a Alec fue como plantar cara a mis peores temores encarnados en imágenes. La policía había descubierto vídeos perturbadores donde él sometía a sus víctimas, y entre ellos, había uno que me involucraba directamente, mostrando el horror que viví cuando fui secuestrada por él. Ian, devastado, se mantuvo firme a mi lado, siendo mi mayor apoyo.

Sus palabras aún resuenan en mí como si fueran una luz en medio de la oscuridad: «Afrontemos esto juntos, sin importar lo que veamos. Solo encarando la verdad podremos liberarnos de nuestras peores pesadillas». Con su ayuda, reuní el valor necesario para asimilar esa realidad aterradora que había estado evitando, el día que me marcó de por vida y que seguía persiguiéndome en cada sueño y pensamiento.

Aún no habían comenzado a reproducir las imágenes y mis lágrimas ya fluían sin control. Ian me rodeaba con sus brazos, apretándome con fuerza mientras luchaba por contener su furia. La inspectora nos observaba con ojos compasivos y, en un gesto de empatía, colocó su mano sobre la mía y su voz suave pero firme me calmó:

—Nada de lo que veas será peor que lo que has imaginado. Confía en mí.

Esas palabras tuvieron un efecto tranquilizador sobre mí.

La primera imagen en la que aparecí en el vídeo me mostró recostada sobre la cama, aún con la ropa que llevaba aquel día. Alec no tardó en acercarse a mí, sosteniendo el vestido de la ópera. Con una frialdad que me heló la sangre, comenzó a desvestirme, quitándome cada prenda con una precisión escalofriante, y posteriormente me colocó el vestido que había dejado tendido sobre la cama.

El colgante de Ian, ese símbolo de nuestro amor que descansaba en mi cuello, Alec lo arrancó con furia, guardándolo en uno de sus bolsillos. La crueldad en sus ojos mientras lo hacía me dejó

sin aliento. En su lugar, deslizó en mi dedo el anillo que me había entregado en Glasgow, una marca de su posesión.

Mirando la pantalla, sentí una mezcla de náuseas y repulsión. Las imágenes eran un testimonio brutal de su control y dominación. Me ató al dosel de la cama y posteriormente me dio de beber una bebida blanquecina, que entre ahogos tragué. Se recostó a mi lado y me susurró palabras que no logré escuchar con claridad en el vídeo, mientras me acariciaba. La droga comenzó a hacerme efecto, ya que mi cuerpo se tornó más agitado. Excitado por mi reacción se desprendió de la camisa y atrapó mis labios en un beso exigente. En ese momento sentí el puño de Ian ejerciendo presión. Ahora, comenzaba a dudar de si ver ese vídeo juntos había sido una buena idea. Temía que, después de ver esas imágenes, nuestra relación no pudiera salvarse. Mi corazón se detuvo al observar cómo metía sus manos por debajo de mi vestido y me sacaba las bragas. Justo en ese momento, mientras sus manos permanecían ocultas y su boca buscaba la mía, murmuré unas palabras que lo cambiaron todo: «Te amo… Ian». Su mirada se oscureció, se incorporó de la cama y golpeó la puerta con fuerza antes de salir. Mis ojos se encontraron con los de Ian, que estaba tan impactado como yo. Miré a la inspectora, que me sonrió débilmente antes de agilizar la grabación. Lo que vino después fue todo lo que ya recordaba.

Un suspiro salió de mi boca y, esta vez, las lágrimas que emanaban de mis ojos eran de tranquilidad. Ian y yo nos fundimos en un abrazo, dejando salir todo el dolor que habíamos llevado dentro. Alec, una vez más, intentó jugar conmigo, manejando mi vida y haciéndome presa de su enfermiza mente retorcida. Pero el amor hacia Ian me había salvado. Si esas palabras no hubieran salido de mi boca, estaba segura de que Alec habría llevado a cabo sus propósitos.

Antes de abandonar la sala, reuní el coraje para hacer una última solicitud a la inspectora. Le pedí que me dejara ver los vídeos de Amber. Al principio, se negó; aquellos vídeos eran extremadamente delicados, y ella ya no estaba viva para dar su consentimiento. Sin embargo, en un intento de súplica, le expliqué que necesitaba entender hasta qué punto Alec James habría podido llegar conmigo. Necesitaba afrontar la totalidad de su maldad para cerrar ese capítulo en mi vida.

La inspectora me miró con una mezcla de compasión y preocupación. Finalmente, tras un largo momento de silencio, aceptó, pero con la condición de que lo hiciera sola. Eso era un favor personal hacia mí, una excepción a las reglas. Ian, aunque reacio, comprendió la necesidad que tenía de enfrentarme a esa verdad por mí misma. Con un beso en la frente, me prometió que estaría esperándome fuera, listo para sostenerme cuando saliera.

La inspectora me condujo a una pequeña sala de visionado. La habitación, oscura y silenciosa, me pareció aún más opresiva cuando la puerta se cerró tras ella. Me senté frente a la pantalla, temblando, pero decidida. Mientras las imágenes comenzaban a reproducirse, una nueva oleada de lágrimas me invadió. Sabía que, al enfrentarme a esa dolorosa realidad, estaba dando un paso crucial para liberarme del pasado y recuperar mi vida.

En los primeros vídeos, Alec era amoroso, apasionado, un amante excepcional que haría perder la cordura a cualquier mujer que estuviera entre sus brazos. Esa faceta embaucadora la conocía perfectamente. Pero a medida que avanzaban en el tiempo, esa relación pasional que iba creciendo con el paso de los días, parecía insuficiente para él. Entonces mostró su verdadera cara; drogaba a Amber dejándola sin apenas dominio de su cuerpo, y la poseía de una manera agresiva. Esas imágenes desvelaron una realidad en mi vida, que estaba oculta. La última noche que pasamos juntos en la mansión, él no hacía más que darme Moët & Chandon, me estaba drogando. Ahora comprendía el estado de mi cuerpo, porque no tenía control sobre él y permití que me forzara a hacer cosas que nunca le hubiera dejado hacer. Alec James era un maldito

sádico que disfrutaba lastimando a las mujeres que metía en su cama. Y eso me quedó más que claro al ver los siguientes vídeos, donde el sexo con Amber llegó a unos niveles de agresión que traspasaban la pantalla. Me partió el corazón, ver como necesitaba ser su sumisa y sentir dolor, para sentirse viva.

Cuando salí de aquella sala, con mis ojos aún nublados por las lágrimas y mi cuerpo temblando por la intensidad de lo que había visto, Ian estaba allí, esperándome. Sin decir una palabra, me abracé a él, dejando que su calor y su fuerza me envolvieran. Nos quedamos así por un momento, simplemente respirando.

Juntos, nos dirigimos hacia la salida, listos para recuperar nuestra vida. El fantasma de Alec James había desaparecido para siempre, y con él, las sombras que había arrojado sobre nuestro amor.

Aun así, antes de retomar el trabajo, Ian habló con Catriona y con Graham y les pidió que se hicieran cargo de todo, que quería ocuparse exclusivamente de mí. Ambos aceptaron sin ningún problema. Catriona fue como una segunda madre para mí, e Ian encontró en Graham esa figura paterna que siempre estuvo ausente en su vida. A veces no es necesario tener la misma sangre para crear lazos afectivos fuertes.

Explorar Escocia fue adentrarse en un mundo de belleza natural y de riqueza histórica. Desde las calles empedradas de las ciudades hasta las majestuosas montañas de las *Highlands* y las playas doradas de St. Andrews, cada lugar tenía su propia historia que contar. El viaje nos regaló unas vistas impresionantes, desde los acantilados hasta las ruinas de las abadías en los Borders. La historia de la lucha por la independencia se hizo presente en lugares como Stirling, mientras que la leyenda del Loch Ness añadió un toque de misterio al viaje.

Al regresar a Skye, Ian me llevó al castillo de Knock, también conocido como Caisteal Chamuises, un bastión perteneciente a los MacDonald. Y, en medio de las ruinas, me cubrió con un tartán con los colores del clan y lo ató con un broche con el escudo familiar. Sus palabras sonaron con fuerza y seguridad: «Ahora eres una MacDonald; estos colores te pertenecen». Aquella afirmación me llenó de emoción.

Recordé el colgante que Alec me había arrebatado durante mi secuestro, pero Ian tenía algo más preparado. Abrió un estuche y sacó otro colgante esta vez en forma de cardo, con una preciosa piedra malva incrustada en él. Mientras me lo colocaba, pronunció con cariño: «Esta es la flor que te representa como escocesa que eres. En apariencia, el cardo puede parecer sencillo, pero es resistente a las adversidades y esplendoroso cuando finalmente florece. Y así eres tú, Bri. No lo olvides».

Aquel momento marcó un antes y un después en mi vida. Fue como un clic en mi cabeza, una revelación que me hizo comprender quién era en realidad. Nunca había sido la rosa que me habían hecho creer, sino el cardo: fuerte, resiliente y capaz de enfrentar cualquier desafío que la vida me pusiera por delante.

Capítulo 62

La suave brisa trajo consigo el olor inconfundible de Ian, anunciando que su presencia estaba cerca.

—*Mo ghràdh,* ¿por qué estás tan pensativa? —preguntó, colocándose a mi lado y sumergiendo sus pies en el agua junto a los míos—. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. No podría ser más feliz teniéndote en mi vida —respondí, sellando mis palabras con un beso en sus labios—. Por cierto, ¿cómo fue la reunión? ¿Reaccionaron mal?

—Para ser honesto, no están nada contentos con nuestra decisión. Incluso llegaron a ofrecerme un veinticinco por ciento más, pero les dejé claro que esto no se trata de dinero, sino de tener una vida. ¡Ah! Yani estaba como loca tratando de comunicarse contigo.

—No he escuchado el teléfono, lo dejé en la toalla. ¿Qué le sucede ahora? ¿Otra crisis preboda?

—Exactamente. Dice que mañana por la mañana debes estar en su casa. No puede decidirse sobre el vestido de la ceremonia. También me advirtió que no lleguemos tarde a la despedida. Ya van tres veces, ¿cuántas despedidas de soltera van a tener estas dos? — Frunció el ceño, visiblemente desconcertado.

La situación era casi cómica: Yani, con sus tres vestidos de novia, era un verdadero espectáculo en sí misma. Cada vez que intentábamos elegir uno, parecía cambiar de opinión en cuestión de minutos. Primero estaba decidida por el elegante corte sirena, luego se inclinaba por el romántico estilo princesa y, justo cuando pensábamos que había tomado una decisión, se enamoraba del encanto de un vestido con la espalda descubierta. La única solución parecía ser que usara los tres a lo largo del día, ¡quizás en diferentes momentos!

Ian tenía razón al señalar que esta sería la tercera despedida de solteras, pero esta vez sería especialmente memorable. J. J. regresaba de la gira para unirse a la celebración, aunque lamentablemente su novio no podría acompañarlo debido a sus compromisos musicales. La perspectiva de reunirnos con J. J. siempre era emocionante; su presencia garantizaba diversión y alegría, especialmente cuando se juntaba con mi tío Thomas. Esta vez, sin embargo, Thomas traería consigo a su pareja, y la idea de que conociera a alguien especial en su vida me alegró. Después de tantos años de duelo por la pérdida de mi padre Darragh, era reconfortante verlo seguir adelante.

Pero él no era el único que intentaba encontrar la felicidad en el amor. Cat también estaba construyendo una nueva relación con Graham y, a pesar de que parecían encajar perfectamente, sabía que su corazón seguía perteneciendo a mi padre. El amor que sentía por él perduraría en el tiempo, una llama que nunca se extinguiría por completo.

—Cielo, ¿qué es todo eso que has traído? —dije señalando la toalla.

—Pensé que el clima estaba perfecto para pasar la noche aquí, ¿qué te parece una pequeña acampada en nuestro lugar secreto? —tanteó lanzándome un guiño cómplice.

—Mmm, puede ser —contesté con una sonrisa, empujándolo de manera juguetona—. Pero,

primero, me voy a dar un baño —anuncié corriendo hacia el mar, dejando que una ola me empapara por completo.

Ian corrió tras de mí, alcanzándome rápidamente y agarrándome con efusividad por la espalda. Me alzó del suelo y giró conmigo en sus brazos mientras reíamos a carcajadas. Nuestra felicidad se mezclaba con el sonido del mar y el viento. De repente, una ola rompió nuestro abrazo, arrastrándonos hacia la orilla. El mar estaba bastante revuelto esa tarde, pero eso solo añadía emoción a nuestro momento. Mientras nos levantábamos, empapados y llenos de arena, nuestras risas sonaban con más fuerza.

—¿Estás bien? —preguntó, apartando con delicadeza varios cabellos que cubrían mi rostro.

—Sí —respondí, justo antes de que otra ola rompiera contra nosotros. Ian reaccionó rápidamente, sujetándome y pegándome a su cuerpo para evitar que cayéramos de nuevo.

Nuestras miradas se perdieron en la del otro, comunicando más de lo que las palabras podrían expresar. Mi cuerpo, a causa del frío, se pegó al suyo en busca de calor. La agitación del mar instantes antes se eclipsó frente a la que sentíamos nosotros en ese momento. Y la tensión acumulada explotó en un beso apasionado, uniendo nuestros labios hambrientos.

Mis manos, perfectamente encajadas en su cuello, comenzaron a corresponder a ese beso tan deseado. Podía sentir su corazón latiendo con fuerza contra mi pecho, mientras sus dedos se enredaban en mi cabello, sosteniéndome con firmeza.

El sabor salado del mar se mezclaba con la dulzura de sus labios y cada caricia intensificaba el deseo que nos envolvía. Colocó sus manos en mi cadera y me alzó con delicadeza. Envolví con mis piernas su cintura sintiendo su incipiente erección palpitar contra mi cuerpo. Caminó conmigo por la arena mientras intensificábamos el ritmo de nuestro beso, permitiendo que nuestras lenguas danzaran libremente.

Sujetándome solo con un brazo, Ian tomó asiento en la toalla, manteniéndome sobre él sin romper el contacto de nuestros labios. Mis manos, que estaban aferradas a su nuca, comenzaron a descender lentamente por su pecho, disfrutando de cada centímetro de su cuerpo cálido y firme.

Con los dedos, busqué el borde de su camiseta, que estaba pegada a su piel por el agua. Tiré de ella hacia arriba, sintiendo cómo el material se deslizaba sobre sus músculos. Ian levantó los brazos para facilitarme la tarea y, en un momento, la camiseta voló fuera de su cuerpo, dejándolo desnudo de cintura para arriba.

El contacto directo con su piel era electrizante. Mis manos exploraron su torso, memorizando cada línea, cada curva. Ian cerró los ojos, disfrutando de las caricias, mientras sus propias manos recorrían mi espalda, dibujando círculos sobre la tela de mi camiseta.

—Espera un momento —dijo deteniendo mis movimientos—. Bri, me olvidé de traer los preservativos. Dame un segundo, voy a casa y vuelvo. Prometo no tardar. —Intentó incorporarse sin mucho éxito, luchando un poco para lograrlo.

No respondí con palabras, simplemente lo besé: mis labios se fundieron con los suyos y nuestras lenguas se unieron al instante, danzaron juntas en un baile lento y placentero. Las manos de Ian no tardaron en meterse por debajo de mi camiseta y sus dedos acariciaron suavemente mi piel húmeda. Arqueé mi espalda al sentir el calor de sus manos envolviendo mis pechos. Su boca descendió lentamente hacia mi cuello, lo lamió, lo succionó y hasta lo mordió con delicadeza. Embriagada, busqué su boca y lo besé, y lo hice con desesperación.

Ian, agitado e intentando mantener el control, rompió de manera intermitente el beso para poder hablar:

—*Mo chridhe,* ¿estás segura de esto? No quiero que después te arrepientas —me pidió con la voz entrecortada, mordiendo mis labios con ansiedad.

—Muy segura —respondí, rozando sus labios con mi lengua antes de quitarme la camiseta que se adhería a mi cuerpo como un guante, dejando entrever la excitación de mis pezones.

Ante mi respuesta, el deseo se intensificó en su rostro. Aprisionó mi boca con furia y con un movimiento firme me giró, dejándome tumbada sobre la toalla. Con rapidez se deshizo de su bañador quedando totalmente desnudo ante mí. No pude ocultar mi deseo y mordí mis labios de manera instintiva.

—No hagas eso, ese gestito tuyo con los labios me pone mucho. —Meneó la cabeza, buscando mantener el control.

—¿Qué gestito? Este —dije tímidamente, volviendo a morderlo para provocarlo.

—Pagarás por tu atrevimiento, señora MacDonald —me amenazó atrapando mi boca, y con la mano libre, recorrió la parte interna de mi pierna, se coló bajo mi bikini y, sin dejar de besarme, acarició mi sexo hasta que me llevó a alcanzar un fuerte orgasmo.

—¡Oooh, Ian! —exclamé entre gemidos.

—Me gusta cuando gritas mi nombre, sonrojada y con las pupilas dilatadas a causa del placer —comentó mirándome fijamente, mientras retiraba la braguita de mi bikini.

—Te necesito ya…

Sonrió colocándose entre mis piernas y con su mano guio su miembro por mi entrada, dejando que este se deslizara lentamente, hasta que entró por completo.

Con las respiraciones agitadas y la mirada fija, me embistió con firmeza, haciendo que el retumbo de nuestros cuerpos se acompasara con el sonido del mar.

—Sentirte por completo, sin ninguna barrera, me está volviendo loco. —Se incorporó un poco para sentarse sobre sus tobillos y, con un movimiento hábil, me arrastró con él. Con una de sus manos en mi nuca y la otra en mi cadera, nos mecimos con efusividad, aumentando el ritmo y la profundidad de las embestidas—. No voy a aguantar mucho más —confesó alzando su mirada, mientras continuaba dirigiendo mi cadera con movimientos frenéticos y descontrolados —. ¿Quieres que me retire?

—No, no te detengas, por favor —contesté embriagada—. ¡Joder! —grité al notar como la electricidad de mi bajo vientre se extendía por todo mi cuerpo, sintiendo el semen caliente en mi interior.

—*Aye! Jist gie it a wee shoogle and it'll come loose* —farfulló medio en gaélico, entendiendo solo las palabras del inglés. No sabía qué decía, pero aquello sonaba como un grito de guerra, como una liberación—. *Tha Gaol Agam Ort.*

—Yo también te amo —respondí pegando mi frente a la suya.



Desperté entre los cálidos brazos de Ian, ambos envueltos en un tartán que nos protegía del frescor matutino. Su rostro, sereno y pleno de felicidad, era como el de un niño que acaba de encontrar su juguete favorito. Observé esa expresión con devoción antes de decidir levantarme sin despertarlo.

Con sigilo, me dirigí hacia el mar. El cielo, que antes estaba adornado por las estrellas, ahora se teñía de tonos suaves y pastel, anunciando la llegada de un nuevo día. La brisa marina acariciaba mi piel, mientras el sonido de las olas rompía en la orilla.

Sin preocuparme por la temperatura del agua, me sumergí en ella. Floté, dejándome llevar por

la calma del mar que me mecía suavemente. Pero, de pronto, un movimiento tras de mí me hizo girar, y allí estaba Ian, acercándose con una sonrisa en los labios.

Me enrosqué en su cuerpo y, sintiendo su cercanía, lo besé con ternura mientras mis dedos se enredaban en sus rizos. En ese momento, con el mar y las montañas como testigos, supe que no había lugar en el mundo donde me sintiera más en casa que en sus brazos. Era el comienzo de un nuevo día, pero también el inicio de una nueva etapa en nuestra vida juntos, donde el amor y la felicidad nos acompañarían siempre.

El Faro



Cuenta la leyenda que hace miles de millones de años, el mar cubría por completo los aledaños de lo que hoy en día conocemos como la costa norte de Escocia. Un grupo de rocas emanaron del mar para formar un futuro archipiélago, al que los humanos bautizaron como las islas Hébridas, donde con el tiempo yo formaría mi hogar y desde donde hoy os cuento esta historia.

Durante siglos, las olas del mar vagaron solitarias y sin rumbo, anhelando encontrar un compañero de vida con el que transitar por esta solitaria vida. La formación de los terrenos rocosos dio lugar al crecimiento de unas vastas cordilleras montañosas, donde el mar halló un refugio en el que resguardarse en los días más inhóspitos.

Fue una conexión instantánea entre ambos. En cuanto sus miradas se cruzaron supieron enseguida que habían encontrado un hogar, un refugio seguro en el que deseaban permanecer juntos toda la vida e imploraron a las estrellas, en las noches más relucientes, que así fuera.

Sin embargo, no todo fue un camino de rosas. Antes de llegar ahí, el mar y la montaña tuvieron que adaptarse a las más agrias de las tempestades, surcando las turbulentas aguas y las nefastas condiciones meteorológicas. Provenían de bagajes naturales diversos y ambos acarreaban mochilas cargadas de piedras de su vida anterior. Habían conocido el amor en el pasado, un amor que creyeron puro y verdadero, pero no fue hasta el instante en el que sus ojos se clavaron en las pupilas del otro, y unas chispas invisibles saltaron entre ellos, cuando percibieron el más sincero, limpio y tangible de los afectos.

Las ondas marinas dejaron así de nadar solas en el inmenso océano para acariciar las montañas, que fueron creciendo de manera incesante, motivadas por la pasión que el mar infundía en ellas. A medida que sus labios bailaban en un compás sincronizado y sus cuerpos se anhelaban con un apetito voraz, las cicatrices de ambos iban curando. Todo a su alrededor resplandecía, como jamás lo había hecho con anterioridad, y las llanuras iban colmándose de un hermoso manto floreado para dar lugar a un horizonte de esperanza.

De entre aquella radiante estampa, surgió una inmensidad de cardos de un distinguido tono violáceo para dar lugar a la más hermosa de las escenas, como un símbolo puro del amor y la pasión que había nacido entre ambos. Aquella flor que, en un principio, se asemejaba a una

planta trivial y sencilla, con el tiempo demostró que era resistente a las adversidades y capaz de enfrentarse a cualquier desafío que la vida le antepusiera; siendo, sin duda, una majestuosa metáfora del amor que continuaba floreciendo sin cesar.

Aquella leyenda perduró por los siglos y hoy en día se sigue transmitiendo de generación en generación al relatar el nacimiento de la isla de Skye, un hermoso paraje rodeado de salvajes playas y escarpados acantilados. En uno de ellos, los humanos construyeron el que sería mi hogar para siempre, desde cuya torre iluminaría las noches más lúgubres a las embarcaciones que trataban de sortear los pedruscos del litoral para continuar su travesía indemne.

He de confesar que me he considerado un ser privilegiado toda mi vida, y he estado presente en buena parte de las leyendas por el halo enigmático que poseo. Pese a que soy consciente de que, tarde o temprano, me sustituirán por las más modernas de las tecnologías, como faro he sido testigo de las lágrimas derramadas por las parejas de enamorados, de las sonrisas estampadas en los labios de ambos, y de un sinfín de sentimientos que nunca acabaré de entender de los humanos. Pero si una evidencia empírica he podido extraer de vuestra presencia es que el poder del amor, a lo largo de la historia, ha sido capaz de mover mares y montañas.

He presenciado cómo los seres humanos han sido capaces de matar y morir por amor. He observado con preocupación cómo una infinidad de locuras han sido capaces de llevarse a cabo por el mismo. Nunca entenderé la irracionalidad de ciertos actos cometidos en su nombre. Aunque también puedo decir que he sido testigo de las miradas inocentes entre jóvenes enamorados, de los tímidos besos que se han depositado con suma ternura, de los infinitos abrazos que son como un bálsamo de agua fresca en las tardes más tórridas y, en definitiva, de la intensidad que dos personas que se miran a los ojos y, en silencio, se dedican un «te amo».

Mientras tanto, aquí seguiré yo, erigido en esta explanada, con la tranquilidad que caracteriza al lugar, con el calor de los rayos del sol acariciando mi piel pétrea y el sonido de las olas como hilo musical de fondo. Durante el tiempo que permanezca en la Tierra, continuaré observando las impresionantes montañas vestidas de tonalidades púrpura, como la más hermosa de las estampas que me escoltan en el lugar. Tendré el privilegio de revivir las primeras luces del alba y las últimas del crepúsculo en cada jornada y guiaré con mi luz a los barcos que se acerquen a la isla para protegerles de una posible colisión.

Desearía poder hacer lo mismo con los seres humanos. Ojalá fuera capaz de dirigir con mi luminosidad sus decisiones más trascendentales para que tomasen el camino correcto, poder ser el resplandor que oriente a las almas perdidas en un sendero de luciérnagas que dé sentido a sus vidas. Pero soy consciente de que seguirán tropezando con la misma piedra que acarrean en sus mochilas, y que sus imperfecciones y su irracionalidad seguirán siendo la brújula que mueva sus sentidos.

Echo la vista atrás y me resulta imposible recordar todas las vivencias que he presenciado a lo largo de mi vida, donde las ilusiones y los sufrimientos de los seres humanos han protagonizado un sinfín de anécdotas e historias que con el tiempo he ido atesorando en lo alto de mi torre. Pero sin duda, si hay una que me llevaré conmigo cuando desaparezca de la faz de la Tierra, será aquella que ha perdurado con los siglos.

Nunca volveré a ser testigo de una relación tan intensa como la del mar y la montaña, porque solo de la pureza de dos almas vivas, puede nacer una isla tan bella como la de Skye.



FIN

Agradecimientos



Si has llegado hasta aquí, querido lector, quiero agradecerte de todo corazón por haber dedicado parte de tu tiempo a esta novela. Tu compañía en este viaje literario significa más de lo que las palabras pueden expresar. A aquellos que compartieron y disfrutaron de la bilogía de Mafia Romance anterior, mis más sinceras gracias por la cálida acogida y por vuestras palabras tan bonitas hacia mis letras. Espero de todo corazón que esta historia siga el mismo camino.
Este libro no sería una realidad sin la persona maravillosa que tengo a mi lado, mi otra mitad. A ti, que siempre me apoyas, incluso en las ideas más locas, y me permites volar libremente. Porque el amor, para nosotros, se trata de eso: amar desde la libertad, acompañándonos en nuestro crecimiento mutuo, sin censura, con apoyo incondicional. Por todo esto y por ser el mejor compañero de aventuras, quiero darte las gracias.
No puedo olvidarme de una parte esencial del mundo literario: los autores con los que me he cruzado en este camino. A cada uno de vosotros, gracias por compartir andanzas, consejos y por vuestro apoyo.
Y por último, pero no menos importante, a mi querida Cristina, una compañera de letras que trascendió la pantalla de mi móvil, convirtiéndose en un gran apoyo en el mundo literario. Desde el momento en que decidí escribir este libro, supe que quería que ella formara parte de él, no solo por su gran talento, sino porque es una persona con valores y principios profundamente arraigados. No lo dudé ni un instante al pedirle que creara el epílogo, convirtiéndose en el faro que guía esta historia. Cris, gracias por dedicar tanto tiempo a mi novela, por ser mi lectora cero y por todas las enseñanzas y apoyo que me has brindado en este último tiempo.
De nuevo, gracias a todos los que de alguna manera formasteis y seguís formando parte de mis letras. Sois increíbles.

Libros de este autor

Equivócate Conmigo

Mafia Romance
Bilogía Volumen I

Arriésgate Conmigo

Mafia Romance
Bilogía Volumen II